

Oscar Sotolano

TIEMPO DE VISPÉRAS



TopiA

EDITORIAL

Colección Autores Hoy / Novela

Tiempo de Vísperas es una novela sobre la memoria, donde los protagonistas intentan reconstruir un pasado que los vuelva humanos: el conflicto entre los que necesitan recordar y los que prefieren olvidar; la lucha entre los que quieren sentirse vivos y los que viven como si estuviesen muertos. La tensión entre política (historia) y ficción (pesadilla) es una buena entrada al texto que nos propone Sotolano. El futuro de la Argentina como una pesadilla de la que hay que despertar, en la que el presente es un espejo del pasado y la historia, los sueños, la identidad han perdido su centro. Imaginemos entonces, antes de adentrarnos en la intriga de esta inteligente, insólita e inaudita novela, como una especie de “recuerdos del futuro”, que contiene el núcleo de situaciones problemáticas que ya hemos vivido. Un Buenos Aires de principio de milenio, familiar y al mismo tiempo desconocido, comienza a ser un espacio de conspiraciones extrañas y resistencias clandestinas, donde el “fantasma del viejo Marx” y su *Manifiesto Comunista* de 1848, es misteriosamente prohibido y sigue dando miedo. La marca distintiva en la escritura de este autor, es la de correrse del monopolio narrativo ejercido desde el discurso intelectual dominante constituido por una suerte de conformismo general y de sometimiento al peso de lo real. Sotolano recupera un espacio de reflexión diferente que permite desde un “más allá de la ficción”, como la confluencia de múltiples recursos y de reflexión teórica más emoción, poner en el centro del debate temas que hoy han sido clausurados, como el de los cambios y la revolución. Pero, *Tiempo de Vísperas* no es sólo una novela política, es también una historia de amor y de mutuo aprendizaje entre los personajes, que han decidido abandonar la resignación y optar por los desenlaces vetiginosos de la pasión.

Héctor J. Freire

TIEMPO DE VÍSPERAS

OSCAR SOTOLANO

TopiA

EDITORIAL

Colección Autores Hoy



Colección AUTORES HOY

Diagramación E-book: Mariana Battaglia

Sotolano, Oscar

Tiempo de vísperas / Oscar Sotolano. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Topía Editorial, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4025-31-9

1. Narrativa. I. Título.

CDD A863

© Editorial Topía, Buenos Aires 2018

Editorial Topía

Juan María Gutiérrez 3809 3º “A” Capital Federal

e-mail: editorial@topia.com.ar

revista@topia.com.ar

web: www.topia.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

TIEMPO DE VÍSPERAS

OSCAR SOTOLANO



Colección Autores Hoy

INDICE

I.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

II.

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

III.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 26

Capítulo 27

IV.

TERCERA PARTE

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

EPÍLOGO

La política ficción es un desatino hecho con fragmentos de dos monstruos mayores: la política, con sus tentáculos, y la ficción, con su lengua bífida. Un engendro tan esclavo de las determinaciones políticas como cualquier ficción, y de la prepotencia de la ficción, como toda política. Nunca encerrará sólo la verdad ni abrevará sólo en quimeras. Será tan mentirosa y veraz, como pusilánime y heroica; tan panfletaria, como saturada de paradojas; tan caprichosa, como la vida más predecible

Sir. Dick Jokeman. *El tedio de la historia*

I.

Sr. Enrique Marchi
Editorial La cresta de la ola
Av. Roque Saénz Peña 530
Presente

Le envío el original de mi novela El profesor. Quiero que sepa que todo lo que se relata en ella es verídico, hasta se podría decir autobiográfico. Aún así, he preferido ubicarme en la perspectiva del narrador omnisciente para hacer más ficcional lo que es vívida historia contemporánea. Conozco a todos los personajes que menciono y con muchos de ellos me une o me ha unido un lazo personal. Algunos están vivos, por esa razón no he querido perjudicar su privacidad, otros están muertos, en cuyo caso es su memoria la que debe ser preservada; en este sentido, los seudónimos sirven sólo para encubrir una verdad que nadie confiesa conocer aunque todos la sospechen. Confío que usted, señor director, no forme parte de la enorme, casi monótona, legión de los incrédulos, y pueda valorar a tiempo este relato.

Lo saluda
Jorge Ursik

Fue por esta carta, y por la inmediata lectura de su novela, que supe de Jorge Ursik. Todo lo que nos ocurrió, tiene que ver con ese encuentro.

EL PROFESOR

*Voy a definir esto con el modo de definir las cosas
indefinibles: con la cobardía del ejemplo*

Álvaro de Campos o, tal vez, Alberto Caeiro o
Antonio Mora o Ricardo Reis o Bernardo
Soares o, incluso, Fernando Pessoa

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Cuando Santiago Lurianski empezó su clase diciendo: “La historia de toda sociedad hasta nuestros días ha sido la historia de la lucha de clases”, nadie se inmutó; sin embargo, como si la reacción hubiera sido otra, el joven historiador agregó: “espero que a pesar de lo que acabo de decirles tengan la gentileza de escucharme hasta el final”. Es que había pretendido provocarlos y se resistía a admitir desinterés de sus alumnos.

Años hacía que en un claustro universitario no se afirmaba algo parecido. Las clases se sostenían en trabajos prácticos en los que alumnos y profesores circulaban por la red informática monitoreando indicios originales e inexplorados, tarea más engorrosa desde que las computadoras de última generación venían equipadas con programas especializados en buscar problemas inéditos. Las *laptop* se enchufaban en los escritorios y ponían a cualquiera de los 5000 estudiantes que cursaban Economía en la facultad de Buenos Aires, ante el último crimen cometido en Sri Lanka, con las más recientes investigaciones sobre genoma humano o mapeo cerebral en el MIT, ante alguna de las novelas interactivas que se estuvieran escribiendo en ese instante o al borde del índice diario de desocupación en el perímetro del Gran microcentro. Pero ese día, el profesor, contra la costumbre que se había impuesto en

todas las clases a lo largo y ancho de la carrera, les pidió que las olvidaran por un rato. Por el momento no las vamos a usar, dijo, enfatizando su intención de recuperar el rito de la desusada clase magistral.

Era joven, anguloso, vestido con bermudas, una musculosa de los *Wildy Winners* - en ese momento el grupo de ciberrock con más público en cualquier megarecital virtual - y un par de alpargatas blancas. Las clases ese mes de marzo eran más bochornosas porque los ventiladores no funcionaban y los paneles de vidrio con los que, en un afán newyorkino, se habían cerrado algunos patios, enrarecían el ambiente hasta la náusea. La facultad concentraba en sus paredes del siglo pasado los olores de los aceites químicos de las expendedoras de *fast food*, los sudores de los cuerpos untados de crema, y el moho de las viejas cañerías nunca reparadas en los últimos quince años, desde que una decisión contable enredada en caprichosas justificaciones sanitarias había obligado a instalar baños químicos en las ochavas de cada pasillo del histórico edificio.

-Supongo que todos saben quién escribió esa frase... y en qué texto.

Ya Lurianski empezaba con sus presunciones, en realidad un recurso retórico que le servía para fingir un clima de diálogo en la trama de su monólogo.

Como era usual en la tradición académica en la que se había formado, nadie contestó.

- Carlos Marx, en el *Manifiesto comunista*, siguió diciendo. - ¿Alguno de ustedes lo ha leído alguna vez?-, fue la segunda pregunta que no recibió respuesta. Ninguno de los cuarenta alumnos que se habían inscripto para cursar su materia, y que ese primer día estaban todos presentes, lo había hecho nunca.

-¿Recuerdan de qué nacionalidad era Carlos Marx?, fue su tercera pregunta.

Hubo que soportar un silencio de hormigón antes de que una voz aventurara: ruso. Él esbozó una sonrisa pero no dijo nada. Inglés, contestó otro; Lurianski no cedió... ¡Aleman!, gritó un tercero, pero el profesor, que sospechaba que esa respuesta fuera un fruto del azar, siguió con su cara de póker.

- No, no, belga”, se corrigió el anterior.

- Búsquenlo en *La Gran Funes*, ordenó decepcionado cambiando de estrategia, y todos encendieron sus computadoras. Así las llamaban en los medios estudiantiles desde un bautismo que se perdía en el tiempo.

- Leé, le pidió a un rubio lampiño de pelo corto sentado en primera fila.

- “Karl Heinrich Marx (1818-1883) pensador y político alemán ... Ah ...alemán ...¿Sigo?”

- Podés leer un poco más, no se te va a herniar el cuerpo calloso, insistió Lurianski, molesto con esa manera de pensar que responde preguntas únicamente para no tener que hacerse otras, como solía quejarse con sus colegas en la sala de profesores.

- Fue el principal teórico del movimiento comunista. Hijo de una familia de burgueses de origen judío, fue educado por su padre, abogado convertido al protestantismo, en un espíritu liberal. Estudió filosofía, historia y matemáticas en las Universidades de Bonn y Berlín. Entró en contacto con las enseñanzas de Savigny, Ritter y los discípulos de Hegel: liberales y hegelianos de izquierda. Al finalizar sus estudios universitarios realizó, a partir de 1842, la experiencia de la lucha política activa a la cabeza de la *Reinische Zeitung*, órgano de los radicales renanos. Prohibido ese periódico, se exilió en París, donde fundó con Ruge *Die deutsch-französische Jahrbucher* (1844). Más tarde tuvo que exilarse en Bruselas y posteriormente en Londres. El exilio lo puso en contacto con el socialismo francés, pasando, en su libro *Miseria de la Filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de Proudhon* (1847), de su descubrimiento ardiente a la crítica implacable. Por las mismas fechas trazó en *La ideología alemana* un balance de la filosofía poshegeliana en Alemania. Pero ya en esta época, Friedrich Engels le había aportado el fruto de otras experiencias: el contacto directo con la realidad social capitalista de Manchester. En 1847, ambos son invitados a ingresar a la Liga comunista con sede en Londres, y por encargo de la misma, redactaron el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848)...

- ¿ Alguien tiene alguna pregunta para hacer?

Siguió el silencio, y Lurianski, que en las últimas semanas venía perdiendo su tolerancia, los desafió.

- Por supuesto todos saben quiénes fueron Savigny, Ritter, Ruge, Proudhon o el movimiento renano..., dijo, tiñendo sus palabras de un cinismo inhabitual en él.

- De ese texto que¿cuál es tu nombre?

- Ronald.

- ¿Tu hermana se llama Margaret?...No... Bueno, no me hagas caso...

De ese texto de 1848 al que Ronald nos hacía referencia recién, es la cita con que inicié la clase, ¿recuerdan?: la historia de todas las sociedades hasta nuestros días ha sido la historia de la lucha de clases. Sé que esa frase, desde que hace 20 años cayera el Muro de Berlín, ha caído en desuso, diría que es una antigualla.

Antigualla era la palabra antigualla, pensó.

- Hoy, las clases no luchan entre sí, al contrario, han aprendido a cooperar unas con otras: el trabajador con el empresario en producir bienes que a través de su venta beneficiarán al operario que trabaja, al empresario que arriesga su capital, al comerciante que los vende, al publicista que los hace conocer en las cadenas de medios, y a todos nosotros en tanto consumidores... Todos sabemos esto. Lo hemos estudiado, leído y escuchado infinidad de veces. No hay conflictos de clases porque no conducen a nada, no puede haber luchas entre ellas, porque la sociedad ha tomado conciencia de las ventajas de la paz. Los que utilizan la violencia son seres primitivos, en algún sentido vestigios vivientes de nuestra parte animal. El nuevo mundo surgirá de la tolerancia, el respeto mutuo y el diálogo racional, incluso acerca de aquellas cuestiones más irracionales e inexplicables: Dios, el amor y la muerte. Esto es lo que todos hemos ido aprendiendo desde la escuela primaria, luego en el segundo ciclo, y ahora en el universitario que los preparará para ser... siento tener que decírselos... o desocupados de lujo o jíbaros civilizados.

Los muchachos cambiaron de actitud, las palabras del profesor acababan de dar en la médula de sus temores más o menos explícitos. Desde ese momento, empezaron a escucharlo de otro modo. Desocupados de lujo o jíbaros civilizados. Nadie antes se los había formulado así. Al contrario, respondían a la premisa que eran privilegiados, los responsables del futuro, los pocos que tendrían a su cargo las tareas

intelectuales de una sociedad que cada día requería más capacitación. Y ellos la tendrían. La estaban adquiriendo. Pagaban con ese fin. Entonces, ¿por qué este joven apenas mayor que ellos que usaba la remera del grupo de rock que ellos usaban, les venía a decir estas cosas? En apenas cinco minutos había propuesto un modo de exposición inusual, citado una frase que era una reliquia política, nombrado a un pensador tan archiconocido como desconocido por todos, sugerido que eran ignorantes, y afirmado que no eran tan privilegiados como suponían. Desocupados de lujo o jíbaros civilizados. Todos aguardaban que él siguiera hablando. Pero decidió que ya había dicho demasiado.

- La clase de hoy ha terminado. Quiero que busquen el *Manifiesto comunista* y lo lean. La próxima vez lo comentamos.

Lurianski tomó su cartera de plástico, su sombrero de yute, saludó y se fue. Su primera clase había sido tan vertiginosa como su partida, como sus movimientos de gamo ansioso que le hicieron trasponer la puerta en un par de trancos. De un momento para otro, los cuarenta alumnos se quedaron solos, con una consigna de trabajo y la propia sosobra. No había pasado un minuto antes de que el inicial cuchicheo que siguió a la partida de Lurianski se transformase en un batifondo de risas y palabras a voz en cuello. Muchos se levantaron, otros se prepararon para irse; la mayoría seguía en su lugar hablando con su ocasional vecino de asiento; incluso, alguno que había encendido *La gran Funes* para conocer el trabajo que tenía por delante, soportaba las burlas de sus compañeros.

Entonces se abrió la puerta.

-Muchachos, quiero que lo tengan bien leído para la próxima, así que empiecen ya, les ordenó el profesor asomando medio cuerpo y una sonrisa que nadie supo cómo interpretar.

Ni bien se fue, todos volvieron a sus lugares. En un extremo del salón tres alumnas cuchicheaban y se reían. Era probable que hablasen del -pintón-rico-divino- que se había presentado como el profesor unos minutos antes. Junto a ellas se había quedado reflexionando, ajena al barullo y al silencio, una morocha de desaliñado pelo crespo. O desocupados de lujo o jíbaros civilizados. La frase le rebotaba en la cabeza. Su padre había sido un jíbaro civilizado que en pocos años había virado

a desocupado de lujo. A fines de los 80, era un ejecutivo prestigioso de un Banco de primera línea. Había ganado dinero, aunque en una proporción infinitamente menor que la parva que le había hecho ganar al propio Banco. Luego, la convertibilidad le había prometido un sitio de honor en la nueva Argentina, y de un día para otro, para su sorpresa, se había quedado en la calle con una indemnización mediocre y un comienzo de depresión que un psiquiatra famoso, es decir mediático, había tratado con Prozac y la indicación de un Grupo de Trabajadores potenciales, como el Ministerio de Salud pública había bautizado a los grupos de autoayuda -coordinados por psicólogos también desocupados- que habían brotado como hongos por toda la república. Los esfuerzos fueron vanos, en ningún nuevo trabajo pudo alcanzar un sueldo siquiera cercano al que tenía y cuando armó su propia empresa de asesoramiento económico fue el final del final. Al poco tiempo, la empresa quebró ahogada por los impuestos y los ahorros se empezaron a escurrir en la lucha por mantener el “como si” de su antiguo estatus. Murió de un infarto, por fortuna sin sufrir, cuando ella tenía 5 años. Se había quedado huérfana; y la madre se las arregló para mantenerla, a ella y a uno de sus hermanos, 5 años mayor. En tanto en la escuela pagaban un seguro, una beca cubrió la escolaridad de ambos y su formación no había corrido peligro. El hermano mayor, de 18, se había desvinculado casi por completo de la suerte de la familia buscando la suya en el extranjero. En cuanto a la madre, recién una década después había vuelto a mantener una relación con otro hombre, cuando Camila ya era adolescente y la ciudad que su padre, un aficionado a la fotografía, había dejado retratada en gruesos álbumes como recuerdo de su única pasión, ya era otra. O desocupados de lujo o jíbaros civilizados. Este profesor había puesto el dedo en la llaga de sus recuerdos. Los había ordenado de un modo extraño. Aunque seguía sin entender, entendía algo más.

La risa de sus compañeras la irritó. Encendió la computadora e inició la búsqueda. Llegar al título no le resultó difícil, el cursor saltaba entre letras e íconos con su agilidad binaria. Ya lo tenía en la pantalla: ***Manifiesto Comunista. Carlos Marx- Federico Engels (1848). Texto fundacional de los así llamados- hasta fines del siglo pasado- comunistas. Para versión original, usar clave.*** Allí concluía la información. Era la

primera vez que se encontraba con un obstáculo de esa índole. Otros compañeros que habían estado haciendo el mismo trabajo que ella habían llegado a la misma encrucijada y el rumor se había extendido como por un reguero de pólvora. ¡El trabajo que Lurianski les había propuesto era un trabajo imposible! Por primera vez se encontraban con información codificada referida a un libro, y más extraño aún, del año 1848. Buscar la clave implicaba un engorro administrativo que no tenían ganas de padecer. Además, era muy probable que Lurianski estuviese enterado. En cuyo caso ¿para qué los había mandado a hacer una tarea imposible? Tal vez había sido codificado poco tiempo antes, sugirió alguien. Todo lo que este profesor proponía era inusual.

- Che, Camila, dejá eso. Vamos a comer un *hot*.

El rubio de la primera fila se arrimó a la joven crespita.

- No sé. Salgamos y vemos.

- Tipo raro el tícher ¿eh?.

- A mí me pareció "oquei".

- Medio engrupido.

- Te molestó que se las agarrara con tu cuerpo calloso.

- No, para nada. Sos vos la que lo gozaste.

- No empecemos, Ronald.

- "Shúar" que es así. Te gustó porque se las agarró conmigo. ¿Qué quiso decir con que mi hermana se llama Margaret?

- No sé. ¿Creés que no tengo otra cosa que hacer que pensar en vos?

- Y, no estaría mal. Comamos acá que tengo otra clase. Una en serio

- No, me voy para casa...odio comer entre tanto olor a aceite químico.

- Dale, no seas tonta...

- No, chau...

Le dio un beso y rumbeó hacia la salida. Atravesó el detector que en la puerta monitoreaba a todos los que entraban o salían, y pasó su tarjeta magnética por la ranura de control.

Ya estaba afuera, en el centro de un día con un sol de aluminio. Caminó unas cuadras por la avenida Córdoba.

Por primera vez, le llamó la atención un descomunal afiche publicitario que cubría la fachada ennegrecida de un edificio de mediados del

siglo pasado. El gigantesco cartel mostraba en el extremo inferior una larga cola de personas vestidas con impecables trajes grises y, ocupando el centro, un texto en letras rojas: **Ser trabajador potencial no es ninguna indignidad, es un desafío a nuestra inteligencia**; en el extremo derecho, el logo de la Fundación de la Iniciativa Mediterránea. De nuevo se acordó de Lurianski. O desocupados de lujo o jíbaros civilizados. A veces enseñar se reduce a muy poco, pensó.

CAPÍTULO 2

Lurianski salió de la facultad de mal humor; en verdad, no de un modo muy diferente que al llegar. Los últimos días no se venía sintiendo bien y esa mañana ya temprano estaba sin ganas de ir a dar clase. Un disgusto chirle lo abatía.

A pesar de su aspecto de *teen-ager*, pasaba los treinta. Durante toda la carrera había sido un excelente alumno, luego, poco después de egresar, un docente auxiliar destacado, y unos años más tarde ganador por concurso de oposición de la titularidad de una cátedra, cuando un Master obtenido con honores en la universidad de Harvard y su idoneidad para manejar conceptos y técnicas pedagógicas de cuño informático hicieron que el jurado relegase a un segundo término su juventud. La inversión hecha por sus padres había dado sus frutos: era un joven talento con el mundo a sus pies, aunque ese día, preso de un gran escepticismo.

La jornada había empezado mal, más que por alguna causa precisa, por lo imprecisas que suelen ser las causas. Desde hacía ya varias noches dormía a los saltos. Los cortes de energía eran constantes y se prolongaban durante horas. En ese continuo de concreto de miles de hectáreas que era la ciudad, hasta la arena sudaba. Las temperaturas infernales no cedían en las 24 horas y la infraestructura hidroeléctrica había colapsado, sus agónicas fuerzas sólo se utilizaban para mantener encendidas las computadoras, una caída general del sistema hubiera implicado desvanecerse en el mundo, quedar como una nación fantasma boyando a la deriva por el mapa, desprendida para siempre de la totalidad virtual. Pero estos cortes eran rutina desde hacía un par de años. Estaba relativamente acostumbrado al calor, hasta lo disfrutaba. Ni era ésa la causa de su insomnio, ni le importaba averiguarla.

Había iniciado el trayecto hacia su primera clase como profesor titular de la materia Historia económica sin saber lo que iba a decir.

Imaginaba una clase tradicional: enciendan la computadora en Historia, busquen Historia económica, lean lo que dice. A partir de allí, los iría orientando en la búsqueda mientras matizaba el trabajo con algún comentario tangencial. Una clase ortodoxa en el último lustro. La realidad estaba acumulada en el disco rígido, se trataba sólo de saber buscarla. Las teorías se ocupaban de reflejar, o a lo sumo mejorar, una realidad que se imponía como inmutable. Se tenía tanta confianza que el modo en que fuera a afrontar la clase le resultaba indiferente. Aun así, estaba molesto. La ciudad le pareció más sórdida que de costumbre.

Su departamento quedaba frente a la plaza Las Heras. El disfrutaba de un pulmón verde, un oasis en medio de la geografía cementosa. Decidió caminar. A pocas cuadras se encontró con su amigo Oliver, radiante a causa de un negocio que iba a concretar. Vestido con un costoso saco de lino blanco, un jean liviano y un sombrero de ala ancha, iba a la estación Bulnes del subte D rumbo a su oficina en el centro financiero. Lurianski no estaba con ganas de escucharlo. Ese día, la cantidad de locales en alquiler que veía a su paso dominaban su atención: había por lo menos tres o cuatro por cuadra, casi tantos como de juegos electrónicos o de azar: bingos, ruletas, *black jack*, *backgammon*, tómbola, quiniela, gran premio de la lotería de Berlín o Dallas. No es que ese día hubieran brotado de golpe, pero a él lo atrajeron de un modo diferente.

- Tendrían que poner algunos de ruleta rusa"-, le comentó a Oliver;-“habría cuadras de tipos dispuestos a jugarse la vida al todo o nada. Si ganan, zafan, y si no, no hay mucha diferencia...

- Ya otros tuvieron esa idea antes que vos. Por ahora son semiclandestinos, pero no sé durante cuánto tiempo más va a ser así. Parece que hay varios funcionando. Me contaron de uno en Lugano y de otro en Remedios de Escalada. *Los Altares de Ifigenia* les puso el dueño. Muy probablemente un profesor de griego con iniciativa comercial. Se hacen fortunas por noche. Dos tipos se desafían y el que gana se queda con una tajada del pozo. Muchos van a mirar de puro morbosos, otros a apostar, otros para ir evaluando si se animan a participar, otros se identifican con el ganador... lo hacen un héroe.

- No hablarás en serio...

- Claro que hablo en serio. Pensalo, son gente sin iniciativa laboral, casi animales para esta época, si se mueren no se entera nadie, ni la familia, y si ganan, se levantan unos buenos pesos. Se apuesta muy fuerte.

- ¿Y la policía?

- Nada. La policía es la policía. Una parte del pozo es para ellos. Además, pensalo, hasta es un modo indirecto de favorecer el sistema penitenciario. Casi todos los que participan son marginales que te despanzurrarían de un navajazo si tuvieran la oportunidad. Mueren por noche de 8 a 12 delincuentes incorregibles.

- Es siniestro.

- Es práctico. El que gana está feliz, los que juegan gozan de un esparcimiento morboso pero efectivo, el organizador se transforma en un miniempresario que le da trabajo a unos cuantos tipos: custodios, bármanes, crupieres, meseras, stripers, un contador, un abogado. El sistema penal se ahorra una punta de mangos en seguridad y el contribuyente en impuestos. El único jodido es el que se muere, pero es su libre elección, nadie lo lleva de prepo. Malthusianismo puro, viejo. Yo creo que lo tendrían que legalizar, aunque a lo mejor pierde interés... Sabés que lo prohibido siempre atrae más.

Habían llegado a la entrada del subte.

- Si vas a la facultad...vamos juntos. Yo después sigo-.

- No. Tengo ganas de caminar.

- ¡¿Con este calor?!...Bueno, ... la libertad es libre ... Chau, nos vemos.

En ese momento, decidió que iba a dar una clase distinta. No sabía cómo encararla, pero tenía varias cuadras para pensarlo.

CAPÍTULO 3

Cuando llegó a su casa, solo la esperaba su perro Snoopy. Lo tenía de cachorro y habían crecido juntos; mejor es decir que mientras ella crecía, él se ponía viejo. Su madre se lo había comprado a los 6 años y ahora ya era anciano, sólo la suerte de ser un animal sin pedigrí le había permitido vivir tanto.

Su casa era un horno. Asfixiada por dos torres de paneles premoldeados y aluminio, el chalet había perdido su señorío de origen, cuando fue construido en un barrio en su momento residencial. De aquellos árboles frondosos y de aquellos canteros floridos de su infancia quedaban sólo macetas cuarteadas. La flora actual se marchitaba en la vereda de enfrente: era el esqueleto herrumbrado y mohoso de una autopista sin terminar, el vestigio de un proyecto trunco que había finalizado matando al barrio. La casa, invendible, se había transformado en un aguantadero para las rutinas de la familia.

Snoopy gemía. Ya hacía rato que se había tomado el tazón de agua que la madre de Camila había dejado en la cocina antes de salir a trabajar. Su vagido era de sed, pero también de aburrimiento: no resultaba extraño que se abalanzara sobre ella en una muestra inoportuna de amor e instinto de conservación. Como la piel pringosa de Camila no estaba en condiciones de soportar el afecto lanudo de Snoopy, le abrió la puerta del patio y lo dejó allí lengüeteando charcos. Ella se desplomó sobre un sillón a abanicarse con un folleto que había sobre la mesita ratona. El aire acondicionado no funcionaba. Se levantó para tomar un vaso de agua, pero también el tanque estaba seco. En la heladera, en una jarra de acrílico, quedaba un resto de la noche. Olía a rancio. Bebió directamente del pico. Estas jarras provocan náuseas, pensó. La de cristal con tapa de plata que había heredado de su abuela se había roto un par de años antes y, en ese momento, la extrañó. Era una

reliquia de la época en que las cosas se utilizaban hasta romperse, no se sacaban de circulación siendo aún pasibles de uso. Las modernas de acrílico resultaban paradójales, no se rompían nunca, pero como a los pocos meses eran reemplazadas, se desechaban nuevas. Enseguida, el usuario debía tener sobre su mesa un nuevo diseño, un color diferente, y el nuevo artículo ya viejo se apilaba en los recipientes para residuos plásticos que había en cada esquina. Allí, de noche, emergía la otra cara de la ciudad, la de los zaparrastrosos que acechaban para ver qué podían rapiñar. Más de una vez los forcejeos terminaban a los tiros. Se mataba por una jarra de acrílico impregnada de olor a pescado.

Todas las noches Camila escuchaba disparos. Lo que en su niñez había sido el canto de las calandrias, ahora eran los estampidos de las armas de repetición. En los últimos quince años, aunque todo había cambiado, seguía igual pero en mayor escala: había exceso de todo, desde la ostentación obscena del progreso a la miseria medieval. Siempre lo había sabido, incluso más de una vez había sido una espectadora displicente de esas típicas charlas en las que se deambula con pomposa autoridad por los lugares comunes de la política; sin embargo, ese día todo era distinto. O desocupados de lujo o jibaros civilizados, la frase del profesor la había perseguido hasta su casa. Sintió una agitación en los intestinos que la llevó a pensar en ir al baño, pero la imagen de sus heces flotando en el inodoro la hizo desistir, esperaría hasta la noche cuando se recargara el tanque. Prefería una constipación higiénica.

Se tendría que haber quedado con Ronald, pensó; aunque sea, hubiese comido bien. Pero había días en que la estúpida arrogancia de ... ¿cómo llamarlo? ¿amigo? ... le resultaba insoportable.

Salió a la puerta de calle.

- Hola, don Sebastián”, le dijo a un hombre harapiento que tallaba con una navaja una flauta de caña. -¿Qué está haciendo?

- Tallo la paz en la madera. Como no hay otro lugar donde encontrarla, la tallo. Los días de calor es más necesario que nunca porque la gente anda alterada. Si la termino para la noche podré recibir a la primera estrella con una plegaria. Vos sabés, Camila, que la música es la única plegaria que Dios verdaderamente entiende... ¿Y vos?.

- Nada, me deshidrato de a poco. De nuevo no hay luz.

- El problema de tener es que después se llora por lo que se ha perdido. Yo, por eso, prefiero las fogatas. Un pedazo de papel o un trozo de madera voy a encontrar siempre y con un encendedor me basta. Me ilumino, cocino, me caliento. No es necesario irse a la orilla de un lago para encontrar la paz.

- Siempre filosófico usted.

- Por suerte, me queda eso.

- Sabe, hoy un profesor me mandó a leer a un pensador alemán: Carlos Marx.

- ¿En serio?

- Sí, pero el libro está codificado, exige una clave para entrar.

- Todos los libros tienen su clave para entrar en ellos. Si no, no merecen ser leídos.

- No me refiero a eso, la clave está en la computadora maestra. Y para acceder hay que bancarse unos trámites muy jevis-.

- Pero, m'hijita, desde que metieron los libros en las computadoras los jóvenes se olvidaron de buscarlos en los lugares más evidentes. Hay librerías de viejo, seguro que ahí lo vas a encontrar.

- Sabe que no lo había pensado.

- Te lo dije, ustedes se acostumbraron a creer que lo que no está en la pantalla no existe. En la avenida Corrientes, debe haber. Creo... Hace años que no voy por allí... pero alguna debe quedar.

- Sí. Las he visto. Es una buena idea.

- Ahora dejame seguir trabajando. Quiero terminar mi flauta.

Camila regresó a su casa. Había olvidado el calor. Snoopy arañaba la puerta que daba al patio. Le abrió y ahora sí lo acogió en sus brazos. Su pelaje mullido le recordó la ternura de los muñecos de peluche de su niñez. Jugó un rato con él, le sirvió la poca agua que quedaba en la jarra, le besuqueó el hocico, tomó su mochila y partió rumbo al centro. Hacía varios años que no entraba a una librería, era una oportunidad para hacerlo.

CAPÍTULO 4

Lurianski evaluaba su clase. Por un lado, fue buena, mucho mejor que la que había imaginado, pero al mismo tiempo puso al desnudo la boba ignorancia de los alumnos y la presuntuosa ignorancia suya. Porque él no era comunista, nunca lo había sido, a lo sumo un demócrata de izquierda con conocimientos básicos de marxismo. Había nacido en 1977, en el momento más brutal de la última dictadura militar que había sufrido la Argentina; promediando el secundario, se había enterado del genocidio y de los enfrentamientos político-militares de las décadas del 60 y el 70; tendía a pensar que el comunismo fue una dictadura como la de Hitler que había muerto de muerte natural sin dejar descendencia y que la democracia parlamentaria era el modo natural de organización de la sociedad. Si bien no compartía la teoría común a sus contemporáneos del equilibrio social sin conflictos, pensaba los que había como superables - dialectizables, decía-, fuerzas que resolverían sus tensiones en un plano superior de la organización y, en las actuales condiciones de la civilización, en paz. Se había educado en el culto a la razón, no sólo como meta sino como verdad revelada, y en el diálogo como bien supremo. Los máximos enemigos debían encontrar puntos de acuerdo: ésa era la condición del progreso social, afirmaba. Infinidad de veces se había peleado con sus escasos amigos de formación marxista por cuestiones como ésa. Hay contradicciones que son antagónicas, le objetaban. Pero ese día, arrastrado por un impulso, había iniciado el seminario con la frase que fuera el justificativo revolucionario de todo el siglo XX, frase en la que nunca se había detenido con seriedad pero que, de modo imprevisto, la charla con Oliver le había reflatado. En verdad, había querido ser provocativo, arrancar a sus alumnos del aprendizaje autosatisfecho de la alta tecnología, meterlos en el mundo de modo tan prepotente como la anécdota de la ruleta

rusa lo había empujado a él. Creía haberlo logrado. La sentencia “o desocupados de lujo o jibaros civilizados” le había surgido de golpe y había adquirido un vigor repentino, no sólo para los estudiantes sino también para sí mismo. Lurianski conocía al dedillo el problema de la desocupación que desde hacía un lustro se había cronificado en un nivel cercano al 40 %. Lo estudiaba, tenía en su mente cientos de gráficas de todos los rincones del mundo, conocía las teorías fundamentales que explicaban el fenómeno, desde las más críticas al modelo vigente hasta las más panegiristas. Había participado en la planificación de muchos proyectos tendientes a aliviar la cuestión pero, por primera vez, la miseria se había hecho carne en él. Si hubiera sido religioso podría haber pensado en una iluminación, en un intento desesperado de Dios por llegar a los hombres. Pero no lo era. Dios no era una preocupación para él porque jamás había servido para aliviar sus pesares. Jamás lo había calmado estar frente a un púlpito pidiéndole a algunos de sus vicarios un poco de clemencia. Él partía de un criterio pragmático de la verdad. La verdad era lo que era en un tiempo presente inflexible escoltado por un pasado hacedor de causas y antecedentes, y un futuro repleto de corroboraciones o falsaciones de hipótesis pensadas y enunciadas con frialdad. No en el sentido de un observador frío (el principio de indeterminación de Heisenberg ya era un dato incorporado al saber vulgar desde la escuela secundaria), sino porque “la frialdad del observador como variable asintótica debía ser incluida como condición de la reflexión y el pronóstico”, le gustaba siempre repetir en algún momento de sus clases, sin que nadie entendiese bien qué quería decir con ello. Había 40 % de desocupados porque era así como se había planteado la paradoja del progreso: sin sentimientos, ni misericordias. El problema del siglo XX había sido el exceso de triunfalismo deseante; y el deseo mueve al mundo pero también lo mata. De repente, interrumpió su cavilar. ¿Acordaba o no con estas ideas...? No lo sabía. Tenía mucho calor, y la certeza de que esas reflexiones eran por completo ajenas a la mayoría de las personas que con cara de felicidad, de indiferencia o de catástrofe deambulan a diario por las ciudades, lo hizo sentirse un idiota pedante, un alfeñique con una cabeza enorme llena de mierda inútil. Tantas palabras para ocultar lo más crudo del sufrimiento en

nombre de explicarlo. Así se le aparecía en ese instante todo lo que había estudiado. Una reflexión críptica que oculta detrás de su enigma los verdaderos enigmas.

Iba caminando ensimismado cuando escuchó una frenada y el golpe seco de un auto contra el cuerpo también seco de un hombre mayor. Se dio vuelta y a un par de metros vio el despojo sangrante de un anciano flaco, casi piel y huesos. El coche, pegándole en las piernas, lo había levantado por los aires y estrellado contra un poste de luz. No había el más mínimo rasgo de dolor en ese rostro apenas desfigurado. La boca, por la que manaba un hilo de sangre, guardaba una sonrisa serena. De inmediato, se produjo una aglomeración.

- ¡El viejo se quiso matar, ustedes lo vieron!, gritaba con desesperación el conductor del auto.

- ¡Asesino!, gritaban otros.

- ¿Está muerto?, ¿está muerto?, preguntaba una voz que delataba goce.

- No respetan a nadie. A los automovilistas hay que matarlos a todos-.

- Se tiró sobre el auto... ¿no lo vieron?.

Lurianski apuró el paso, lo urgía dejar atrás los gritos de la muchedumbre y la sonrisa tan beatífica como difunta del viejo. Había llegado a la esquina y el griterío crecía, se dio vuelta y vio que la multitud se había trenzado a golpes de puño frente al cuerpo aún caliente. A lo lejos se acercaban, primero, las sirenas de los vehículos antimotines de la Federal, y luego, la de la ambulancia del SAME. Sobre el lugar ya revoloteaba el minihelicóptero de una agencia amarilla de noticias. Aprovechó el atascamiento de tránsito para cruzar la avenida vacía, sus alpargatas se pegoteaban en el alquitrán incandescente. Al llegar a la otra vereda, buscó el resguardo de un toldo que, por lo escaso, recordaba a un arbusto en el medio de la pampa. Tenía sed. Entró al bar y pidió una cerveza. Se había acabado. Se tuvo que conformar con un jugo envasado en tetrabrik donde el sabor de la banana se imponía a la naranja, al kiwi, al pomelo, al limón y al conservante. Un líquido tan pastoso como nutritivo que cumplía con todos los requisitos de una dieta balanceada.

- ¿No tiene algo frío?.

- Frío no me queda nada, pibe. La heladera no funciona desde la mañana.

- Bueno, qué se le va a hacer. Peor es nada ¿no?

- ¿Qué pasó en la calle?

- Un auto atropelló a un viejo. La gente discute si socorren al viejo o linchan al conductor. Me parece que prefieren lincharlo...así hay dos muertos en vez de uno.

- Y, la gente está alterada. Entre la falta de trabajo, de plata y el calor, con alguien se la tienen que agarrar.

Lurianski asintió sin énfasis. El jugo le había lubricado la garganta como un aceite, dejándole un gusto híbrido en el paladar. Sacó su tarjeta, la puso en la ranura de la caja que estaba conectada a la computadora maestra. El sujeto con quien había estado charlando, dijo el precio. El retiró su comprobante.

- Buenos días, míster.

- Buenos días, pibe, que Dios te ampare.

La brigada ya había llegado, también la ambulancia. La multitud se había dispersado y sólo quedaban los policías con sus uniformes caqui y sus bastones electrificados. El tránsito había retomado su ritmo. Recién cuando se callaron las bocinas, el profesor se dio cuenta el batifondo que habían estado haciendo. No en vano Buenos Aires era una de las ciudades más ruidosas del mundo.

CAPÍTULO 5

- ¿Buscás algo?
- Sí, pero por ahora estoy mirando.
- Mirá tranquila. Cualquier cosa me decís.

Estaba impresionada, tantos libros amarillentos apilados en estantes y góndolas conformaban un paisaje desconocido para ella. En los últimos años, las librerías no exhibían libros. Se entraba a un local blanco decorado con uno que otro detalle colorido y el cliente se sentaba frente a una pantalla y empezaba a teclear; cuando hallaba el texto, colocaba su tarjeta y abría el código de impresión al que sólo se accedía desde las librerías, que tenían un papel especial no fotocopiable. Había sido el modo de proteger los derechos de autor y poner cierto coto a la piratería que hacia fines del siglo pasado había tenido en jaque a las editoriales de todo el mundo. Como todo el movimiento quedaba registrado en la memoria, era de fácil control. Desde las computadoras personales se podía poner en pantalla un texto pero no imprimirlo. A los autores les había permitido saber la cifra exacta que vendían, y así, de lo que debían cobrar, y a la industria del libro, salvarse de la extinción. El texto ya salía impreso y encuadernado, con un copyright que se determinaba con una exactitud instantánea. Algunas librerías, para recuperar el clima tradicional, habían decorado las paredes con paneles que simulaban estantes llenos de ejemplares, pero el libro real estaba en el disco rígido no en el anaquel. El antiguo librero había sido sustituido por un teclado y un teléfono al que se podía acudir en caso de necesidad. Desde el otro lado de la línea, una voz grabada enumeraba una lista de inconvenientes posibles y ofrecía en riguroso orden las soluciones correctas. Tras muchos intentos fallidos, como último recurso, podía llegar a ocurrir que atendiese un ser humano, pero por lo general funcionaban las 24 horas del día sin empleados. Por ese motivo,

el hecho de encontrarse de entrada con una persona ya había sido una novedad.

La sorpresa la había cohibido. El vendedor, un hombre de 60 años, de sonrisa cordial y ojos “engafados”, se sentó y volvió a su lectura. Ella estaba desorientada frente a la magnitud del estímulo, las paredes saturadas de ejemplares se le venían encima y no sabía hacia dónde mirar. La pantalla le resultaba más controlable pues no podía abarcar más títulos que los que cupieran en su superficie. Por primera vez se encontraba con una dimensión física de lo que estaba encerrado en la memoria del aparato. Para ella, la cantidad de libros se medía en tetarabytes, no tenía representación visual de su inmenso volumen. Miraba para todos lados deteniéndose fugazmente en los lomos: Salgari, *Momo*, Dostoievski, *Historias de cronopios y de famas*, *El lobo estepario*, *Ana Karenina*, Alejo Carpentier, *Las venas abiertas de América latina*, *Las cósmicas*, Moliere, *El perfume*, *El Puercoespín*, *Galindez*, Ernest Hemingway, *El entenado*, *El amor en los tiempos del cólera*. Iba leyendo sin reconocer nada ni a nadie, su ojo era un cursor que se deslizaba al garete por palabras que no le decían nada, por nombres que, salvo alguna excepción, no conocía. A Dostoievski lo había leído en el colegio secundario pero no recordaba el título de la obra, era la historia de un demente que mataba a una vieja; la había aburrido. Si la empresa recicladora de papel no se la había llevado, la fotocopia todavía debía estar en algún estante de su cuarto. Se puso a caminar entre los exhibidores de madera que en el centro del salón acumulaban decenas de libros al borde de la muerte natural. Sus hojas eran un pergamino vulnerable al menor contacto; si alguien no se los llevaba ya, se destruirían en las cajas de maderas, ellas serían su ataúd, y si alguien lo hacía, los vería hacerse polvo entre sus manos al primer intento de leerlos; era difícil imaginar a quién podían interesarles esos despojos. *Colas Breugnon*, Romain Rolland, leyó en la tapa del primero de la pila. Lo tomó con delicadeza, miró al vendedor temiendo un reproche, pero él se limitó a sonreír. En la primera página, se podía leer una dedicatoria manuscrita: *Querida Mónica: que el amor nos encuentre siempre juntos, en la lucha, el lecho y el viento. Beto. 29 de mayo de 1969*. La emocionó. En esas páginas se escondía una historia de amor. Muy probablemente, las historias de amor de sus sucesivos lecto-

res. Pensó que sería hermoso que alguien le escribiese algo así. La magia ocre de un libro antiguo guardaba los secretos de un amor adolescente. Al menos a ella se le ocurrió que debía ser adolescente. Lo volvió a poner en el anaquel. Levantó la vista y un cartelito le llamó la atención: **Economía**. A simple vista ese tema abarcaba toda una pared. Los libros estaban ordenados siguiendo un orden alfabético caprichoso, después de Keynes, seguía Shumpeter, Smith y Ricardo. Marx no aparecía por ningún lado. Tal vez debía buscar en filosofía. Decidió preguntarle al librero.

- Busco un libro de Carlos Marx.

- ¡Qué sorpresa!, ¿cual?

- El *Manifiesto comunista* del año 1948.

- ¿No será de 1848?

- Claro, qué tonta.

- No te aflijas. No tenés por qué saberlo. Los manifiestos comunistas de 1948 eran muy distintos al de 1848. Casi una caricatura: lo peor y lo mejor en exceso. Y como sabrás, hasta lo mejor, cuando es en exceso, se adultera. Pero, bueno, ¿alguna edición en especial?

- No, la verdad, no sé. Me lo pidieron en la facultad y el acceso a través de *La gran Funes* está bloqueado.

Mientras ella hablaba, el hombre se orientaba entre los lomos siguiendo un código secreto de formas, colores, tamaños y texturas.

- La tengo en las *Obras escogidas*, en las *Obras completas*, y ...a ver...

Cambió de pared. Ahora su vista se perdía en las alturas de otra tan tapizada de libros como la anterior. Esta también se identificaba con el letrero que decía Economía. El vendedor trepó por una escalera de madera que corría por un riel amurado al cieloraso. Haciendo equilibrio sobre un peldaño, mientras aprovechaba para recuperar el aliento, hizo un paneo por uno de los estantes.

- Acá tengo una versión de editorial Inca, nunca supe la fecha de edición ni quién la editó... pero supongo que te va a servir, es muy barata.

Bajó todavía agitado.

- ¿Usted conoce todos los libros que tiene acá.

- Todos no, pero una buena cantidad. Al menos los que fueron importantes en mi vida.

- ¿Y éste fue importante?

El se sonrió.

- Si lo habrá sido...Pero bueno... ¿Lo llevás?

Ella lo sostenía en la mano con un respeto reverencial. El respeto reverencial que produce lo enigmático: una buena dosis de idealización y otra buena dosis de terror. Era una edición muy primitiva; la tapa estaba abrochada, no tenía editor responsable, ni copyright, ni lugar de impresión.

- Seguramente en su momento fue una copia clandestina.

- ¿Por qué? ¿Estaba prohibido?.

Su pregunta lo sorprendió.

- En este país estuvo casi siempre prohibido; y cuando se lo pudo leer sin trabas fue porque había perdido vigencia y no molestaba a nadie.

Camila se distrajo. Le llamó la atención el libro que él estaba leyendo.

- Pero ese libro es nuevo. ¿Usted también lee libros nuevos?

Esta chica es toda una sorpresa, pensó el vendedor.

- Claro, yo amo los libros. Todos los libros. Los nuevos y los viejos. Pero los viejos no sólo los amo, también los custodio. Los guardo como a sobrevivientes de una cultura extinta. Ahora se trabaja con las réplicas perfectas, pero conviene no olvidarse de los originales. Las librerías de viejo somos como las bibliotecas que aún subsisten: un museo de la memoria. A lo mejor puedan servir para que las copias no terminen resultando falsificaciones ... Pero, bueno, no me hagas caso, ¿lo llevás?

- Claro.

Camila sacó su tarjeta, la colocó en la ranura de la caja, el librero dijo el precio y ella tomó el comprobante. Cuando iba a recoger el libro, él agregó:

- Esperá que te lo envuelvo.

Lo puso en un sobre de colores, le pegó un moño y se lo entregó con una sonrisa paternal.

- Muchas gracias, dijo ella. Y salió con su obsequio en la mano a la ciudad donde el calor seguía siendo insoportable.

CAPÍTULO 6

- Hola Santiago, qué hacés.

- Y... sobrevivo. Vine a tomar algo fresco al bar y la heladera no funciona.

- No te quejes, tenés suerte que podés pensar en tomar algo.

- Gracias, ¡esos son consuelos! ¡Qué suerte tenés, le dijo el osobuco al lomo, a vos te comen en las mesas finas!... ¡Dejate de joder! ...

- Parece que no estás en un buen día.

- No, creo que no... Di mi primera clase.

- ¡Ah! ¿Y te fue mal?

- No, creo que no. A vos te hubiera gustado. Mandé a leer el *Manifiesto comunista*.

- ...

- Sí, no pongas esa cara. Ni yo sé lo que me pasó.

- ¡Me imagino!, vos a Marx lo citás sólo por error.

- Hoy me encontré con Oliver y me contó una historia increíble. Si tenés tiempo vamos a un bar y te la cuento... A otro lado. Acá no les queda nada.

- Bueno, pero pagás vos.

- Hecho.

En la cuadra siguiente había otro. Entraron. Como también estaba desabastecido de bebidas heladas, Lurianski fue a servirse café a la expendedora. Volvió con dos vasitos plásticos humeantes. Enseguida comentó:

- Es absurdo, hace como 30 años que empezaron con el tema del agujero de ozono, ya no podés salir a la calle sin embadurnarte con filtro 40, y siguen haciéndose envases plásticos descartables.

- Pero el agujero de ozono tiene que ver con los cloro-fluoro-carbonos, no con el plástico.

- No importa, da lo mismo, es que hoy tengo hipersensible el *window* ecológico.

- ¿Un brote de ecomarxismo?

- Algo de eso.

Y de un tirón, le relató la historia que le había contado Oliver. Al final, Juan exclamó:

- Pero ¿vos dónde vivís? Yo eso lo sé desde hace un año. Hasta conozco a un tipo que fue.

- ¿A apostar?

- No. A apostarse. El tiraba del gatillo. Fue dos veces, ganó plata para sobrevivir un tiempo y no quiso seguir tentando la suerte. Dijo que dentro de un año vería.

- Pero... ¿un marginal?.

- *My dear teacher*, la mitad del país es marginal ahora. Un cirujano con tres pibes y una frialdad a prueba de balas.

- En sentido estricto.

Se sonrieron sin entusiasmo.

- Sí, en sentido estricto. Frialdad de cirujano. El chabón se jugó al todo o nada. Estaba al borde del suicidio y lo salvó el determinismo probabilístico-. Tomó otro sorbo de café y le preguntó sorprendido: -¿Y esa cuestión te hizo citar a Marx.

- Supongo que sí. No sé. ¿Cómo era eso de que los filósofos se han dedicado a interpretar el mundo y ahora se trata de cambiarlo?

- Undécima tesis sobre Feuerbach.

- Te lo sabés de memoria.

- Y...mi viejo fue comunista, mi abuelo fue comunista; yo ví morirse al comunismo, a mi viejo y a mi abuelo...Algo me tuvieron que dejar. Sobre todo cuando ahora formo parte del inmenso ejército intelectual de reserva. Antes era el ejército industrial de reserva, pero ahora que no hay más proletariado en el sentido tradicional, quedamos nosotros, las cabezas generadoras de plusvalía.

- ¿Qué pasó? ¿Te echaron?

- Sí y no: el proyecto de investigación en el que estaba se suspende. *No more contract, no more job, no more money. Fuck them.* Ya soy viejo.

- Treinta y siete pirulos no es para considerarse viejo.

- Andá a decírselo al *boss*. Vos sabés bien como es la cosa. Es tu especialidad.

Lurianski se quedó pensativo. Tantos años archivado en el estudio de la desocupación le había hecho perder de vista de qué se trataba ésta en verdad. Para él era una estadística más, un cuadro de doble entrada con barras de colores que variaba por día de acuerdo a los lugares monitoreados. Microcentro, Gran microcentro, Buenos Aires, Gran Buenos Aires sur, Gran Buenos Aires oeste, y Gran buenos Aires norte. 4,6%, 30,4%, 49,8%, 53,6%, 70,3%, 25,1%. Sector AB1, AB2, CA4, etcétera, etcétera, etcétera. Los cuadros no tenían ojos, ni boca, ni lágrimas. Eran el frío algoritmo del saber exacto. De repente, la humanidad lo había agarrado de los huevos.

- ¿Y qué vas a hacer?

- No sé, en principio tomarme este café, después veré.

- ¿Necesitás algo?.

- Si sabés de algún trabajo avisame... Pero, seguí contándome lo de Marx que me interesa.

- No hay mucho más. Después de lo que Oliver me contó, me parecía una boludez poner a los alumnos a buscar nombres y teorías en la computadora. ¿Con qué fin? ¿Técnico-erudito? Era absurdo. De pronto me vino a la cabeza una frase del *Manifiesto Comunista*. Vos la recordará: “La historia de toda sociedad hasta nuestros días...

- “...no ha sido sino la historia de la lucha de clases”, completó Juan. Claro que la recuerdo: “Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, maestros artesanos y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos en lucha constante, mantuvieron una guerra ininterrumpida, ya abierta, ya disimulada; una guerra que terminó siempre, bien por una transformación revolucionaria de la sociedad, bien por la destrucción de las dos clases antagónicas”.

- Ya ahí empieza a errar el pronóstico, ni transformación revolucionaria ni destrucción de ambas... ¡Te lo sabés todo de memoria! Como el padre nuestro...

- En primer lugar, que sea un error es materia opinable, *my teacher*. Además, ya te lo dije, era el catecismo, la versión del Evangelio según San José... Stalin, me refiero. Y eso que a mí me tocó escucharlo en

plena autocrítica de la Glasnost. Cuando yo era pibe todavía reinaba el entusiasmo; en todo caso, el problema podía ser Bréshnev que era un corrupto, pero cuando se vino todo abajo, no lo podíamos creer. Ver las estatuas de Lenin sobre los adoquines de Moscú en los cables de la CNN, ver que desde la fase más alta del desarrollo social humano, como toda mi familia consideraba a la URSS, se pudiese caer en el atraso monárquico nacionalista ortodoxo que reivindicaba al zarismo liberal de mercado, fue un golpe durísimo. Mis viejos nunca lo pudieron asimilar. Jamás pudieron pensar las contradicciones de la historia del movimiento comunista porque estaban comprometidos hasta los tuétanos con esa historia. Pero yo aprendí mucho. Entre otras cosas, a recitar el *Manifiesto* como los radicales en la época de Alfonsín el preámbulo de la Constitución. Lo cierto es que las cosas no cambiaron para mejor desde entonces... ¿no te parece?

Lurianski no sabía qué contestar y se quedó callado.

- ...Pero bueno, les citaste la frase y qué más.

- Nada. Les hice descubrir que Marx no era ruso, ni inglés, ni belga. Nada importante. Pensaba dar una clase magistral y terminé haciendo lo de siempre: trabajar sobre la computadora buscando información. La verdad es que no tengo idea hacia dónde enfilarse ahora. Dios dirá...- Miró la hora, - Uy, tengo que irme. Llamame, y si tengo alguna novedad de trabajo, te llamo yo.

Se levantó como impulsado por un resorte, le dio un beso y salió a la calle. Le había parecido inoportuno contarle su reflexión sobre los desocupados de lujo y los jibaros civilizados. Aunque su amigo seguramente la aprobaría, había preferido callar. Cuando iba a cruzar la calle, un descuidista en moto le estaba robando el bolso a una mujer y dos hombres jóvenes se paseaban con una pancarta entre los autos detenidos frente a un semáforo en rojo. Se ofrecían para hacer cualquier trabajo.

CAPÍTULO 7

- Hola mamá.
- Hola Camila, ¿por dónde anduviste?
- Buscando un libro para la facultad.

Ya era casi de noche. Camila estaba de buen humor. Se había apurado a llegar porque sabía que entre las 20 y las 22 volvería a tener agua y había que aprovechar ese lapso para usarla a destajo. La telenet había informado que desde ese día y hasta que continuase la emergencia, ése iba a ser el intervalo que le iba a corresponder a su zona.

- Temí que no llegaras. Mientras voy lavando las cosas de la cocina, bañate, así después me ducho yo y vos terminás con lo que falte.

Escucharon el estampido de un chorro saliendo a borbotones de alguna canilla abierta. Camila opinó que provenía de uno de los dos baños y la madre se fue hacia la cocina. Era el momento del escupitajo marrón, el de la gran purga: todas las cañerías al unísono se quitaban el aire y la tierra que habían acumulado durante la jornada de ocio. En pocos segundos, cuando el agua reapareciese cristalina y clorada, empezaría la carrera por limpiar platos, llenar recipientes, lavar alguna ropa, bañarse o almacenar litros en el tanque para el siguiente período de sequía.

Sonó el teléfono. Ninguna de las dos atendió, no podían perder tiempo, el mensaje quedaría grabado en la computadora, esas dos horas valían oro. Después, volverían a las velas, al abanico toledano o chino, a la humedad rioplatense, al olor de los charcos y a escuchar mensajes.

La electricidad se recibía medida de acuerdo al tipo de artefacto eléctrico. Los días más tórridos los aire acondicionados y ventiladores estaban prohibidos. Encenderlos hacía al infractor pasible de multas severas; y era imposible que los organismos de control no se enteraran. Cada casa se conectaba a la red con cupos asignados de acuerdo

al aparato, cuyo consumo se estimaba de modo individual. En razón de ello, la cocina parecía un desarmadero de artículos electrónicos tan vistosos como inútiles. Había que esperar una buena lluvia en Itaipú y la buena voluntad luso-paraguaya para que pudieran ser usados de nuevo. Mientras tanto, correr se había hecho rutina y los habitantes de la ciudad maldecían ese progreso atrasado que cojeaba, todos anhelaban tener un río en la puerta de su casa. Terminada la prisa, la noche se hacía noche, el silencio sombra y el cansancio podía más que el deseo. En épocas como ésa, hasta escaseaban las fuerzas para hacer el amor, a lo sumo un polvo rápido antes que los cuerpos se quedaran pegados como velcros. El verano se había hecho insoportable. Como el contestador telefónico estaba conectado a la red de computadoras que tenía una fuente protónica de alimentación, no sufría los contratiempos de los demás aparatos.

Minutos después del corte, cuando buscaba reposo en el sillón *berger* del abuelo, Camila escuchó los mensajes guardados.

- Pedro, dice que ya está en el hotel, que cuando puedas lo llames.

La madre se acercaba desnuda secándose el pelo con una toalla, la luz de las velas disimulaba los zarpazos que los años habían ido dejando en su cuerpo. A pesar de haber pasado los cincuenta, lucía sensual. La piel absorbía las llamas cobrizas.

- Gracias hija, después lo llamo. Ahora no estoy presentable.

Compartieron una sonrisa cómplice.

- Y este paquete?... ¿es un regalo para mí?

- No, es el libro que fui a buscar”.

- El librero se enamoró de vos o me estás ocultando algo, dijo pícara.

- Pero mamáaaa...

- ¿Puedo mirar?

La autorización de la hija llegó después de que la madre ya hubiese rasgado el envoltorio. Se sobresaltó.

- *¿El Manifiesto comunista?*, ¿qué hacés con esto?-, exclamó cambiando de tono

- Me lo dieron para leer en la facultad.

- ¿No estarás en algo raro vos?

- Mamá, es un libro, ¿qué te pasa?

- Sí, pero como decía tu padre, hay libros y libros. Mirá que yo eso lo conozco porque lo viví.

- Te mantenés bien, no sabía que habías nacido en el siglo XIX, este libro es de 1848.

La respuesta de la hija la humilló. La hizo sentir tonta y vieja a la vez. Su modo de ver las cosas no era como el de los jóvenes y su coquetería sufría de un bajo umbral de tolerancia.

- Dame una vela- le ordenó en tono ofendido, hizo un giro brusco de 180 ° como si en vez de desnuda cargase sobre sus espaldas una gruesa capa de raso, y se fue, rolliza y rotunda, con la toalla hecha un turbante sobre la testa balanceando sus asentaderas libre de cualquier pudor.

Camila no percibió su gesto, simplemente se alivió de que se fuera, porque el hábito de la madre de pasearse desnuda la ponía tensa. Con amigas no le importaba, pero con la madre era distinto.

Se arrimó a la ventana. Esa noche el cielo lucía de peltre. Lo único rescatable de los cortes, pensó, es que la noche había vuelto a ser ella misma; había pasado un siglo desde que en las ciudades el neón habían opacado a las estrellas, sólo se sabía de la Vía Láctea por las ilustraciones de los libros de divulgación astronómica o las visitas al Planetario.

A Camila siempre la fascinaba ese vasto archipiélago de puntos titilantes, y ésa, en especial, era una noche diáfana: el cielo parecía un reflector sobre el que contrastaba el negro perfil urbano. Aunque la calle estaba vacía, ya se empezaban a ver las figuras que por las noches reptaban entre las sombras hacia su destino en los tachos de basura. El silencio era profundo, a no ser por el ruido lejano y uniforme de una avenida de tránsito rápido. Le pareció ver que, de golpe, las figuras se apiñaban sobre los tachos como ratas lanzándose dentelladas de ahora o nunca.

Se escuchó un disparo. Camila alcanzó a ver un fogonazo. Las ratas empezaron a chillar y, por un instante, se desbandaron. A los pocos minutos, comenzó a sonar una melodía. Era una antigua aria inglesa, creía recordar que se llamaba *Greensleeves*. Por fortuna, don Sebastián había terminado de hacer su flauta. Se sintió menos sola.

CAPÍTULO 8

Dos días después, fue la segunda clase. Como solía hacer desde sus épocas de estudiante, Lurianski llegó temprano. Ser puntual le parecía un acto de respeto hacia el tiempo de los demás que le había granjeado el mote de hinchapelotas. Cuando lo hacían esperar se fastidiaba tanto que se cuidaba de la recíproca. Las ocho eran las ocho, no las ocho y media, ni las nueve. En su opinión nadie tiene el derecho de disponer del tiempo ajeno como si fuera el propio. Yo puedo querer quedarme en mi casa masturbándome, pero no tengo derecho a forzar a nadie a que me espere mientras lo hago, le decía a sus amigos que lo escuchaban con la tolerancia altiva de los que escuchan sin escuchar. Es una cuestión de idiosincrasia, le replicaban; y él contestaba ¡Viva la idiosincrasia!, mientras levantaba una copa en caso de tenerla o la mano vacía si no. Desde que había iniciado su carrera docente como ayudante de cátedra, si la clase comenzaba a las tres de la tarde, él entraba a las tres en punto. Como sabía que los primeros minutos eran siempre para charlas de pasillo, les pedía a sus alumnos que llegasen antes para hacerlas; su clase empezaría en punto, aún cuando la iniciara proponiendo algún tema informal de conversación. El insistía en que su respeto hacia algunas formas se justificaba en la búsqueda del mejor espacio para un pensamiento informal. Ese segundo día llegó a la par que sus alumnos. Cuando se terminaron de acomodar, recorrió el aula con la mirada. Era puntillosamente fisonomista y algo discordaba. Aun cuando la primera clase había sido demasiado breve como para hacerse un panorama exacto del conjunto, tenía la certeza de que algo no correspondía. Cuando todos se callaron, preguntó:

- ¿Leyeron lo que les dije?.

Le explicaron que no era posible acceder al texto sin una contraseña. Su sorpresa fue ostensible y no demoró en sacar su computadora para

comprobarlo. Mientras buscaba, los alumnos seguían sus gestos con curiosidad. Algunos cuchicheaban, otros se sonreían, otros se cruzaban miradas suspicaces; todos esperaban. Lurianski, sumergido en la máquina, daba señales de un creciente disgusto. Parecía estar tratando de acceder desde diversos programas, pero en vano. Tuvo que pasar un buen rato antes de que empezara a balancearse rendido sobre las patas traseras de su silla de madera.

- Tienen razón. Y no tengo idea de cuál puede ser la causa.

Esa era una de las virtudes de Lurianski, por lo general no pretendía saber lo que ignoraba. Así se ahorra muchas mentiras. Otro hubiera simulado ya saberlo e insistido en las virtudes pedagógicas de la experiencia propia, o más inescrupulosamente, hubiera sanateado con aire doctoral. Él no. Confesaba no saber y se comprometía a buscar la razón.

- Qué raro... qué raro, repetía en voz alta mientras se empeñaba en transitar por la máquina, una y otra vez, los mismos estériles itinerarios.

- A lo mejor lo prohibieron.

El comentario cayó como una copa de cristal sobre el mármol. Provenía del ala derecha del aula. Lurianski levantó la vista buscando el rostro correspondiente a esa voz. Las cabezas de los compañeros viraron hacia Camila. La morocha crespa se ocultaba tras una mirada esquiva, arrepentida de haber hablado, pero consciente de que debía hacerse responsable de su afirmación. Sus ojos se encontraron con los del profesor. Para alivio de ella, los de él la acogieron con benevolencia. Por una fracción de segundo la mirada de Lurianski se distrajo en otra cara, pero enseguida volvió a ella.

- ¿Por qué lo decís?

- Y, no sé. Como siempre estuvo prohibido.

A él lo volvió a atraer la tez oscura de un hombre sin edad sentado en el fondo. Aun cuando la clase anterior la asistencia había sido perfecta, no recordaba haberlo visto. Creía haber encontrado la razón de su desconcierto. Volvió a Camila.

- ¿Y cómo lo sabes?

Ella no pudo disimular la incomodidad que produce ser descubierta hablando por boca de otro.

- Me lo dijo el librero...

- ...

Todos con su silencio le exigían continuar.

- El que me vendió el libro. Como el acceso estaba codificado fui a comprarlo a una librería de viejo. El vendedor dijo que casi siempre había estado prohibido, excepto cuando perdió vigencia.

- Si lo que sugerís es cierto, habría que pensar que la tiene de nuevo, ¿no?.

- Y, sí, no sé...

- ¿Pero por qué pensar que está prohibido y no que simplemente hubo algún error burocrático?, argumentó Ronald, con el único fin de contradecir a Camila.

- Las dos cosas son posibles, terció otro alumno.

- Claro que sí...

- Pero no...

- Quizás...

- No lo sabemos...

- La censura existió siempre...

- No hay que prejuizar...

- Tampoco hay que ser ingenuo...

- Estoy de acuerdo.

- Yo no.

Todos se habían lanzado a opinar, y Lurianski, si bien les prestaba atención, lo hacía con la mirada dirigida de soslayo hacia el hombre de piel cobriza que permanecía tan mudo como atento a la discusión.

- Bueno, no especulemos más. Ya voy a averiguar lo que pasó.

Urgido por evitar que un ambiente suspicaz tomara dinámica propia, se dirigió a Camila.

- Te felicito. Vos, entonces, pudiste leerlo. ¿Podrías comentarnos algo?

En efecto, lo había leído, pero prefirió ampararse en el mérito de ser la única que se había esforzado en buscarlo:

- No, profesor. Recién lo pude comprar ayer, y a la noche... usted sabe... no hay luz...

- ¡Cómo cambiaron las épocas!, Marx lo escribió a la luz de las velas, exageró, - pero ahora nosotros no somos siquiera capaces de leerlo a la luz de las velas.

Terminó de hacer ese comentario y se sintió injusto, estaba haciéndole un reproche a la única alumna que había hecho el esfuerzo de buscar una solución. Tal vez sus ojos lo llevaban a ensañarse con ella.

- No lo digo por vos... lo digo en general. La civilización nos ha hecho muy poderosos pero al mismo tiempo, mucho más débiles. Nuestro cuerpo tiene acceso a ortopedias tecnológicas que centuplican las posibilidades humanas, sin embargo, cada uno de nosotros está cada día más expuesto a su propia precariedad. Esa es la paradoja del trabajo contemporáneo, su productividad es cada vez mayor pero, del mismo modo vertiginoso, hay también cada vez más sujetos imposibilitados de realizarlo. La productividad individual del trabajo humano ha crecido en proporción geométrica, pero ese incremento no ha traído como consecuencia un mejoramiento de las condiciones de vida humana pensada en una escala social. Son tantos los individuos que quedan marginados de los procesos del trabajo que (independientemente del incremento demográfico, que exigiría otras consideraciones y que desde hace un lustro está estancado), si se prorrataran las horas improductivas sociales con las de los pocos que desde la revolución tecnológica de fines del siglo pasado se han podido mantener en el interior del sistema productivo, sería bastante discutible hablar de un aumento social de la productividad del trabajo.

Lurianski se sorprendió de lo que estaba diciendo, ni siquiera estaba seguro de que su argumentación fuera correcta, pero las ideas fluían solas como en un torrente sobre el que no ejercía ningún control. Pensó si su amigo Juan estaría de acuerdo. Lo ignoraba, pero el entusiasmo lo impulsó a continuar.

- Tradicionalmente la productividad del trabajo se ha medido de acuerdo a la capacidad de un trabajador para fabricar bienes en una unidad de tiempo fija. La productividad aumenta si Juan, que producía un coche por día, ahora fabrica dos. El increíble desarrollo de las fuerzas productivas que significó la revolución tecnológica aumentó la productividad de Juan pero también dejó sin producir a Pedro, José y María. Y de este modo, empírica y teóricamente, los marginó de los procesos productivos. Ahora bien, ¿es correcto excluirlos -insisto, tanto empírica como teóricamente- cuando su propia condición de margina-

les es una peculiaridad interna del sistema estudiado? El que no trabaja no queda afuera del sistema económico, sino que ocupa un lugar preciso -descriptivamente marginal- en el interior de dicho sistema. En este sentido, y habrá que pensarlo, la productividad del trabajo no será sólo la de Juan, sino la de Juan, Pedro, José y María; habrá que sumar el coche que produce Juan más el que no produce Pedro, más el que no produce José, más el que no produce María. La productividad individual del trabajo habrá aumentado, pero la productividad social no tanto como parece. Son las paradojas del progreso. Es como la cuestión de la electricidad que nos ha permitido, por un lado, transformar el planeta, pero por otro, también nos ha hecho incapaces de leer a la luz de una vela. La tecnología que nos ha brindado aparatos extraordinarios es, en días de cortes continuos como los que nos tocan, fuente de nuestra actual incapacidad. Gigantes de pies de barro, eso es lo que finalmente hoy somos... Con esto no intento criticarte a vos...-, sus ojos se volvieron a clavar en los negros de Camila, - “al contrario, te agradezco y te felicito por tu empeño. Mi reflexión ha intentado ser más general, plantear una puerta de entrada a la Historia económica... Traten para la próxima de conseguir el libro como hizo...

- Palermo, Camila Palermo.

- Como hizo Camila. Yo voy a tratar de resolver la cuestión de la contraseña. Y si para la próxima no lo consiguen, trabajaremos el primer punto del programa. La bibliografía está consignada allí. Buenas tardes.

Mientras se despedía, contaba mentalmente a los presentes. Eran cuarenta y un alumnos. En cambio, al revisar la planilla de firmas, figuraban cuarenta. Cuando levantó la vista para buscar al extraño, ya se había ido.

CAPÍTULO 9

El contraste térmico entre la facultad y la calle era enorme. Mientras los muros altos y macizos del edificio centenario protegían a los cuerpos del impacto directo del sol, la calle no ofrecía resguardo alguno. El aire caliente abochornaba a los transeúntes, los deshacía sobre el pavimento. Paró un taxi, en su interior estaba fresco. Maldijo que el viaje fuera a ser tan corto.

- Hasta Plaza de Mayo.

El taxista encendió la pantalla del asiento trasero y le ofreció el menú de itinerarios.

- ¿Qué recorrido prefiere?

- El más lento. Acá sí que se puede respirar.

- La verdad que sí. Los autos son uno de los pocos lugares respirables que quedan. Yo no me doy cuenta del todo porque después de un par de horas arriba del coche también siento calor, pero cuando me bajo... ahí sí... Hay que ser agradecido... y en días así, éste es un buen trabajo. Si uno tiene aire en el auto... Yo hace 20 años que trabajo en esto y antes...Y los autos sin aire...que la carburación...gasikeri...

Lurianski se había quedado dormido. Mientras que el taxista monologaba, el profesor había cerrado los ojos una fracción de segundo que se prolongó hasta la recova del Cabildo. Se despertó en su destino sin saber qué había pasado.

- Disculpe, me dormí.

- *No problem mister*, pasa todo el tiempo. Los días como éste, los taxis nos transformamos en cunas. Cada uno que sube dice lo mismo "Ah, qué fresco está acá", cierra los ojos y se duerme como un bendito. Unos roncan, otros hablan en sueños... si yo le contara...

- ¿Y yo qué hice?

- Usted, nada. Me dejó hablando solo, no más. En el obelisco hubo

un choque, se armó una galleta bárbara, según parece atropellaron a una vieja, y usted ni se enteró”

Lurianski introdujo su tarjeta en la ranura que había al lado de la pantalla, tomó el recibo y bajó; afuera lo esperaba el infierno. De inmediato entró al Ministerio del Interior que estaba más fresco. Las colas frente a las pantallas de informes, al igual que las de registros de visitantes y de inspección electrónica, se desplazaban con nerviosa lentitud. Su destino era el cuarto piso y era evidente que llegar no iba a ser fácil.

¿Por qué el acceso al libro podía estar codificado?, pensó. Todavía no se había recuperado de la sorpresa.

Después de recorrer infinidad de pasillos laberínticos entró a una oficina donde un letrado le anunciaba: SU NUMERO ES EL 75. SU TIEMPO ESTIMADO DE ESPERA ES DE 30'. Se sentó junto a dos personas que aguardaban. Tomó su computadora y la conectó con el control remoto a uno de los switches que para ese fin había en la habitación. Mientras esperaba, buscó “Carlos Marx”: Figuraba *El capital*, FCE, traducción de Wenceslao Roces. Ese libro no requería ningún código de ingreso. *La ideología alemana* tampoco. *Manuscritos económico-filosóficos*, tampoco. Fue monitoreando distintos textos y en ninguno parecía haber inconvenientes ... *La lucha de clases en Francia entre 1848 y 1850*, éste sí estaba codificado. No podía hallar ninguna razón que explicara el porqué. De una habitación salió una persona. A través de un parlante una voz anunció: 73 PASE. Uno de los que esperaban, un hombre calvo en actitud beligerante se levantó y entró. El otro, más joven, que aguardaba junto a él, prensó unos papeles en su portafolios, lo cerró y se encogió en el borde de la silla como un puma listo a saltar ni bien lo llamasen.

Lurianski nunca había estado en esas dependencias, pues tampoco se le había planteado un inconveniente parecido. Se sabía en la obligación de llevarles una respuesta a sus alumnos, lo impulsaba el remordimiento de haber recomendado un texto sin haberlo revisado antes. Como había improvisado, no había buscado una bibliografía a la vez pertinente y disponible. La idea de la censura que había sugerido Palermo le parecía absurda pues desde el momento en que la hiperinformación comenzó a funcionar como un sistema natural de censura por

saturación, la prohibición lisa y llana se había hecho innecesaria. Por otro lado, las condiciones políticas y económicas habían variado tanto que una proclama exitista previa a la revolución tecnológica de fines del siglo XX, que pronosticaba el inevitable triunfo obrero, era, en su opinión, un pasatiempo de erudito. Era cierto que él no lo había indicado con ese espíritu, pero tampoco lo consideraba vigente.

La puerta se volvió a abrir, salió el pelado colérico con cara de tiempo perdido, y el joven, sin esperar que lo llamasen, se avalanzó hacia la puerta al tiempo que la voz del altoparlante anunciaba: 74. PASE. Su desplazamiento debió ser más rápido que la voz, pues una alarma alcahueta empezó a chillar mientras la voz repetía sin pasión: VUELVA A SU ASIENTO. NO PASE. VUELVA A SU ASIENTO. NO PASE.

Su antecesor en la cola volvió a su lugar con el rabo entre las piernas y miró a Lurianski con un aire furtivo de matiz culposo.

- Parece que es eficaz la policía electrónica.

Tan avergonzado el hombre estaba que sólo atinó a hacer un movimiento afirmativo con la cabeza.

- Si fueras un delincuente te electrocuta en el acto, insistió el profesor.

La ironía distendió el ánimo del infractor.

- Hace meses que para un trámite sencillo me tienen de acá para allá. Estoy harto de que me forré una máquina. Los empleados son inútiles, no saben más que teclear y repetir lo que la computadora me informó el primer día.

Era un joven de su misma edad que le anticipaba la telaraña burocrática (así la llamaba un amigo) que lo esperaba. En un instante se vio sujeto a la omnipotencia de la necedad con poder. “Burrócratas hubo siempre, pero en las últimas décadas se escudan detrás de la precisión de una inteligencia con la sensibilidad del microchip”, le hubiera dicho su amigo de estar allí. Porque, era fácil comprobarlo, las cadenas de mandos estaban disimuladas detrás de seductoras voces pregrabadas que repetían: SENTIMOS MUCHO EL INCOVENIENTE QUE LO AFECTA. ESTAMOS TRABAJANDO PARA SOLUCIONARLO A LA BREVEDAD. DISCULPE Y GRACIAS. Y la brevedad se hacía esperar horas, meses o incluso años. El sistema estaba tan perfec-

cionado que cuando el sensor detectaba la queja de una mujer, respondía una gruesa voz de hombre, y cuando la de un hombre, una pulposa voz de mujer. En definitiva, la máquina era puritana, indiferente a los hábitos sexuales, se regía por el timbre del que hacía el reclamo. A él siempre lo había impresionado el modo ovino de respuesta que por lo general adoptaba la gente frente a la arbitrariedad maquinaica: bueno, está bien, mascullaban, y su enojo no pasaba del refunfuño autoreferencial o la queja en el vacío. Las largas colas eran aceptadas como la salida del sol, la tormenta de Santa Rosa o los atascamientos en los peajes de las vías de tránsito rápido. El empleado que manejaba la computadora era un dechado de buenas maneras entrenado para no encontrar soluciones. El sistema abarcaba todo: pago de impuestos o servicios, inscripciones, suscripciones, compra de objetos a domicilio, cobro de haberes; si todo funcionaba bien el sistema mostraba su eficacia, pero si algo andaba mal... pues andá a reclamarle a Bill Gates, decía su amigo antiburocrático. Además, en su caso, la posibilidad de que detrás del error se ocultase alguna jugarreta política, le presagiaba un laberinto concebido por un borracho.

De repente, se encontró solo; perdido en sus cavilaciones, no se había dado cuenta que el joven ya había entrado. Se puso a caminar por la habitación, TOME ASIENTO POR FAVOR. TOME ASIENTO POR FAVOR. La voz también ocultaba un ojo colosal. Pensó en replicarle, insultarla, rebelarse, pero como todo aquel que ingresaba a esas oficinas, temía la represalia, y lo que más quería en ese momento era encontrar rápido una solución e irse.

Se sentó, miró la hora. Las 15.28. Había ingresado a las 15.01. Faltaba poco.

A las 15.31, salió el joven. La exactitud era tan perfecta como inútil.
75. PASE.

Era su turno.

CAPÍTULO 10

- El tícher estaba sorprendido en serio.
 - Y sí. ¿Por qué no habría de estarlo.
 - En general, los profesores averiguan antes las fuentes bibliográficas. No te dan para leer libros que no existen.
 - ¡Cómo que no existen!.
 - Bueno, que no se consiguen.
 - Se consigue. Yo lo conseguí. Te vas a la avenida Corrientes ... y lo comprás.
 - Bueno, no te enojés... ¿ Por qué no te venís a casa a leerlo?
 - No empieces, Ronald.
 - No empiezo ... sigo.
 - Sí, pero yo no quiero seguir. Somos amigos y punto.
 - Yo no te dije de ir a la cama. Te invité a casa a estudiar. Nada más.
- Lo demás corrió por cuenta tuya.
- Te conozco....
 - Mirá, vos conseguiste el libro y yo quiero leerlo. Vos ponés el texto y yo el aire acondicionado. Es una propuesta justa.
 - ¿De qué aire acondicionado me hablás?
 - En mi edificio hay generadores propios.
 - Vos sí que sabés negociar.
 - Es de familia. Mi papá me enseñó. ¿O cómo te crees que hizo la fortuna?
 - Explotando el trabajo de otros, así la hizo.

Camila se sorprendió de lo que acababa de decir. El comentario le había salido del alma, y aunque no entendía la densidad de su afirmación, sintió un placer casi perverso cuando la cara de Ronald se transfiguró.

- Qué decís. Mi viejo se rompe el lomo trabajando de la mañana a la noche. Cuando sus empleados se van a la casa a descansar, él sigue hasta

cualquier hora. ¿De qué explotación me hablás? Siempre pagó buenos sueldos, cubrió los seguros de salud, hasta dio vacaciones. Explotación del trabajo de quién. ¿De qué otros...?.

- No te enojés... Lo digo en sentido general.

- Qué sentido general, ni qué ocho cuartos.

- Marx dice que el capital se obtiene del trabajo asalariado. Que unos aumentan el capital porque la mayoría les vende su trabajo a cambio de un salario. Eso dice en el libro que nos dio Lurianski para leer. No hablo de tu papá, que es un buen tipo.

- No sé qué dice el Marx ése. Habrá que leerlo, pero mi viejo se fija un salario de acuerdo a lo que trabaja. Y el sueldo es alto porque trabaja más que sus empleados. El produce y vende, sabe cómo producir más barato y cómo vender más caro en el momento justo. Todo *on line*. Paga los impuestos y colabora cada vez que se lo piden. Nunca cagó a nadie y vive bien porque fue más inteligente que otros. El mundo es así, de los más aptos, siempre ha habido gente más inteligente y gente menos inteligente, más linda y más fea, más rica y más pobre. Es así, fue así, y así será.

Camila se sentía abrumada por la respuesta enfática de Ronald. Había hecho un comentario al pasar que no podía sostener y repetido lo que le había quedado de las lecturas de las noches anteriores; y si bien no hallaba respuesta a los argumentos de él, los intuía falaces.

- Mirá, conseguite el libro y leelo. Después charlamos. A tu casa no voy a ir porque no vamos a estudiar nada. Te agradezco el aire acondicionado, pero a la noche tengo que ayudar a mi mamá. Yo no tengo generador propio”-.

- “Hacé lo que quieras”-.

Ronald, disgustado con Camila, tomó con alivio que rehusase su invitación. La pareja de ellos había durado unos meses, primero con algo de entusiasmo y luego con algo de tedio, jamás con pasión. El era muy formal para el gusto de Camila, y Camila era demasiado imprevisible para el gusto de él. Sin embargo, Ronald la seguía buscando pues no podía terminar de digerir que ella, de un día para el otro, le hubiera dicho basta. Por otro lado, Camila en la cama era una chica inusual, al menos para la breve experiencia de él. Para ella, el cuerpo era un don

natural a cultivar, un refugio para las penas y un salón de festejos para cualquier alegría. Y a él, este espontáneo desparpajo lo había inhibido durante semanas. Cuando comenzó a atreverse, ella le anunció el *game over*.

Se dieron un beso anodino y se fueron en direcciones opuestas. Ronald, herido por esa injuria que sentía inmerecida, y Camila mortificada por su propio comentario, en especial, por la insolencia con que había defendido su punto de vista. Él, disgustado con un libro que podía decir tales cosas, ella, dispuesta a leerlo con más cuidado para tener mejores argumentos en alguna ocasión futura.

CAPÍTULO 11

Lurianski estaba demasiado disgustado como para volver a su casa. Con cortos pasos de autómata había llegado a Florida y Sarmiento. Había caminado desde la Plaza de Mayo sin rumbo fijo, y en esa esquina se detuvo frente a la publicidad de un cibersexshop. El inmenso holograma de una mujer desnuda lo tomó de sorpresa, y sin pensarlo, estaba comprando fichas para una sesión de sexo virtual. El ambiente estaba climatizado: o tenía generadores propios o los administradores habían pagado una suculenta coima o, más probable, el dueño fuera un alto funcionario del gobierno. Se llenó los pulmones de aire reciclado pero fresco y se dirigió al gabinete que le habían asignado. Una mamada de Catherine Deneuve se pagaba el doble porque era clandestina por partida doble. Si la septuagenaria actriz se enterase del uso que se hacía de su rostro juvenil en estas latitudes podía hacer una demanda multimillonaria. Claro que los primeros en hacerse los distraídos eran los funcionarios de la embajada de Francia que, encargados de proteger los derechos de sus conciudadanos en ultramar, eran los primeros en dar rienda suelta a sus más cholulos sueños eróticos. Lurianski hubiera preferido otra mujer, pero las posibilidades de elección eran pocas: Kim Bassinger, Deni Moore o Michelle Pfeiffer, estaban ocupadas; Marilyn Monroe y Sonia Braga, dos clásicos, estaban en el service; Sharon Stone estaba fuera de circulación; y las demás eran actrices más desconocidas o tan jóvenes que no formaban parte del altar erótico de su adolescencia. En su opinión, era una pena que las actrices nacionales no fueran usadas en ningún sexshop, pero el riesgo de que se enteraran era mucho más grande y así también la posibilidad de que iniciaran acciones legales por los lasermontajes con que se producían los escenarios de cibersex. A los 14 años había visto en un cine club una vieja película de un director español llamado Luis Buñuel, *Belle de jour*, que lo había excitado lo suficiente como para que la elección no hubiera sido sólo por descarte.

Antes, se dio una ducha: le daba asco su sudor. Se desvistió, puso una ficha y el agua se desplomó sobre su cabeza. A los cuatro minutos sonó la chicharra y, en punto, a los cinco, la roseta se secó de golpe. Se pasó la toalla por el cuerpo y salió con la ropa en la mano hacia el gabinete donde lo esperaba Catherine. En el trayecto se topó con dos hermosas jóvenes, tan desnudas como él, que iban hacia su propio ensueño. Se miraron, se sonrieron, y siguieron su camino. Cuando entró al gabinete asignado, su pene seguía flácido; su mente no lograba abandonar el Ministerio, la discusión casi virtual casi real que acababa de tener. Se sentó en un sillón obstétrico con los genitales colgando entre las piernas, cerró los ojos para dar paso a su imaginación, pero su pene seguía muerto. Se puso electrodos en el glande, en el ano, un par de guantes conectados a una consola y el casco envolviendo su cabeza. Tocó el botón de *start*. Pocos minutos pasaron antes de que su cuerpo desnudo, recostado sobre la butaca con las piernas apoyadas en dos perneras como una mujer abierta a una revisión ginecológica, diera señales de excitación. Sus manos guantudas navegaban como buscando algo invisible entre sus piernas mientras su pene se erguía sin prisa ni pausa. Sus piernas se empezaron a mover, sus brazos a abrazar el vacío a la altura de sus genitales, el casco a incrustarse en la almohada de cuerina a un ritmo cada vez más intenso y su pelvis a planear pivoteando sobre las piernas y los hombros. Con los cables y el casco colorado, el profesor parecía una inmensa hormiga priápica, desnuda y expuesta, en una sesión de electroshocks. Su erección parecía tironearlo hacia arriba en movimientos rítmicos que se fueron haciendo cada vez más urgentes. De repente, echó sus brazos hacia atrás, sus piernas sufrieron una crispación y el glande amoratado y turgente se derramó sobre su vientre velludo. Con el casco ladeado sobre su hombro y el cuerpo exhausto, el profesor acabó como cualquier pobre víctima de un thriller clase B: desarticulado y sin gracia.

Odiaba su propia imagen cuando se sacaba el casco. El semen encharcando el vientre, los muslos, los huevos; esa baba pegoteando el vello del pubis lo hacía sentir más solo que nunca. Siempre le pasaba lo mismo, buscaba la higiene eyaculatoria y encontraba el disgusto pringoso. Quería vaciarse de la mierda que sentía adentro y terminaba

embadurnado como chanco en el chiquero. La sexualidad virtual lo dejaba siempre insatisfecho. Las primeras veces que la había utilizado, no. Era extraordinario penetrar a un personaje de ensueño y polución, sentir el cuerpo de Sharon Stone en las manos, penetrar su concha rubia y húmeda, sentir su boca ventoseándole el pene con sus labios redondos. Pero con el correr de la costumbre, terminó resultando una masturbación ultratecnologizada que le desnudaba no sólo el cuerpo sino el alma rota. En realidad, ya hacía bastante tiempo que no cogía en Hollywood. Después de los primeros años, en que habían hecho furor, los cibersexshop habían empezado a perder clientela. El reciente descubrimiento de una vacuna contra el SIDA había hecho recuperar los contactos directos y presagiaba el resurgimiento de una nueva revolución sexual que todavía estaba en sus albores; las huellas del temor que había restringido la indisciplina del sexo a la masturbación cibernética o teleinformática, era fuerte en la conciencia colectiva, pero los seres humanos volvían a preferir los imperfectos cuerpos de carne y secreciones a la pasteurizada belleza de una ciberwoman o a la robustez atlética de un macho virtual. Aún así, había días en que no estaban disponibles mejores alternativas que ésas.

Lurianski se lavó, se vistió y se fue hacia la calle. Estaba oscuro. Miró la hora, eran las 17 hs y parecía medianoche. Le bastó alzar la cabeza para encontrarse con unas gruesas nubes de plomo que se camuflaban con los contornos de la ciudad anunciando un diluvio. Se volvió a acordar de su conversación (de algún modo tenía que llamarla) en el Ministerio. Otra vez la ira lo estaba prepoteando. La Deneuve ya había desaparecido y en su cabeza se repetía la respuesta mecánica del funcionario frente al teclado: “No estoy autorizado para darle esa información. En dos semanas será notificado. Buenas tardes”

CAPÍTULO 12

“Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo. Todas la fuerzas de la vieja Europa se unen en una Santa alianza para combatirlo: el Papa y el Zar, Me-ter-nich y Gui-zot ...”, recién comenzaba a estudiar y Camila ya no sabía de qué ni de quienes hablaba el texto. Su anterior lectura había sido demasiado superficial como para detenerse en esos detalles. Buscó en la Enciclopedia, *“Metternich, Klemens Wenzel Nepomuk Lothar, príncipe de, (1773-1859), estadista austriaco. Entró en 1790 en el cuerpo diplomático. Casado (1795) con una nieta del Canciller Von Kaunitz, se introdujo gracias a este matrimonio en los altos círculos políticos. Asistente al Congreso de Rastatt (1797), embajador en Sajonia (1801), en Prusia (1803) y en Francia (1806), en 1809 ocupó los cargos de ministro de Asuntos Exteriores y Canciller. Desarrolló en principio una política francófila, concertando el matrimonio de Napoleón con la archiduquesa María Luisa (1810) para luego firmar la alianza que tras el desastre de las tropas napoleónicas en Rusia, derrotaría definitivamente al Emperador francés y cimentaría la potencia militar que le permitiría en 1813 afirmar la hegemonía austriaca en Europa con la firma de los acuerdos de Reichenbach, la celebración del congreso de Praga y la constitución de la Cuádruple Alianza. Se opuso a la unificación alemana para salvaguardar el papel dirigente de Austria en la Confederación Germánica. Arbitro de la política europea desde 1815, se fijó como objetivo la creación de un polo conservador para hacer frente a los brotes de liberalismo y nacionalismo revolucionario que surgían por toda Europa. Con este fin se celebraron los Congresos de Viena (1814-1815), Aquisgrán (1818), Karlsbad (1819), Viena (1820), Troppau (1820), Leibach (1821) y Verona (1822), en los cuales, entre otros, se fijó el principio de intervencionismo para sofocar los movimientos liberales. En política interior, vio coartado su poder desde 1826 por la Conferencia de Estado. Su política autoritaria dio lugar en 1848 a un movimiento revolu-*

*cionario que entre otras cosas le obligó a exilarse. A su regreso en 1851, había perdido su influencia política. (Para más datos escribir **Ampliar**)”* Como siempre, no lo hizo. La Enciclopedia estaba diseñada según tres módulos que acumulaban cantidades crecientes de información: el nombre de un personaje ofrecía una primera referencia, luego otra con más datos y por último una tercera con aún más. Era como una muñeca rusa invaginada: una matrioshka pequeñita con alguna decoración somera, adentro, otra más grande con los detalles del rostro y la vestimenta más trabajados y, en su interior, una tercera, redonda y panzona, que amplificaba hasta la exasperación los defectos y virtudes de las otras dos. Todo lo que acababa de leer le decía muy poco, casi todos los lugares eran desconocidos para ella, Viena no, Francia, por supuesto, tampoco, de Praga tenía los folletos de un viaje que sus padres habían hecho cuando el papá aún vivía, ¿Verona sería la de Romeo y Julieta?, Prusia le sonaba familiar, pero los demás nombres de personas y lugares eran un galimatías, lo único que le quedaba claro era que este señor era austríaco, que se había casado por conveniencia, había hecho acuerdos con varias naciones (en especial con Francia) para garantizar la hegemonía de Austria en Europa (se estaba enterando en ese momento de que Austria había sido alguna vez una potencia), y había formado un frente conservador que se oponía a los liberales y a los nacionalistas revolucionarios. ¿Los comunistas serían entonces liberales y nacionalistas revolucionarios?, nada encajaba con lo que ella sabía a partir de la información de los multinoticieros. Los gobernantes que había conocido se decían liberales pero eran conservadores y, aunque no fuera un tema en cuestión, también eran anticomunistas. Seguía en ayunas y sabía que pedir ampliación sólo le ampliaría la ignorancia. Buscó Guizot: *“Francois, (1787-1874) Político e historiador francés. Profesor de historia moderna en la Sorbona (1812). Durante la Restauración ocupó diversos cargos políticos, y durante los Cien Días se unió con Luis XVIII en Gante. Partidario de una monarquía liberal combatió tanto a los ultrarrealistas como a los republicanos.”*

Empezó a aburrirse y a saltarse párrafos.

“La caída del gobierno de Decazes (1820) le hizo perder sus cargos políticos ... Diputado en 1830, contribuyó al triunfo de la monarquía burguesa de Luis Felipe (1830-1848) En este período se convirtió en jefe de los conser-

*vadores autoritarios e inmovilistas. ... dirigió la política francesa, apoyándose en la gran burguesía e impidiendo toda reforma electoral y social. En 1833 hizo aprobar una ley sobre instrucción pública que garantizaba la enseñanza primaria gratuita. La revolución de 1848 truncó su carrera política y la abandonó para consagrarse a su obra de historiador, dentro de la cual sobresalen Histoire de la Revolution d'Angleterre (1826-27) y Memoires pour servir a l'histoire de mon temps (1858-1867) (para más datos escribir **Ampliar**)”* Para qué más, éstos escasos ya saturaban. Se dio cuenta de lo ajeno que le resultaba todo aquello. Guizot al igual que Metternich era un conservador que terminó su carrera política en 1848. Era obvio que ése había sido un año importante. Pero este conservador había impulsado la educación gratuita, que por lo que sabía, había sido siempre una bandera de los progresistas. Por si fuera poco, defendía la monarquía... liberal. Camila no entendía nada... De lo que estaba segura era de que la historia no formaba parte de su universo cotidiano, nunca le había interesado. Recordaba a sus profesores de química, de matemáticas, de computación, pero prácticamente a ninguno de los de historia. Sólo a uno, a un viejo barbudo de pelo muy largo que solía insistir en que era lógico que a los jóvenes les importasen un bledo las luchas que forjaron los estados nacionales cuando apenas dos siglos más tarde esos mismos estados nacionales estaban virtualmente en extinción absorbidos por los grandes intereses multinacionales. El repetía siempre: “del mismo modo que en la monarquía constitucional inglesa el rey reina pero no gobierna, en las democracias parlamentarias modernas los tres poderes gobiernan pero no tienen el poder”. Juicio que volvía a diario a su cabeza cuando los medios informaban acerca de la manera en que tal o cual lobby había impuesto una ley o trabado otra en el parlamento, y cómo el mismo diputado que una semana antes se desgarraba las vestiduras defendiendo una posición, a la siguiente exhibía, tan avieso como circunspecto, las ventajas pragmáticas de las convicciones veletas. Camila pertenecía a una generación educada en la prescindibilidad de la historia. El tiempo instantáneo del zapping y el video clip se hallaba en las antípodas de una secuencia de antecedentes, acontecimientos y consecuencias. La memoria activa había sido sustituida por la presencia pasiva de lo que se impone porque está, sin el esfuerzo de buscarlo,

recrearlo o construirlo, tan solo tomarlo. Ella era hija de un tiempo de totalidades inertes; el mundo era una casa compacta intercomunicada del desván al altillo donde todos conviven amuchados pero nadie conoce al otro. Podía tener amigos en Beirut, un novio en Alaska, pasear en camello por el Sahara, compartir una mesa de café sin café con un chico nacionalizado francés nacido en Croacia y con su tímido vecino de la casa lindera que jamás se había atrevido a dirigirle la palabra en la calle pero que ahora se acercaba oculto tras un seudónimo a través de la pantalla, pero de la historia real que suda cadáveres, no sabía una palabra. En una pantalla, hasta la guerra más cruel es una ficción. Y las ficciones no sangran, aunque hagan sangrar. La historia requiere un tiempo que el teclado no otorga. Está hecha de tiempos silenciosos en los que un ejército recorre miles de kilómetros o un correo secreto se extravía en un bosque igual a otro bosque, pero ella había nacido en una época en que los tiempos se saltan y los bosques se obvian. Donde los tiempos silenciosos que sostienen la vida son barridos por el ansia de nuevos sonidos. Un tiempo en el cual, como rezaba una propaganda en su niñez: el futuro es hoy.

- ¿Qué hacés, Camila?.

La voz de la madre se impuso desde el rellano umbrío de la escalera.

- Estoy leyendo..

- Entre esas velas y la computadora te vas a terminar arruinando la vista.

- ¡Ayyyy, mamáaa!, ¡¿ En el siglo pasado escribían los libros a la luz de las velas y ahora nosotros no podemos leerlos?!

- En el siglo pasado, había electricidad.

- Bueno, el anterior, o el otro; no importa. ¿O los libros llegaron con la luz eléctrica?

- Y... se escribirían de día, o tendrían la vista arruinada.

La discusión era insostenible. Ambas lo sabían. La madre estaba tan cansada que optó por cambiar de tema, uno que le permitiera irse a la cama enseguida.

- Llovió para nada. Qué calor que hace.

- No llovió. Parecía que llegaba el fin del mundo, yo vine corriendo para no empaparme y al final cayeron tres gotas de porquería.

- ¿Llamó Pedro?.

- No. Tu marido no llamó..

Cuando quería hacer notar su fastidio, Camila llamaba “tu marido” a Pedro. Él era un hombre pachorriento que había ayudado mucho a la madre y que había mantenido con ella y su hermano Julián un vínculo amable y hasta por momentos amoroso. (Al mayor no había tenido oportunidad de conocerlo) Era agente de seguros y viajaba constantemente por el interior del país a visitar clientes. Por ese motivo estaban juntos un promedio de siete u ocho días al mes, lo que ellos consideraban el tiempo óptimo entre dos personas a una edad poco dispuesta a sacrificar sus manías. Por lo general compartían fines de semana, muy de vez en cuando una semana completa y, eventualmente, alguna escapada entre lunes y viernes supeditada al costo del pasaje y a la obligación de cuidar su trabajo. Porque a sus 53 años, tenerlo era un privilegio inusual sostenido en su capacidad para promover negocios y al mismo tiempo no generar conflictos. En todas las empresas que había servido era recordado como un paradigma del trabajador de la época: emprendedor, eficaz y obediente.

En la calle se escuchó una melodía barroca.

- ¿Qué es eso?

- Don Sebastián, con su flauta.

- ¡Qué loco está ese hombre!

- ¿Qué tiene de loco tocar la flauta?.

- No lo digo por eso. Lo digo porque está loco... sólo por eso. Fue un comentario, nada más. Con vos no se puede hablar.

- ¡¿Conmigo no se puede hablar?! Mejor andate a dormir, mamá. Si llama tu marido, ¿te aviso?

- Sí, es lo mejor. Avisame a cualquier hora. Y no te quedes hasta tarde leyendo con esa luz. Te vas a quedar ciega. Yo sé lo que te digo. No seas caprichosa.

- Está bien, mamá, andate a dormir.

Se asomó a la ventana. La melodía que tocaba don Sebastián se había adueñado de un cielo sin estrellas. Las sombras alrededor de los tachos de basura se movían con una inusual serenidad, y hasta las fogatas que los sincasa encendían noche tras noche bajo los restos abortados de la

autopista se movían con la parsimonia de un mimo. En ese momento, se acordó de un dato que acababa de leer: Guizot había vivido 84 años escribiendo libros a la luz de las velas; y eso mucho antes de los descubrimientos de la penicilina o la ingeniería genética. A Camila se le hizo evidente que sus perspectivas de vida difícilmente fueran a pasar por las razones de su madre.

CAPÍTULO 13

- Juan, tenés un rato para que te vaya a visitar.

- ¿Cuándo? ¿ahora?.

- Sí, ¿es muy tarde? ¿Estás ocupado?

- Ni es muy tarde, ni estoy ocupado. Traete algo para tomar. Yo estoy *empty* de guita y gasolina

- Bueno, voy para allá, gracias viejo..

Lurianski no podía dormir. Desde que a la tarde había llegado del centro no paraba de caminar por el living de su departamento. De la ciberaventura erótica no quedaba nada, la amenaza de tormenta había terminado en amenaza y desde entonces no había podido dejar de cavar sobre lo mismo: la estandarizada y hueca respuesta que había recibido a su reclamo. Si hubiera sido sólo estándar, no se hubiera preocupado tanto, en definitiva ése era el modo de cualquier burócrata, digital o a tracción a sangre; pero las evasivas del supervisor y el mutis por el foro que había hecho el director tras sus airados reclamos lo inducían a pensar en alguna cuestión más compleja que una burocratada. Nadie había querido ampliar la respuesta del primer empleado: *No estoy autorizado para darle esa información. En un par de semanas será notificado.* Aunque con más palabras, más gentileza impostada, más circunloquios, nadie había sido más explícito. Lo que peor lo ponía era estar metido en ese embrollo por su repentino arranque de sensibilidad social. El podría haber dado su clase sin incluir a Marx, o sólo mencionándolo, sin tener que hacerse cargo de un texto que conocía poco, ni de las probables implicancias políticas que su lectura pudiera acarrear. Porque aunque él sabía que el marxismo seguía siendo un cuco para mucha gente y los inquisidores un ingrediente básico del llamado Ser Nacional, aún así consideraba inadmisibles que se censurasen sus obras. En su juventud, lo había leído con el talante crítico con que se acercaba a cualquier

texto y, luego, arrastrado por la vorágine de sus éxitos como estudiante y más tarde como profesional, había sido llevado en una dirección opuesta a esas lecturas. Pero algo había quedado, aunque más no fuera los eslóganes que Juan y Oliver -sus amigos marxistas-, repetían aquellas noches en que evisceraban el mundo a golpe de labia entre hectolitros de cerveza. El escarpelo argumental de varios cirujanos jóvenes y soberbios diseccionaban a un enfermo desahuciado llamado Mundo. Y él era uno de ellos. Aunque, la aclaración es necesaria, el único optimista: uno más próximo a las nuevas tecnologías, que creía en la poderosa acumulación que beneficiaría a todos, aunque con muchas víctimas al principio, con más beneficiarios después. Maldijo el momento en que se había dejado arrastrar por su deseo de provocar. Ahora tendría que acompañar las preguntas de sus alumnos hasta el final; y no sabía cuál iba ser éste.

Mientras pensaba en estas cuestiones, ya se había subido a un taxi y llegado a la casa de Juan que vivía en una planta baja en Caballito. Desde Honorio Pueyrredón todo estaba a oscuras. Bajó frente a la sombra de la casa de su amigo que lo esperaba en la puerta con una linterna.

- Me olvidé de decirte que estoy sin luz.

- ¡Qué novedad! ¡¿Quién no?!

Juan miró hacia el cielo.

- Sigue amenazando con caerse y no se cae.

- Lo que uno espera que se caiga nunca se cae hasta que uno deja de esperarlo.

- *Wise thoughts, your thoughts..*

- No me jodas... no estoy de humor.

- Tengo el cinismo que produce la derrota, *my teacher*.

- También está la derrota que produce el cinismo.

- Es cierto, pero no es mi caso-

Se quedó pensativo mirando las baldosas.

- Bueno, al menos creo que no es mi caso. ¿Trajiste refrigerante?

- Birra... fría.

- ¡Esos son amigos!.

Juan tomó del hombro a Lurianski, prendió la linterna y lo hizo pasar.

- Cuidado con el escalón. Todas las noches se escucha la puteada de algún vecino que se lo traga. Todos los habitantes de esta humilde vivienda tenemos los pulgares de los pies amoratados. Ya es un distintivo del edificio: 'El Block de los dedos negros'. Esperemos que los cortes terminen rápido porque si no... Hasta sospecho que es un lapsus colectivo: cualquier vecino llega a la puerta, comprueba que no hay luz y patea lo primero que ve.

- Lo primero que no ve..

- Así es, usted lo ha dicho mejor que yo. Como siempre.

Lo hizo pasar al departamento, cerró la puerta con doble traba y, en un ambiente iluminado por un par de velas, hizo un ademán de anfitrión pomposo.

- Profesor, ésta es su casa. ¿En qué puedo servirlo?

- De momento, traé los vasos.

Mientras Juan iba a buscarlos, Lurianski se detuvo en la penumbrosa pared donde estaba la computadora. Ya sus pupilas estaban tan habituadas a la oscuridad que podía distinguir con nitidez los detalles: la flanqueaban dos vitrinas con puertas de vidrio llenas de libros y una reproducción de un cuadro de Andy Warhol. Siempre había odiado la obra de ese pintor, esos afiches sin gracia no le parecían ni inteligentes ni decorativos, su éxito era un enigma.

- Acá están. ¿Con o sin espuma.

- Bien tirada.

- Tomá. Salud. Ahora contame.

Santiago empezó desde el principio. Desde que sus alumnos le informaron que la entrada al *Manifiesto Comunista* estaba codificada, pasando por ese joven no inscripto que había aparecido después de la primera clase, hasta las peripecias de su visita al Ministerio; su espera, controlada por un ojo electrónico que no lo dejaba estar de pie, su ira frente al empleado que le repetía siempre lo mismo, su exigencia de ver a un superior, el trato cortés pero insustancial de un señor todo comprensión y todo incapacidad para resolver algo, y la aparición furtiva del director general de Control Inteligente, que se asomó cuando escuchó los gritos pero desapareció enseguida alegando a través de su secretaria electrónica, múltiples ocupaciones. Un tal Abel Courrar.

- ¿Cómo dijiste que se llamaba?, lo interrumpió Juan, que hasta ese momento lo había estado escuchando en un silencio cóncavo.

- Abel Courrar, ¿por qué? ¿Lo conocés?

- Claro, es ese periodista que le robó los ahorros a los suegros de un amigo mío. Te debo haber contado. Ya hace mucho. Un personaje digno de la época menemista, un especialista en anticorrupción corrupto que se desgarraba las vestiduras hablando de la ética. Un psicópata de aquellos. Escribía acerca de los derechos humanos, de la corrupción, de lo que le pidieran, pero la verdad era que de un día para otro, de andar pidiendo prestado para el alquiler de su oficina pasó a construirse una casa de 300.000 dólares y un edificio millonario donde instaló un curro informático, todo al mismo tiempo que sus suegros discapacitados le reclamaban el dinero que les administraba. Por lo que se rumoreaba en aquella época también había cagado con los honorarios al arquitecto que hizo el edificio; y ¡vaya a saber a cuántos más!

- ¿Y la mujer?

- No sé, este amigo no quería hablar mucho de ella. Creo que, como toda la familia, guardaba la esperanza de que un día se avivara de a quién tenía al lado y pudieran rehacer los vínculos rotos... ¡Y ahora resulta que es un personajón del control computacional!...

- Bueno, es lógico, ese tipo de bichos, siempre saben donde caer parados.

- No es una cuestión de saber. Es cuestión de no tener escrúpulos. Saber, sabríamos todos, pero por suerte, nos lo impide cierta vergüenza saludable. Todos sabemos que robar nos solucionaría muchos problemas y que, a veces, es muy fácil (¡qué más fácil que robarle a la propia familia que básicamente se sostiene en niveles de confianza!), pero no lo hacemos por dos cosas, una, el miedo de que nos agarren (no podemos negar ese factor tan poco moral), y otra más importante, porque no podríamos dormir con nosotros mismos. Hay gente a la que eso le importa un bledo. Si saben que gozan de impunidad externa, la interna se la meten sabés dónde. Esa fue la cuestión con Méndez. Se discutía si era inteligente o no, pero eso era lo de menos. La cuestión es que no tenía escrúpulos.

- ¿Seguís con la superstición de no nombrarlo?

- Por supuesto, yo, materialista dialéctico, pero que hay brujas, las hay... Te decía, no sólo no tenía escrúpulos sino que gozaba burlándose de ellos.

Cuando Juan se ponía a argumentar, nada lo frenaba ni distraía de su meta proselitista, así que continuó su diatriba:

- Ningún neurótico estándar podría haber liquidado las conquistas obreras de sesenta años como él lo hizo. Por lo menos, hubiera sentido algo de culpa. Sólo un perverso podía anunciar su plan de liquidación de 80 años de conquistas laborales el día simbólico de los trabajadores y, encima, explicar las enormes ventajas que iban a sobrevenir tras esos sacrificios. Trotsky hace una comparación....

- ¿Ahora citas a Trotsky?... tu viejo y tu abuelo se deben estar revolviendo en la tumba.

- A lo mejor si ellos lo hubieran leído se hubieran muerto menos vencidos. Mirá, en los últimos años lo estuve leyendo y no era ningún boludoEl hace una comparación entre los rasgos psicológicos de Carlos I en Inglaterra, Luis Capeto en Francia y Nicolás II en Rusia y dice que las condiciones sociales históricas exigen sujetos con rasgos psicológicos apropiados para realizarse. Tres monarcas especialmente idiotas eran los que mejor representaban la decadencia inglesa, francesa y rusa prerevolucionarias. No era una época para Luises XIV, o para Pedros el Grande o Enriques VIII. Mendez fue eso, el personaje psicológico que mejor cuajaba con una época sin misericordia ni solidaridad.

- Me estás recomendando que ni me le acerque al quía..

- Ah, no sé. No es tan lineal. A lo mejor le caés bien, o le tocás algún rincón solidario - cualquiera puede tenerlo- o piensa que puede obtener una ventaja de vos y te soluciona el problema. Si es que tiene solución.

- ¿Te parece que no la tiene?

- Qué se yo, no sé qué decirte. Que lo hayan prohibido me parece absurdo, no hay razones. Los desocupados estamos buscando cómo sobrevivir, no analizando la teoría de la plusvalía. Pero siempre puede haber algún loco... A mí me parece más administrativa la cosa. En mi opinión, te estás persiguiendo *too much*. Esperá las dos semanas, a tus alumnos deciles que hay un quilombo burocrático, y listo.

- ¿Y ese alumno, no será un rati?.

- O un simple oyente que quiere dar la materia libre sin ir a los prácticos...Te lo repito, mucha persecuta la tuya.

Las dos botellas de cerveza ya estaban vacías y apenas quedaban unos sorbos tibios en el fondo de los vasos. Juan pensó que ya era hora de irse a dormir y Lurianski de volver a su departamento. Uno más borracho, otro más tranquilo, se dieron un fuerte abrazo. Al salir, el cielo seguía amenazando caerse.

II.

Puedo imaginarme tu pregunta como si te tuviera delante. Veo tu cara, dura e incrédula, mirándome a los ojos. Te veo ensañarte con mis balbuceos, acusándome y condenándome con tus ojos celestes en ristre apuntando recto al corazón. O –conociéndote como te conozco o te conocí- recto a mis pelotas. Al vértice de mi masculinidad. Para que nada quede de esa porquería chiquita que te cuelga entre las piernas, como solías decirme siempre un instante antes de que empezásemos a revolcarnos como veinteañeros. “Chiquita pero cumplidora” contestaba yo cuando ya jugábamos con los anillos de humo del cigarrillo que compartíamos y mi pene había vuelto –ahora orondo- a su insignificancia. Me acuerdo con qué ganas nos reíamos mientras vos me tironeabas con suavidad los pelos del pubis y me provocabas: “a que no te animás a depilarte con cera negra como hacemos nosotras”. “A que no”, contestaba yo. “Ustedes los hombres son muy machos pero ven una aguja y se desmayan”. “No me las menciones”, gritaba yo y simulaba un vahído. Y vos te ponías tierna y sensual y divertida y encantadora. Y hacíamos el amor como los dioses.

Pero no son esos recuerdos lo que puedan explicar algo de lo que nos pasó. De seguro que no. Todo lo contrario.

A esta altura del texto imagino tu rostro asesino preguntándome ¿vos pretendés que yo crea que llegaste a leer 60 páginas de un libro como éste? ¡Por favor! ¿Pensás que soy boluda? Te conozco demasiado.” Vos, ¡ el editor más posmoderno del siglo pasado leyendo un libro así! ¿Por quién me tomás?

Y es cierto. Tendrías tus buenas razones para no creerme. Falsas, pero verosímiles razones. Porque si bien leí estas primeras páginas de un tirón, a mí también me pareció, desde el principio, un texto tedioso. Aunque también raro. Uno de esos –vos tendrías razón- que en cualquier otro momento hubiera abandonado apenas al comenzar. Sin embargo, éste se resistía a que lo deje. No sabía por qué. Pero así eran las cosas.

De hecho, no lo hice y llegué hasta allí – hasta ese punto que me imaginó vos hubieras considerado el límite de lo tolerable- tan fastidiado como curioso.

En primera instancia, todo lo que había leído me resultaba doctrinario y pasado de moda. El texto no sólo se refería a un profesor, sino que,

además, buscaba enseñar. Tenía una vocación pedagógica irritante. No cumplía con la regla de oro de la buena literatura: dejar pensar al lector sin imponerle ideas. Me aburrían los largos párrafos llenos de tediosas reflexiones teóricas que parecían un intento nostálgico de retomar discusiones del siglo pasado que en la actualidad no le importan a nadie. Pero a pesar de ese disgusto inicial y persistente, para mí el texto encerraba un secreto que, independientemente de que lo fuera a publicar o no, me iba a obligar a seguir leyéndolo.

Aunque es probable que no me hubieras creído, yo te hubiera instado a continuar. Te lo hubiera exigido. Por lo menos como homenaje a nuestra historia en común, como tributo a nuestros revolcones de la mediana edad.

CAPÍTULO 14

- Los que hayan conseguido el texto y lo hayan leído para hoy, ¿qué pueden comentar?

Otra vez la asistencia era perfecta, ni el extraño faltaba. Lurianski, de entrada, les había informado la respuesta que le habían dado en el Ministerio. Había sido escueto y los alumnos se habían quedado satisfechos. Era ese tipo de argumentación de apariencia sólida pero que no explica nada. “Nadie supo qué contestarme. Me aseguraron que me notificarían en dos semanas” les dijo; y se metió de lleno en la clase.

El silencio inicial duró poco. Un joven lo rompió enseguida.

- Me parece que el libro es muy actual pero que habla de algo que no existe más.

- ¿Podrías desarrollar un poco más la idea?

- Voy a tratar. Por ejemplo, su descripción de la pujanza del capitalismo es bárbara, pinta el hoy.

Y se había puesto a leer un párrafo tras otro en los que se exaltaba la creación capitalista del mercado mundial, la expansión del comercio, la navegación y el transporte por tierra, el sometimiento de la naturaleza y la agricultura, párrafos entusiastas donde los autores se maravillaban de que poblaciones enteras surgieran como por encanto como si salieran de la tierra, ¡cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social!., exclamaban.

- ¡Y todo esto dicho antes de la conquista del espacio, la robótica, la comunicación computarizada, los trasplantes de órganos o la fabricación de prótesis por ingeniería genética!.- concluyó el alumno.

- Era un pionero de la globalización, el *human-*, agregó otro.

- Si yo entendí bien, porque es muy complicado lo que dice, cuando habla de fuerzas productivas se refiere a lo que mejora la producción; la

robótica, la computadora lo hacen, pero los trasplantes o la ingeniería genética no, tan solo hacen vivir más a la gente”.

- Si alguien vive más tiempo sano, puede trabajar más tiempo.

- “Eso no es cierto. Ahora se vive más y sin embargo la gente trabaja menos tiempo, porque hay menos trabajo”.

- Bueno, hay que crear más trabajos y listo. La gente podría trabajar más tiempo si se lo propusiese”.

- ¡Ah! ¿Vos crees que no se lo propone?

- Muchos no, son vagos.

La polémica iba perdiendo la jerarquía que había impulsado el primer alumno. Aunque Lurianski no podía impedir que estas otras discusiones también se desplegasen, se rehusaba a que se diluyese el planteo inicial.

- Todo es bastante más complicado que reducir las leyes de la economía a un factor psicológico; y la vagancia es un factor, podríamos decir, psicológico”-, dijo adoptando un pomposo tono catedrático.

- Esos factores muchas veces pueden incidir, ser necesarios, pero no deben ser tomados como factores suficientes. Que haya personas que tienen como rasgo psicológico la vagancia (y supongo que muy pocos psicólogos considerarían que esa es una categoría caracterológica válida) podrá explicar casos aislados, pero no el fenómeno social de la falta de trabajo que se rige por leyes del mercado. Pero querría que volviésemos al planteo inicial: Vos dijiste que era muy actual pero que habla de algo que no existe más, es una idea interesante porque plantea una paradoja que puede ser fértil: la vigencia de lo desactualizado. ¿Por qué no seguís con tu idea?-

El muchacho que había iniciado el debate se vio obligado a proseguir con su argumentación, pero ahora en un nivel para el que no se sentía apto. Si él había planteado esa paradoja que decía el profesor, no se daba cuenta de ello. Simplemente había pretendido decir algo más elemental, razón por la cual, para no defraudarlo, improvisó.

- El libro mantiene su vigencia cuando describe el capitalismo pero no cuando habla del proletariado. Explica cómo el capital centraliza cada vez más trabajadores en las fábricas, que aumenta su número, y de este modo va creando la clase social agente del cambio, ... pero esto, hoy por hoy, no es cierto: no se concentran más obreros, sino que hay cada vez menos. Lo que allí se describe, los obreros compartiendo una

línea de producción y preparando entre las máquinas su sublevación, no existe más. Hoy el obrero es un técnico que está solo las 12 horas que trabaja. O a lo sumo, con otro. Será cierto que en el siglo XIX el capitalismo aumentaba el número de obreros, pero en la actualidad no lo es. A mí me llamó la atención eso.

- No hay obreros y además el comunismo fracasó. Gobernó y fracasó. Ya fue. No sé por qué tenemos que estudiar algo que no nos sirve en la actualidad.

- Con ese criterio, no habría que estudiar historia.

- Y la verdad que no...-, dijo a media voz, buscando la complicidad de sus vecinos, un muchacho que estaba sentado al lado del extraño. El comentario no tuvo eco y la discusión siguió su curso.

- Yo no creo que sea más sencillo ahora que antes-, comentó otro.

- ¿Cómo?

- ¿Puedo leer?

- Adelante.

- Sin embargo, el carácter distintivo de nuestra época, de la época de la burguesía, es haber simplificado los antagonismos de clases. La sociedad se divide cada vez más en dos grandes campos opuestos, en dos clases directamente enemigas: La burguesía y el proletariado. Yo no entiendo cuando dice que "se simplificó"-.

- Tiene que ver con lo que yo decía recién: el libro habla mucho del proletariado pero proletarios no hay más, hay técnicos, profesionales, científicos, pero obreros...

- Yo tengo una duda previa a todo esto, gritó desde el fondo Ronald que hasta ese momento había permanecido callado. Esto es un manifiesto escrito para obreros, pero ¿qué podían entender ellos de lo que dice ahí?

Lurianski que venía escuchando en silencio, se sorprendió. Jamás lo había pensado desde ese punto de vista. En efecto, el texto era denso, lleno de categorías económicas que se daban por sobreentendidas y, aún así, se había repartido de a millones entre obreros de todo el mundo. Cotejarlo con cualquier proclama obrera de los últimos años era imposible pues el abismo era tan grosero que no había términos de comparación. En él se analizaban los procesos históricos desde la Edad Media hasta la introducción del maquinismo, se trabajaban categorías teóricas,

no descriptivas, como salario, capital, clase social, proletario, burgués, se hacía un pronóstico de los procesos sociales y de las crisis a su entender inevitables que se avecinaban y que lo hacían digno de ser discutido en un curso universitario entre jóvenes que, quien más quien menos, habían concurrido a los mejores colegios secundarios y manejaban dos o tres idiomas. En este sentido, la pregunta era muy atinada y él no le hallaba respuesta. Se limitó a confesar que compartía su perplejidad

- Es una pregunta excelente. Nunca antes lo había pensado. Se me ocurren dos alternativas: o se leía, pero pocos lo entendían, o la humanidad está sufriendo un proceso de embrutecimiento gradual del que no nos damos cuenta porque somos sujetos de ese proceso. Porque, para ordenar las discusiones que están proponiendo, hay algo a tener en cuenta-, dijo en un tono tan seguro que hasta él mismo se sorprendió.

- Marx no usa categorías descriptivas. Proletario no es el hombre con overol y vianda de las viejas películas en blanco y negro. Proletario es una categoría social que define una relación con los medios de producción y el capital, no con el tipo de trabajo. Un médico es un proletario si vende su fuerza de trabajo a un empresario que le paga un salario por ese trabajo. Si va con overol, guardapolvo, uniforme o desnudo, a los fines del concepto, no interesa. En este sentido, la discusión sobre si hay proletarios o no que ustedes propusieron, sería conveniente redefinirla en términos de ¿hay gente que vende su fuerza de trabajo, sea manual o intelectual para que un empresario (o un consorcio anónimo, no interesa) lucre con ese trabajo ajeno?.

De repente se detuvo en los ojos negros de Camila que permanecía tan callada como atenta a todo lo que se decía. Aprovechando su silencio, varios alumnos se superpusieron en el afán de hacer un comentario. Lurianski miró el reloj, era la hora. Les agradeció la activa participación que habían tenido y dio por terminada la clase. Buscó con la mirada al extraño dispuesto a interpelarlo, pero varios alumnos lo rodearon con preguntas, unos tratando de continuar la discusión que se había generado durante la hora, otros, procurando decir lo que no se habían atrevido en público. Cuando se logró deshacer de la telaraña de palabras y cuerpos, ya era tarde: vio al extraño irse por el corredor conversando con Camila Palermo.

CAPÍTULO 15

Camila llegó a su casa con un humor caribeño. Después de varias semanas, se había encontrado cerca de la facultad con su amiga Flor. Sus respectivos noviazgos las habían distanciado y, de ser amigas inseparables, habían dejado de frecuentarse. El reencuentro se había dividido en dos momentos, uno primero, en el que se reprocharon mutuamente el distanciamiento temporario, y luego otro, donde, tras haber recuperado la compinchería habitual, diseccionaron a sus parejas con la arrogancia filosa de las mujeres que se saben hermosas o inteligentes. Flor había vivido una aventura tan veloz como intensa con un amigo de la niñez que estaba de paso por Buenos Aires, según ella, tan breve que no había tenido tiempo de defraudarse del todo. Camila, por su parte, había tenido su primera experiencia amorosa prolongada: Ronald era el primer chico con el que había durado más de dos semanas. Ella quería saber si era inevitable que el amor se muriese de tedio al poco tiempo y, en su opinión, lo había comprobado: había hecho un gran esfuerzo por hacer de ese chico un hombre, pero, en vano. Cuatro meses habían sido más que suficientes. Con Flor se habían reído, compartido intimidades, exhibido pieles propias y ajenas, y de este modo, dejado la imagen de sus precoces amantes hecha un guiñapo. Flor era la que tomaba la iniciativa; relataba bien, con mucho humor, cualquier experiencia y hacía de cualquier debilidad un pecado mortal y de cualquier ridículo cotidiano una vergüenza roja e indeclinable. De este modo arrastraba a Camila a un torbellino que ocultaba sus propias niñerías; en definitiva, las dos apenas tenían 20 años para hablar del modo en que lo hacían. Camila no había tardado en contarle a Flor acerca de las clases de Lurianski. Te gusta, había afirmado la amiga. ¡No digas estupideces!, le había contestado la otra con un énfasis delator. Es obvio, insistía Flor. Estás loca, replicaba Camila. Y así, repartiendo chicanas y porfías,

habían estado un buen rato. Camila le había comentado que al salir de la última clase se le había acercado un compañero que estaba refuerte, medio kolla, poco comunicativo, pero pintón. El diálogo había sido un monólogo: él le había preguntado acerca de la clase, de lo que opinaba sobre el libro que debían leer, de cómo se le había ocurrido ir a buscarlo a una librería de viejo, de qué le había dicho el librero; era de esos tipos preguntones que hacen hablar pero que nunca cuentan nada de ellos mismos. Se habían despedido en la esquina de la facultad y, al instante, se habían buscado con la mirada: ella había girado la cabeza para verlo irse y lo había encontrado manoseándole el culo con los ojos sin ningún reparo.

Con Flor habían quedado en volver a encontrarse, aunque las clases de una, los ensayos de teatro de la otra, los respectivos trabajos de traductora y encuestadora, las tareas hogareñas, hacían improbable que aquella proximidad de la secundaria y aún del primer año de facultad, pudiese proseguir. Aún así, todo lucía radiante esa tarde. Hasta la imagen de don Sebastián durmiendo la siesta envuelto en hojas de diario a la sombra de un ceibo ralo con un mucílago de moscas caminando por su barba ensortijada y sucia, no le pareció sórdida, por el contrario, creyó hallar en su sonrisa entrecana, una ternura y una paz difícil de concebir en ese infierno de detritos y roña.

En el correo electrónico, encontró una carta de su hermano Julián. Era privada, traía el lacre electrónico de su código personal. Siempre se alegraba cuando recibía correspondencia de él. No era frecuente que lo hiciera, pero tampoco que la defraudara con una nota escueta. Al parecer, el día en que se decidía a escribir no paraba hasta haber relatado, con la folklórica ironía rioplatense, hasta el detalle más insignificante de su vida en Europa. En verdad, ocultaba detrás de los detalles humorísticos cualquier vivencia realmente trascendente. Si hablaba de una novia, hacía hincapié en su voz chillona o en sus virtudes de cocinera, jamás en si la quería, o en si lo sumía en la paz o el espanto; era un experto en circular narrativamente por la epidermis de todo, lo que tenía la ventaja de que leer sus cartas fuera siempre grato. Justamente por ese motivo resultaba raro el carácter personal de ésta que daba por sentado que la madre no tenía que conocer su contenido. Se había ido rumbo a

Francia con una oferta de trabajo que le abría las puertas casi herméticas de la radicación; y en los dos años trascurridos desde su partida, los había colmado de buenas noticias. Pero esta carta era distinta, a poco de empezar a leerla se encontraba con un hermano diferente al epistolar que había frecuentado todos esos años. *Querida Camila: no hubiera querido nunca tener que escribir esta carta. Te la dirijo a vos porque no quiero que mamá la lea, y porque confío en que me puedas entender. Todas las cartas que les envíe en estos años son una mentira. Mi trabajo en París duró apenas seis meses, el tiempo que aguanté a mi jefe. Siendo extranjero y sin antecedentes, conseguir otro fue imposible. El primer año me las arreglé con los ahorros que llevaba y la ayuda de Natasha, una chica a la que rebauticé Ivonne y que conocí en la rue Saint Denis, una calle de chicas ligeras y vidas pesadas. (¿No te parece que a pesar de todo estoy fuerte para las metáforas?) Un par de meses más tarde la situación se hizo crónica, ella se enamoró de mí y me transformó en una especie de gigoló. Le dije que era un poeta muy conocido en mi patria que esperaba publicar en París, pero que para hacerlo debía vencer a los chauvinistas literarios del barrio XVI (es probable que no lo sepas, pero es el barrio cheto de París). Y ella me creyó. Solidarizó su desamparo eslavo con mi indignación latinoamericana. En su opinión, éramos dos víctimas del racismo de la ciudad de las luces. Ella había venido escapando de las hambrunas de su país y buscando el paraíso occidental y había terminado vendiéndose por unos euros a inmigrantes, a turistas, o a franceses, calientes o solitarios. Ya hace un año y medio que estoy con ella; mientras trabaja, salgo a caminar o me siento a hacer como que escribo en las entradas del Metro. Vuelvo a las tres de la mañana, merodeo esperando que se vaya el último cliente, hasta que, generalmente a las cuatro de la mañana, coloca en la ventana la contraseña que me autoriza a subir: aquella lechuga de chapa calada que vos me regalaste cuando me fui. Qué ironía, tu amuleto de la suerte terminó siendo la contraseña de mi degradación. Al principio hacíamos el amor todas las noches, ella se purificaba en mis brazos, pero después fui sintiendo con repugnancia creciente los cuerpos de otros hombres en su cuerpo, y ella, que no es tonta, a sufrir en silencio mi rechazo mal disimulado. Ahora, casi no nos tocamos, pero no porque sintamos repugnancia uno del otro sino porque la sentimos de nosotros mismos. No puedo seguir viviendo de su vergüenza, sin ser yo un*

sinvergüenza, pero tampoco puedo dejarla, pues si sobreviví estos años fue gracias a ella. La posibilidad de conseguir trabajo disminuye al ritmo en que aumentan a diario el número de miserables que buscan refugio en los rincones secretos del hardware de París ;Pensar que vine a Europa dispuesto a llevármela por delante! No necesito decirte que estoy desencantado, no conozco a nadie aquí, sólo a las bandadas de ilegales que frecuento mientras deambulo o a las amigas de Natasha, todas vecinas de calle y oficio. Con el dinero electrónico hasta la mendicidad se acabó y siendo ilegal te ves obligado a aceptar cualquier changa por un plato de comida como salario. En la plaza de la Bastilla se fuerzan contratos esclavos. No te pido un consejo, sólo que me leas con cariño y, si podés, con algo de respeto. A veces deseo que me extraditen, pero no toleraría volver como un fracasado. Mamá no tiene que saber nada de esto, ya sufrió demasiado para que otro hombre de la casa fracasase como papá. Perdoname, pero necesitaba contárselo a alguien. No me escribas a la dirección que te di porque desde que asumió el octogenario Le Pen se comenta que la Sureté está leyendo las cartas que llegan del extranjero y, por ahora, puedo seguir siendo ilegal con éxito. (Esta ironía intenta ser una prueba de que a pesar de mi estado actual, todavía no me olvidé de bromear) Imaginate que si los secretos del Vaticano son electrónicamente vulnerables, lo que puede ocurrir con el E-mail de ciudadanos de cuarta. Querida Cami, imagino tu cara mientras lees estas líneas, pero no tengo a quien contarle lo que me pasa. Un gran beso. Disculpame la catarsis, pero la necesitaba. Te voy a escribir. Julián.

Posdata: Aunque me imagino que no sabrás nada de él, no quiero que Roberto se entere de esto.

De Roberto, su hermano mayor, no sabía casi nada desde que se había ido a Estados Unidos.

Camila retiró la vista de la pantalla sin fuerzas, siquiera, para llorar.

CAPÍTULO 16

Esa noche la ciudad fue visitada por dos sueños.

En uno, el profesor Santiago Lurianski poseía a Camila Palermo. En verdad no era Camila Palermo, era una mujer de rostro opaco, senos flácidos y una dentadura de níquel, un remedo grotesco de los aparatos que él debió padecer cuando niño para corregir un defecto congénito en su paladar. La poseía en una casa de 100 habitaciones que se iban vaciando de a poco. Las puertas al cerrarse producían un estruendo mosaico, al tiempo que se prendía un letrero de tubos amarillos en el que se alcanzaba a leer la palabra *empty*. Fornicaban en un corredor lleno de puertas cerradas (casi todas con los carteles encendidos), mientras que en los umbrales de cada una de ellas, mendigas que se repetían hasta el infinito como en un salón de espejos, vestidas con una estola de nutria y una enagua deshilachada y sucia, los miraban coger. Lurianski estaba muy excitado, Palermo también; y las viejas, mientras figoneaban, agitaban tazones de loza llenos de monedas del siglo pasado. Producían un batifondo creciente y ruin.

En el otro sueño, Camila Palermo poseía a Santiago Lurianski. En verdad a su propio hermano, aún cuando no tenía ni su cara, ni su cuerpo, ni su olor. Lo poseía con rabia, como si con cada movimiento de pelvis pretendiera arrancar el pene del profesor de un solo tajo. Enseguida, la escenografía cambiaba y se veía en París perseguida por una patota de sombras que llevaban clavada en una pica, como Atila el rey de los Hunos en una vieja reproducción de su primer libro de inglés, la cabeza de don Sebastián. A pesar de estar seccionada del tronco, seguía tocando la flauta. La persecución se desplegaba a lo largo del Metro y terminaba en una inmenso desarmadero de hombres. Eran como robots, pero de carne y hueso, unos apilados sobre otros, sin manos, ni ojos, ni brazos, piernas o cabezas, todos esperando su turno

para ser echados por un brazo mecánico a una tina de ácido donde se leía la palabra Chicago.

En esos sueños, dos personas se poseían sin saberlo, a gran distancia una de la otra, ignorando que en ese mismo momento ocupaban un lugar en el sueño del otro.

Lurianski había debido recurrir a una dosis de tranquilizantes para poder dormir. Camila recién había podido conciliar el sueño a las cuatro de la mañana. Ambos se despertaron agitados, sorprendidos por la aparición de ese partenaire sexual inesperado en sus sueños privados. Privados como todos los sueños, incluso cuando se comparten, o en especial cuando se comparten. Lurianski recordaba los ojos negros de Camila, Camila la sonrisa blanca de Lurianski. Ella se preguntaba cómo sería un día de su profesor, él cómo sería una noche de su alumna. Flor tenía razón, a ella, Lurianski le gustaba. Por su parte, *el ticher*, como lo solían llamar sus alumnos, ignoraba sus propias pasiones. La atracción mutua había quedado, en ambos, disimulada bajo las ruinas de sus respectivos sueños Lurianski se sentía esclavo de su exabrupto, el libro que les había dado para leer a sus alumnos lo transformaba en un aprendiz de hechicero. Camila no podía dejar de pensar en su hermano a la intemperie, esperando bajo el frío glacial del invierno parisino, que un desconocido desocupase el cuerpo que le daba cobijo. El contenido de la carta era mucho más irreal que el sueño de Camila, la situación que el libro le había provocado era mucho más ficcional que su sueño. Ambos se habían despertado invadidos por el miedo, sin ninguna protección, como asomados al borde de un abismo. Si hasta ahora ambos habían vivido ordenados por algunos mojones estables, sus sueños los exponían suspendidos de una baba, los dos preguntándose todo acerca de todo. El mundo se les había venido encima con un desenfado que no admite pudores, la verdad culta tras bellas palabras exhibía de pronto las verdades ocultas. Para Camila, la carta de su hermano levantaba el velo; para Lurianski, los jugadores de ruleta rusa desnudaban una civilización de jíbaros. Los dos yacían en sus camas, ajenos uno del otro, copulando sin saberlo en sueños rotos de pena e impotencia.

CAPÍTULO 17

Ese día la clase había estado menos activa que otras veces. Lurianski había disertado acerca de las ideas fundamentales que dieron densidad teórica a la ciencia económica. De Marx y Engels habló poco. En verdad, aunque su clase había sido del estilo magistral, habló poco de todo. Al comienzo, un alumno había hecho una pregunta que reflejaba atención.

- ¿Por qué todo el tiempo usted habla del libro de Marx, cuando fue escrito por él y por Engels?

Para ganar tiempo, Lurianski lo había mandado a la computadora.

- Fíjate qué dice acerca de Engels

- Ya me fijé-..

- ¿Y qué dice?.

- Poco, lo de siempre, donde nació, a qué se dedicó, lo que escribió. Pero insiste en que escribió a la par de Marx y que incluso es difícil saber qué es de uno u otro en muchos de sus textos, por eso me preguntaba por qué usted en general se refirió a Marx y no a Engels.

La artimaña de la computadora no había dado resultado. El alumno insistía. Así que él se vio obligado a improvisar una respuesta que había dejado satisfecho al alumno, pero no a él. Tras lo cual, se puso a disertar acerca de la paternidad de las ideas y de la relación que existe entre su génesis, las épocas que las acogen y los hombres que las hacen trascender. A partir de allí había hecho un breve sumario de las principales teorías económicas.

Ese día habían faltado un par de alumnos, en particular Camila que, al ausentarse, se había hecho aún más presente para el profesor. Tampoco había concurrido el extraño.

Lurianski se encontró preso de unos celos colorados. Sin embargo, al salir de la clase se topó con él en los pasillos y se sintió todavía más imbécil. Aún así, le pareció una buena oportunidad para encararlo.

- Vos estás asistiendo a mis clases, ¿no?

- Sí.

La parquedad parecía querer poner fin a la conversación cuanto antes.

- ¿Cuál es tu nombre?, porque no te ubico en mi lista de alumnos.

- ¿Ya conoce a todos?

El joven retrocedía tirando mandobles.

- No, no los conozco. Pero sé que no viniste a la primera clase y ese día hubo asistencia perfecta.

- ¡Usted es muy observador!

- Tu nombre, por favor.

- Eliseo Parodi.

- No te recuerdo, ¿por qué no estás inscripto?

- Pretendo dar libre y me interesaba conocer la modalidad de sus clases. Es reglamentario, ¿no?

Su estilo cortante lo irritó.

- ¿No te parece que me lo deberías haber preguntado antes?

En ese instante la altanería del joven se evaporó. Bajó los ojos, y a Lurianski le pareció observar un tic en la comisura de sus labios.

- ¿Te pregunté algo?

- Disculpe, tiene razón, no creí que fuera necesario..

Lurianski guardó silencio con la intención de forzarlo a decir algo.

- Las clases a las que asistí me gustaron mucho. Hoy no pude ir pero voy a llamar a una compañera para que me diga qué trabajaron.

- Camila Palermo no vino.

Terminó de decirlo y deseó haber sido mudo. Parodi lo miró sorprendido.

- No pensaba llamarla a ella.

- No importa, fue un decir nomás ¿por qué no viniste hoy?

- Se me hizo tarde, pero le quiero comentar que su idea acerca del carácter relativo del desarrollo de la productividad del trabajo me pareció...

Lurianski no terminó de escucharlo, ya se estaba despidiendo hasta la clase siguiente. No lo podía creer. Su exposición de ese día había sido una vergüenza, puras generalidades; al tal Eliseo Parodi le había

amagado una escena de celos. ¿Qué le estaba pasando? La noche anterior Camila se le había metido entre las piernas, cuando nadie lo había hecho desde su divorcio, un año antes; salvedad hecha de sus higiénicas noches pagas. Además, se sentía perseguido por la respuesta que pudiera dar el Ministerio. Juan tenía razón, estaba paranoico. ¿Y si llamaba a Palermo con alguna excusa? ¿Dónde había conseguido el ejemplar del *Manifiesto*? podía ser un buen pretexto. Y después qué, ¿agradecerle?, ¿invitarla a tomar un café?, ¿llevarla a su departamento? El ridículo es un agujero negro, pensó. Estaba loco. En apenas diez días se hallaba rompiendo con sus normas de oro: no comprometerse amorosamente con alumnas y no enseñar aquello que desconocía. Pero, el encadenamiento azaroso de detalles que él encontraba a cada paso le hacía pensar que un destino lo llevaba en una dirección secreta. De cualquier modo, llamar a Camila le pareció demasiado. Su amigo Juan había sido siempre incondicional. Ojalá pudiese conseguirle algún trabajo.

CAPÍTULO 18

- El comentario de tu alumno fue atinado. Si no recuerdo mal, Engels le escribió a un amigo ... Becker creo que se llamaba: 'Al lado de Marx, me correspondió el lugar de segundo violín'. Supongo que un poco de admiración y mucha envidia deben haber los sido ingredientes fundamentales de la relación entre los dos. Hay quien lo compara con Watson...

- ¿El de Holmes?

- Elemental, *my teacher*.

- Con epígonos así ¿quién necesita detractores?!

Se rieron sin convicción.

- *I don't remember who*, ve en el esquematismo de Engels el origen del de Stalin. Sus desvíos dogmáticos no serían el producto del pensamiento de Lenin o Marx sino del de su amigo.

- La eterna disociación entre héroes y villanos. ¡Los grandes hombres deben estar más allá de las defectos humanos!. Así siempre nos sacamos la responsabilidad de encima, buscamos las taras ajenas y negamos las propias o las de aquellos a quienes admiramos. ¡Qué fácil nos olvidamos que errar es humano!.

- Muy sabia y conmovedora su reflexión, *my dear teacher*, pero un poco remanida. Hoy en día hay demasiados que pecan de abuso de humanidad. Errar es humano pero hay muchos que erran más que otros y les pasan sus facturas a los demás en nombre de una igualitaria distribución de los pecados. No es lo mismo un criminal que un tipo que ve que están fajando a otro y no se anima a defenderlo, ni el robo de un desesperado que el de un poderoso. Los niveles de responsabilidad exigen prescribir diferencias en las faltas y los castigos. Si no, sería lo mismo ser un burro que un gran profesor como diría el gran Discípulo. ¡Bah!, al menos tendría que ser así, porque de hecho, el que manda cons-

truye el orden legal y moral que garantiza su impunidad, y a otra cosa. *I am sorry*, pero cuando escucho decir que todos somos responsables (en la visión religiosa, por ser pecadores; en la laica, por ser simplemente humanos; y en la democrática por ser ciudadanos) me da en las guindas, porque no se puede discutir que hay gente más responsable y gente menos responsable, hay víctimas y victimarios, hay héroes y villanos. Errar es humano, pero ¡*please!*, ¡que algunos no se esmeren tanto en serlo!... Que en ocasiones se distribuyan injustamente las virtudes y los defectos, no quiere decir que en otras no sean merecidos ... y, ...*last but not least*, reconozcamos que Marx tenía otra estatura intelectual que su amigo ... sin que eso justifique atribuirle a Engels la semilla del stalinismo, como hacen algunos, lo que me parece una absoluta boludez.

- ¿Por?, la pregunta se escapó de la boca de Lurianski y así instó a su amigo a seguir. Éste, como siempre, no se hizo esperar.

- ¡¿Cómo por qué? Porque Stalin fue el triunfo del nacionalismo ruso sobre el sueño internacionalista de los primeros socialistas; porque significó la victoria de la ambición y el atraso del campesino georgiano sobre el sueño ilustrado de los cuadros socialistas de la Primera y la Segunda Internacional y de todos los dirigentes bolcheviques, a los que asesinó a lo Borja entre purgas, calumnias, inducciones al suicidio y golpes de picota; ...de haberlo tenido delante también hubiera matado a Engels o lo hubiera acusado de agente secreto prusiano.

- Pará, para ... te fuiste al carajo.

La reacción de Lurianski no se debía al contenido del discurso de su amigo sino a su propia falta de oportunidad. El, que había ido a visitar a Juan con la esperanza de ordenar su cabeza, se encontraba teniendo que soportar su homilía. Había bastado hacerle un comentario tangencial sobre su clase de la tarde, para que Juan se hubiera puesto a evacuar reflexiones acerca de la historia del movimiento comunista. Siempre ocurría lo mismo, cualquier excusa le venía bien para sus largas proclamas, tan misioneras como sudorosas, que salían de su boca como la lava de un volcán, imparables una vez entrado en erupción.

- Sé que esto a vos te interesa poco, pero Marx nunca concibió un socialismo encerrado en sus fronteras. El capitalismo se caracteriza por unir el planeta a través del mercado, y él concebía al socialismo como

su fase superadora. No era volver a la reivindicación mezquina nacional sino a una concepción de la justicia a escala mundial. ¡Mierda lo que quedó de la justicia a escala mundial!

Juan había tomado. Su exaltación era alcomelancólica. Su bronca no.

- Estuve toda la mañana como un boludo, mandando fax a todas partes, buscando en la red trabajo en lo que sea, dejando mis antecedentes en la bolsa de trabajo de *Transworldjob*, y recibiendo silencios o bromas. Un guacho me mandó esta nota *We need a president. Plase send your requirements to: White House, Washington D.C. U.S.A.* Unos graciosos en serie tejieron alrededor de mi mensaje que empezaba diciendo: *I need a job*, una sucesión de respuestas como si fueran los tres chiflados: *Me too*, contestó Moe, *me three*, agregó Curly, *me four*, aportó Joe. Otro navegante desocupado, para más datos, de California, me respondió: *Me too. Please don't be so conventional. I love you.* Si los hubiera tenido cerca les rompía la cara a todos. La computadora puede ser el aguantadero ideal de los cobardes; detrás de una consola podés ser luchador, un amante incansable, el vengador anónimo o un héroe desconocido, aunque en el fondo seas un cagón parapetado en el ciberespacio. ¡Estoy para chistes, hoy!

Desde la llegada de Santiago, Juan no paraba de hablar.

- Te agradezco tanto que hayas venido, necesitaba la compañía de alguien.

No era para lo que había ido. Ya era tarde para corregir a su amigo y confiarle las egoístas razones de su visita. Lurianski había terminado esquilado. Además, sus preocupaciones se habían ido marchitando a medida que Juan hablaba. ¿Qué importancia podían tener sus padeceres básicamente neuróticos frente a la pesada materialidad de la angustia de su amigo? Sin proponérselo, el otro lo estaba ayudando; ponía su malestar en escala. La monserga de Juan le iba haciendo perder gravedad. A medida que hablaba, se confirmaba una ley de Murphy del realismo: la verdad material, en tanto más descarnada es, más se confunde con el sueño o la pesadilla, su eficacia sangrante sobre los cuerpos se hace ficción; no se puede creer en ella, provoca risa o perplejidad. La verdad es autoinmune.

A esa altura, Lurianski ya ni sabía qué era lo que lo preocupaba, pero Juan, sin proponérselo, se lo recordó.

- ¿Tuviste alguna novedad del Ministerio?

- No ... Sos un forro, me había olvidado.

- Para olvidarte de verdad, tenés que conseguirte una mina; ya hace demasiado tiempo que estás solo.

- Puede ser que tengas razón, pero no aparece ninguna que me atraiga en serio.

Era cierto: resultaba un exceso considerar a un personaje de sus sueños “una mina que le interesara en serio”, por más negros que fueran sus ojos.

- La independencia es formidable, pero cansa. Lo digo con la autoridad que me dan 17 años de donjuanismo. Hoy querría que alguien me abrace.

- ¿Qué tal yo?”- el profesor se le acercó haciendo exagerados gestos ambiguos.

- ¡Ah, no, *my teacher!* Vos conocés mi consigna: “cabeza abierta, culo cerrado, minas abajo, trolos a un lado”.

- ¡Y viva el respeto por las diferencias!

- Yo respeto las diferencias, al menos mientras no sirvan para justificar el abuso, pero como las respeto, pido que respeten las mías, entre ellas mi derecho a ser un machista gentil, admirador de la caballerosidad y de Lord Byron.

-¡Vos todavía tirás tu capa en los charcos e invitás a comer a las mujeres!

- *Of course*, y a ellas les encanta. Ese es el secreto de mi éxito. Por eso, si no consigo trabajo urgente me voy a morir de hambre o hacer un síndrome de abstinencia amoratoria.

- Te presto para un polvo con Ornella Mutti.

- ¡No entendés nada!. Abstinencia amoratoria no es un polvo. No es una paja electrónica o manual. Es el chamullo, el riesgo, las miradas, el cortejo, la ternura, la piel. Es más que hacer muescas en el pito como Billy de Kid.

- ¿Y ése quién es?.

- Ah, cierto que nunca te interesaron los *westerns*... un chabón que

hacía una marca en la culata de su revólver cada vez que mataba a un tipo.

- Mirá vos, todos los días se aprende algo nuevo.

El estado de ánimo de ambos había cambiado. Entre suspicacias y bromas habían llegado a diluir por un rato sus respectivos malestares, y Juan, que era un cinéfilo insaciable lo invitó a quedarse. Les bastaría con apretar una tecla e insertar la tarjeta solvente de Lurianski para ver una buena comedia. Aunque al profesor los clásicos del siglo xx lo aburrían (no se podía adaptar a ese estilo narrativo demasiado lento para los usos de los últimos 30 años), aceptó la propuesta de su amigo: se quedaría para ver *La armada Brancaleone* de Mario Monicelli.

CAPÍTULO 19

Los dos días siguientes, Camila se quedó en la cama. Adujo una menstruación complicada con un trastorno intestinal, aceptó los analgésicos y antiespasmódicos que su madre le dio, y cada seis horas fue escondiendo las pastillas en el cajón de su mesa de luz tras sacarlas del blister. Permanecía en la penumbra. Los postigos protegían a sus ojos doloridos de los alfilerazos del resplandor. La aterraba la idea de salir a la calle, de su pieza, siquiera de debajo de las cobijas. No había lágrimas en su rostro; en realidad, estaba seca. Siempre había sido así, mientras que los dolores del cuerpo la hacían llorar como una Magdalena, los del alma la volvían de yeso. La carta de su hermano era un secreto desmedido cuya justa dimensión no llegaba a alcanzar. Tras leerla en la pantalla, la había impreso con la esperanza de hallar, entrelíneas, en sucesivas lecturas, alguna clave. Primero, temió que su hermano estuviera pensando en suicidarse, pero descartó de inmediato esa idea -aunque los niveles de tolerancia al dolor son impredecibles siempre había sido demasiado vital para un acto tan extremo-. La sórdida descripción de sí mismo tenía algo de absurdo: él, ¡simulando ser poeta, viviendo de una prostituta enamorada y torturado por los escrúpulos! ...no terminaba de reconocer a su hermano en esa situación. ¿Qué estaría pensando hacer? En la carta no lo decía, tan sólo describía la situación. Nada más. La referencia al fracaso del padre le dolió mucho. Parecía que el destino se había propuesto ensañarse con su memoria. Aunque sus recuerdos perduraban en la colección de fotos de Buenos Aires., en un retrato de ella que, sobre la cómoda, la mostraba mofletuda y pícaramente apoltronada en sus brazos velludos, y en el álbum que su madre revisaba cuando la nostalgia la ponía gris, no era habitual que pensara en él; al menos, desde hacía varios años. Por ese motivo había vivido como una intromisión el regreso del fantasma de su padre. Jamás lo

había considerado un fracasado, no estaba de acuerdo con esa imprevista opinión del hermano. Imprevista, sobre todo, porque nunca antes la había compartido con ella. Jamás se había puesto a pensar si su padre era responsable de su destino, víctima de él, o fruto del frágil equilibrio entre ambas alternativas. Tan sólo le contaron que había hecho grandes esfuerzos por salir adelante, que había tratado de buscar la ayuda de sus muchas relaciones, pero un día uno, luego otro, de a poco todos, terminaron ignorándolo; algunos argumentando (con más o menos razón) su propia inestabilidad laboral, otros haciéndose negar avergonzados de no tener nada para ofrecerle o, los más, indiferentes a su pedido. El padre había sido un fruto de su tiempo, alguien que, si se le quisiese adjudicar una razón psicológica a su muerte, no había podido o no había querido adaptarse a los cambios. Su empresa había quebrado, su vida había quebrado, pero él no había dejado una sola deuda pendiente, excepto con su familia que de allí en más debió arreglarse sin él. Para ella, la honestidad de su padre era un legado, pero por lo visto, para su hermano no. Para él, lo que importaba era el fracaso laboral, no los abstractos bienes morales. Camila advirtió que estaba siendo injusta, en la carta había más preocupaciones éticas que en la mayoría de la gente que conocía; pero estaba enojada, furiosa de rabia mayor. Siempre lo había admirado, aunque sin llegar a entenderlo. Era cínico pero solidario, generoso pero egoísta, honesto pero capaz de cualquier mentira, tan emprendedor como inestable, terrenal cuando no se había perdido en las nubes y triste cuando no estaba de jarana en jarana. Por primera vez se daba cuenta que detrás de su personalidad arrolladora se escondía un dolor sigiloso. Nunca antes lo había visto así porque su admiración de hermana menor la había hecho ciega, sus cartas habían sido lo que ella había querido creer. Él era el hermano compinche, el de los juegos y las peleas, y hasta cierto punto, un padre sustituto.

Enredada entre las sábanas, Camila reproducía su embrollo mental. Además, el sueño que había tenido con Lurianski le había potenciado la inquietud. Ratonearse con un profesor le parecía una chiquilnada; y aborrecía ser chiquilina, quería crecer de una vez por todas. La niñez había sido demasiado difícil para desear que perdurase. Por eso Ronald la había aburrido, porque ella no quería ser más una niña que jugaba a

los novios con un chico bobo como ella, Camila quería crecer al lado de alguien que la hiciera mayor, no que la hiciera parecerlo por contraste. El sueño con su profesor-hermano era un rotundo testimonio del día, los acontecimientos aparecían como fragmentos quebrados de un caleidoscopio en blanco y negro. Era de esos sueños raros donde, aunque no sea posible descifrar ningún hilo coherente, todo parece obvio; uno que la había postrado, víctima de una angustia remisa. Tuvo que esperar hasta la tarde para que, de repente, un llamado telefónico que por alguna razón inexplicable ella no quiso que fuera respondido por el contestador, la pusiera en pie como por arte de magia. Corrió hacia el aparato como quien ha estado esperando toda su vida esa llamada. Atendió.

- Hola.

...

- ¡Qué sorpresa!.

Su exclamación no parecía ficticia.

CAPÍTULO 20

- ¿Vos a esto lo llamás una comedia?

- Nou, claroo, coumedias soun las de Hollywood, gente linde, louga-res espléndides, ajoaares monárquiques, atardeceres scarlata, poulvos, digamos ... amables, sonrisas antisaro, finales felices entre moultitudes aplaudiendo el largo beso, hsta lous linyeres usen dientes de marca...

- ¡Qué cuadrado que sos!

- Ah, porque *you are* tan redondo, la figura jométrica perfecte, el símbolo arquetípicou de lo bello... Esa película es una coumedia extrordinaria. Un sátire genial. Una...

- Pará con los adjetivos y el tonito yanqui. Yo en una hora y media no me reí nunca...

- Bueno, si querés, en castellano: ¿qué culpa tiene Monicelli si a vos sólo te divierte *The american president*?

- Ah! todavía te acordás, claro que me divierte. Para mí, fue un clásico.

- *Of course* que es un clásico: un presidente norteamericano hermoso, inteligente, criterioso, justo, varonil, romántico, con una conciencia sensible, que sufre por los pobres empleados libios que tiene que masacrar en un bombardeo inevitable, que defiende leyes antiarmamentistas y de defensa del ambiente, que tiene una hija cuerdisima: un híbrido que toca la trompeta.....

- El saxo. No era una trompeta, era un saxo

- Bueno, el saxo, como Clinton antes del *Sexgate*. No importa. Saxo, sexo, trompeta o habano, da igual. Un monstruo adultificado que es pura comprensión y amor hacia su abnegado padre. Todas mentiras.

- Las mentiras que todos necesitamos. No se puede vivir mirando todo el tiempo la verdad a los ojos, te quedás ciego.

- Y si no la mirás, te ciegan otros sin que te des cuenta.

- Lo que ustedes nunca entendieron es que hay un equilibrio entre la verdad y la ficción. Que la gente no sólo vive de comer, tener salud y educación. Que la ilusión y el sueño son como el agua. Que las óperas son inverosímiles pero hay que aceptar el código para disfrutarlas. Que nadie cree que esos superhombres en tercera dimensión que se crean con láser sean verdad, pero se juega a que lo son.

- En primer lugar, ahora no hay ni comida, ni salud, ni educación; en segundo, la ópera está lejos de ser un ejemplo feliz de gustos populares, y tercero, ¿qué pretendés?, ¿hacer en láser cybercomedias con desocupados felices y suicidas vitales?

- Te recuerdo que Lenin lloraba cada vez que iba a ver *La dama de las Camelias*.

Estaban instalados en una discusión antigua, de las que solían tener cuando eran jóvenes compañeros del curso de ingreso a la facultad. En el fondo, ninguno de los dos era tan extremista, pero el orgullo siempre circula por los límites y ésa era una discusión orgullosa.

- Sabés porqué no te reíste, porque Brancaleone de Nurcia puedo ser yo... o vos. Lurianski de Barrio Norte, con su escudero Giovanni Calamaro de Caballito circulando por el acceso sudeste en una moto recauchutada con piolines llamada Aquilante, cagándose a palos con los Rompehuelgas de Dock sud o los Caníbales de Quilmes. Un grotesco caballero sin títulos ni riquezas, vestido con la pura gloria intelectual perdida. Un gil que se cree poderoso cuando el verdadero poder circula por otros lados. Un patético buscador de lo que nunca tuvo, deambulando entre desechos cadavéricos y atómicos, ¡firme su rumbo hacia el castillo de Aurocuatro!

- ¡Qué plomo que sos! ¡Estás enamorado de tus palabras! ... Pero, es cierto, por eso no me reí. Y por eso no me parece una buena comedia. Porque para dolores, el mundo me basta y sobra. Me pudre la pedagogía moralista de la verdad verdadera.

El dolor con el que habían iniciado la charla esa tarde había vuelto en el intento de distraerse. El sufrimiento de ambos estaba en la película, en la discusión acerca de ella y en la estricta presencia del otro. Era hora de despedirse. Las dos caras de ellos mismos debían separarse.

- Me voy, te dejo con tu Brancaleone. Me voy a casa a ver *La Novicia Rebelde*.

- ¡Ah! no. Con ésa no se jode. No es un simple clásico, es sagrada. Está más allá del bien y el mal. Yo me quiero morir cantando *Sol do la fa mi do re, Sol do la ti do re do. Lets start from de very beginning.... a very good place to start. When you read you begin with a b c. When you sing you begin with do re mi. Do re mi...*

- Ahora resulta que para vos es sagrado uno de los productos más genuinos de la ilusión hollywoodense.

- Andate, andate. Tendrías que haber grabado esta conversación para presentarla en tu defensa cuando te vayan a buscar como el primer agente de la subversión comunista del siglo XXI ; No entendés nada!

- ¡Chau, fanático!

- ¡Chau, fascista de la democracia!... Ojo con el escalón al salir.

No había ningún taxi en la calle. Llamó al servicio nocturno con su teléfono celular y se sentó en el palier del edificio a esperar que llegase. Eran las 11 de la noche y casi no circulaban coches. Cada vez menos gente se atrevía a hacerlo cuando caía el sol, los riesgos de ser asaltado eran altísimos, mucho más cuando, desde el río, se trasponían los límites de la calle Córdoba en el centro y de Luis María Campos y Crámer hacia el norte. Esa era la línea imaginaria de una ciudad partida en dos. Una que había sobrevivido acumulando lujos de cartón pintado y otra que agonizaba escuchando los ecos de una promesa incumplida de país poderoso. El taxi llegó enseguida y el conductor le pidió que se parase frente a los focos para una inspección ocular. Quedó enceguecido.

- Suba no más- escuchó que le decía el taxista. Lo hizo a tientas.

- Disculpe jefe, pero a pesar de los vidrios protectores y las conexiones electrónicas con las comisarías, no me fío. A un compañero lo enceguecieron con una linterna a través del espejo, perdió el control del auto y le robaron la pilcha. Para cuando llegó la patrulla, ya lo habían dejado en bolas y con una conmoción cerebral. Le pegaron porque sí. Porque ahora plata no se pueden llevar... el auto se rastrea enseguida, pero es igual. Es la maldad, hay cada vez más maldad en el mundo, sabe... Perdone, ¿dónde me dijo que íbamos?

- No se lo dije. Coronel Díaz y French.

- Ah, buena zona. No me equivoqué. Cuando lo vi, me dije, va al alto. Yo a un tipo raro, de noche, no lo subo. Y nunca me equivoco. La pinta es todo. Si alguien es de bien se nota enseguida.

- ¿Y nunca duda?

- A veces, pero ante la duda voy a lo seguro y no lo llevo. Es que ahora, no es como antes, la gente de bien se nota, la pinta lo dice todo. La mishia se ve en los zapatos, en los pantalones, en la barba, en el pelo... siempre salta por algún lado.

- Para usted, alguien en la mala, no puede salir de noche.

- ¿Y qué va a hacer alguien en la mala, de noche? ¿dígame? ¿qué va a hacer? Sin tarjeta no se va ni a la esquina.

- Y, a lo mejor, ir a apostar en los juegos de ruleta rusa.

- ¡Ah! ¿vio?, ¡qué barbaridad! No sé donde vamos a terminar.

- ¿Usted me llevaría?

- ¡Qué!, ¿está loco? ¿Y para qué quiere ir ahí?

- Por curiosidad, nomás.

- No pibe, ahí no voy. Y si mi consejo te sirve para algo, en algunas cosas más vale no curiosear, podés terminar mal. Ese mundo no es para alguien como vos, te lo digo yo.

- ¿Usted fue?

- Hay lugares a los que no es necesario ir para saber que no son para uno. No te vas a tirar de un décimo piso para saber qué se siente ¿no?. Bueno, llegamos. Buenas noches.-

El chofer abandonó el fugaz tuteo paternal al despedirse. Mientras subía a su departamento, Lurianski, se sorprendió pensando en su exmujer. Se dio cuenta lo mal que lo había dejado su divorcio.

Durante el año de separación había permanecido fiel a su exesposa. Preso de resentimiento, no había dejado nunca de estar con ella. Intuía que su vida estaba próxima a dar un vuelco.

CAPÍTULO 21

- Profesor, ¿puedo hablar un segundo con usted?

- Por supuesto,

- ¿Podríamos ir a un bar?

Lurianski, sorprendido, accedió sin hacer ningún reparo. Salieron de la facultad caminando juntos pero como desconocidos. Parodi lo arrastraba con su misterio kolla. Incluso el bar, lo eligió él. Contra lo previsible, no lo llevó a un reducto de estudiantes sino a otro más aislado a media cuadra. El muchacho hacía coincidir sus actos con la inexpresividad de su rostro.

No habían terminado de sentarse que le dijo:

- Profesor, le mentí.

Lo dijo de un modo brusco, vomitando una confesión que sólo él se exigía. De inmediato, clavó los ojos en la superficie porosa de la mesa. Lurianski lo miraba, cada vez más intranquilo. El había imaginado a un policía de civil tomando nota taquigráfica de sus palabras, pero la confesión del alumno tenía un aire de culpa tierna impensable en la retórica policial, incluso la más camandulera. Como el joven permanecía callado, Lurianski se impacientó.

- ¿Qué quiere decir que me mentiste?

- Le mentí. Yo no vine a sus clases por lo que le dije ... Debía investigar.

Un policía con culpa era más que lo que su tolerancia hacia el surrealismo cotidiano le permitía soportar.

- ¿Y por qué decidiste contármelo?

- Porque me pareció lo más conveniente.

- ¿Conveniente para qué?

- No sé... Me pareció. Nunca me resultó tan difícil... , y eso que estoy acostumbrado. Lo hice infinidad de veces... pero esta vez es diferente...es la primera vez que lo hago con un profesor.

A Lurianski lo crispaba la ambigüedad de Parodi.

- Podés ser un poco más claro.

- Sí. Si no, usted no va a entender nada.

Por primera vez lo miraba a los ojos. Hasta ahora había hablado obviando a Lurianski, tan absorto que si el profesor se hubiera levantado lo hubiese dejado hablando solo, dibujando con el dedo índice de su mano derecha curtida y áspera, círculos anodinos sobre la mesa.

- Alguien nos comentó de su primera clase. No un alumno suyo directamente....usted sabe como son estas cosas, un alumno a un amigo, éste a otro, y así hasta nosotros. Teníamos que comprobarlo. Es muy inusual que alguien se ponga a hablar de Marx hoy en día. Supongo que si usted la vez pasada no me hubiera parado, esta conversación se podría haber diferido, pero usted es demasiado observador... Si me permite, cuando el otro día me encaró, no sabía cómo sacármelo de encima, no me imaginé que ya en la segunda clase iba notar mi presencia. Pero bueno, vayamos al grano.

Es hora, pensó Lurianski. Por un instante se le ocurrió que la dilación podía ser una técnica policial para poner nervioso al reo antes de torturarlo o aplicarle la ley de fugas.

- Yo pertenezco a un grupo de izquierda. Intentamos crear las condiciones de un resurgimiento de la lucha obrera. Pensamos que aunque las condiciones objetivas y subjetivas no son favorables, hay que recuperar la discusión acerca del poder. No puede ser que a un poder atroz haya que retocarle la cara y nada más. Hay que cuestionarlo desde sus raíces. En nuestra opinión, ése es el debate que el marxismo tiene pendiente. Es un debate que se impone como condición de supervivencia de la especie.

- De la especie, ¿no te parece demasiado?

- ¿Usted cree? Con qué criterio se defiende la naturaleza, el medio ambiente o al hombre, cuando lo que prima es la ganancia de los accionistas. Marx lo predijo...-, y el profesor oyó el alegato de su alumno acerca del capitalismo salvaje y sus genocidios más o menos disimulados, o sobre la falacia del capitalismo humanitario. Lo oyó sin prestarle verdadera atención, sin atreverse a interrumpir la "clase" de su alumno. Ahora era él el que dibujaba formas en la mesa.

- ¿Y yo que tengo que ver con todo eso?.

Parodi lo miró desorientado.

- ¿Cómo qué tiene que ver? Usted está tratando de recuperar la conciencia popular, ¿o nos hizo leer a Marx porque sí...?

La pregunta de Lurianski había hecho titubear al joven; por un instante, había perdido esa prestancia sorda de político en campaña y balbuceaba réplicas improvisadas.

- Porque su idea acerca del carácter relativo del aumento de la productividad del trabajo no es la de un testafarro de la cultura dominante.

- O soy un testafarro de la cultura dominante o soy marxista, no hay puntos intermedios. El problema que ha tenido siempre la gente de izquierda es que han visto lo que han querido ver. De un detalle han construido una *Weltanschauung*...

- ¿... ?

- Una concepción del mundo. En eso se parecen a los ratis, ven a alguien que habla de pueblo y lo creen un revolucionario en potencia.

En ese momento Parodi se rebeló con violencia a las palabras de Lurianski

- Puede ser, pero los ratis lo hacen porque son mercenarios que cobran por liquidar cualquier oposición a los intereses de los que les pagan y nosotros, en cambio, porque venimos de muchas derrotas y no perdemos las esperanzas de encontrar gente honesta.

- Está bien, pará, no te ofendas...¿pero para qué te me acercaste a mí? No creo que haya sido para confesarme tu filiación...

- No, veo que me apuré. Quería invitarlo a participar de unas reuniones donde se discuten los alcances y límites del marxismo.

Aunque para Lurianski ajena, la perorata de Parodi le parecía de un apasionamiento sincero.

- ¿Y vos llegaste a la conclusión de que como yo había dado para leer el *Manifiesto Comunista* era un posible participante de esas reuniones? Siento desilusionarte, pero nunca fui marxista, tal vez sí de izquierda, aunque un amigo me llama fascista de la democracia. No creo en los poderes mesiánicos de izquierda o de derecha, y aunque el mundo de hoy me disgusta, no creo que la cosa se resuelva con que los pobres coman pan y los ricos mierda mierda, como dice la canción, ¿supongo que la conocés?

- Claro, es una canción de las fuerzas republicanas durante la guerra civil española, mi padre la cantaba cuando se reunía con sus amigos a guitarrear.

- Mi viejo jamás cantó esas cosas. Pero mi abuelo sí. El peleó en las brigadas internacionales, pero era anarquista y nunca se llevó bien con los comunistas. En mi opinión, es una canción de resentidos.

- Y usted no está resentido porque siempre vivió bien. No se puede pretender que sea objetivo y cerebral el que está desesperado por llevarse algo para comer a la boca.

- Justamente por eso nunca los desesperados fueron líderes políticos, por la sencilla razón que los desesperados pierden incluso las posibilidades de pensar las condiciones en que viven. Esas canciones fueron escritas por líderes no desesperados que quieren llegar al corazón de los que sí lo están. No te voy a negar que hoy no pienso las cosas como las pensaba hace unos años, pero las revoluciones me parecen una solución peor que la enfermedad. Te agradezco la invitación, pero no me interesa... Eso sí, si querés seguir viniendo a mis clases, estás invitado.

Parodi, aunque defraudado, no dio muestras de estarlo.

- Bueno, se lo agradezco. Lo que le voy a pedir, es que sea discreto, que nadie sepa de esta charla; estamos muy controlados por el espionaje electrónico, y los contactos individuales siguen siendo de poco interés para los servicios y de mucha utilidad para nosotros. Vio lo del *Manifiesto*.

- ¿Vos sabés algo? ¿pensás que tiene que ver con ustedes?

- No sabemos qué pensar. Nos enteramos por lo que pasó en su clase. Es raro, desde que está todo informatizado nunca se habían metido con un libro. Pero, nunca se sabe... Ahora, me tengo que ir, la invitación está hecha. Si quiere venir a una reunión, no tiene más que decírmelo. No es ningún compromiso.

La conversación había terminado. Parodi se levantó y se alejó con su andar pachorriento, mientras que Lurianski lo observaba irse y se llevaba el vaso ya sin café a la boca. Si bien estaba más tranquilo que al comienzo, se reconocía dominado por una inquietud nueva. La historia de las competencias de ruleta rusa le volvieron con la tenacidad de una obsesión. Miró el reloj. Ya era tarde. En media hora debía estar en el Ministerio.

CAPÍTULO 22

- ¿Su nombre?
- Santiago Lurianski
- Deletréelo, por favor. Si no, la computadora no lo registra.
- ELE, U, ERRE, I, A, ENE, ESE, KA, I LATINA.
- Un momento, por favor.

Ese día lo recibió una jovencita, casi una niña, de unos 14 o 15 años, una estudiante de nivel secundario que realizaba prácticas en campo, como se denominaban a esas horas de trabajo *ad honorem* que en nombre de ofrecer a los niños una experiencia que favoreciera su inserción laboral futura reducía los costos fijos en las planillas de salarios sin infringir las normas legales de trabajo de los menores. No trabajaban, se argumentaba, sino que hacían seis horas diarias de práctica.

Era difícil discutir con alguien tan joven.

- Su reclamo no figura, señor.
- Aquí tengo el comprobante, dijo Lurianski molesto.

La niña miró el papel y, tras estudiarlo con detenimiento, lanzó una exclamación subrayada con una sonrisa de triunfo. Esa pregunta la sé, parecía decir. Usted no es LURRIANSKI, es LURIANSKI. Usted dijo ERRE, y es ERE. Por eso no figuraba el reclamo. ¿Se da cuenta?. Como usted lo dijo mal, la máquina no puede saber. La confusión fue porque usted no deletreó bien el nombre. ¿LURIANSKI, SANTIAGO?.

Lurianski Santiago, se resignó a contestar.

- Así es.
- ¿Edad: 33 años?
- En efecto.
- Domicilio... Teléfono... Estado Civil... Hijos... Nombre del padre, la madre, los hermanos..., la niña leía las preguntas que aparecían en la pantalla conspirando contra la calma del profesor que segundo a

segundo iba perdiendo su instinto paternal. Por suerte, el cuestionario terminó antes que su paciencia. Ella levantó la cabeza rubia con su pelo lacio bien peinado y exhibió el orgullo de estar haciendo las cosas bien.

- Su reclamo es el HIV 232.

- No, yo estoy sano-, contestó el profesor, y la niña lo miró sin entender.

- Acá dice eso,

- Quedate tranquila, fue un chiste.

Ella lo miró con cara de qué tipo raro éste y siguió leyendo. -Usted reclamó el... por...-, para apurarse la niña leía para sí. De golpe levantó la vista y, sin sospechar las consecuencias de lo que iba decir, con su más inocente sonrisa, agregó:

- Señor Lurianski, todavía no hay información.

- Cómo que no. Me citaron para hoy para decirme que la tendría.

- Perdóneme. Acá lo dice claro. Volver en quince días.

- Hace quince días me dijeron que volviera en quince días. No puedo. La necesito ahora.

- Si usted no puede venir, mande a alguien con la boleta de reclamo-, contestó la niña con cara satisfecha, orgullosa de recordar todas las respuestas que estaban en el manual.

- El problema no es que no pueda venir yo. Es que necesito esta información con urgencia.

- Acá dice urgencia. La oficina ya está enterada. Vuelva en quince días, señor. Todo se va a resolver.

- No, nena, la información la necesito ahora.

- Lo siento, señor, no hay nada que yo pueda hacer.

En ese momento Lurianski se levantó como dispuesto a matarla, pero en un tono controladamente amenazante, mirando fijo a los ojos de la niña empleada, se limitó a exigir:

- Quiero hablar con tu jefe.

- Mi jefe está muy ocupado.

- Que esté ocupado me importa un bledo, pendeja. Llamálo.

Lurianski había perdido la compostura; sudaba, gesticulaba y maldecía, todo al mismo tiempo. Su voz resonaba como un trueno sobre la cabeza de la chiquilina que balbuceaba sus mejores disculpas

haciendo un collage con las metilillas aprendidas en el manual de atención al cliente. De repente, por encima de ellos se impuso una voz mecánica: “Se le recuerda que el maltratar a los empleados está penado por ley, con agravantes cuando se trate de menores. Se le informa que está cometiendo dos delitos no excarcelables. La empleada ya le ha informado. Por favor, retírese.”

Lurianski buscó esa voz sin rostro que salía de las paredes como la voz de Dios, y si bien su enojo no cedió, se dejó caer sobre la silla como golpeado por una mano invisible. La niña miraba hacia todos lados, tan asustada como él.

- Esto es un abuso. Solo quiero hablar con tu jefe. Por favor, llámalo- dijo ahora en una voz casi apagada.

Para este reclamo la niña tenía respuesta. Y de un cajón sacó un formulario.

- Llénelo, por favor, en 72 horas recibirá una cédula de citación en su casa.

- Yo quiero verlo ahora.

La niña lo miró con cara de impotencia.

- Hay que seguir los pasos legales. No hay nada que pueda hacer.

De los gritos ambos habían pasado a un clima íntimo, donde más que hablar, susurraban, como si ambos quisieran eludir la mirada implacable de la voz.

Aunque desde puntos de vista opuestos los dos compartían la misma impotencia.

Para Lurianski, lo más temible no era la voz sino esa apelación a la ley que hacía a ese despacho más impunemente arbitrario. Se daba cuenta que no discutía con una persona sino con un orden amparado por una ley inflexible. Pedir una simple información sobre un suceso inesperado lo había puesto frente a una jurisprudencia que garantizaba la impunidad de los actos más autoritarios en nombre de su letra escrita.

Se dio cuenta que su arrebato era inútil. Que sólo le quedaba esperar. Bajó la cabeza, masculló algo y se fue, sin ánimo siquiera de dar un portazo.

CAPÍTULO 23

- Hola, don Sebastián, ¿está haciendo otra flauta?

- Sí, anoche me robaron la mía.

- ¿Quiénes fueron?

La pregunta de Camila delataba sorpresa. No porque los robos fueran raros en el barrio, sino porque el anciano parecía estar inmunizado contra rapaces y buscapleitos. Tal vez fuera el señorío con que llevaba su indignancia, tal vez su barba venerable o la bondad de sus ojos, pero lo cierto era que los crímenes, asaltos, violaciones, golpizas que eran moneda corriente en el vecindario desde que oscurecía, parecían detenerse siempre a metros de donde él estuviera; y como había establecido su residencia en el umbral de una casa abandonada lindera a la de Camila, se había convertido en el impensado custodio de ella y su madre. Aunque nadie lo había planeado de ese modo, así se dieron las cosas. Podían haber robos en las dos torres cercanas, pero la casa de Camila permanecía indemne sin requerir más precauciones que una elemental prudencia. El nunca pedía nada, a lo sumo que le llenaran una cachusa cantimplora de color incierto que tardaba varios días en vaciar. Su piel transparente y amarillenta en la que sobresalían unos lamparones de origen impreciso -podían ser tanto costras de roña como de vejez- nunca sudaba y muy de vez en cuando se lo veía sorbiendo del pico como un pichón de canario. La vida de don Sebastián estaba detenida en ese umbral. En ocasiones, desaparecía por algunas horas.

- ¡Eh!, don Sebastián, ¿por dónde anduvo?-, le preguntaba Camila.

- Un poco acá, un poco allá-, contestaba él sin ninguna intención de ser preciso.

¿Cómo conseguía la comida que cocinaba todas las noches en su fogata?, ¿dónde orinaba o defecaba?, ¿cómo hacía para que su umbral estuviese siempre limpio y sus dos únicos cacharros ennegrecidos lucie-

ran pulcros? eran las preguntas sin respuesta que Camila se hacía. En los días de invierno se lo veía moverse como un girasol buscando un rayo que lo calentase y no era raro que terminase dormido cerca del cordón de la vereda si era allí donde habían coincidido el último haz de sol con su postrero instante de vigilia. Don Sebastián era el referente neutral de la zona, todos lo aceptaban sin hacer comentarios ni pedirle explicaciones. Ni los supuestos ricos de las aceras finas ni los ciertamente miserables de las veredas gruesas. Si era él el que se acercaba a algún tacho de basura, los que en ese momento estuvieran revolviendo los desperdicios le abrían el paso como a un venerable monarca. Por estas razones, el robo de su flauta era un hecho inaudito.

- El Púa dijo que fueron pibes de otro barrio.

- ¿Quién es el Púa?

- El jefe de la barra de la autopista. El dirige todo lo que pasa en esta zona. Nada en el barrio pasa sin que lo sepa el Púa. Los pibes que me robaron la flauta la van a pasar mal. Yo le dije que no importaba, que hacía otra. Pero él tiene que cuidar su prestigio...

A poco de morir el padre, los amigos le habían aconsejado a la madre que se mudara y, ahora, mientras escuchaba a don Sebastián, Camila reconocía lo atinado de aquellos consejos; pero la madre se había aferrado a la casa como al pecho del padre en el cajón, y cuando dejó de llorar ya era invendible y no tenía resto financiero para ninguna operación inmobiliaria. El barrio cambió mientras Camila iba creciendo y Snoopy se hacía una mascota anciana. Se dio cuenta de los problemas del vecindario casi tan de golpe como se descubrió mujer.

A la madre le había pasado lo mismo. Durante muchos años había vivido despreocupada de su entorno: los disparos eran allá lejos en la esquina, los sin casa estaban alláaaa, en la otra cuadra. Su único temor era cuando volvían de noche y chocaban contra el paisaje espectral de las fogatas, pero el taxi los traía hasta la puerta y, una vez adentro, actuaban como munidos de un salvoconducto. El comentario acerca del Púa le mostró la otra cara del lugar donde vivía.

- Los pibes que me la robaron la van a pasar mal..., repetía don Sebastián pensando en vos alta. ¡Si habrán sido tontos!. Dios no quiere que nadie muera por una plegaria trunca... tengo que terminar la nueva flauta antes que el Púa los mate. Tengo que apurarme.

Desde su llegada al barrio, 5 o 6 años antes, don Sebastián era conocido por sus benignas obsesiones que tenían siempre a Dios como interlocutor.

-Tengo que apurarme, m'hijita, Dios no espera-, repetía mientras que con una navaja oxidada calaba una caña que había sacado de vaya saber dónde.

Camila lo dejó trabajando y volvió a su casa. Tras la llamada telefónica había abandonado la cama por primera vez en dos días. Si bien su cabeza era un manojo de ideas que se agolpaban buscando entender, estaba de mejor humor. Su hermano siempre se había llevado bien con don Sebastián. Pasaban horas juntos. De qué hablaban, no lo sabía, porque nunca se lo había confiado, pero la madre no dejaba de recriminarle esa relación con un linyera. Ahora se daba cuenta que no era la primera vez que el hermano construía un vínculo fluido con una primera figura de los márgenes. En ese momento se le ocurrió pensar que su padre, de estar vivo, no lo hubiese aprobado, aunque de estar vivo, tampoco estarían viviendo como vivían, o quizás sí, incluso peor, ¿por qué no? Jíbaros civilizados o desocupados de lujo. A partir de comentarios de la madre podía suponer que había tenido la mentalidad de un jíbaro civilizado, no importaba lo desocupado de lujo que en verdad hubiese sido. Cada comentario de la madre en afán de glorificarlo, lo mostraba como un nuevo rico empobrecido antes de llegar a serlo. Camila sentía que su mente era un caos. Era muy difícil construir una historia sin datos firmes, y ella era muy chica cuando el papá murió. Sus recuerdos eran pobres o borrosos. Lo que sí recordaba con claridad era el olor de su padre, un intenso aroma a colonia y a tabaco mixturados que, cada vez que estaba en sus brazos, ella inhalaba con profundas bocanadas. Ella siempre había sentido que Julián se ponía celoso cuando esto ocurría, pero sin que por ello se perjudicase la muy buena relación existente entre ambos, basada, por un lado, en que ella lo admiraba y, por otro, en que él satisfacía su menor capricho. Relación tan diferente a la que había tenido con su otro hermano, Roberto, el mayor y preferido del padre, que nunca había tenido un buen vínculo ni con ella ni con Julián, y que se había ido a los pocos meses de su muerte.

Nuevamente la carta la estaba acongojando y ese día no podía seguir permitiéndose ese lujo. Tenía una cita y no deseaba que su pesadumbre se notase. En ese momento el teléfono volvió a sonar.

CAPÍTULO 24

Como el ascensor no funcionaba, Lurianski tuvo que subir a su departamento por la escalera. Por alguna razón, ninguno de los edificios de su vereda cumplía con los horarios de corte previstos. Se rumoreaba que como la avenida era límite de zona entraba ora en un turno, ora en otro, ora en ambos, de manera arbitraria. La administración del edificio había hecho los reclamos correspondientes a Edenor, pero la única satisfacción que habían obtenido era la habitual colección de respuestas pregrabadas pidiendo disculpas y dando las gracias. Gracias las pelotas, pensó Lurianski mientras subía los 8 pisos hecho una furia sabiendo que lo aguardaba la vajilla sucia, la heladera chorreando, las prendas sudadas hechas un bollo adentro del lavarropas, la cama, que era un amasijo de sábanas puercas, y el polvo que, aprovechando su desgano y el obligado descanso de Ramona, su pequeño robot doméstico, se había ido depositando sobre los muebles. No podía seguir viviendo en esas condiciones. Por lo general, Lurianski era muy ordenado y se fastidiaba consigo mismo cuando se encontraba con el resultado de su propia indigencia momentánea, pero desde que se había separado, el caos había ido adquiriendo un lugar creciente en su vida. Los primeros meses, su departamento lucía como un quirófano, tal era su afán competitivo de mostrarse suficiente. Pero de a poco su estéril rivalidad con su exmujer fue perdiendo fuerza y él dejándose estar, hasta que en las últimas semanas la crisis energética había terminado desnudando la suya, más personal. Su pereza se realimentaba del paro electrónico.

Estaba convencido del debilitamiento progresivo de la especie humana, repetía que mientras los guerreros medievales eran capaces de batirse durante horas blandiendo espadas descomunales, el coraje de los actuales hombres de armas, tan esmirriados como ladinos, se limitaba, a lo sumo, a apretar teclas y matar estadísticas parapetados en bunkers

a prueba de todo. Como solía decir su abuelo: con la invención de la pistola se acabaron los valientes; comentario al que él le agregaba una reflexión propia: desde entonces, y en forma proporcional al progreso de la industria de la guerra, habían desaparecido los héroes, o mejor dicho, habían quedado del lado de las víctimas.

Ni bien llegó, Lurianski se dejó caer sobre el sillón del living, exhausto por el esfuerzo realizado, sin energías siquiera para bajar la cortina de madera que podía protegerlo del sol que a esa hora calcinaba la puerta-ventana que miraba al oeste. Enfrente se extendía la plaza en la que, le había contado su padre, alguna vez supo levantarse el amurallado edificio de una cárcel. Deseaba cerrar aunque más no fuese la cortina de tela, pero su cuerpo se negaba a colaborar. La indignación que sentía por el modo en que lo habían atendido en el ministerio, potenciaba el cansancio. Quizás, no fuera la especie la que se estaba debilitando, sino él, un intelectual de escasas fuerzas físicas. Se daba cuenta que vivir solo no era tan sencillo como había pensado.

Por un momento se le ocurrió largar todo e irse un mes a Villa General Belgrano con sus padres. En ese instante, hasta hubiese tolerado tener al lado a su exmujer con tal de compartir el disgusto. Cerró los ojos y un aire melancólico se adueñó de él, al fin y al cabo su convivencia con ella no había sido tan mala, sencillamente había mantenido una relación basada en la tolerancia, la inmensa, omnipresente, militante, tolerancia. La única militancia que él había practicado en su vida. ¡Pobre Parodi!, si supiera, pensó. Su único proyecto militante había sido garantizar que tanto su mujer como él preservaran la intimidad de sus respectivas vidas de un modo tan tabicado que rara vez habían llegado a compartir un proyecto en común. Cada uno de ellos era una persona autónoma, “con vida propia”, se jactaban.

Se habían juntado cuatro años antes, básicamente por razones económicas acordes con el espíritu del nuevo siglo en el que había vuelto a primar el inmemorial matrimonio por interés, aquella institución tan vapuleada por los ideales románticos del capitalismo en ascenso que resurgía en su versión plebeya. Ya no era Felipe el Hermoso que se casaba con Juana la Loca para expandir el poder de los Haubsburgo o la corona de Castilla, ya no era el burgués recientemente venido a más que

se unía con la condesa venida a menos para lograr la síntesis moderna de la riqueza y el escudo de familia, ahora era el polaco Lurianski que se juntaba con la tana Di Livio para hacer de dos sueldos mediocres uno digno, bajar el alquiler y compartir los gastos. Eran dos solitarios que pragmáticamente unían sus carencias y sus escasas posesiones; con algo de amor, un poco de sexo, una pizca de ternura y mucha independencia, sobre todo en cuestiones de trabajo. La consigna era no ser posesivo ni impedir la realización personal, y si alguno de los dos deseaba pasar la noche con otra persona para trabajar, sentirse celoso o celosa era considerado un signo de inmadurez. Al menos, ése fue el contrato verbal que había unido a Lurianski con su exmujer. Contrato difícil de llevar a la práctica cuando la convivencia plantó sus necesarios límites. Durante tanto tiempo se habían impuesto ser tolerantes que se terminaron odiando.

Se habían conocido y juntado en Harvard. Ella también era argentina, cordobesa para más datos, y al volver se habían casado para no decepcionar a la madre de Carla - así se llamaba la joven- que no veía la hora de verla desfilar por la nave central de una iglesia iluminada a giorno con un vestido blanco con mangas de guipur, acompañando los acordes de la Marcha Nupcial de Mendelsshon con pasitos de novia. Pero dos años en Harvard y dos en Buenos Aires había sido un tiempo suficiente de malvivir en pareja y se habían separado en común desacuerdo. Los que lo habían sentido de verdad habían sido los respectivos padres, por casualidad, consuegros y coterráneos.

Carla era una profesional exitosa, muy inteligente, entregada a su trabajo de especialista en márquetin, con un sueldo estándar, que no podía ni quería sacrificar su profesión por su pareja. En verdad, eso era lo que solía pasarle a cualquier profesional joven: las empresas imponían condiciones de trabajo tan absorbentes que construir una familia siempre quedaba relegado para un más adelante incierto, y los hijos (nunca bien vistos para las posibilidades de ascenso de una mujer) se transformaban en una eventualidad para cuando no quedara más remedio: cuando los límites de la menopausia plantearan ahora o nunca, o la posibilidad de un implante hubiera sido aceptado como una alternativa que prolongaba la potencialidad procreativa hasta poco antes de

la tumba. La pareja se había separado, en un instante de lucidez, en el medio de la sutil violencia cotidiana; a pesar de lo cual, Lurianski llevaba casi un año sin formar otra y repitiendo “qué suerte que me separé” con una insistencia cargosa digna de sospecha para cualquier observador imparcial. Sin embargo, nadie podría creer que su malestar fuera por amor. Podía ser por orgullo herido, por resentimiento, por sed de venganza, o hasta por puro espíritu conservador, pero no por amor.

El profesor miró como a través de un velo opaco el descomunal desorden que lo rodeaba y cerró los ojos. Se le apareció el rostro asustado de la niña en el Ministerio y también los ojos negros de Camila. Era el momento indicado para llamarla. Ya la noche anterior había estado buscando en la agenda electrónica de la facultad su número telefónico. Lo marcó. No necesitaba ninguna excusa para hacerlo.

CAPÍTULO 25

Camila colgó el tubo y se encontró con el rostro burlón de su amiga Flor. Fue un destello; aún así, un instante demasiado elocuente para desdeñarlo. Y empezó a reír, a carcajadas, como una loca, esas risas que no paran con nada, que se realimentan de su urgencia, de su inexplicable sinrazón. Es que se sentía loca, loca de atar. Lo suyo no era una risa feliz o, en todo caso, no era sólo una risa feliz, era también una risa nerviosa. Eso era, nerviosa. Una risa sin eje, como la que puede sobrevenir cuando sucede aquello más inesperadamente esperado. Porque en ningún momento se le había ocurrido la posibilidad de que el profesor Lurianski la llamase. ¿Para qué iba a hacerlo? ¿no hubiera sido una tontería de púber imaginar algo así? Su amiga le había dicho “te gusta” y ella lo había negado y tenido un sueño erótico. Pero nada más. Y ahora esta llamada venía a complicarle la vida, a hacerla reír como una loca púber, sin poder sofrenar esa hilaridad vergonzosa, ésa que no se puede mostrar a nadie porque es la prueba inequívoca de lo inadmisibile, de lo que tiene existencia en el secreto, en el secreto extremo, hecho para el silencio, que no admite confidentes de su obscena dicha privada.

- Quedé muy impresionado por la manera en que te ocupaste de buscar el libro y quería charlar con vos. Mañana, antes de la clase, en el barcito de Junín-, le había dicho él. -¿Te parece bien a las dos y media?. Nos queda una hora. ¿No estás ocupada antes?, ¿o sí?.

-No-, alcanzó a balbucear ella.

-¡Ah! ¡Qué bien!, entonces nos vemos mañana. No te olvides-. Y colgó. Y ella vio la sonrisa pícaro de Flor y se empezó a reír como una loca. Y recordó el sueño y sintió mucha vergüenza, como nunca había sentido, o sí, la primera vez con Nacho, su compañero de clase en el colegio secundario, cuando en el cuarto de él se bajó la bombacha, así, de golpe, como si fuera una chica con mucha experiencia, y se

halló desnuda en los ojos también avergonzados de Nacho que miraron hacia otro lado como no atreviéndose a ver lo que ansiaban ver, y ella que atinó a taparse con las manos el triángulo negro de su mata virgen las retiró enseguida llena de vergüenza de su vergüenza y se acercó a Nacho, y le dio un beso chiquito que se fue haciendo grande hasta que una gota de sangre y apenas un poco de dolor la hicieron mujer de risa loca, desenfrenada, nerviosa, como ahora, mientras Nacho, asustado y de sopetón hecho hombre, le preguntaba si estaba bien, y ella no podía parar de reír y de hipar, de hipar y reír, mientras se miraba el triángulo negro de su mata recién desflorada, sentada sobre una sábana apenas roja de sangre hilarante, loca y propensa al hipo, en la cama de su compañero de clase más asustado que ella, que se preguntaba si coger era eso tan fugaz que causaba tanta risa.

Como aquella vez, terminó por serenarse. Recordó su cita con Parodi. Era absurdo suspenderla por la llamada de Lurianski. En definitiva, era la llamada de un profesor que le reconocía su desempeño en clase, nada más que eso, ¿qué se estaba imaginando acaso?. Parodi era divertido, un poco monotemático pero con un gran sentido del humor. Ya se habían encontrado una vez para estudiar y la había sorprendido con las muchas cosas que sabía, parecía tener una respuesta para todo. Esa tarde se había comportado de modo muy distinto que el día en que se conocieron. No había sido el joven preguntón de la primera vez sino, por el contrario, un conversador de tierra adentro con un infaltable chiste telúrico entre los labios. En ese rato se la había pasado alternando entre el elogio del socialismo científico y la historia del curda cordobés o el vago santiagueño. Se movía en ese texto que les había dado el tícher, como pez en el agua. En un par de minutos se extendió en razones que explicaban la intranquilidad de su madre cuando se encontró con el *Manifiesto comunista* envuelto en papel de regalo. Le había hablado de los muertos, de las personas tiradas al río, del secuestro de bebés, de la quema de libros, del error de varias generaciones que creyeron que el mundo avanza inevitablemente hacia el progreso, o de que el bien, aunque con grandes sacrificios, siempre está esperando a sus héroes al final del camino. De los buenos y los malos. De un tal Yeltsin, de Lenin, de Stalin, de Trotsky, de Gramsci, del Che Guevara, de Mao Tsé Tung,

de Fidel Castro, de Salvador Allende y del Comandante Marcos. Parodi le había enumerado nombres y más nombres que ella había escuchado, en todo caso, de modo ocasional, pero de los que, a ciencia cierta, no sabía nada. El sí parecía conocerlos, hasta personalmente, tal era la familiaridad con que se refería a ellos, y la había fascinado con la esperanza de una sociedad de hombres justos que resultaba inimaginable en el mundo que ella conocía. De todo eso le había hablado. Era difícil saber si buscaba seducirla o adoctrinarla, aunque muy probablemente se tratara de lo mismo.

En ese momento, se acordó de Marx, de la cara barbuda y canosa que había visto en la computadora, de esa enorme cabeza cejijunta, y se lo imaginó cogiendo. Así, de pronto, como en la foto. Con la misma barba desprolija, con esos ojos profundos y con su dedo índice erecto profiriendo sentencias flamígeras en su traje arratonado, de franela, con un corbatín negro, desnudo de la cintura para abajo, sin saber para qué le podía servir la teoría del valor frente a una chica berlinesa -desnuda también ella- con el sexo expuesto a su grandioso desconcierto de intelectual con pene en ristre. Y otra vez la risa. La risa loca de doncella que ya fue. Otra vez la tentación. La sorpresiva imagen la volvió a hacer suya de estertores hilarantes. ¿Para qué la habría llamado el profesor? se preguntaba una y otra vez, mientras hipaba, lagrimeaba y buscaba serenarse, tan en vano como su intento de contestar esa pregunta imposible de responder hasta el día siguiente, a las dos y media, en el barcito de la calle Junín.

Esa noche saldría con Parodi, un chico de su edad, aunque era obvio que nada iba a ser como lo había imaginado antes de esa llamada loca de dar risa. Y se puso, de un momento para otro, seria.

III.

Al terminar la primera parte de El Profesor, mi opinión sobre el libro no había cambiado. Me seguía pareciendo tan tediosamente ideológico como para que vos hubieras seguido sin creerme. Lo que, por otro lado, nunca te fue difícil. Si me tildabas de mentiroso en cuanto oportunidad se te presentaba, más justificable te hubiera resultado en ese instante en que todo era tan inconsistente: el libro como mi empeño en seguir leyéndolo.

Sin embargo, empecé a darme cuenta de un dato que había estado ante mis narices desde el comienzo sin que yo me percatara: lo extraño, lo enigmático, lo que despertaba mi curiosidad y me hacía seguir, era la carta que el autor le había adjuntado a su texto. Ese era el verdadero motor.

En efecto, la esquila de Ursik decía que era una historia real y, por la época en que se desarrollaba el relato, contemporánea. En ese sentido se podía pensar que El altar de Ifigenia, o un lugar de características similares, existía en Buenos Aires. Si era así, yo no lo sabía y, es más, tampoco podía creer que existiese. Si bien era cierto que el mundo que describía Ursik se parecía mucho al real, su exceso lo hacía increíble. Quizás por eso mismo el texto no me permitía que lo deje.

Al momento de terminar la primera parte, estaba tomado, no por el argumento, sino por los enigmas que la lectura me imponía. Era como si la carta se hubiera incorporado al relato como un personaje más u otro eje dramático en el interior de la misma novela. No lo leía con óptica de editor. No calculaba eventuales beneficios o pérdidas, ni evaluaba sus estrictos méritos literarios -preocupación de relativa importancia en los 20 años que llevo como editor-. No, lo encaraba como un acertijo a resolver.

En verdad, iba a ser ésta la razón que me llevaría a leer la novela hasta el final. En ese momento, la cuestión de publicarla ya estaba casi descartada. Un hombre de la era del silicio -como me gustaba definirme entonces- no estaba dispuesto a ceder a nostalgias de dudoso origen.

Seguramente vos me preguntarías con tu más acerada irritación qué tiene que ver esto con lo que ocurrió entre nosotros; y yo estaría obligado a pedirte paciencia. Sólo al final podría empezar a darte algunas explicaciones. Es muy probable que ninguna te convenciera, pero para mí es imprescindible hacer el intento.

Sé que me comporté como un egoísta, pero no te mentí. Esta vez no lo hice. Esta vez no me acobardé, ni nada parecido.

A pesar de que siempre compartí tu máxima favorita: “somos dueños de elegir nuestros próximos pasos, los problemas del mundo son una excusa, no un límite”, hoy ya no estoy tan seguro de ello. Lo imprevisible y lo inexplicable intervienen en nuestras vidas más a menudo de lo que solemos pensar.

Al menos eso es lo que ocurrió con nosotros.

EL PROFESOR

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 26

Siempre lo había excitado la velocidad: los coches de carrera, las Harley-Davidson, el esquí acuático y, por sobre todo, el de alta montaña. El aire helado contra la cara en el Mont Blanc o en Chapelco cuando sobre sus esquís era una partícula más de polvo blanco, lo hacía sentir un dios; no uno más en un Olimpo politeísta, sino el dueño absoluto de los secretos del cielo y de la tierra; la velocidad lo lanzaba hacia el poder y se lo daba al mismo tiempo. Desde niño había ido adquiriendo la certeza creciente de que correr era su pasión y su destino.

Había conducido un auto por primera vez a los 10 años, cuando su padre lo ungió como el primogénito audaz y exitoso, antes de morir de un ataque cardíaco ocho años más tarde. Desde entonces su vida iba a ser una carrera hacia adelante que lo forzaría a entrar en las autopistas con una sonrisa de desafío en los labios. Había ascendido de modo fulminante en un holding multinacional con cabecera en Chicago que manejaba tanto la energía como la alimentación, la salud como la industria armamentista, la tecnología espacial como la genética. Los cuatro elementos: la tierra, el aire, el fuego y el agua.

Ese día, el sol teñía de rojo el perfil mastodóntico de Manhattan en donde acababa de participar en una reunión secreta y vital. Mientras manejaba, el espejo retrovisor le permitía eludir el impacto directo del atardecer sobre los ojos y le devolvía el contorno de la ciudad más famosa del planeta. Las antiparras negras reglamentarias que desde hacía un lustro habían ayudado a disminuir los accidentes por encandilamiento, permanecían en la guantera. Él ni consideraba la posibilidad de usarlas. Pero ese día, no corría hacia adelante como lo había hecho siempre; en verdad huía, con el mismo vértigo pero en dirección opuesta. No de

una persona, de un lugar, de un punto fijo y referencial; no, huía de sí mismo, de las voces que se agolpaban en su cabeza, de las afirmaciones crueles, de los chistes cínicos que había escuchado y hecho en las últimas veinticuatro horas, del sinsentido hecho sentido, de la lógica de lo lógico pronunciada sin una sombra de remordimiento, de la falta de pasión.

Era otoño y hacía fresco, pero él sudaba. Aunque el aire acondicionado de su auto funcionaba al máximo, no lo hacía para él, se sentía tan ahogado como en sus últimas visitas a Buenos Aires; todo hedía a su alrededor. Esa tarde, la autopista no ofrecía premios al ganador, era un pasadizo lleno de obstáculos por el que su auto derrapaba en fuga como en las películas de acción que Hollywood había producido a granel antes de la popularización del *virtual-movie*. Había visto centenares cuando chico y su modo de conducir estaba nutrido de millones de fotogramas. “Será inmoral, pero es la única solución, señores”, era la frase que repicaba en su mente como un epitafio. ¿Sería inmoral? A él nunca le había interesado ese tema. La moral era una cuestión práctica que se dilucidaba según un cálculo de probabilidades. Era importante con los amigos, sobre todo con ellos, que desde siempre y, más aún desde su migración a los Estados Unidos habían tenido un lugar más importante que su familia, con ellos sí, pero con el resto todo se definía en términos pragmáticos. Además, como sus amigos compartían el mismo código, lo inmoral resultaba para ellos tan relativo como para él. La moral no apelaba a ningún colectivo que la sancionase, era un acto privado que se regía por normas de alcance por completo individual. En ese sentido, resultaba inusual su reacción ante la frase: “será inmoral, pero es la única solución, señores” que rugía en su cabeza como una acusación lanzada contra su persona. Quizás, pensó, no estaba a la altura de la tarea que lo había impulsado durante todos esos años, tal vez, su audacia tenía límites que hasta ese momento ignoraba porque no había tenido que transponerlos. No sabía qué contestar. Sólo que lo urgía alejarse de ese momento en que su mano alzada había servido a la unanimidad de una resolución de la que ya se arrepentía. Él era el representante de la empresa que lo autorizaba, más aún, lo enviaba a levantarla; a no poner obstáculos a una decisión - aunque desconocida-

ya tomada de antemano. En verdad, desde antes de salir de Chicago sabía que la empresa no lo autorizaba a considerar alternativas que no fueran categóricas. Y ahora era ese ahogo el que lo forzaba a él. Debía correr. Con el sol rojo en su espalda amenazándolo como un arma blanca. Con la ciudad más famosa del planeta desplomándose sobre su nuca. Con el pasado adelante, atrás, abajo, arriba, entre las piernas, en la boca y la nariz, como una mordaza. Sin salida. Sin entrada. Sin rumbo. A toda velocidad hacia la grieta. Como un bólido lastrando adrelanina. Pensando sin pensar. Huyendo sin plan. Consciente de que en pocas horas volvería a estar en el mismo punto siendo el mismo sin volver a serlo jamás. “Será inmoral, pero es la única solución, señores”. La voz de Mr. Bullock, la ronca voz de Mr. Bullock, no admitía otra posibilidad; había sido la postrera voz de la verdad. Todos asintieron con más o menos convicción. Los diez y seis representantes de las empresas más importantes de los EEUU dieron su apoyo a la voz ronca de Mr. Bullock. Por algo era el mayor especialista en cuestiones militares, en estrategias de guerra y geopolítica, en estudiar destinos y proponer soluciones.

- El progreso nunca reparó en melindres sentimentales, señores. Los poetas no hubieran arrojado una bomba en Hiroshima pero tampoco podrían haber convencido a nadie de sus peligros como nosotros hicimos al tirarla. El ser humano es un bicho que no quiere admitir los males que lo acechan y millones hubieran argumentado que la peligrosidad de la bomba era una patraña apocalíptica. Nosotros al tirarla no dejamos duda de su capacidad destructiva, fuimos mucho más elocuentes que cualquier pacifista sentimental con su millón de discursos. Nosotros, al hacerlo, fuimos los verdaderos gestores de la paz del mundo. No sólo nos anticipamos a nuestros enemigos sino que pusimos las cartas sobre la mesa. Afirmamos: el hombre ya posee una capacidad total de autodestruirse, sépanlo, *just facts*, sólo hechos, ténganlo en cuenta, háganse responsables de las consecuencias, nadie puede alegar ignorancia. Enola Gay fue el nombre de la campaña publicitaria más eficaz que haya emprendido nuestro país. Nosotros no mentimos, pusimos la verdad sobre la mesa y actuamos en consecuencia, señores. Nada de poesía sobre la posibilidad de la muerte, nada de parrafadas

filosóficas sobre el ser y la nada. Nosotros, en un solo segundo, nos hicimos cargo de esa verdad que todos quieren negar y provocamos un aumento notable del interés por la paz. Los misiles disuasivos fueron nuestra mejor arma contra los enemigos de la libertad. Y esas decisiones que hicieron grande a nuestra Nación no se tomaron pensando en la moral pusilánime de los cafés literarios y la paja de Woodstock. Se tomaron entre gente estudiosa, trabajadora, que ama a sus familias, pero a la que no le tiembla el pulso cuando hay que mirar la verdad a los ojos. Hoy, la coyuntura es tan difícil como hace setenta años. Estamos enfrentados a nuestra exclusiva responsabilidad. Será inmoral, pero es la única solución, señores-.

Mr. Bullock había sido tan elocuente que algunos aplaudieron. Muy bien, Mr. Bullock, *You really know how to do it*. Y él corría. El automóvil cortaba el aire como una navaja y echaba chispas sobre el asfalto mientras el sol se perdía entre un horizonte de acrílico y aluminio. Por un instante, el resplandor a sus espaldas le pareció un hongo atómico que lo perseguía con su sudor de muerte. No podía respirar. Un tubo de oxígeno. Una tajo en la tráquea. Una mano a la vez fría, a la vez cálida que le hiciera olvidar la voz de Mr. Bullock. Eso necesitaba. Y correr. Hacia atrás, hacia el día en que su padre lo había puesto al volante por primera vez, cuando había acercado el asiento para que sus prometedoras pero aún cortas piernas llegaran a los pedales, y le había dicho: "un hombre tiene que saber manejar". ¿Qué pensaría su padre si lo viese ahora? ¿Había valido la pena la carrera?. Su padre había muerto dejándole un legado que lo había ayudado a ser el hombre que hoy era. A conciencia, sin remilgos, aunque el resto de su familia lo mirase con un desprecio en el fondo envidioso. Al menos, así lo había interpretado él siempre. Incluso en ese momento, en que el sol lo perseguía, ahora ya escondido detrás de la curva del horizonte, a sus espaldas, como un asesino a sueldo que cumple su misión porque las órdenes no se discuten ni se piensan, como ejecutando una venganza que venía del futuro próximo, demasiado próximo, a meses quizás de su consumación. Con olor a carne quemada. A huesos negros. A alarido de pájaro. A miles de kilómetros en un continente tan lejano y tan prójimo. De muerte lenta a fuego rápido. Que no perdona. Aunque

corra en su auto por la autopista sin sol de espaldas a la ciudad más famosa del planeta, derecho hacia Long Island, a las órdenes de Mr. Bullock y su propia mano levantada dando el apoyo unánime a tanta muerte. Sin antiparras. Como un asesino de guante blanco. Asfixiándose de a poco en un charco estancado en Buenos Aires, con la sonrisa de su madre pidiéndole una explicación que él nunca podría darle.

Al volver al hotel, se sirvió un whisky. El progreso pasteurizado de la salud como vicio seguía haciendo la vista gorda ante las tradiciones étlicas de una nación de bebida blanca a la que él se había asimilado como si fuera descendiente de un colono del *Mayflower*. Con mucho hielo. *On the rocks*. Whisky con sabor a Rocallosas. Y una puta. Eso necesitaba. Una puta que le hiciera olvidar a sus semejantes del sur, a sus orígenes del sur, a esa remota ciudad de Buenos Aires a la que sólo de vez en cuando volvía por razones laborales o utilizándola como puente hacia el Chapelco cuando sus *week-ends* en la nieve, entre los pinos plantados en la roca, en el país que lo había visto nacer y del que había huido hacía quince años gracias al permiso universal que su padre le había firmado antes de morir como previendo ese infarto que lo había dejado huérfano a los dieciocho años, con una mano atrás y otra adelante, cuando todavía era un adolescente. Una puta y un whisky, eso necesitaba ese día insoportable en que se había descubierto más débil de lo que jamás se había reconocido, ahogado en su propia angustia chirle, corriendo por una autopista con olor a caucho quemado, en el calor que no perdona. No el que se mide con termómetro. No, ese otro, asfixiante, prendido como garrapata a su cuello blanco de corbata al tono, que no cede con una bebida fresca, ni con una ráfaga de aire polar, ese otro con el timbre aguardentoso de Mr. Bullock, será inmoral pero es la única solución señores, y su mano levantada condenándose al condenar a tantos otros. Pero no eran los otros abstractos los que le importaban, los otros de la estadística o el informe periodístico. No, eran los otros de sangre con los que había mal compartido la niñez, quizá prontamente desangrados en una calle conocida por él, en un barrio suyo de recuerdos, vivido por él, poblado de él, hacía mucho tiempo, a un paso nomás de hoy.

Sacó el whisky de la heladera. Le agregó hielo del dispensador. Ahora faltaba la puta. Marcó en la computadora su pedido, no especificó ningún atributo especial, bastaba que estuviera dispuesta a todo. O tal vez a nada, ya iba por el segundo whisky doble. Muy norteamericano lo mío, pensó. En los momentos duros, el alcohol es más confiable que una mujer. Se acordó que la suya esperaba su llamada para esa hora. Eran las 19.00. En su casa en el lago Michigan debía estar sirviéndole la cena a su hijo, corrigiendo deberes frente a la ventana sobre el lago, o bostezando su paz natural de naturaleza fotográfica. Qué hermosa Marilyn, tan rubia, tan calma, tan dispuesta, qué insuficiente en ese instante, tan lejos de esa tarde que le prometía a su vida un giro de 180 grados. Esa tarde de Mr. Bullock, de Mr. Taylor, de Mr. Mackenzie, de Mr. Cole, de Mr. Ford, de Mr. Johnson, de Mr. Kennedy, de Mr. Jefferson, de Mr. Killpatrick, de Mr. Palermo. Roberto Palermo o Robert Palerrrmou como lo había rebautizado su migración. Una que como todas las que se producen desde una nación débil hacia otra poderosa no respeta los orígenes en el punto más significativo, el nombre. Las letras son las mismas pero la prosodia otra, en este caso norteamericana: Paleeerrmoou, como en París hubiera sido un Palermó nasalmente francés. Mientras Johnson es yonson en Nueva York o en Buenos Aires. Ni jonson, ni jonsón, ni las pelotas. El poder es poder porque sostiene sus nombres sin reblandecerlos tras la prosodia pasajera de un país de paso aunque sea para siempre. Se zampó el segundo whisky de un trago, como agua. La puta debería llegar de un momento a otro, mientras Mr. Bullock le volvía a exponer las conclusiones de su estudio sobre saturación poblacional en las naciones pobres, en privado, para convencerlo, porque había intuido sus reparos. Pero sin énfasis castrenses, a golpes de argumentos. Sabía que no quedaba otra salida. Pero era su historia personal la involucrada en esta decisión. *Shit*. Cuánto más fácil sería si pudiese mudar a su madre y a sus hermanos a Chicago. En lo medular, coincidía con Mr. Bullock. La cuestión ética le parecía vana. La naturaleza no entró en consideraciones morales cuando destruyó Pompeya, un maremoto no tenía conciencia de culpa, un león no dudaba ante un ciervo, sobrevivir era un derecho de la naturaleza. La ley del más fuerte. Punto. Y a otra cosa. Somos animales sofisticados pero animales al fin.

Animales que sudan cuando huelen su presa, y ese día no podía dejar de sudar. Cuestiones del amor o de la muerte. Mierda Mr. Bullock, musitó con envidia; por eso eran una gran nación, sabían tener pelotas, nada de melindres. Recordó a su padre. En esta vida nadie te va a regalar nada le había dicho una vez mientras padecía la evasiva de sus amigos cuando buscaba un trabajo acorde con sus méritos, porque él, que había repartido favores cuando estaba en la buena no había recibido un trato equivalente y había muerto sin que se los retribuyeran. Nadie te regala nada, le había dicho. Un hombre debe saber manejar, había afirmado otra. Poco tiempo después de su muerte él había llegado a interpretar su mensaje: debía ser una fiera, vivir a costa de todo. Y la vida era inseparable del poder y del dinero. Por eso, cuando su amigo Ronnie a quien había conocido chateando le propuso quedarse en Chicago para estudiar en la Universidad y trabajar en la empresa del abuelo, no dudó, le escribió a su madre que se quedaría en EEUU a hacer lo que su padre hubiera deseado que hiciera, y la dejó muda, sin siquiera un pero a su decisión. “Así lo hubiera querido papá”, era un argumento demasiado concluyente en boca de un hijo que ella nunca había sentido del todo suyo; en verdad, una propiedad exclusiva del padre que lo había traído al mundo a través de ella pero otorgándole pocos derechos sobre él, los estrictamente necesarios para que creciera sano y fuerte como un bien propio. Y él había cumplido con las expectativas del padre, siempre hacia adelante, con la fuerza de un auto de gran cilindrada en una autopista de Manhattan, como un yeti multicolor sobre la alfombra blanca de las pistas de esquí del mundo. Al borde de los bordes. En el centro de los centros. Allí donde se cuecen las habas del mundo. En Manhattan, en Berlín, en París, en Tokio. De la mano de los más poderosos, al pie de los imperios, siempre cerca de un trono que sabía vedado para él, asignado a otros por las fuerzas naturales de la historia. Las que, como explicara con tanta claridad Mr. Bullock, no conocen de morales pusilánimes; porque no hay razones éticas que expliquen que se pueda morir a los dos, a los cinco, a los diez, a los cincuenta o a los cien años, que la bondad no se premie en este mundo, y difícilmente en otros.

Golpearon. Servicio de habitación anunció una voz femenina. Abrió la puerta y se encontró con una negra descomunal que vestía una mini-

falda con altura de tajo y un top que prometía excesos. *Hello, darling*, le dijo, y pasó por delante de él como si fuera transparente. Era obvio que tenía muchas horas de vuelo la mina. Se sorprendió de estar pensándolo así, con esas palabras de porteño con funyi y labio, tan lejanas a él, que hasta despreciaba; labio de hemipléjico con complejo de macho, así veía él ese rictus tanguero. Muchas horas de vuelo la mina. Una sorpresa. Nunca había hablado así, ni se había criado en un barrio que hablara así, ni había nacido en una época que se hablara así; un gen nacional le había surgido de repente al tercer whisky doble, rocalloso *on the rocks*, de un solo trago. Y la negra mirándolo con cara de “soy cara *my darling*” y él poniendo la tarjeta en la computadora empotrada en un mueble de madera símil madera y plin caja y a ahora vos dirás *my darling*, esperá que un whisky antes que qué me importa que seas cara si yo soy más caro que vos negra de mierda con top que promete excesos y mini al tajo, pensó y no lo dijo, porque era hombre de pocas palabras frente a una mujer. Que Mr. Bullock siempre toma whisky porque será inmoral pero es la única solución señores. Y hace calor en esta pieza. Y Marilyn tan rubia en Michigan y el hijo que aunque niño sabe que el padre es un hombre importante, aunque no cuán importante. Tanto como para levantar la mano, o el pulgar, hacia arriba o hacia abajo según dispongan las muy naturales leyes de la historia, como las de la gravedad o la termodinámica, que no hacen reparos morales porque no sirve para nada, el sol sale y el sol se pone como se le canta a Dios, señores, había dicho Mr. Bullock. Así que negra de mierda con un top que promete excesos no hay de qué quejarse, por eso sos cara y yo soy caro y plin caja y un whisky on the Rocallosas rocks del *Mayflower* por las muchas horas de vuelo brindo porque será inmoral pero no hay otra solución señores. Y se durmió.

La mujer negra con minifalda con altura de tajo se volvió a poner el top, le desabrochó el cinturón, le bajó apenas la cremallera del pantalón y se fue con una sonrisa de plata fácil.

Se despertó después de una noche en duermevela en la que no había podido relajarse, soñar, ni morir del todo. A la una de la mañana había abierto los ojos y se había encontrado sobre la cama con la ropa puesta y

arrugada. ¿Qué estaba haciendo allí?, ¿por qué no estaba con su esposa? Se acordó de Mr Bullock, de la negra, de su madre. Cerró los ojos sin fuerzas siquiera para apagar la luz con el control remoto. Se durmió y despertó a intervalos irregulares durante toda la noche, sin moverse, como paralizado por un dardo saturado de curare. Sólo se levantó una vez para ir al baño cuando sintió que su vejiga estaba por estallar. Fue el único movimiento hasta que, a la mañana, se incorporó con los músculos doloridos y un agrio sabor en la boca. Un café, necesitaba un café amargo.

Como si de repente hubiera recordado quién era, se bajó de la cama de un salto. Así lo hacía todas las mañanas: se acuclillaba sobre el borde del colchón, con la sola ayuda de sus piernas daba un brinco, caía de pie y se erguía alzando los brazos como un equilibrista que se entrega al aplauso del público tras el triple salto mortal. Una prueba sencilla pero que exigía ser sistemático y ágil: dos virtudes que él cultivaba. Ya levantado, se acordó de los más menudos detalles del día anterior. Algo de irreal había en esos recuerdos que sabía ciertos.

Había llegado a Nueva York enviado por la empresa a hallar junto con los más destacados especialistas en cuestiones laborales alguna solución urgente y definitiva al problema del exceso de desocupados que existían en el mercado. Se había hecho evidente que si hasta hacía unos años su elevado número servía para mantener muy bajos los salarios, desde entonces, la curva descendente de sueldos se había estancado en el límite inferior posible: más bajos aún, hacían inútil el esfuerzo de trabajar, motivo por el cual el llamado ejército laboral de reserva había perdido su eficacia regulatoria. Con más desocupados ya no descendían los salarios, lo que bajaba era la curva de seguridad. No había más trabajadores en reserva, lo que quedaban eran elementos explosivos llenos de odio. Este tema venía discutiéndose desde hacía un par de años, y los niveles de violencia marginal, de excluidos asomados a la ventana del confort con una mueca de odio en los labios y ojos que no perdonan en el centro de la cara, había crecido de modo tan descomunal que la sociedad corría el riesgo de desangrarse o estallar. Por eso había que tomar el toro por las astas y resolver la cuestión de la mejor manera y tan rápido como fuera posible. *Right now*, había dicho el representante de ITM.

Exhaustivos y pormenorizados informes habían circulado por todo el espectro de respuestas posibles: primero, las sociales y humanitarias, que fueron descartadas cuando coincidieron en que las pérdidas en la tasa de ganancia serían demasiado grandes y solucionaban muy poco. Promover formas de incorporación laboral productiva era una idea demasiado repetida y en la que ninguno creía: no estaban en campaña política, debían hablar en serio. Disminuir las horas de trabajo y los salarios ya se había hecho, más no se podía sin afectar las tasas de ganancia. Que bla, bla, bla. La discusión había girado por la infinidad de alternativas obvias que todos conocían, antes de que la ronca voz de Mr. Bullock hubiera creado un clima, primero de estupefacción y rechazo, luego de indignación tolerante, más tarde de relativo interés, para terminar, porque será inmoral pero es la única solución señores, generando algún aplauso aislado pla, pla, pla en un par de asistentes convencidos.

Había sido una discusión acalorada en la que, al principio, todos habían reaccionado a su propuesta con parecida indignación. *You are crazy Mr. Bullock. What kind of human being are you, Mr. Bullock? Is this a joke?* Pero ni estaba loco, ni era un ser humano demasiado insólito, ni bromeaba. *Just a practical man.* Un hombre práctico. Veterano de la guerra del Golfo, de la de Panamá, de la de Kosovo, de la de Colombia, de la de Cachemira. Un estratega y un hombre de acción, además de un intelectual doctorado en Pennsylvania en problemas demográficos y de geopolítica. Un hombre robusto de rostro cuadrado y pecoso, con un bigote prolijamente recortado y cicatrices de tiempo en la comisura de los labios, bajo sus pómulos filosos y en sus ojos grises. Un individuo con convicciones republicanas y hábitos austeros que solía pensar en los hombres como meros instrumentos del gran proyecto de Dios. Para todos los participantes resultaba un hecho que el riesgo de insurrecciones organizadas era nulo, pero la violencia seguía creciendo, y el orden de ese proyecto divino peligraba ante la probable acción de turbas sin esperanza ni piedad. Todo era cada día más extremo y “los momentos extremos reclaman soluciones extremas” había enfatizado Mr. Bullock, levantando apenas el dedo índice como un Moisés anglosajón criado en Mississippi. Y entonces las convicciones termi-

naron de ceder ante la lógica de ese hombre casado, padre de cinco hijos, que jugaba al béisbol con los varones y acompañaba a las nenas al Lincoln center a ver *El lago de los Cisnes* cada vez que se lo permitía su rutina de consultor *fulltime*. Y después el sol en el espejo retrovisor, y el coche entrando a 100 millas por la autopista, y la vuelta al hotel, y la humedad de su ciudad natal, y su madre, y un whisky tras otro, y la negra con la que no recordaba haber cogido ni tampoco haberse bajado la cremallera.

Se dio cuenta que no había llamado a su mujer. Se acercó a la computadora en la pared, tecleó *dial* y dijo el número de teléfono de su casa en lago Michigan. La voz de su esposa sonó agria: “¿por qué no me llamaste anoche?” “Terminamos demasiado tarde, tuve una reunión muy importante que se prolongó hasta la madrugada y no te pude llamar”. “¿Era rubia o morocha la reunión?”, replicó ella. “No seas desconfiada, ¿estaba como para mujeres ayer!”, mintió a medias; en definitiva, tan sólo había pagado por un servicio que no había usado o, al menos, creía no haber usado. Ella cambió el tono. Él le preguntó por el hijo y le comentó que, si bien no podía asegurarlo, creía que en un par de días iba a estar de vuelta. No te olvides de la actuación de Johnny, le dijo ella, recordándole el papel de Hamlet que el hijo iba a representar en la función de la escuela. No me olvidé, voy a llegar. Salvo que el mundo estalle, hizo la salvedad, voy a llegar. Como para justificar la llamada, hablaron un rato más, sobre el tiempo en el Michigan, sobre la humedad en Nueva York, sobre el accidente de la vecina Lucy con un caballo ¿qué barbaridad pobre mujer! cuadripléjica tan joven y los chicos ahora ¿quién los va a cuidar?, sobre la cuenta de un plomero que había hecho un arreglo en la cocina, un robo, chicano tenía que ser dijo ella, y sí, tené cuidado a quién dejás entrar, hoy en día está lleno de delinquentes, había ratificado él, sobre los nervios de Johnny tan chiquito con la calavera en la mano, de la túnica negra que Marilyn le había hecho con una pieza de corderoy que compró en el cibermercado, de bla, ble, bli, blo, blu, y Roberto miró el reloj y dijo que ya tendría que estar saliendo, que vos no sabés el ritmo de trabajo, que hasta luego, que un beso, que no te metas en la cama con alguna puta, que no tontita, que no tengo fuerzas para eso, que chau, que... Colgó

sintiendo que le hubiera gustado contarle la reunión, de Mr. Bullock, de sus dudas que no le iban a impedir hacer lo que se debía hacer. En todo caso, viajar a Buenos Aires para convencer a su familia de pasar una temporada en el lago, que después de todos esos años sin verse podía ser una oportunidad para el reencuentro, que no había ninguna razón para guardar resentimientos por cosas que, en el fondo, nunca habían pasado más que en la imaginación. Que él era el hijo y ellos los hermanos, que nunca había mostrado gran interés, es cierto mamá, al principio fui muy egoísta, quería triunfar, llegar a la cima como quería papá, que no me interesé por ustedes como debía, pero ahora ya soy grande y quiero que vengan, con Camila, con Julián - si está en Buenos Aires-, pero rápido, en el próximo mes a más tardar. Pero porqué tanto apuro preguntaría la madre. Porque sí, habría dicho él, porque me regalan los pasajes, porque quiero que me conozcan como soy donde soy de verdad. Que no sé, que tengo que pensarlo. Que sí, que hagan las valijas, que una temporada lejos de esa tumba perdida en el tiempo les va a venir bien. Que en esta tumba está enterrado tu padre así que más respeto. Que perdón mamá, que vos sabés cuánto quise a papá, que no lo digo por eso, que el mundo está en otra parte, que al menos mi mundo está en otra parte y quiero mostrártelo, que un mes no es nada, que patatín y patatán. Se le hizo claro que ni bien terminara el cónclave, pasaría por su casa, haría una valija y se iría para Buenos Aires. Que no había tiempo que perder. Que un par de días bastarían. Que sería una sorpresa. Que aparecería en la casa de su madre de improviso, para que ella estuviera menos preparada y fuera más fácil convencerla. Que sí Mr. Bullock, que será inmoral pero es la única solución, y ¿no es mucho más inmoral acaso despreocuparse de los seres queridos que afligirse por millones de desconocidos anónimos?, que *it could be wrong but it's de right thing*, que sí, que *fuck you*, que podría estar mal pero es lo correcto Mr. Bullock, la puta madre que lo recontramilparió, Mr Bullock, ¿qué es lo correcto?

CAPÍTULO 27

La humedad nunca perdona a los huesos, con parsimonia de verdugo les hinca un dolor difuso y penetrante. Si encuentra alguna vieja cicatriz se ensaña con ella arrogándose la función de memoria del cuerpo, la única en la que la memoria perdura sin traicionarse. Roberto Palermo sabía eso, y sabía también que llegar a las 7.00 de la mañana al Aeropuerto de Ezeiza implicaba exponerse a la crueldad de sus cicatrices, a esa humedad suburbana que oculta aviones quietos o haciendo maniobras, vehículos yendo de acá para allá, o la torre de control con sus luces, reflectores y sonares. Era sorprendente que el avión hubiera podido descender en ese paisaje ciego. Desde la ventanilla no se alcanzaba a ver siquiera el ala, sin embargo, el piloto había posado el gigantesco fuselaje sobre la pista gracias a una tecnología digital que hacía prescindible su pericia. Cuando los motores se habían detenido y los demás pasajeros, parados ya, buscaban sus objetos personales en los portaequipajes, él, que se había quedado contemplando una niebla que espejaba viejos recuerdos, se sobresaltó ante la aparición repentina de la manga entre la bruma. *C'est la même chose que Heathrow ici*, exclamó una mujer francesa que en el asiento de adelante contemplaba el paisaje, poseída como él, aunque por razones distintas. Para ella, llegar a Buenos Aires no suponía el encuentro con su pasado, ni mucho menos con su futuro. Para ella se trataba de una vulgar escala. Palermo, en cambio, estaba allí por Mr. Bullock y por su propia, comprometida, cómplice, mano levantada.

La manga acababa de ser fijada a la puerta y los pasajeros más apurados ya estaban recogiendo sus abrigos del armario para salir con sus *attaches* y su bolsos de mano, muy probablemente, el único equipaje que traían. Ese era un vuelo utilizado por los ejecutivos que aún viajaban desde Nueva York a Buenos Aires a firmar contratos. Desde la difusión de las teleconferencias, cualquier otra cosa se resolvía a distancia pero

tan cerca como escritorio de por medio. Para las firmas, en cambio, esto no era posible porque seguían sin resolverse muchas de las cuestiones legales que la comunicación digital generaba. Por esa razón, casi todos los que viajaban en ese vuelo, lo hacían en el día, firmaban todo lo necesario y se volvían a ir. Si se apuraban, era para hacer una breve recorrida por la ciudad antes de regresar. Palermo no tenía ese apuro. Al menos ese día. Es más, si hubiera podido, hubiera tomado el tiempo entre las manos, lo hubiera guardado en una caja hermética, y lo hubiera hecho salir como con cuentagotas abriendo muy de vez en cuando, apenas, la tapa. Pero el tiempo es inflexible con esas pretensiones de los hombres y jamás le lleva el apunte. No importa cuáles sean éstas, que vaya rápido o despacio, al tiempo le da igual; con autoridad, más tarde o más temprano, les enrostrará su tranco regular. Por eso, Palermo seguía demorándose con la niebla, aunque ya hubiese tomado su perramus, su portafolio, ya hubiese saludado *-nice to meet you-* a la azafata y caminara por la manga tratando de distinguir a través de las ventanas algún contorno tras la mancha gris del amanecer. Así, distraído, casi se lleva por delante a la francesa *-Oh, I'm sorry. Pas grave-* que iba tan absorta como él en ese paisaje sin figura ni fondo. *C'est spectral ça!*, exclamó ella. *C'est vrai*, dijo él. *Vous êtes américain?*, preguntó ella. *Un peux les deux choses, je suis né en Argentine mais j'habite à Green Bay, près Chicago.* Oh, la la, habla español entonces, dijo ella. Claro, dijo él. Qué bien, así practico, ¿viene a visitar a su familia?. Sí, ¿y usted?. Un poco por turismo y otro poco por negocios, tengo vendida una serie de fotos de Buenos Aires y vengo a sacarlas. ¿Las vendió antes de hacerlas? Es que soy buena, saben lo que pagan. La felicito. *Merci*, esta niebla *c'est magnifique*, ¿es siempre así? No, en verdad, es raro, salvo a esta hora de la mañana y a campo abierto; en el centro es difícil encontrar un paisaje como éste.

Mientras hablaban, ella se detuvo y se quedó mirándolo. ¿Qué ocurre? preguntó él. Nada, excúseme, deformacion profesional, contestó ella, usted es fotogénico y me lo imaginaba posando. Gracias, se rió Roberto, pero tengo sangre india y temo que me robe el alma. Quédese tranquilo nunca lo hago con la cámara. Ambos hicieron oídos sordos al comentario y ya frente al mostrador de inmigraciones, siguieron charlando.

Mientras esperaban sus valijas al lado de la cinta, ella comentó: *Bon, voy al centro, ¿usted?*. No, yo voy en otra dirección, pero dígame dónde se aloja y la llamo, no sé si la voy a dejar sacarme fotos, pero tal vez sí que me robe el alma. Esta vez se rieron. Ya estaban sacando sus valijas de la cinta, poniéndolas en sus respectivos carros y caminando hacia la salida. Además, puede necesitar un guía, agregó. *Oui, pas mal*, llámeme. *Of course* dijo él, chau. Y se encontró parado solo en el centro de este aeropuerto al que había venido tantas otras veces, pero con una sensación diferente. Tanto que le tomó los datos a la francesa y le sonrió con su habitual estilo seductor, aunque estuviese seguro de que no la llamaría. Que otro era el motivo de su viaje. Así se lo había explicado a Marilyn que no podía entenderlo. ¿Por qué esa repentina urgencia? ¿Por qué esa necesidad de producir un reencuentro del que jamás había dado muestras de interés? ¿Qué había pasado en Nueva York?. Nada. Simplemente había conocido a un argentino, habían estado charlando y a él se le había despertado el bichito nacional. A vos el único bicho que se te despierta en los viajes está entre las piernas le había gritado la esposa, habituada a descubrirle aventuras que siempre había terminado perdonándole porque era un muy buen padre, un buen esposo y se entendían muy bien en la cama. Pero, *I promise*, había dicho él juntando las palmas de las manos, no hay ninguna mujer en esto, salvo mi madre y mi hermana, de las que no tenés nada que temer. Y así había llegado al aeropuerto, con la esposa perdonándole lo que él pudiera hacer porque había ido a ver a Johnny hacer una versión infantil de un Hamlet con ridícula voz de pito, y por que él había insistido en que estaría de vuelta muy pronto. Que no iba a esquiar. Que esa vez no iba a ir a esquiar. Que quería ver a su familia. Que simplemente eso. Que no le preguntase la razón, pero era así. Así de absurdo y así de necesario. Como un capricho de embarazado, había bromeado él que sabía que las bromas la relajaban, aunque no ésta. Que seguro que tenés un hijo en Buenos Aires. Que no *my darling*, que te es fácil averiguarlo, que basta con que revises los archivos del registro civil argentino en Internet. *You are so mother fucker* que podés tener diez hijos y no haberlos inscripto jamás. Que te pondría mandar al archivo genético para que averigües, había dicho él ... Que sí. Que no ¿Vos me querés? había preguntado ella de repente.

Pero claro que te quiero bobita, que esto es otra cosa, que tengo que traer a mi familia, es necesario, para mí es necesario, nunca te molesté con ese tema. Eso es lo raro, había replicado ella ya cansada. Creeme, había suplicado él, un poco harto. Y Marilyn le había creído o, al menos, había creído que le creía, mientras lo ayudaba a hacer la valija, se hacían el amor a la apurada y, ella, en el aeropuerto, lo saludaba detrás de un ventanal polarizado.

En Ezeiza no lo esperaba nadie, ni oculto tras un vidrio espejado, ni mezclado entre el gentío que suele agolparse ante los anuncios de llegadas o partidas, ni siquiera en la pantalla gigante que, en el hall central, informaba los nombres de aquellos pasajeros que eran esperados por un familiar, un amigo, un chofer de remise o un servicio de hotel. En tanto nadie sabía de su viaje, era imposible que lo estuvieran aguardando, aún así, sintió pena; era un sentimiento absurdo que en sus anteriores visitas no había experimentado. Claro que las otras habían sido turísticas. Por lo general, desde el Aeropuerto seguía hacia San Martín de los Andes sin que su familia se enterase que él estaba en la Argentina. A lo sumo, les daba un golpe de teléfono. ¡Pero no te voy a poder ver!, se quejaba siempre la madre. Es que vine por unas horas apenas, es por una cuestión de trabajo, vos sabés como son las empresas, no dan tiempo a nada. Pero hijo, hace dos años que no te veo. Lo sé mamá, pero no es un viaje de placer, hoy mismo tengo que estar de vuelta en Chicago, ni siquiera sé a qué hora me voy, mentía él. ¿Por qué le creés?, le reprochaba la hermana. Porque es mi hijo y es tu hermano, contestaba la madre con un énfasis que disimulaba su decepción. Y así había pasado el tiempo. En 15 años, se habían encontrado en confiterías del microcentro sólo algunas veces y él había ido un par a cenar a la casa de la madre -ésa que odiaba porque en ella había encontrado a su padre muerto frente al televisor en el living, con los ojos abiertos y el corazón cerrado, víctima de un infarto masivo, el día después de una hiriente discusión entre la madre y el padre que Roberto aún recordaba-, aunque, por supuesto, siempre con regalos para todos, incluso para Pedro, a quien no conocía más que de nombre.

Nadie lo había estado esperando porque él no lo había querido. Pero esta vez venía a buscar a su familia. En cierta medida, a rescatarla de sí mismo, de su propia mano alzada. Quizás por eso, porque podría haber sido interpretado como un buen presagio, es que, por una fracción de segundo, había imaginado un recibimiento de besos y abrazos en el medio del hall principal de Ezeiza; y quizás por eso, no obstante lo imposible y absurdo que pudiera ser, que nadie lo estuviera aguardando, lo apenó.

Rodeado por una multitud de choferes que ofrecían sus servicios a cual más barato, se acercó a la única agencia autorizada de remise, de la que era cliente.

- Hola señor Palermo-, lo recibió el encargado. -¡Otra vez por acá! Me parece que no tiene suerte, este año no nevó, ¡el verano no terminó nunca y ya estamos en primavera!

- Hola Agustín, gracias por la información, pero no vengo a esquiar.

- Ah, y qué lo trae, insistió el hombre para quien haber hablado con Palermo un par de minutos, unas cuantas veces en su vida, parecía otorgarle confianzas de amigo.

- Cuestiones de familia, Agustín; ¿hay un coche?

- Claro, para usted siempre hay uno, contestó el empleado, y apretó un botón. Dos minutos más tarde un chofer estaba cargando su equipaje en el baúl mientras que él miraba la niebla que ya había empezado a disiparse, dejando al descubierto, en medio de una luz blanquecina, los contornos de un paisaje chato. Se acordó de su casa en Lago Michigan, de esa nube provocadora que todas las mañanas al levantarse iba desnudando las curvas de las montañas, esas laderas de robles y coníferas que se espejaban en la superficie del lago. Amaba los grandes espacios llenos tanto como odiaba los vacíos. El ronroneo del mar lo irritaba, su infinitud sin bordes lo deprimía. Por eso, jamás había elegido una playa para veranear. Odiaba del mismo modo los océanos que las pampas, en su opinión, paisajes sólo poblados de olas y de ombúes. Su padre le había enseñado a amar las sierras aserradas como odio de mujer o redondas como cadera de hembra, decía; esas curvas voluptuosas y envolventes cortadas por el tajo de un arroyo, esas laderas verdes de árboles mochos y arbustos floridos, o si no, los grandes peñascos, el hondo silencio de

las altas cumbres. Recordaba como si hubiera sido ayer cuando una vez - tendría casi diez años-, en el mes de octubre, paseaba por la ruta internacional a Chile, en Penitentes, a las once de la noche, de la mano de su padre, después de cenar en un hotel de alta montaña, cuando ya nadie circula y el resplandor de las estrellas es el único indicio del entorno, caminaban callados para no perturbar el silencio, y él había sentido en los huesos, en el tuétano de sus huesos, ese terror atávico que los mozos del hotel le acababan de contar que se apoderaba de ellos después de una quincena en la garganta de Viracocha, como lo había llamado uno de antepasados incas. Y él había experimentado ese terror, pero de un modo extraño, no como la inmensidad chata del mar o de la pampa que lo aplastaba contra la superficie del mundo como a una cucaracha, no, había sido de otra manera, un terror estimulante que lo había puesto frente al desafío de un coloso. Si la cuestión de los tamaños ha sido siempre una cuestión de perspectivas, en lo que a él respecta, el mundo exigía cumbres. Por eso recordaba su casa en *Green Bay*, porque allí había encontrado la compañía permanente de esos perfiles, no como un paisaje de postal que se visita alguna vez, sino como uno que se vive todo el tiempo, es decir, pocos segundos, de a ratos, pero siempre.

Buenos Aires siempre le había parecido una ciudad hermosa construida de recuerdos gratos que chocaban contra la realidad apenas llegaba. Porque aunque la tenía presente como un caos lleno de vida, en los últimos años, en cada visita, se había encontrado con uno crecientemente ruin. Bastaba entrar en la autopista Ricchieri para chocar con una muestra de esa transformación: a ambos lados de la ruta, como si se tratara de un panal infinito, viboreaba una villa miseria compacta que terminaba en la avenida General Paz. Estaba seguro de que no existía 10 años antes, a lo sumo recordaba una de un par de manzanas en el límite entre la capital y la provincia, y ahora una enorme llegaba hasta el aeropuerto. Eran 15 kilómetros de desechos humanos y materiales. Kilómetros de indigencia que se asomaban por entre miles de carteles publicitarios que las ocultaban tras sus variados colorinches. ESSOLA MAS SEGURA TENTACION- ¿LO PROBASTE?, sobre fondo negro, ¿LO PROBASTE', sobre fondo rojo, ¿LO PROBASTE?, sobre

fondo blanco, EN OCHO HORAS EN TOKIO, TE ESPERA KARINA, 069-6969, LA ULTRALIVIANA DE HEWLETT PACKARD, HOTEL PRESIDENTE EN EL CORAZON DE LA CITY, DISPONIBLE 373-AB24, COCA COLA, PIERRI-RICO PARA VOLVER A SER HONESTOS, LA MEJOR INVERSION, NO BUSQUE MAS TRABAJO, SHELL, LOTO, LOTUS, BMW, SWING, BUTTER, LA CUEVA DE ALI BABA, MEMORIAL UN LUGAR SEGURO, letras y más letras entreveradas con imágenes y más imágenes, con colores opacando otros colores sobre enormes planchones de chapa, contra el cielo ya celeste arriba y el mundo más neblinoso abajo. Un escaparate de quimeras que disimulaba en vano el hedor de lo ordinario. Un paisaje donde la naturaleza exhibía una flora tecnológica de emulsiones, fotomontajes y escaneos: SHELLLAVIDAESTAENVIDASEGUROSURGENCIASSINCALORIASNICONSERVANTESFORDELPLACERDEVOLARPOXIRAM y los treinta kilómetros de ojos con la señal de Caín -quince de un lado quince del otro- asomándose como las vísceras de un perro aplastado sobre el asfalto.

Trató de imaginarse lo que podían pensar los habitantes de esos nichos de cartón. No solía hacerlo, pues partía del supuesto de que no pensaban, que tenían otras cabezas, otros sistemas nerviosos; como los cuises, los pumas, los monos o los reptiles. En su opinión, eso era lo único que podía explicar que en esas condiciones quisieran seguir viviendo. Así había opinado siempre. Y ese día, la pregunta había vuelto de la mano del recuerdo de Mr. Bullock en la reunión en New York. *It's not enough to be a human being to be considered as such*, no es suficiente ser un ser humano para ser considerado tal, había dicho Mr. Bullock. El progreso de la civilización jamás podrá supeditarse a esos seres *nearly beasts*, casi bestias, sí casi bestias. ¿Pero lo son acaso mi madre y mis hermanos? Debo traerlos conmigo, porque será inmoral pero es la única solución, señores. Y lo que propongamos aquí, exigirá acciones que tendrán que ser planeadas y aprobadas por los niveles pertinentes, como es lógico, en el mayor secreto. Lo único que debemos votar es una propuesta. *That's all*. Porque en definitiva, lo que estamos pensando como solución, argumentó uno de los participantes, el que primero había acordado con la opinión de Mr. Bullock, es la mejor salida, diría humanitaria. *Fuck you*, le había contestado otro.

- Una cosa es que sea la única solución y otra muy distinta que sea la mejor, y, mucho menos, humanitaria.

- Si es la única es la mejor y si es la mejor es humanitaria.

Y el destino de esas sombras vivas asomadas tras carteles variopintos se había discutido en Nueva York, entre canapés de salmón y cerveza fría, alrededor de una inmensa mesa rectangular, tanto como para albergar varias familias allí en el sur, en Buenos Aires, al borde de esa autopista Ricchieri infestada de construcciones precarias que aquí o allá sitiaban, como hormigas el cadáver de una rata, varias torres abandonadas o una fábrica vacía. Allí, sobre la mano izquierda de la autopista, detrás de un cartel que publicitaba vigorizantes peneanos y lubricantes vaginales, una iglesia adventista había sido devorada, y su ábside, alguna vez blanco, brotaba entre el manchón pardusco como un hueso seco; más allá, sobre la mano derecha, en lo que fuera el Mercado Central, la estructura de hormigón se descascaraba entre larvas. Nunca había visto con tanta claridad la extensión de la villa, un inmenso llano de esqueletos que reptaban.

Cuando el remise tomó por la General Paz en dirección a la casa de su madre en Villa Urquiza, el paisaje fue cambiando, más y más rápido, a medida que se acercaban al río de la Plata. Parque Sarmiento le pareció un vergel, pero todo se hizo más ambiguo al doblar por Donado. Allí convivían dos mundos. Uno, en las casas, otro, bajo las columnas de la autopista.

No había terminado de pensar en lo poco que le faltaba para encontrarse con su madre, que el remise ya estaba estacionando frente al chalet.

Bajó inquieto. El, siempre tan seguro, se sentía un pelele cuando de resolver cuestiones de familia se trataba.

La casa estaba más o menos como la última vez, a lo sumo, con los postigones más despintados. Su ansiedad era tanta que no vio que estaban cerrados y se dirigió hacia la puerta con la actitud de quien es esperado.

- No hay nadie, escuchó que le decía una voz rocosa. Era un viejo linyera que, sentado en la vereda, leía un libro descolado.

- Y a usted quien le preguntó algo, le respondió él con su peor alternería.

- Don Sebastián Pedraza, soy amigo de la familia. ¿vos sos el novio de Camila?

Palermo se quedó paralizado sin saber qué decir mirando al viejo que, era obvio, conocía a su hermana, sin entender qué relación podía tener ella con esa percha de harapos.

- Quedate tranquilo, yo a Camila la conozco bien. Mirá, esto me lo regaló ella, y casi sin terminar de decirlo le puso en la mano el libro que estaba leyendo: *Colas Breugnon*, Romain Rolland. El ni lo miró. Sintió un asco visceral, sus manos no estaban acostumbradas al contacto con las costras de la miseria. No porque no la hubiese en los EEUU sino porque desde la gestión que había empezado Rudolph Giuliani en Nueva York a fines de la década anterior, la miseria había ido siendo sistemáticamente reclusa en las cárceles y en las morgues de todos los Estados de la Unión. Las manos rugosas y grises del viejo lo expusieron a la más radical sensación de otredad. Un otro capaz de contagiar los peores males.

- No te asustes, Dios nos hizo a todos iguales-, y agregó -Vos no podés ser el novio de Camila.

Lo dijo con un desprecio tal que Roberto Palermo sintió vergüenza. En el curso de dos semanas, era la segunda vez que le pasaba lo mismo.

- Disculpe, pero me asustó, ¿usted quién es?

- Ya te dije, Sebastián Pedraza. ¿Y vos?

- El hermano.

- ¡Ah! Vos debés ser el empresario. Julián me habló de vos-, dijo el viejo mientras lo miraba de arriba abajo comparando la imagen que se había hecho de él con la que ahora tenía delante, o más exactamente, arriba, porque estaba sentado en la vereda armando un cigarrillo mientras Palermo permanecía de pie, sin saber qué hacer, tan extraña le resultaba la situación. Porque este diálogo con un linyera que lo conocía, en la puerta de la casa de su madre, en Buenos Aires, a causa de un viaje relámpago por el que nadie lo estaba esperando, era lo más ajeno que podía haber imaginado. Había venido a ver a su madre con la idea, más exactamente el deseo, que tras una charla más o menos larga o, a lo sumo, una porfía más o menos intensa, ella y los hermanos se irían con él sin chistar. Así de fácil. No había previsto que su madre pudiese haber

salido a trabajar, a hacer las compras o de viaje. No había imaginado lo más obvio.

- Mirá, yo creo que van a tardar en llegar, al menos tu mamá, porque a tu hermana hace días que no la veo. Si querés esperarla..., y, como si se tratara de un sillón de dos cuerpos, le hizo un lugar en la frazada en la que estaba sentado en el piso.

Roberto Palermo se sacó su elegante perramus verde, apoyó su valija en el suelo, y así, desorientado como estaba, con los ojos perdidos, se sentó junto al viejo sin decir nada. Tras un silencio breve, miró el cigarrillo que el viejo estaba armando y perdiéndole el miedo le ofreció:

- ¿Quiere uno de los míos.?

El viejo aceptó sin chistar.

- Sabe, siguió Palermo, esto es lo que más me gusta de la Argentina... que se puede fumar en la calle. Y se llevó con calma el cigarrillo a la boca esperando el momento oportuno para hacerle un par de preguntas. Si bien se imaginaba que iba a tener tiempo por delante no sospechaba cuánto. En ese momento no podía prever que iba a estar sobre esa frazada sucia, tres horas seguidas, conversando con el viejo en la vereda, hasta que un taxi se detuvo frente a la puerta y, en el interior, fragmentadas por el reflejo en el vidrio, alcanzó a distinguir las facciones cansadas de su madre.

Los ojos de ella tardaron en juntar el cuerpo que tenía delante con el de su hijo, los de él en asociar el recuerdo de la cara de su madre con la ojerosa verdad actual. Ella no entendía, él tampoco. ¿Qué hacía él allí?, se preguntaba ella. ¿Qué hacía él allí?, se preguntaba él. ¿Roberto?!, atinó a exclamopreguntar la madre. Sí, soy yo, respondió el hijo. Pero todo a un metro de distancia, escudriñándose, venciendo la desconfianza de a poco, con pequeños gestos, una sonrisa, un golpecito en la propia frente, una mano que urge en un bolsillo vacío, respiraciones que se aceleran, una cabeza que se menea, piernas que no atinan a avanzar, brazos que quieren transformarse en abrazos pero aún no, dientes que mordisquean el labio inferior y, por fin, algún contacto físico muy discreto: las dos manos de ella que toman las dos manos de él y las levantan como para observarlo de cuerpo entero, y la sonrisa es más franca y la pregunta más

abierta. ¿Qué estás haciendo acá, Roberto? Quería darte una sorpresa. Hijo, esto sí que es una sorpresa, y lo sigue mirando. Estás más gordo. No mamá, estoy en mi peso y hago fierros y tenis y nado. Pero sí, no me discutas, estás más gordo. Y ella que lo mira pero parece pensar y él que piensa pero parece mirar. No me vas a dar un beso, dice ella; y él se lo da, claro. Pero las manos que no saben cómo encontrarse y se chocan, y la mejilla de ella con los labios de él pero sin convicción, como piezas que no encajan, sin la fluidez de lo que coincide. Porque los sentimientos contradictorios son demasiados y los cuerpos los denuncian. Por eso el reencuentro se hace tosco, por la alcahuetería de los cuerpos, su inocente falta de discreción. Y todo en apenas segundos, como en cámara lenta, pero sin ampulósidades marquetineras de al fin juntos y abrazo infinito, por el contrario, como un documental en blanco y negro con tomas sucias que no prescinden de los detalles que incomodan, así había sido ese tosco encuentro que no había pasado de un beso en la mejilla, frente a un viejo linyera que sentado en una frazada extraía un cigarrillo del atado que Roberto le había regalado un rato antes y lo frotaba con sus dedos rugosos antes de llevárselo a la boca y observar ese reencuentro sin armonía, entre esa madre y ese hijo, después de dos años.

- Buenas tardes don Sebastián. Este es mi otro hijo. El de Estados Unidos. El que usted no conocía, dijo de pronto ella dirigiéndose al viejo.

- Sí señora, ya nos presentamos, contestó él, mientras Roberto tomaba de la vereda su perramus, su valija y su portafolio, le hacía una venia al viejo y se iba con la madre, que empuñaba un nutrido llavero, agarrada del hombro.

- ¡Todavía usás esa antigüedad!, exclamó al verlo.

- Sí, es mucho más barato. Además, acá hay cortes de luz muy seguido y las llaves electrónicas no sirven, te dejan en la calle.

El pensó en lo fácil que se resolvía ese inconveniente con una simple batería, pero sabía lo terca que era su madre y no quería empezar a discutir.

Entraron a la casa, a un hall donde en un perchero toné de acrílico negro colgaban un sombrero panamá y una boina de lana que no parecían haber sido usados en años. En seguida, atravesando un vano se

accedía al living-comedor, un ambiente en L donde tres sillones rodeaban una mesa ratona y seis sillas una grande de roble, todo igual que quince años antes: las mismas láminas de barcos y caballos enmarcados en madera oscura y paspartú verde inglés, las mismas lámparas de bronce sobre mesitas estilo victoriano con que sus padres habían decorado la casa en el momento de construirla, el mismo estilo señorial de ayer, pero que hoy lucía viejo. Los sillones de cuero que no disimulaban grietas por las que, como una fractura expuesta, asomaba el relleno. Lo único diferente era la mesa de la computadora que llenaba el espacio que antes ocupaba el piano.

- ¡Hace siglos que no venías!, dijo la madre. ¿Querés comer? ¿tomar algo? ¿te preparo alguna cosita?

- Una cerveza.

- No, fresco no tengo nada... Estás todo sudado.

- Es que yo venía al frío. Salí tan apurado que ni tuve tiempo de averiguar cómo estaba el clima acá.

Y ésa era una prueba de lo intempestivo de su viaje, porque siempre que viajaba, en particular a la Argentina, se informaba de todo, desde el clima hasta la situación política. Como ejecutivo de primera línea sabía cómo manejar los bancos de datos, y jamás era sorprendido.

- ¿Y Camila? y ¿Julián? preguntó mientras observaba una vieja foto que el padre les había sacado a los tres en la puerta de la casa cuando él debía tener 15 años, la hermana 2 y el hermano 8. Una foto color que había ido perdiendo brillo con el paso del tiempo sin que el nuevo tono pastel opacase su expresividad.

- De Julian hace mucho que no sé nada. Sé que está bien ubicado en París, pero es como vos, no escribe, ni viene nunca. Y Camila no sé, va y viene. Ahora hace una semana que no aparece.

- ¿Pero llama?

- Sí, llamadas cortas. Dice que no viene a dormir, que no me preocupe, y cuelga.

- Tendrá un novio.

- No sé, si fuera eso me lo diría, creo, no sé.

La madre salió de la cocina con una taza de café y dos sandwiches de queso en la mano.

- Te traje esto para que piques. Ahora contame por qué viniste sin avisar-.

Lo preguntó con genuino interés pero, sin esperar la respuesta, clavó sus ojos en el reloj de pared al lado de la escalera y exclamó:

- ¡Ay! ¡qué tarde que es, Dios mío! Tengo que volver al trabajo. Si me hubieras avisado podría haber arreglado para tener la tarde libre.

- No te hagas problema, me quedo unos días.

- ¿Unos días?, ¡qué bien!, te podés quedar acá.

- Hoy sí, mañana veo, depende de lo que tenga que hacer.

Sabía que estaba mintiendo. Ni bien advirtió que iba a tener que dormir en su antigua habitación, inventó una excusa. No sabía si iba a poder tolerar el peso que toda la casa, pero en particular su dormitorio, prometía cargar sobre sus espaldas. En ese momento, se dio cuenta que la conversación con su madre no iba ser tan expeditiva como la había imaginado, que todo pintaba ser tan extraño como su llegada. ¡¿Qué hubiera dicho Mr. Bullock, pensó, de haberlo visto sentado en la vereda sobre una frazada fumando con un linyera y hablando de Dios?!.

La sola idea, le causó risa.

Sería tedioso relatar todas las charlas, los matices, los malos entendidos que se fueron sucediendo durante los días subsiguientes. Un encuentro tan postergado no podía ser fácil, y si entre los cuerpos había sido tosco, igual, o aún peor, debía ser el que se produjera entre las almas. La madre, si bien estaba conmovida y bien predisposta con él, no terminaba de creer que estuviera allí y actuaba como si su visita no incidiese demasiado en la rutina de ella. Lo trataba como al hijo que era pero también como a un extraño, un extraño querido a quien no acababa de acostumbrarse. Por eso habían mantenido diálogos duros, con reiterados silencios, con pausas prolongadas, con un exceso de gestos superfluos y de frases estereotipadas donde la misma idea se repetía sin variantes. ¿Y tu trabajo te gusta? le había preguntado la madre de más de una manera. Esteeee, claro, sí, por supuesto, esteeee, es un trabajo apasionante, esteeee, y además gano muy bien. ¡Ah! ¿y te gusta?, volvía a preguntar ella. Esteeee, claro, volvía a decir él. Es el mismo de siempre, la empresa del abuelo de mi mujer. Y así ante cualquier tópico. Vivían tan lejos

uno del otro desde hacía tantos años que carecían de la base cotidiana que agiliza cualquier encuentro aunque sea esporádico. Pero, además, el afecto entre ellos había sido siempre demasiado ambivalente: él sin advertirlo, le seguía reprochando la muerte del padre, y ella, también sin saberlo, desnudaba sus celos. Era por ese motivo que no lograba encontrar la oportunidad ni la excusa para proponerle ir a Chicago; ella estaba demasiado afincada en su trabajo y, aunque se quejaba, parecía satisfecha con su vida. Lo único que la afligía en ese momento era la ausencia de la hija. Una semana sin volver a dormir era, según ella, mucho tiempo, y él entendía que Camila no podía estar ausente cuando hiciera la invitación, casi el ruego, que lo había traído a la Argentina. Si bien la noche previa a la llegada de Roberto ella había llamado, no lo había vuelto a hacer, y las palabras del hijo buscando tranquilizarla habían resultado inútiles. Ahora, cuando llame, le decís que estoy acá, que quiero verla, y va a venir, había fingido. Porque él no conocía a su hermana, era probable que fuese un extraño para Camila, o peor aún, el hermano mayor que se había negado a cuidarla. Nunca antes lo había pensado de ese modo, por el contrario, él se había ido porque quería cumplir el designio del padre y ahora que podía, a rescatarlas. Le iba ser difícil perdonarse si no lo conseguía.

¿Camila sabe que les giro plata todos los meses, no mamá? Sí claro, pero porqué te preocupa eso ahora. Por nada, por preguntar no más, había dicho él. Es que con sus rápidos ascensos, su sueldo le había ido permitiendo, además de pagar los créditos de la mansión en *Green Bay*, su auto y el de su mujer, los gastos de su vida de ejecutivo de alto nivel, también girarle algunos dólares a su familia en Buenos Aires, a esa ciudad que había ido a visitar durante el día mientras su madre iba a trabajar. Esa ciudad que había encontrado tan hermosa como siempre aunque cada vez más llena de chicos harapientos que la recorrían en pandillas como bandadas de jejenes. Porque ese Manhattan en frasco chico, con grandes torres, parques tan inmensos como el Central Park, museos abiertos a todo tipo de manifestaciones culturales, un teatro Colón con espectáculos de nivel internacional, un *South Sea Port* bautizado puerto Madero, restaurantes siempre llenos y bullicio de puerto mediterráneo, se había ido plagando de un gentío con tufo de Bombay.

Por esa razón no había disfrutado del paseo, durante el cual, Mr. Bullock, con su voz ronca de moisés anglosajón criado en Mississippi le había estado repitiendo en su oreja derecha cada detalle de la reunión en Nueva York, mientras el viejo linyera, en la izquierda, le explicaba que “Dios hizo al hombre por error y desde entonces no encuentra la manera de subsanarlo. Cuando se siente culpable arrasa con lo que tiene delante, pero sin mala intención, de impotente nomás. Desde hace milenios Dios no hace otra cosa que preguntarse qué pudo llevarlo a cometer la estupidez de inventar una especie tan propensa al sometimiento que, no importa con cuanta crueldad se la trate, sigue dando pruebas de amor incondicional”. Mientras volvía en el subte hacia la casa de su madre, imaginaba un diálogo imposible entre Mr. Bullock y Don Sebastián. Aunque de maneras diferentes, dos devotos de un Dios disímil.

Se bajó del subte en la estación Puente Saavedra y se subió a un taxi. No veía la hora de llegar a casa. Se sentía triste, un sentimiento ajeno a su carácter emprendedor y vigoroso. Al llegar le impresionó el paisaje de las fogatas, sugerentes y sórdidas. Recién en ese momento tomó conciencia del lugar donde vivía su madre; o no lo había visto antes o esto también había cambiado, pensó.

Al llegar escuchó a Don Sebastián tocar su flauta en el palier de la casa vecina. Asumió el papel de ejecutivo apurado y entró como una exhalación para no verse obligado a hablar con él.

La madre lo esperaba con una cena. El decidido a tantear la posibilidad del viaje.

- ¿Llamó Camila?, preguntó.

- No, todavía no, contestó la madre que esa noche deseaba olvidar su inquietud, y trajo la cacerola a la mesa. Allí, una botella de vino tinto, una jarra de acrílico con agua, un par de platos de limoge que sobrevivían desde su casamiento, un par de copas correspondientes a juegos distintos, unos cubiertos con mango transparente, unas servilletas de papel en un servilletero de plata y un candelabro de cerámica con dos velas rojas, querían disfrazar la noche con ropa de fiesta.

No habían empezado a servirse que se escuchó el ruido de la cerradura de la puerta de entrada.

- ¡Camila!, exclamó la madre y se avalanzó hacia el lugar donde la hija con cara exhausta, grandes ojeras, y el pelo más ensortijado que de costumbre, acababa de entrar.

Roberto, que también se había levantado, se encontró en el pequeño hall de recepción con la mirada brillante de una joven, para él, casi irreconocible, que lo observaba atónita con ojos de tigresa. Parados junto a ella, dos hombres que, al menos por su reacción, la madre no debía conocer, lo miraron como si su presencia allí, esa noche, no hubiera estado en los planes de nadie.

IV.

Había terminado la segunda parte y mi curiosidad iba en aumento. La alternativa apocalíptica sugerida como un acontecimiento reciente no podía menos que intrigarme. Y aunque la escritura, si bien correcta, rayaba la medianía, había logrado mantenerme en vilo. Por un instante se me ocurrió pensar que Ursik podía llegar a ser uno de esos personajes que conciben la vida en términos de grandes catástrofes y grandes redenciones, uno de esos Mesías que presagian el fin del mundo desde hace siglos, con grandes ojos saltones y aires de Cristo resucitado.

En mis muchos años de experiencia como editor había conocido a infinidad de personajes así. Casi siempre locos que se creen dioses y que presentan sus textos como si fueran una nueva Biblia. A veces, las dedican a toda la humanidad, otras, a las nuevas generaciones de escritores. Tipos convencidos de ser una especie de nuevos Joyce, nuevos Proust, nuevos Borges, aunque escriban con el arte de un publicista taiwanés. Muchas veces había recibido a tipos de ojos exoftálmicos y miradas perdidas que presentaban originales ilegibles. Todos personajes para quien la escritura era una forma de parecer, que vestían, tomaban y amaban como si la construcción de su personalidad fuera a ser su texto más importante. La tipología era surtida, estaba el nihilista desaliñado, el desprolijo a la moda, el informal neoyorquino, el ratadebiblioteca, el kafka redivivo, el pomposo académico o cualquier otro que se te podría ocurrir. Extraviados que buscaban la inmortalidad del nombre propio con la soberbia de un elegido de Dios.

Como te gustaba decir de mí, yo preferí siempre a los elegidos del diablo. Y no te faltaba razón: Dios es un personaje un poco bobo que ni siquiera es consciente de los males que prodiga. Nadie puede negar que Lucifer tiene más carácter y se hace responsable de sus actos, nunca anda por ahí inculcando por ellos a los demás. Por ese motivo el libro de Ursik me desagradaba, lo sentía preso de la fe en un hombre naturalmente bueno, víctima inocente de las leyes del mundo. Y si bien yo había abrazado esa ideología en mi juventud, ya no creía en ella. Es más, la consideraba decadente.

Cuanto más me metía en el libro, más me parecía el de alguien que apela con una ingenuidad que conmueve o con un cinismo que asusta, a lo mejor de la humanidad denunciando sus lacras. Era un libro tan moralista

como las fábulas de Esopo, casi ingenuo. Esa literatura que, pensaba en ese momento, en lugar de contar verdades insiste en exaltar utopías.

Ya hace muchos años había escrito un artículo sobre la paradoja de los socialistas científicos que habían terminado reivindicando la utopía como meta. El artículo era bueno, pero no tuvo repercusión. No creo que vos lo hayas conocido. El único que me contestó fue un epistemólogo que sostenía que la contradicción entre ciencia y utopía que yo postulaba era falsa, decía que sin anhelos utópicos la ciencia nunca se hubiera expandido, que yo desconocía que pertenecían a registros diferentes, y me tildaba de positivista neoliberal. Nunca le contesté ni publiqué su carta.

A medida que iba leyendo, imaginaba a Ursik como un sujeto con unas pretensiones redentoras por completo ajenas a mí, que lo hacían encasillable entre esos escritores con un engrimiento que raya el ridículo cuyos textos jamás leía, o mejor dicho, únicamente las dos primeras páginas, que es donde debe encontrarse el corazón de una novela. Siempre actuaba igual, a los dos meses les mandaba una carta diciéndoles que su obra no entraba en los planes editoriales y dejaba mi tiempo libre para no leer a otros. Por eso tu desconfianza hubiera sido por completo legítima.

Pero a pesar de estas coincidencias, con Ursik no pude hacer lo mismo. Aunque con un sentimiento contradictorio, leí el libro hasta el final. En el momento en que me desafió a no ser incrédulo como los demás, me atrapó. La estrategia del rey desnudo volvió a mostrar su eficacia. Pero yo, hasta ese momento, todavía no sabía qué era lo que tenía que creer, y lo que había leído me anticipaba poco. Por otro lado, como el texto había llegado por correo, desconocía las facciones del autor, lo que aumentaba mi curiosidad. Debo reconocer que debe haber sido en ese momento que las certezas de las que me jactaba empezaron a flaquear. Lo suficiente, como para que lo siguiese leyendo con interés hasta el final, aunque ése fuese a ser -hoy no tengo dudas de ello- el comienzo de nuestra tragedia. Iba a tener que llegar al último renglón para descubrir que detrás de esos personajes que siempre había caricaturizado, se ocultaba nuestro desamparo.

EL PROFESOR

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 28

Era un lugar tenebroso. Un antro de sombras ocultas tras su propia sombra donde la noche se adueñaba de los rincones y de las pausas con su impunidad, un aguantadero de párpados y cuencas muertos. El gentío era viscoso, un desfile de espectros disfrazados de seres vivientes deambulaban con paso ebrio, compartían vinos agrios acodados sobre unos tablones apoyados en tambores de chapa, o carcajeaban obscenidades a los pies de una mujer sin edad que sobre una tarima contorsionaba su cuerpo rollizo al ritmo de un striptease pagado con un tazón de guiso y unas líneas de cocaína. El lugar estaba iluminado con candelas de sebo que realzaban los claroscuros como en una pintura flamenca del siglo XVII. Ni los enanos de la corte faltaban en ese pandemonio. Un par de ellos disfrazados con deshilachadas ropas de paje se paseaban entre las piernas de los clientes recibiendo y trayendo pedidos y cobrando en el acto con dinero contante y sonante. Es que la moneda, en ese otro mundo, seguía siendo el viejo papel billete. En el mundo de los desocupados, no existía el dinero plástico, allí no tenía vigencia el dinero oficial que circulaba por la red informática. Un desocupado no tenía acceso a sus privilegios, ni tampoco a los ineludibles controles impositivos. Más de la mitad de la población del país seguía manejando los viejos billetes retirados de circulación varios años antes. Era el circulante de una economía paralela que se regía por sus propias leyes, mezcla rara de mercantilismo y trueque. Entre ambas economías, grupos de cambistas ni más ni menos inescrupulosos tendían puentes clandestinos. En verdad, eran ellos quienes administraban ambas economías, obtenían beneficios en unas y otras. Mafia blanca o mafia negra según el lugar, la hora del día, o las necesidades del momen-

to. Más precisamente, los verdaderos dueños de los dos mundos eran inocentes accionistas de respetables sociedades anónimas que recogían su renta desconociendo su origen; la función de estos administradores se limitaba a garantizar balances positivos. Si para ello era necesario producir cadáveres, los accionistas no querían enterarse. Todo el sistema económico, con sus negocios públicos y privados, operaba ignorando su propia legalidad letal.

El altar de Ifigenia funcionaba en un enorme galpón que una década atrás había albergado una fábrica de autopartes tan incapaz de resistir el embate de la competencia extranjera, que había terminado quebrando. El antiguo gran Buenos Aires estaba repleto de lugares reciclados para una economía de los márgenes sucedánea de la oficial que si bien de palabra la perseguía, en los hechos, la avalaba y promovía. Es que no se podía sacrificar la eventual ganancia que pudiese dejar: aunque de magnitud relativamente escasa, suponía un volumen bruto varias veces millonario. El ingreso al salón era controlado por dos patovicas que no ocultaban sus armas en las sobaqueras. Buscaban desalentar desde el vamos cualquier intento de robo, sobre todo porque era público que cada noche se recaudaban cantidades importantes. Los de la entrada eran la cara visible de un sistema de seguridad integrado por una decena de cancerberos diseminados entre el público y otros tantos suboficiales de la policía que mejoraban su magro salario protegiendo la caja de caudales donde se guardaban las apuestas. Para aumentar la confianza en el microemprendimiento, como solían llamarlo algunos habitués, los custodios debían también cuidar que los ganadores de la noche llegaran sanos y salvos a sus casas. A partir de allí, su seguridad era cuestión de cada uno. En general, preferían cambiar el dinero por alguna tarjeta falsificada que, aunque devaluada por el pago de favores, autorizaba al afortunado a entrar en el circuito oficial. Las falsificaciones eran tan perfectas que el dinero siempre tenía una justificación legal de su proveniencia que permitía el funcionamiento verosímil de la ficción.

Una vez ingresado al recinto se iban atravesando salones por completo diferentes unos de los otros. Decorados de acuerdo al poder adquisitivo del cliente, la casa ofrecía opciones que redundaban en la calidad de los entretenimientos y en la magnitud de las apuestas. De

un espacio revestido de chapa a otro enchapado en acrílico, cambiaban la calidad de las bebidas, la belleza de las desnudistas, la decoración y, primero y principal, el origen social de los contendientes. En los más rudimentarios, como ese primero con el que había chocado Lurianski al entrar, jugaban su suerte los desamparados de cuna, hijos pródigos de la miseria inmemorial. En los siguientes que fue descubriendo a su paso, los rivales eran nuevos pobres, miembros de la clase media que habían perdido sus trabajos y su capacidad de conseguir uno nuevo. Las diferencias se hacían evidentes en los cutis, en las vestimentas, en el modo de moverse, en la expresión de sus caras en el momento de jalar el gatillo: si los más miserables lo hacían con la fiereza y el desdén hacia la muerte que produce el dolor crónico, los pobres recientes mostraban siempre, tanto su terror agazapado, como el brillo de la esperanza en cada gesto. Podía ser la esperanza de sobrevivir o la de morir, daba lo mismo, pero alguna esperanza tenían.

Nada hubiera Lurianski deseado más que no haber tenido que conocer ese garito por las razones que esa noche lo llevaban a hacerlo. Desde que seis meses antes Oliver le había hablado de él, se había transformado en una obsesión, y ahora estaba obligado a conocerlo porque la desesperación de su mejor amigo lo llevaba a estar entre el público sintiéndose una víctima.

Viajaron hasta Remedios de Escalada en un auto enviado por el administrador del local que no quería que Juan tuviera contratiempos con el traslado. Lurianski, tras insistir en que era una locura, había elegido acompañarlo en el mismo coche tanto para no dejarlo solo como para seguir presionándolo. Se comportaba como cuando un manager insta a su pupilo a permanecer tendido en la lona. Pero ni él era su manager, ni Juan su pupilo. Tan sólo alguien que había estado presenciando el derrumbe de su amigo sin ponderar la magnitud del colapso.

Desde la pérdida de su trabajo, Juan había empezado a caer en picada de un modo vertiginoso. Los tres primeros meses se había esforzado en conseguir el trabajo que fuera, pero luego, desistió. Como el sistema era tan cerrado, expulsaba a quienes no fueran capaces de reciclarse. Sin trabajo y (como en su caso) sin ahorros, se tenía una tarjeta inútil que era rechazada en el acto; sin dinero plástico no se podía comprar nada

porque su insolvencia era controlable gasto a gasto. Como en el mercado oficial no era posible la venta a fiado las consecuencias de la miseria se notaban rápido y el desánimo llegaba fácil. No había nada peor que estar en tránsito entre un sistema y otro. Cuando se era un miserable convicto y confeso las leyes implícitas eran otras y la marginalidad permitía una red solidaria, más no sea interesada, impracticable para quienes eran observados por el ojo implacable del sistema informático. Pero Juan no era un miserable de cuna. Como él repetía con insistencia, cargaba con la cruz propia de la clase media: mientras que sus integrantes añoran ser burgueses, el capitalismo los hace desaparecer como clase. Una paradoja insalvable desde el punto de vista colectivo: anhelos aristocráticos pero destino proletario y, en las condiciones del capital monopólico ultraconcentrado, destino paria, solía repetir. Esta idea era desde su adolescencia un caballito de batalla que repetía en aquellas discusiones viciosas con sus compañeros de la agrupación acerca de cuál o cuáles eran las clases revolucionarias. Polémica en la que blandía su sentencia preferida: “el proletario urbano o rural es el dueño de la ilusión, el pequeño burgués o el campesino, en cambio, es esclavo de *su* ilusión. ¿Qué puede hacer el almacén frente al supermercado, la tienda frente al shopping, el médico independiente frente al consorcio de salud? Nada, viejo, nada”, sentenció una de las últimas veces que se habían encontrado. “Y como arriba no podemos ir, pisamos a los de abajo... ¡Una mierda! ¡Una verdadera mierda!”.

El chofer sintetizaría sin proponérselo esa ideología del sálvese quien pueda con una alabanza del coraje de Juan y una reflexión archirepetida: “Usted lo sabe bien, don, nadie regala nada”.

Pero Juan había terminado siendo víctima de los dobleces de su virtud, pues si sus principios, de tan estrictos, no le daban margen de maniobra para vivir, tampoco resultaban tan sólidos como para moverlo a la acción. Ser de una familia de militantes históricos del Partido Comunista lo había hecho un sujeto con una educación basada en eslóganes imbuidos del amor y el respeto que sus padres le habían inspirado con su ejemplo. Porque ellos jamás se habían llenado la boca de pobres y los bolsillos de dinero como casi todos los políticos. Todo lo contrario. Por eso su dolor mayor no había sido descubrir el nivel de corrupción

supurada por el mundo comunista en su caída, sino el no poder creer que durante tantos años hubieran negado que esa corrupción existiese. Si su familia había guardado siempre una conducta honesta, sus referentes políticos, no. En este sentido, para Juan su vida había terminado siendo una sangrante contradicción: soñaba con una sociedad más justa, pero en su lugar había visto a la injusticia adueñarse de todos los rincones, incluso los más impensados. La URSS, argumentaba él en 1989, a los 16 años, podía tener defectos, pero no iba a sacrificar sus banderas sociales por los oropeles vidriocoloridos del libre mercado. Al poco tiempo, en el medio de la hecatombe, había empezado a leer los textos prohibidos. Había encontrado en *La revolución traicionada* de Trotsky un texto que le permitía entender el pasado y el presente, pero que resultaba insuficiente para modificar el porvenir. Cinco millones de muertos a manos de Stalin era una cifra que chocaba de un modo brutal con la conciencia impoluta del hombre nuevo del que siempre hablaban los padres, y la explicación, medio cierta y en este sentido por completo mentirosa, que se trataba de propaganda imperialista, no alcanzaba para comprender los gulaks, la atribución de enfermedades mentales a los disidentes, o el aplastamiento blindado de los sueños de primavera de los checos. Justamente había visto *Un día un gato*, una hermosa película fruto de esa temporada fugaz de libertad socialista, el mismo día en que Yeltsin abjuraba de su pasado de burócrata comunista para transformarse en un burócrata capitalista, y había entendido por qué, a los ojos de ese gato mágico, el aparato del PCUS había devenido un inmenso reducto amarillo o violeta de la hipocresía y la envidia. Pero ver la tristeza perpleja de sus padres, le impedía condenarlos por su complicidad crédula. Ellos habían creído en lo que sus sueños de progreso le habían permitido creer; no había habido mala fe, sólo estupidez benévola. Calificativo que a veces podía encerrar comprensión y otras una denuncia.

Con esas polémicas en su cabeza, había devenido un lúcido espectador de su propia caída, pero saberlo no le había servido para hallar una solución, aunque más no sea personal, como había encontrado Oliver, desde siempre menos escrupuloso. La desesperación y la convicción orgullosa de que él debía salvarse o hundirse de acuerdo con sus propias

fuerzas, lo había llevado a jugarse el todo o nada en una ruleta rusa que podía darle unos meses de sosiego. Quizás fuera una ironía del destino que fuera a ser rusa la chance en cuya recámara depositaría su suerte: hasta en los juegos de azar el zarismo había vuelto, en este caso, con uno de sus inventos cortesanos.

Durante los primeros minutos del viaje Lurianski había hecho un esfuerzo extremo por convencerlo de que desistiera, le recordaba la belleza de los amores verdaderos, los que duelen, como alguna vez había leído decir al viejo Antonio José Bolívar Proaño en un relato de Luis Sepúlveda que Juan amaba; del placer de la literatura en serio, la que nos hace vivir otras vidas en la nuestra o morir otras vidas en la nuestra; del ruido del mar cuando se enoja o del arrullo del mar cuando se calma; de la bella tiranía de la vida sobre la que Juan alguna vez había escrito unos versos con el ojo puesto en Rosa, por Luxemburgo, aquella camarada definitivamente dogmática pero con unas tetas mucho más librepensadoras. Lurianski, nervioso, en su afán de salvarle la vida, mechaba chistes idiotas con el nombre de personas que suponía significativas, con el recuerdo de situaciones, de frases, de imágenes que pudieran conmoverlo y hacerlo entrar en razón. Pero todas caían en saco roto. Juan miraba por la ventanilla sin acusar recibo, con una seguridad inexpresiva en la comisura de sus labios.

En un momento dado, Lurianski se calló y una extraña paz se apoderó del auto. El chofer iba con la ventanilla abierta y el aire caliente que el Ford Tuna modelo 2008 succionaba a su paso les cacheteaba la cara. Para ese hombrón con cara de nene que manejaba, el silencio debió resultar insoportable, pues, sin que nadie se lo pidiera, empezó a hablar.

- Se acabó el invierno. Cada vez dura menos. El aire acondicionado se descompuso en abril, pero como no puedo parar el auto y venía el frío, no le di bola. ¡Y trasca, nos estamos cagando de calor en pleno setiembre! El jefe me necesita para todo. Así como me ve, yo soy muy necesario. Traigo a los concursantes al Altar, vuelvo a llevar al que gana o - Dios no lo quiera- entierro al que pierde, llevo valijas de acá para allá. El siempre me dice: "tendrías que comprarte un auto nuevo. ¿Cuánto te pago? Tenés que aprender a ahorrar, yo te tengo que enseñar todo." Un tipo muy generoso el jefe. Hace dos años me pude tomar dos

semanas de vacaciones. ¿¡Quién puede tomarse dos semanas de vacaciones!?! ¿¡Eh!?! ¿¡Quién!?! Me quedé en casa con la patrona, la plata no me alcanzaba para ir al mar o a la sierra, pero ¡estuve quince días seguidos sin laburar! Porque este laburo es muy esclavo. Se trabaja todos los días. No hay sábados, ni domingos ni feriados. Estaría posta volver a ver el mar. Fui de pendejo con mis viejos, él trabajaba en una metalúrgica y tenía eso de las obras sociales. Hace un siglo, pero me acuerdo como si fuera hoy. De los leones me acuerdo. A mí me gustaba subirme hasta el hocico. Un día, casi me hago fisura; tuve la impresión que el animal se empezaba a mover y me fui para atrás. ¡Qué boludo!, el “chobi” era de piedra y yo creí que sacudía la cabeza para espantarse las moscas. Suerte que abajo había otros pendejos que amortiguaron el golpe, que si no, hoy sería tierra santa. Estaría posta volver a ver el mar. Pero más importante es cambiar el auto, el jefe necesita que lo lleve en uno más grosso, pero para eso tengo que ahorrar. Con este calor él no quiere que lo lleve, y lo entiendo. Tengo que sacar la guita de algún lado. Usted lo sabe bien, un tipo como usted, que tiene los huevos bien puestos, lo sabe bien. Cojones hay que tener, cojones grandes como los de un burro viejo, eso hay que tener para ganarse la vida como usted. ¡Usted lo sabe bien don, nadie regala nada. Es uno o los demás!

El monólogo del chofer no generó ningún comentario y los tres continuaron en silencio el resto del trayecto.

Ese día, el viaje por la avenida General Paz tenía para Lurianski algo de ajeno. La autopista estaba a oscuras, más negra a medida que se acercaban al Riachuelo. De Lugano en adelante el corte era total y las únicas luces eran las de los faros rojos o blancos de los ocasionales autos que iban o venían. Hasta el cruce con la autopista Ricchieri el tránsito había sido normal, pero luego, casi todo se apagó. Lurianski extrañaba el paisaje estrellado de la ciudad nocturna. A él, la bóveda celeste no lo conmovía, sí en cambio las estrellas de utilería que la ciudad exhibía ante sus ojos cuando se ponía el sol. En su opinión, era en ese paisaje creado por la inteligencia humana que se podía encontrar la verdadera belleza. Desde cualquier perspectiva aérea, la noche se cubría con focos de neón, ditroicas gigantes, carteles publicitarios, indicadores de torres y antenas, ventanas de departamentos, edificios iluminados a giorno,

focos blancos, rojos y amarillos que lucían como si una exhibición de fuegos artificiales hubiese quedado petrificada en el instante del clímax. Ese era el paisaje que le gustaba al profesor. La luna le parecía vulgar, un accidente que sólo invitaba a la contemplación: más llena, más nueva, más sarracena. A lo sumo, ofrecía ir a pisarla con afán deportivo como habían hecho los norteamericanos 40 años antes. Demasiadas pinturas, demasiadas fotografías, demasiada literatura, lo habían empalagado. No había magia en una puesta de luna o en las motas de estrellas que flotan como coloides a millones de años luz; para él lo mágico era la capacidad de los hombres de producir naturaleza, de transformarla en un microchip entre algoritmos, tubos de ensayo y generadores electroacústicos. Entre una ciudad vista desde un avión y un cielo diáfano en un lago de Chubut, él siempre había preferido el paisaje fabricado por los hombres. Por eso, el trayecto a Remedios de Escalada se le estaba haciendo aún más angustiante, los cortes habían cegado su paisaje preferido. De día, no le pasaba lo mismo, odiaba el cemento ruin y monótono. Pero esa noche era la noche la que había desaparecido. De a poco se internaba en un túnel que llevaba a la muerte, ... o a la vida, se corrigió, haciendo un esfuerzo por ser optimista.

Al cruzar el Riachuelo el apagón se hizo total. Sólo se dibujaban, aquí o allá, los contornos de casas al ras veteadas por el resplandor de alguna que otra fogata. Lurianski se dio cuenta que el otro mundo los estaba recibiendo en sus fauces de tizne y alquitrán; Juan, por su parte, siguió igual: la oscuridad o la luz, el color o la sombra, parecían haber perdido todo interés para él. Cuando llegaron ante el portón de hierro de *El altar de Ifigenia*, los dos eran conscientes de que la suerte estaba echada.

CAPÍTULO 29

¿Cómo había llegado a esa situación?

Acodado sobre la barra del salón V.I.P del *Altar de Ifigenia*, Lurianski trataba de entender. Porque, aunque la respuesta resultara obvia, no explicaba nada: estaba acompañando a su amigo Juan a jugarse la vida por unos cuantos pesos. Esa era la respuesta más evidente.

- Vos lo decís así, de ese modo despectivo, unos cuantos pesos, porque los tenés, pero yo no -, le había respondido Juan, un par de días antes, abortando cualquier posible réplica.

¿Cómo había podido adoptar una opción tan radical?, se preguntaba en la barra sin prestarle atención a un entorno donde la decadencia resultaba un augurio y mientras se distraía siguiendo a su ojo derecho reflejarse en la superficie líquida de un vaso de vino tinto.

La trigueña desnuda que se abría de piernas sobre el escenario a pocos metros, no le interesaba, era nada más que una nota de color.

- Yo te presto hasta que te salga algo, no podés hacer una locura como ésa por unos cuantos pesos, le había dicho un par de días antes sin considerar el orgullo de Juan.

Y ahora, al recordar aquel diálogo, no podía menos que reprocharse su sordera de los meses previos, que aunque justificada por todo lo que le había pasado en ese lapso, no alcanzaba para perdonar lo imperdonable: su incapacidad para escuchar a su amigo y hacer que su oferta de ayuda llegase a tiempo.

En los últimos meses sus encuentros habían sido irregulares pero asiduos. No obstante, no había advertido nada; aunque ahora, en perspectiva, resultarían evidentes los muchos indicios del cambio de carácter de Juan: su espíritu bromista había desaparecido, no le interesaba polemizar, asentía a todo de un modo abúlico, y permanecía callado la mayor parte del tiempo. Lurianski no había advertido nada, porque sólo

se escuchaba a sí mismo. Es más, hasta había considerado la parquedad de su amigo como otra prueba de su desinterés egoísta. Aunque nunca de modo explícito, más de una vez le había reprochado esa actitud, y el obstinado silencio de Juan sólo había servido para confirmar su juicio. Recién ahora resultaba evidente que había sido dominado por una desazón que Lurianski no había sido capaz de ponderar. Juan, el silencioso Juan de los últimos meses, había encontrado en el azar de la vida y la muerte llevado al paroxismo, una única solución desesperada. ¿Cómo había podido ser tan sordo? El autoreproche giraba en falso. Mentirse hubiera sido sencillo, le hubiera bastado para ello con hacer un balance de sus últimos meses; pero no tenía ganas de hacerlo, ninguno de los cambios en su vida disculpaban su actitud. Había acusado de egoísta a su amigo cuando era él el merecedor de ese calificativo. Su romance con Camila Palermo, sus sobresaltos políticos, la sucesión de equívocos en el Ministerio, la forma en que había ido interpretando los hechos a medida que se iban sucediendo, no podían explicar nada de ese desenlace absurdo al que estaba a punto de asistir.

Una joven con tetas al aire de alternadora se acercó y le susurró algo al oído. Él le respondió y ella se fue mascullando, tan alto como para que él la escuchara -pedazo de boludo- y tan bajo como para que no la despidieran.

Recordó a Camila. Ella ignoraba que él estuviera allí en ese momento. Habían pasado juntos la noche anterior pero él no le había comentado nada. Hicieron el amor, aunque en un clima distinto a otras veces; según ella, él había estado ansiosamente próximo, y así, distante. Lo había notado en la violencia de sus movimientos cuando la alzó por las grupas como a una bolsa de arena y la penetró, para quedarse enseguida quieto, clavado en ella mientras la sujetaba con sus brazos flacos como si fuera la última vez. Desde que habían empezado a hacer de su relación un encuentro “coitidiano” él jamás la había poseído de ese modo. Siempre había sido más parsimonioso y exhaustivo. Por eso, aquel modo, a ella le había resultado extraño; ni más ni menos placentero, sólo inusual. No había insistido en preguntar por qué: aunque ya llevaban tres meses juntos, seguía guardándole cierto respeto a su investidura docente y se rehusaba algunas libertades.

La relación se había ido tejiendo sin detalles sobresalientes, como se tejen todas las relaciones; en todo caso, con aquellos que sólo resultan imborrables para los protagonistas: la primera charla banal y nerviosa en el bar de la facultad, las casi clandestinas que siguieron, la primera noche juntos, en la que él había hecho hincapié en que fuera de noche -"porque aunque el amor no tiene horarios, entregar los cuerpos a su penumbra implica atreverse a dos misterios: el de los cuerpos nuevos y el de la noche, vieja, pero insondable", había verseado en tono burlón-, el juego secreto de los gestos durante las clases, las charlas y los mimos, las respectivas anécdotas, las respectivas mentiras de dos personas con ansias de mostrar lo mejor de cada uno, incluso aquellas virtudes que no se poseen.

De Juan le había hablado poco, como invadido por un exceso de discreción, o como si protegiera ese corazón convaleciente que penaba por su hermano en París.

Ella le había hablado de él y, aunque una cosa no tenía que ver con la otra, Lurianski había trazado un puente entre la Rue Saint Denis y *El altar de Ifigenia*, y evitado hacer comentarios que pudieran remover la herida de Camila. Ella había escuchado hablar de Juan un par de veces, sabía algo de su situación, pero no era necesario que supiera más. El profesor se relacionaba con uno o con la otra sin juntarlos, por estas razones altruistas, pero también porque tenía poco tiempo para hacerlo. A poco de comenzar a salir, ella se empezó a aparecer a diario en su departamento, siempre con una pregunta banal que terminaba en el desorden de los cuerpos. Preguntas disímiles con una respuesta siempre distinta a pesar de sus sutiles semejanzas. Y así habían ido tejiendo un vínculo donde dos sexualidades diferentes se encontraban en las discontinuidades del otro. No se llevaban bien por la armonía sino por su disarmonía sinérgica. Ella quería de él algo que él no tenía, y Lurianski buscaba en ella algo que a ella le era ajeno: Camila, un espíritu paternal, él, uno infantil; requisitos que en verdad ninguno de los dos tenía. O, al menos, no reconocían tener. ¿Qué, si no la actitud protectora de un padre, era ese intento de ocultar a Juan para que Camila no recordase las penurias de su hermano?, o, al menos, las probables penurias de su hermano que sólo una vez le había vuelto a escribir y de un modo

inusualmente breve. *Querida Camila: Todo cambia. Para bien o para mal, todo cambia. ¿Qué mejor prueba de que todavía estamos vivos? No te preocupes. Te quiere, tu hermano Julián. Postdata: Ya te contaré.*

Por otro lado, ¿era posible una demostración más palpable de ingenuidad que su respeto por la investidura docente de su amante?

Se habían conocido, se estaban conociendo, y esa noche, Santiago Lurianski, acodado en la barra del salón V.I.P. del *Altar de Ifigenia*, pensaba en ella con una mezcla de nostalgia y culpa: hubiera deseado estar con ella, pero no en ese lugar, y mucho menos, habiéndoselo ocultado. Podía suceder que ella en algún momento se lo reprochara, que lo interpretase como una prueba de desconfianza.

Se reconoció preso de unas preocupaciones de enamorado que borró en el acto.

No era difícil. En ese momento, la joven trigueña desnuda acababa de terminar con su espectáculo, mezcla de danza sensual y contorsionismo robótico apropiado para exponer su vagina a la falta de imaginación de los presentes, y un animador con el entusiasmo de los antiguos presentadores de las peleas de box en el Luna Park, imponía su voz por encima de los aplausos ebrios del público.

- Y ahora, señoras y señores, otro de los momentos esperados de la noche. Dos valientes gladiadores del siglo xxi se juegan la vida. Uno de ellos, el conocido por todos nosotros, Ezequiel Carbonari, que por cuarta vez se expone a la rueda -nunca tan apropiada como en este caso la expresión- digo, rueda del destino; en el otro extremo, Fabián Ruiz, un escritor que ha decidido hacer que su vida no sean sólo palabras. Y serán ustedes, mi querido público, los afortunados espectadores de otra noche de las que esta casa se enorgullece. A pesar de las habladurías, nos sabemos más útiles para la comunidad que todos esos políticos mentirosos, incapaces de solucionarle nada a nadie.

El discurso del animador, resultaba extraño, una justificación político-humanitaria de un juego macabro. En verdad, lo más macabro era el discurso mismo, y quizás peor, el aplauso cerrado del público que, de ese modo, parecía legitimar su asistencia, sus apuestas y hasta su sed de sangre. A Lurianski ese aplauso se le impuso como una carcajada venida del más allá. Y se sintió solo, extraño a todos los que aplaudían mientras

él, estupefacto, miraba sin entender ese júbilo mortuorio. Porque no eran algunos los que aplaudían, era el salón en pleno el que había recibido las palabras del locutor como quien recibe el llamado apasionado de un líder que convoca a tomar el cielo por asalto.

El cielo por asalto, su cabeza era una productora incansable de ironías, pensó, al tiempo que veía subir a la tarima a dos hombres cuyas facciones evitó examinar. Una sensación de náuseas se apoderó de su garganta y un sudor helado, de su cuerpo. En cuestión de segundos estaba en el baño vomitando un ánimo de muerte. Se dio cuenta que no estaba en condiciones de ver lo que todos habían ido a a ver.

¿Usted no apuesta?, le había preguntado el barman, unos minutos antes, mientras lo miraba divagar por su vaso sin beberlo.

Bastó que le dijera que venía a acompañar a un amigo, para que entendiese. Aunque no era lo usual, podía ocurrir que algún concursante trajera compañía. Lo difícil era que alguna tolerase el espectáculo. El en particular lo no creía poder soportarlo. ¿Pero para qué había entrado entonces? Se hubiera quedado con ese abrazo tan intenso como breve que Juan le había dado cuando el chofer los obligó a despedirse junto al portón, porque ésas eran las reglas. Se hubiera guardado el calor del cuerpo de su amigo como recuerdo y se hubiera marchado.

- ¿No se siente bien?-, le había preguntado el barman cuando él volvió del baño, con una palidez hepática. -Hay que tener estómago para saborear la muerte-, dijo con un aire de experto, mientras en el escenario un hombre opacamente feliz permanecía vivo en una silla y otro volcaba su cabeza sobre el hombro, muerto, en otra.

Lurianski no se había demorado mucho en el baño (había decidido que tenía que resistir, que era lo menos que podía hacer por su amigo, evitarle la tristeza de morir solo ante una multitud de fieras) Se había enjuagado la boca con un hilo de agua que salía de una canilla, secado la cara con una toalla de papel y, en el corredor, cuando volvía al salón, escuchó el tiro y enseguida un silencio blanco que el grito de los espectadores cortó de cuajo. El tal Carbonari había vuelto a ganar. Todo había sido muy rápido. Esta vez, la bala había esperado hasta el segundo disparo para perforar la cabeza de su contrincante. Si estaba feliz, no lo exteriorizaba. Seguía sentado en la silla mientras el animador le levantaba el brazo como a una marioneta.

- ¡El ganaadooor!- gritaba dándole la espalda al muerto que permanecía con la cabeza ladeada vomitando sangre por un gran boquete en la sien.

- Qué raro-, reflexionó el barman, -con el impacto se caen y éste se quedó en la silla. ¡Qué raro! Antes, cuando se usaba otro calibre, pasaban cosas raras. A veces ni siquiera se morían. Como no producía orificio de salida, la bala rebotaba por adentro del cuerpo y podía terminar en una pierna, en una mano, o en cualquier lado y hacer un desastre pero sin matarlo. Por eso cambiaron por una 38. Pero nunca los vi quedarse sentados. ¡Qué raro!.

El barman hablaba como un perito en balística. No le interesaba la muerte, sino las técnicas en la muerte. No le importaba la humanidad del finado sino las leyes físicas que podían explicar que no estuviese en el piso como un muerto estándar.

Su frialdad técnica era tan persuasiva que Lurianski sintió que la sangre le volvía al cuerpo. Que la indiferencia se apoderaba de él y lo ubicaba en la perspectiva de un médico forense que registra y archiva tejidos y órganos ajeno a la humanidad que se ha perdido en el momento de la incisión, al menos, ese resto de humanidad que conservan los cadáveres mientras evocan una vida.

A los pocos minutos, el entusiasmo del público había cedido. Los contendientes ya no estaban en el podio. Dos ursos se habían llevado al muerto, para aflicción del barman, sentado en la silla tal como había quedado, y Carbonari se dejaba abrazar por el maestro de ceremonias que lo trataba como al hijo dilecto que había vuelto a pasar la prueba. Era probable que el sentimiento de invulnerabilidad de Carbonari siguiese en aumento y en poco tiempo estuviera dispuesto a competir por quinta vez. Era un pupilo pero también un bien rentable, aunque en ese momento primaran los afectos sobre el negocio.

Lurianski estaba más tranquilo. En verdad, más indiferente. Como si la ansiedad se hubiese disipado ante la visión próxima del cadáver. Hasta ese momento, sus experiencias con la muerte habían sido filmicas o fugaces. Poca sangre de verdad, jamás el estruendo seco de un estertor o un paro. Y ahora, otra vez sentado en la banqueta ante la barra, había mirado sin inmutarse cómo se llevaban el cuerpo de ese

escritor que acababa de firmar con sangre su epitafio, como si la náusea hubiese quedado en el lavatorio del baño. Ahora estaba seguro de poder quedarse para la actuación de Juan. Así lo pensó: actuación, como si se tratase de un show, aunque macabro, tan artificial como cualquier otro. Como sus visitas al Ministerio, incluso.

Dos muchachas habían subido al escenario con un balde, una pala y un lampazo para limpiar la sangre y juntar los sesos esparcidos por el piso. La gente seguía hablando de Carbonari, de su Dios aparte, de su buena fortuna, de su audacia. De ser un pobre tipo desesperado había pasado a ser un héroe con una suerte envidiable mientras una música reggae años 90 llenaba el espacio para dar la bienvenida a un grupo de bailarinas y abrir la pista al público que como convocado por un mandato poshipnótico se había lanzado al frenesí del baile. La muerte había despertado esa clase de sexualidad que no halla nunca la paz en su consumación, la que se nutre de su propio vértigo. Era una danza orgásmica. La música, en su climax, empujaba los cuerpos a una descarga chueca, parecía querer que el eco del estampido del arma se borrara. El estampido y el silencio.

No hubiera podido explicar de qué manera, pero Lurianski, de repente, se encontró bailando. Había sido llevado por el ritmo de una joven, y allí estaba él, pocos minutos antes lívido, ahora arrebatado, poseído por un ritmo priápico que no le demandaba coger sino mover el cuerpo hasta la extenuación. Así estuvo, no supo cuánto tiempo, girando y entrelazándose con el cuerpo de la joven que se acercaba todo lo que podía y se alejaba todo lo que podía al mismo tiempo, hasta que el ritmo narcotizante dio paso a un tema lento y los dos se quedaron abrazados, buscando la protección de la vida en el cuerpo caliente del otro. El estaba excitado pero no quería coger, quería permanecer así, pegado a ese tibio cuerpo anónimo, por toda la eternidad. Pero la eternidad – se sospecha - está llena de vacío y, según parece, no es privilegio de los hombres. El tema lento duró poco, era el anticipo de la finalización de ese tramo de baile y, cuando concluyó, él y la joven caminaron hacia la barra, sin mirarse ni hablar.

- ¿Quieres tomar algo?, le preguntó él.

- Por supuesto, para eso estoy, le respondió ella buscando conjurar cualquier malentendido.

En ese momento él la miró con más atención y reconoció a la joven trigueña. Se sonrió.

- ¿Qué te causa gracia?

- No lo sé. A lo mejor, las coincidencias. Estuve pegado a la mujer más codiciada de la noche, y ni me di cuenta. Recién ahora me avivo de quién sos.

- ¿Y te molesta?. Ya insultaste a una compañera mía.

- No, para nada, no se trata de eso, es que no vine a gozar, ni del vino, ni de las mujeres, ni del baile. Disculpame con tu amiga, no sé lo que le dije.

- Me lo imaginé. Mientras hacía mi número eras el único que no me miraba, y me llamó la atención. Me pagan por poner al palo a los tipos y húmedas a las minas, mis fracasos son profesionales y no los admito. Soy una profesional seria.

Lurianski sintió que la joven representaba con el máximo esmero el papel que le había tocado, que ya había quedado atrás el momento íntimo, el único en el que la sexualidad fría le había cedido un instante a la ternura. Ella le estaba explicando que habían bailado juntos porque odiaba fracasar. Eso era todo. Y a él no le disgustó, hasta disfrutó de su franqueza mentirosa. ¿O tal vez fuera una mentira franca? No podía ni le interesaba averiguarlo.

- ¿Como te llamás?

- Pupi, me dicen Pupi, y te acepto la invitación... Y dirigiéndose al barman, agregó: Para el señor lo que pida, y para mí, lo de siempre.

-¿Más vino?, lo consultó el barman.

Lurianski asintió con la cabeza. Pensó que era eficiente en su oficio: aunque lo acababa de conocer lo trataba como a un cliente de toda la vida.

- Pupi, ¿así que Pupi?

- ¿Vos?

- Santiago.

- Santiago, ¿así que Santiago?

- En serio, insistió él, enfático, mientras la sonrisa de ella lo invitaba

a reír. ¿Qué importancia podía tener el verdadero nombre verdadero de él o el verdadero nombre falso de ella?

- ¿A qué te dedicás?

Ella lo miró sin entender y se quedó callada observando el piso, como si la respuesta no fuera tan obvia y ella ocultara algo.

- ¿Por qué me lo preguntás?

- Qué sé yo, por decir algo. ¿Te acostás con los clientes?

- Cuando necesito plata, y necesito seguido. ¿Querés?

Parecía sentirse cómoda en el papel de puta.

Pero Lurianski no quería. Su mente había vuelto a tomar conciencia de dónde y para qué estaba allí. Se lo explicó y ella permaneció en silencio, como acostumbrada a relatos como ese. Pero el clima entre ambos cambió: él siguió pidiendo tragos que justificaran el trabajo de ella -cócteles de agua con limón que el barman les preparaba a las chicas para que no se emborrachasen-, y ella le confió algunos detalles de su vida, o le mintió de un modo verosímil.

- Estudio efectos especiales y con esto me pago las clases, le dijo.

Pero él ya no la escuchaba porque se acercaba la hora de Juan.

En ese momento, pensó en regalarle al amigo una última vez con una mujer y se lo propuso a Pupi, pero la joven le explicó que tenían prohibido cualquier contacto con los participantes. El administrador, que por otro lado era también el maestro de ceremonias, sabía que de autorizarlo, más de uno podía llegar a arrepentirse. De hecho, pensó Lurianski, que se arrepintiese era el principal propósito del regalo. Lurianski y el animador concebían el sexo como un antídoto contra la muerte.

Ella le confesó que la prohibición le venía bien, no podía soportar la idea de unir su cuerpo a otro, en minutos, muy probablemente cada-vérico. La idea samaritana de hacerlo arrepentir y evitar su muerte, no le interesaba. Si bien ejercía su oficio sin mayores límites, conocía los suyos.

- ¿No intentaste trabajar en otra cosa?, le preguntó él. Y ella lo miró con una benevolencia que se podía interpretar de muchas maneras pero que no dejaba dudas sobre algo: fuera por lo que fuese, la pregunta le daba bronca, le parecía una idiotez, razón por la cual, él trató de recor-

dar algún chiste que disipase la incomodidad. Antes de que alguno viniese a su memoria, lo interrumpió el animador anunciando otro “Gran momento de la noche”.

Señoras y señores, bla, bla, bla, Juan Calamaro, Juan Calamaro, Juan Calamaro, bla, bla, bla, un científico, bla, bla, bla, y enfrente, qué mierda importaba quién estaba enfrente cuando todo dependía del capricho de Dios. Qué mierda importaban esos títulos académicos que el animador gozaba en resaltar como exhibiendo el triunfo del destino sobre la inteligencia. Un escritor antes, un científico ahora, rendidos al capricho de un arma que decidirá si viven o mueren. La inteligencia, que busca predecir y adueñarse del futuro, contra el destino, que se niega y mofa del intento.

Su mirada se quedó clavada en las antorchas que demarcaban el camino por donde su amigo y el rival iban a entrar a escena.

Pupi pidió otra ronda y, tal vez por ternura, tal vez por oficio, le agarró la mano.

El la miró a los ojos apenas un instante, esbozó una sonrisa, le devolvió con fuerza el apretón, y pensó en Camila.

Juan y su rival acababan de aparecer bajo el haz azul de un gran spot a batería.

CAPÍTULO 30

Pocos enigmas se resuelven. Allí radica su interés: en la búsqueda de sus claves. Muchos prometen historias apasionantes que se diluyen en el tedio, otras mantienen siempre viva su tensión y, los menos, culminan de un modo que conforma, a veces, a alguien. No se trata de los grandes enigmas de la vida y la muerte, del amor y el odio, del bien y el mal. No. Se trata de cuestiones menos filosóficas.

¿Por qué puede estar codificado un texto político?, ¿qué intereses encierra esa decisión?, ¿existe tal decisión?, y de no ser así ¿qué se oculta tras ella?, ¿por qué había sido amenazado? Estos habían sido los enigmas que habían movido a Lurianski durante los últimos cinco meses. Primero, con mucha ansiedad, más tarde -desde el comienzo de su relación con Camila- de un modo más apaciguado, pero sin perder nunca su carácter prioritario. Sobre todo cuando, después de un mes y medio de recibir sistemáticas respuestas evasivas, había encontrado en la pantalla de su computadora un mensaje contundente: TE ESTAMOS VIGILANDO, del que nadie había sabido darle una explicación. Apareció en su pantalla de golpe, y del mismo modo, se borró sin dejar rastros. Se había repetido en más de una ocasión, pero sin seguir ningún patrón predecible. Tras la primera, el profesor se había quedado varios días frente a la computadora esperando que se repitiese, pero en vano. Cuando había regresado al Ministerio del Interior a pedir explicaciones, lo había vuelto a recibir un joven informático de cutis virgen con el que había mantenido una agria discusión en su última visita. Era la primera vez que encontraba al mismo empleado de la ocasión anterior. Hasta ese día, siempre había sido recibido por uno o una diferentes, aunque con la misma respuesta entre los labios: vuelva dentro de quince días o presente tal o cual formulario. A todo el mundo le pasaba lo mismo: .el sistema estaba estructurado para facilitar los controles y desalentar los

reclamos, y el formulario por triplicado seguía manteniendo la misma vigencia que una década atrás. El joven había escuchado la denuncia del profesor con su “escáutica” cara de nada, como siempre, sin levantar la vista de la pantalla, aunque con una sonrisa irónica que le redondeaba las facciones. Para formalizar la denuncia, le había contestado, necesitaba una prueba, y como la amenaza aparecía y desaparecía, nada podía ser hecho. El debía aportar pruebas de lo que decía, era de la única manera que se podía abrir un expediente. Una víctima no lo era hasta que lo demostrase, mientras tanto, resultaba un farsante. Cuando hubiera pruebas, entonces sí, aún cuando entonces fuese tarde.

Si Kafka hubiera nacido en la Argentina hubiese sido un escritor costumbrista, solía decir Juan citando una supuesta cita de Borges, y al enterarse de la amenaza lo había vuelto a repetir, aunque sin que se modificase su estado apático. Lurianski, por su parte, había aprendido a resignarse a un problema tan universal como ése y, en el curso de un mes y medio, había empezado a tomarse las cosas con más calma, es decir, a ser vencido. El sistema había logrado su efecto: naturalizar lo perverso hasta generar un clima de resignación que diluyese la voluntad de protesta. El estaba mucho más preocupado, pero no tan furioso como al comienzo. Su ira contra la jovencita de una de aquellas primeras veces había cedido al temor de saberse observado por un ojo del que nadie se hacía responsable. Por otro lado, el texto de Marx y Engels seguía inhabilitado, y a su sinnúmero de reclamos sólo había recibido evasivas. Si bien su recelo había crecido, su enojo advino una abulia que su reciente relación amorosa sólo en parte lograba mitigar.

Había consultado con Eliseo Parodi si su partido tenía antecedentes de una situación como ésa, pero el joven le había contestado que no. Que hasta ese momento el control que se ejercía sobre ellos recaía sobre las discusiones en los cibercafé o en las listas de miembros, no sobre textos históricos. Que por otro lado, jamás habían recibido amenazas tan específicas y menos aún que se borrarán en la pantalla como la huella de una golondrina en el mar. Este factor hacía todo aún más inexplicable. En especial cuando ninguna de las iniciativas del tícher tenían o buscaban efectos sociales. De cualquier manera, lo más probable, argumentaba Parodi, era que esto indicara el comienzo

de una ofensiva contra las corrientes de izquierda, motivo por el cual, el problema había dejado de ser exclusivo de Lurianski para hacerse un asunto partidario.

Pero para el profesor, ajeno a las trastiendas de la política, esa sucesión de enigmas condicionaban su vida de un modo absoluto, y no sabía si interpretarlos como una mueca o una ironía.

Si bien había continuado con sus clases, lo había hecho sin la voluntad provocadora de los primeros días, por lo que éstas se habían ido diluyendo en cuestiones más técnicas y generales donde el tema de los desocupados de lujo y los jíbaros civilizados y las reflexiones sobre el *Manifiesto Comunista* habían desaparecido. Ni él había vuelto a decir algo más acerca del tema, ni los alumnos habían preguntado nada. Camila, que conocía los pormenores, había guardado silencio, y lo que había prometido ser un espacio diferente había terminado siendo igual que cualquier otra clase de cualquier otra materia. Esto para beneplácito de los alumnos que preferían las rutinas universitarias que las excen- tricidades que pudiesen demorar el momento de recibirse.

Parodi, tras hacer algunas averiguaciones, un día le había dicho:

- Mire profesor, hay tres alternativas. Una, la que nosotros creemos más probable, que se algún sector facho del gobierno. Dos, la gente de *Cyber Power*.

- ¿Y eso qué es?

- Una organización de guerrilla informática.

- ¿Y qué buscan?

- Provocar la curiosidad de la gente. Son unos ingenuos. Piensan que para crear curiosidad hay que generar preguntas. Instalar puntos de interés de cualquier tipo. Para ellos la meta es despertar la conciencia embotada por tanta facilidad electrónica.

- No es ninguna tontería.

- Les falta proyecto. Lo único que hacen es meterse en la red y censurar libros y páginas al azar. Creen que si un libro se censura habrá más gente interesada en buscarlo, leerlo y tratar de pensar porqué pudo haber sido censurado.

- Tapar para que se vea mejor.

- Algo así, pero eso podría explicar la censura, pero no la amenaza.

- ¿Y la tercera cuál es?

- Y, una menos conspirativa: algún jodón, tal vez un amigo suyo o un enemigo secreto. ¡Qué sé yo! Pero cualquiera sea, en el Ministerio le van a decir que no saben nada. Si son ellos ... bueno... obvio; y si no son porque no van a confesar que el sistema de control es vulnerable.

- ¡Pensar que Internet se creó para que la información fuera totalmente libre!

- No es así, se creó para fines militares y hoy es un negocio. Como todo.

¿Y qué puedo hacer?

Qué sé yo, o tratamos de hacer alguna denuncia pública o esperar
No, no quiero líos. Prefiero esperar.

Es su decisión.

Y había esperado. Finalmente, tras cuatro meses de insistir como un tábano, lo habían llamado del Ministerio para una reunión con la cúpula de seguridad. Alegaron estar muy preocupados y desconocer las causas de lo que estaba ocurriendo, lo saturaron con todo tipo de preguntas, y se desvivieron en disculpas y confesiones de perplejidad. Se inclinaban porque fueran terroristas que buscaban desprestigiar al gobierno, y Lurianski pensó que era una respuesta poco ingeniosa. Como ocurría cada vez que la política caía del lado del espionaje y el contraespionaje, los responsables podían ser cualesquiera y las acciones terminaban siendo anónimas aunque alguien se las autoadjudicase. Así que, entre disculpas y preguntas capciosas -porque usted señor Lurianski se dará cuenta que no podemos descartar ninguna hipótesis- se había desarrollado una entrevista que no le había aclarado nada: o mentían o decían la verdad, ¿cómo saberlo? Lo cierto era que ningún elemento nuevo se había incorporado a la investigación. Para él el enigma se cerraba despacio y envuelto en misterio como en un *thriller* clásico.

Después de esa reunión, de un día para otro, la amenaza no había vuelto a aparecer en la pantalla, y a medida que los días fueron pasando sin novedades, su miedo derivó en una intranquilidad sigilosa. Casi extrañaba esa amenaza. Su presencia, aunque volátil, resultaba más consistente que su desaparición sin explicaciones.

Iba cada tres días al Ministerio -donde lo recibía el joven computado que, ahora, además de teclear, lo miraba con una sonrisa sospechosa. Allí le informaba la falta de novedades y hacía como que hablaba con un funcionario del área de seguridad que mientras le palmeaba el hombro repetía “yo le dije, no era nada amigo, no hay de qué preocuparse” y seguía negando tener alguna novedad sobre la contraseña fantasma; “piense usted, señor profesor, que los más interesados en resolver esta cuestión somos nosotros, los zurdos nos tienen locos acusándonos de fascistas”, alegaba.

Así pasaron los meses siguientes. Un gran misterio se terminó transformando en uno chirle, sin heroísmos ni riesgos, condenado a vegetar en lo anodino.

Toda esta larga secuencia de tiempo, casi seis meses, se abrió ante la cabeza de Lurianski cuando su amigo Juan apareció en el escenario. Por supuesto, no surgió del modo ordenado en que se cuenta, sino de a cachos, un fragmento de un día, un instante de otro, un flash de un tercero, un caleidoscopio de indicios que condensaban en pocos segundos seis meses de enojo, miedo, abulia, resignación y sospecha. Quizás su mente, ya sin fuerzas, había cedido a justificar su inacción repasando los sucesos que lo habían vuelto sordo. Es probable que así fuera, pero a Lurianski le causó sorpresa que un enigma digno de un relato policial se pudiese haber disipado en la selva de hechos inexplicables del runrún diario, sin ninguna respuesta cierta, sin ninguna clave, sin ninguna solución más probable que otra. Lo que antes lo había invadido con la prepotencia de lo que no pide permiso, se había ido sin dar razones.

Así había quedado él, sin respuestas, enfrentado a otra pregunta mucho más perentoria, asistiendo sin entender ni cómo ni por qué, al albur de un arma caprichosa apoyada sobre la sien de su mejor amigo, sin que Camila lo supiese, en una noche sin luces más misteriosa que cualquier otra, sometida a lo arbitrario del azar.

CAPÍTULO 31

Ni bien vio subir a Juan al escenario, Lurianski se adelantó hacia una de las mesas de la primera fila, las cuales, aunque el local estuviese repleto, siempre guardaban, vacías, el límite reverencial que la muerte impone, incluso a sus más obscenos admiradores.

Se sentó sin dejar de observar a Juan que con sus ojos abiertos hacia adentro se hundía en vaya saber qué pliegue íntimo. A pesar de su ensimismamiento, por un instante, miró fijo al profesor, o él así lo quiso creer, y le hizo un guiño, como siempre al despedirse, con un afecto discreto pero claro, sin detener su marcha hacia el centro del escenario al lado de su rival de suerte o desgracia. Era una despedida mezquina para una amistad tan entrañable. “Poco para ser para siempre”, pensó el profesor. Porque aunque no hubiera por qué descartar la posibilidad del éxito -50 y 50 era la estadística irrecusable-, el gesto era muy exiguo para una matemática binaria de ceros y unos.

Porque lo que Lurianski creyó ver en los ojos de Juan fue la convicción de que la única bala estaba reservada para él. El no actuaba como el protagonista principal de un juego macabro sino de un suicidio público. Si siempre había sido muy vital, ese día parecía haber perdido su ángel.

La expresión del rival era otra: entró a la tarima asustado, sin mirar a nadie, pero curioseando al sesgo el clima entre el público. Lucía una mirada furtiva sin destinatario conocido pero que se abría a la vida, muy distinta a esa otra de Juan, abierta sólo a un adiós sin medias tintas. Si el azar respetase el deseo de sus marionetas, pensó Lurianski, su amigo moriría. En su opinión, había renunciado a vivir antes de que el arma decidiera por él. Pero el profesor no quería que esto ocurriera, y así, sin pensarlo dos veces, se encontró pidiéndole ayuda a Dios. A un Dios para él ajeno pero muy popular en momentos límites. Ese Dios que siempre deja descontento a alguien, que desprecia las justas razones de sus feli-

greses, su número y, mucho más aún, el grado de devoción. Sin embargo, allí estaba Lurianski pidiéndole a ese Dios felón que intercediera por su amigo, al lado de la puta trigueña estudiante de efectos especiales que se había acercado a él con dos vasos en la mano.

- ¿Cuál es tu amigo?, le preguntó.
- El morocho de bigotes.
- Parece decidido a todo.

Lo dijo con la seguridad de quien sabe de lo que habla, con esa austeridad en el decir que no apela al énfasis para encubrir su inconsistencia. Ella había visto muchos duelistas y sabía lo que decía. Así lo entendió el profesor que tomó sus palabras como la ratificación de su propio juicio y sintió un dolor agudo en el pecho, como si las palabras de Pupi hubiesen sido tan letales como el arma que en ese momento el animador mostraba al público. La exhibía de frente, de perfil, de arriba, de abajo, hacía girar el tambor, lo disparaba en forma repetida sobre su propia cabeza para demostrar que estaba descargada y, así, la honestidad de la contienda. Este era el ritual previo antes de que los antagonistas se sentaran en sus sillas esperando tener el arma en la mano a suerte y verdad. El animador la mostraba a los gritos tiñendo la ceremonia de una irrespetuosidad jubilosa incongruente con su sino fatal. Luego, sacó una bala del bolsillo, abrió el tambor, la metió, volvió a cerrarlo y a hacerlo girar. Ya estaba lista, como tantas otras veces otras tantas noches en el último año, como las que habían usado, se usaban o se usarían en los demás salones del *Altar de Ifigenia*, más pobres, más sórdidos, pero igualmente democráticos en cuestiones de la muerte.

El animador avanzaba hacia los rivales con el arma en la mano, exaltando a micrófono abierto las agallas de los contendientes y su voluntad de luchar contra el infortunio hasta el final. Un Santiago Lurianski aturcido miraba la cara inexpresiva de Juan.

- ¿Alguno quiere empezar?-, escuchó que decía el animador. -Si no, lo sorteamos-.

Los dos se quedaron callados y una moneda echada al aire relegó a Juan al segundo turno.

Con suerte, el “quía” éste muere del primer disparo, reflexionó un Lurianski sorprendido de sí mismo cuando comprendió que un asesino

acababa de nacer en él. Porque, aunque siempre había sido un pacifista que denostaba contra toda forma de violencia, en ese momento, obligado a optar entre una vida anónima y una vida querida no encontraba alternativa. Deseaba la muerte de ese desconocido. Y no era un deseo ambiguo cargado de contradicciones. Para nada. Era un deseo inquebrantable. La vida de su amigo bien valía esa muerte. Rápida, fría y concluyente.

Por primera vez miró al rival con atención: era un hombre joven, de unos 33 años, de pelo castaño y tez albina que sudaba profusamente. Una mancha oscura se extendía a la altura de los sobacos mientras mantenía el arma en la mano juntando coraje. Se notaba su temor, pero no temblaba. La sostenía con su mano derecha, con el dedo ya listo sobre el gatillo y el caño apoyado sobre la palma de su mano izquierda. Meditó unos instantes en esa posición y lentamente se la llevó a la sien. Un murmullo fue la respuesta del público al clic y al silencio. La bala no estaba en la recámara. El joven suspiró. El profesor, en cambio, contuvo la respiración.

- Es mi turno, dijo un Juan apurado pretendiendo tomar el arma y acelerar el trámite, pero el animador se interpuso dejando en claro que él era el dueño de los tiempos. Retuvo apenas unos segundos el revólver en su mano para dárselo enseguida a Juan, no sin antes lanzar otra parrafada sobre el coraje de aquellos hombres.

Juan no se demoró, apenas recibió la autorización, disparó sobre su cabeza con una indiferencia glacial. Tan glacial como su reacción al sonido seco del percutor en el vacío que le devolvió el aire a Lurianski, mientras Juan, sin que se le moviera una pestaña, le regresaba el arma a su desencantado rival. Quedaban seis tiros todavía. O tal vez menos. No se sabía. La ceremonia debía seguir. Con un Juan helado, un rival sudoroso y un Lurianski que había empezado a hacer suya la resignación de su amigo.

Quedaban seis tiros, y luego cinco, y cuatro, y tres, y dos. Porque la muerte, entre remisa y remolona, siguió negándose a aparecer, con un público cada vez más tenso y callado que apenas murmuraba tras cada clic del percutor, y un maestro de ceremonias que ya no vociferaba.

Los dos próximos tiros eran los definitivos. Ahora sí las estadísticas eran exactas. Cincuenta y cincuenta. Uno o el otro.

El joven de tez albina lo sabía. En esta ocasión se tomó más tiempo. Ya para ese entonces todo bañado en sudor, se persignó como en las tres ocasiones anteriores: la punta del revólver en la frente, en el esternón, en cada hombro, en los labios del amén, todo igual, pero más pausado, demorando lo más posible el final, mientras Lurianski miraba fijo el caño niquelado haciendo fuerza para que la muerte se decidiera a salir de una puta vez.

Pero no fue así. Otra vez el silencio del percutor en falso, aunque ahora, sin opciones. Había una sola bala, y era para Juan. Ya nada podía ser hecho. El próximo disparo no ofrecía chances. Era un suicidio del cual no había forma de eximirse, ése era el acuerdo. Si Juan no se disparaba, el animador debía hacerlo por él. El reglamento del juego así lo estipulaba y todos lo sabían. No era usual que la muerte esperase a la última bala, pero en las pocas ocasiones en que había ocurrido, ningún participante había dudado: se había llevado el arma a la cabeza y se había disparado con más o menos decisión. Ese era el último refugio de su dignidad: si habían llegado a ese punto no querían morir en manos de otro suplicando una clemencia imposible. Imposible no por maldad, sino por estricta lógica comercial. El prestigio del duelo dependía de que sus reglamentos se cumplieran, y los clientes pagaban para ver sangre.

Juan no podía ser la excepción y recibió del maestro de ceremonias el arma como quien recibe su propio pésame, se puso de pie, la levantó despacio y miró a Lurianski que víctima de sus nervios entregaba la uña de su pulgar derecho al meticuloso trabajo de sus dientes. Solo el profesor entendió a lo que Juan aludía cuando en voz alta empezó a recitar: *Let's start from de very begining, a very good place to start.*

En ese momento, disparó.

CAPÍTULO 32

Lo que ocurrió entonces resulta difícil de relatar por el vértigo cinematográfico que tomaron los hechos. Nada parecía ocurrir en tiempo real, sino en otro condensado en una sala de montaje, en un cuadro dadá o en un sueño hiperrealista: un manchón de sangre, un cuerpo blanco volcado sobre unas antorchas que caen como bolos encendiendo las ropas del muerto, alaridos de pánico que se propagan con el fuego sobre una tarima inflamable como un bosque seco, caras hasta ese momento mudas que se abren en cuatro pidiendo ayuda con cada libra de carne, una mujer que chilla y corre hacia una puerta demasiado angosta para ese torrente de cuerpos en fuga, cancerberos que se suman a la carrera vociferando calma mientras otros permanecen tiesos sin saber qué hacer. El disparo, el fuego y el gentío que huye, los aullidos, los ruegos, las imploraciones de calma, las mesas de chapa volcadas en la carrera que como guadañas rasgan cuerpos enloquecidos. El rival de Juan paralizado por el absurdo: unos segundos antes el sobreviviente elegido, unos segundos después eventual víctima entre una masa calcinada. Y Lurianski mirando todo, sin entender, pero a carcajadas, riéndose de no entender, con la joven trigueña de la mano, perpleja pero confiada en la repentina fuerza de él, los dos corriendo hacia el foco del incendio, hacia el cuerpo como tea, hacia el aceite diseminado sobre los tablones de madera reseca, hacia arco de fuego desde donde Juan le gritaba:

- Santiago, por acá, seguime. Metete sin miedo.

Todo había sido muy rápido. Juan había hecho un aprovechamiento máximo del factor sorpresa y nadie había sido capaz de responder a la vorágine, nadie había advertido nada. Ni siquiera Juan que, en el momento de llegarle la hora, se había arrepentido y en vez de pegarse un tiro había disparado contra el confiado maestro de ceremonia a

quien, para cubrir su huida, había empujado sobre las antorchas más cercanas. Juan no había previsto nada, menos aún que, en su caída, el cuerpo, con sus ropas sintéticas ardiendo, como bañadas en kerosene, iba a transformarse en la fuente de un incendio de proporciones impredecibles del que todos los presentes decidieron huir desentendiéndose de él.

Los custodias, sin su jefe, cumpliendo con una antigua tradición militar, se habían quedado descabezados sin atinar a nada, y el fuego se había expandido tan rápido que quedaron presos en su vórtice, algunos tratando de ordenar la salida para no morir bajo la estampida y otros buscando en vano quien les diera una orden. Uno sólo atinó a disparar sobre Juan, pero ya era tarde. Él, seguido por Lurianski que no paraba de reír y por Pupi que, tras un primer instante de calma, cuando advirtió que los disparos habían sido para ellos, no paraba de gritar, conducía su fuga como si la hubiese planeado.

- Dejame. Loco de mierda. No quiero ir con vos. Dejame, repetía ella ahora, al tiempo que forcejeaba sin convicción, mientras Lurianski que la aferraba de la mano seguía a Juan con una confianza que nunca había sentido hacia nadie.

Juan, corría con el arma descargada en su mano, por un pasillo apenas iluminado, hacia una salida lateral que había visto al entrar. Nadie -hecho inexplicable- la custodiaba y se encontraron en una calle oscura donde la humedad de la noche sofocante resultaba fresca a pesar de todo.

-¡Qué bárbaro!;¿Qué hiciste?, le preguntó un Lurianski que boqueaba mientras trataba de recuperar el aliento de la carrera y de la risa que no cedía.

- Una buena acción, ¿no te parece?, una buena acción-, repitió, también risueño pero sin perder la tranquilidad. Rajemos rápido, agregó, mientras que al advertir la presencia de Pupi preguntaba “¿ésta quién es?”, se presentaba: “Juan, mucho gusto”, y concluía: “ahora rajemos”.

- Yo no voy con ustedes. No quiero líos y tengo amigas adentro.

- Bueno, suerte, *my dear*, replicó un Juan categórico, mientras Lurianski le daba un beso y agregaba a modo de explicación y despedida: -Mi amigo es un poco loco.

Los dos se perdieron en el negro laberinto del barrio mientras la joven corría hacia el extremo opuesto de la manzana con la intención de ayudar.

En la entrada principal del *Altar de Ifigenia* la situación había empezado a serenarse, el pánico inicial no había pasado de una falsa alarma: la envergadura del incendio había sido más espectacular que otra cosa y, aunque heridos y contusos, todos los asistentes de los distintos salones habían podido ganar la calle. Pasado el primer momento, uno de los guardias -el que había disparado sobre Juan- había usado los extinguidores y, en minutos, el fuego se había convertido en humo que hedía a carne quemada. Cuando Pupi llegó, sus amigas simplemente tosían. La masacre por todos temida no había pasado de un crimen aislado y un susto. Pero la histeria colectiva es más difícil de apagar que un incendio y cada uno la alimentaba con su visión de los hechos. Tuvo que pasar un buen rato antes de que se acordaran de Juan y del animador que yacía carbonizado en el fondo del salón, y cuando lo hicieron, los clientes optaron por desaparecer del lugar y los empleados por improvisar una reunión de personal; ahora, sin jefe, tal vez alguno supiese qué hacer. La huída de Juan los tenía sin cuidado, más les preocupaba qué hacer con el cadáver y con sus vidas.

Por su parte, Juan y Lurianski corrían sin parar. Juan conocía el barrio y era arrastrado por un sexto sentido que lo orientaba ora a la izquierda ora a la derecha entre el ladrido nervioso de los perros del vecindario. Corrían imaginando una persecución inexistente. Nadie iba tras ellos pero ellos escuchaban la carrera de sus perseguidores, rogaban silencio a esos perros que ladraban a su paso, o imaginaban que estos mismos perros eran parte de la batida que olisqueaba sus huellas en las juntas de las baldosas. Pero a pesar de estar huyendo, no los impulsaba el pánico, por el contrario, huían -pensó Juan- a golpes de libertad. Qué sino la forma más comprometida de la libertad era ésa que él había elegido, pocos minutos antes tan cerca de la muerte, ahora escapando hacia la vida. En especial él. Pues aunque Lurianski se había identificado con su amigo y compartía sus sentimientos, era impulsado por otro deseo: el de comprender. Era una carrera hacia un punto infinito lo más alejado posible de ese otro que acababan de dejar, desde el

cual imaginaban la partida de patrullas de asesinos a sueldo ansiosos de vengar a su jefe. Juan sabía que los dueños reales del *Altar de Ifigenia* iban a ir tras él. Que tenían su dirección, sus datos y, no hacía falta ser muy perspicaz, unas enormes ganas de escarmentarlo. Pero prefería esa alternativa de fugitivo, a ser el muerto sumiso de un espectáculo macabro. Por esa razón, por el ejemplo intolerable de un acto rebelde, sabía que iban a buscarlo hasta debajo de la tierra, y por ese motivo es que olía la persecución en la nuca.

Pero nadie iba siguiendo sus pasos, y cuando la falta de aire los obligó a parar en el umbral de una casa abandonada se dieron de cuenta de que estaban solos, presos de un terror libre.

La noche emitía pocos ruidos, no circulaban ni autos ni transeúntes. Sólo ese ladrido contagioso de los perros del vecindario que cesó cuando ellos se detuvieron. El bombeo del corazón y la respiración bufosa de ambos se hicieron lo único audible en varias cuadras a la redonda.

Con una risa ahora ahogada por la carrera, Lurianski preguntó:

- ¿Te diste cuenta de lo que hiciste?

- No.

- Lo tenías planeado.

- Para nada.

- ¿Se te ocurrió en el momento?

- Debo haber creído que morir se era más fácil. Tal vez estuviera convencido de que no me iba a pasar nada... *I dont know*. Todo cambió cuando tuve la certeza de que esa bala era para mí.

- Yo creí.....

- Vos crees muchas cosas. Y hasta podés tenés razón. Pero nunca en lo esencial. Yo buscaba la muerte, pero no quería morirme. Son dos cosas distintas. Ahora rajemos, no podemos perder tiempo. Si no nos apuramos, nos alcanzan.

Y se levantó con una seguridad contagiosa.

Lo que siguió fue la misma larga y prolongada persecución imaginaria. Ellos creían que eran perseguidos y eso siempre basta para serlo. Corrieron, buscaron atajos, se ocultaron en las sombras cuando en raras ocasiones escuchaban el motor de un auto que se acercaba, evitaron todos los lugares iluminados donde pudiesen ser vistos por algún

cazador al acecho, cruzaron baldíos, tiritaron de frío a pesar del calor, otearon esquinas y avenidas siguiendo las pautas de una persecución clásica. Sin parar en toda la noche, atravesaron los muchos kilómetros que separan a Remedios de Escalada de la avenida Mitre en Avellaneda, desde donde les iba a ser posible tomar un colectivo que los llevase a la capital por puente Pueyrredón. Esa vez, ambos agradecieron dos cosas de las que usualmente se quejaban: los cortes de luz y el clima. La noche negra ofrecía un buen refugio y el cielo despejado con una luna creciente era ocultada de a ratos por espesos nubarrones. De ese modo, podían escrutar desde algún escondite mientras el cielo permanecía despejado, y correr cuando, al encapotarse, sus sombras desaparecían con ellos.

Los detalles de la persecución no agregarían nada esencial a este relato. Así que, aunque el salto resulte demasiado abrupto, a la mañana siguiente, extenuados y envueltos en sudor, llegaron a la casa de Lurianski.

Camila, que se había quedado dormida esperándolo, se sobresaltó al escuchar la llave en la puerta, más aún cuando, al mirar la hora, se dio cuenta que había dormido toda la noche sola en casa de su amante mientras él vaya saber dónde habría estado. Si en los últimos meses se había vuelto mucho más celosa, en ese momento sintió irrefrenables ganas de demostrarlo.

CAPÍTULO 33

Los celos son siempre razonables, las que suelen no serlo son sus razones. ¿Qué otro sentimiento podía provocar en una joven enamorada ver llegar a su amante bien entrada la mañana compartiendo carcajadas con un amigo juerguista? Para ella fue suficiente escucharlos abrir la puerta para que una nube de reproches se apoderara de su cabeza, filípicas que se tornaron aún más crueles cuando él no disimuló su sorpresa de encontrarla allí de pie, con el vestido corto y escotado con el que se había quedado dormida, con uno de sus menudos pechos enardecidos asomando a un lado del bretel. Al verla de una sola pieza, con el reproche entre los dientes, los dos se quedaron mudos. Y en el silencio, su juicio sonó más grave:

- ¡Sos un hijo de puta!

Lurianski se emocionó. Su exmujer jamás hubiera reaccionado de ese modo. Saberse celado lo hizo quererla más que lo que hasta ese momento admitía. Su ira era la prueba más concluyente de amor que hubiera recibido nunca y no quería privarse de ese placer explicándole lo sucedido.

- Decí algo-, insistió ella, reclamando una disculpa verosímil.

- Juan te presento a Camila. Camila te presento a Juan.

- ¡Ah! Sos vos. ¿Conseguiste trabajo y salieron a festejar?

- No seas mal pensada.

- ¿Mal pensada?, ¿mal pensada?-. Buscando enfatizar su indignación, Camila se repetía como un disco rayado. -¿Qué puedo pensar si aparecés a las 9 de la mañana con esa facha?.

- No todo es como parece.... ¿No te enseñé nada en este tiempo?

- Sos un cínico.

- Y vos estás enamorada. Y enamorada de mí. ¿Ves Juan que está enamorada?

- Vos también. Nunca te vi así.

Los dos hablaban de Camila ante Camila, a sabiendas de que estaba pero como si no estuviese. Un recurso que al acentuar la compinchería acrecentaba la ira de la joven, que ahora, además de cornuda se sentía víctima del escarnio. Los dos hablaban de ella como si fuera un objeto de entretenimiento, una cosa que circulaba por la fantochería viril de ambos.

Camila, hecha una furia, se dio media vuelta para tomar su mochila e irse.

- ¿A dónde vás?

- Cuando termines el *party* con tu amigo, hablamos.

- No hay *party*. No hubo ningún *party*. Juan acaba de cometer un crimen.

Al escucharlo, Camila se dio vuelta como tironeada por un resorte, pero la risa contenida en la boca les quitaba credibilidad, y la ira de ella, en vez de ceder, creció. La tensión de la noche era la responsable de los mayores equívocos. Ambos luchaban contra su hilaridad sin éxito mientras el enojo de Camila entraba en la zona de lo imperdonable.

- En serio-, insistió Lurianski a sabiendas que sus mofletes inflados harían inverosímil cualquier explicación.

Y cuando ella, ya inflexible, se dirigía hacia la puerta, Juan se interpuso, le sujetó con ambas manos los brazos desnudos y, con una palmaria elocuencia, agregó:

- Estamos muy locos. Por eso no paramos de reír. Pero es cierto. Maté a un chabón. Nos pasamos la noche escapando. Santiago, no te miente. No nos estamos burlando de vos. Escuchalo.

Y Camila escuchó. Fue siguiendo el relato sin hacer ningún comentario, muda de perplejidad mayor. Se le ocurrían preguntas, pero el impacto de los sucesos superaba la curiosidad. El relato lo fue haciendo Lurianski al tiempo que Juan parecía irse enterando de lo que había hecho a través de las palabras de su amigo. No todo lo que Lurianski iba contando le resultaba familiar, el profesor le atribuía una intencionalidad a sus actos que él estaba lejos de compartir. “Me lo hizo creer, nos la hizo creer a todos”, repetía Lurianski introduciendo un rítmico estribillo en su relato. “Mientras yo me desvivía por convencerlo él se quedaba

callado planeando todo”, decía, sin recordar la anterior explicación de su amigo ni, mucho menos, advertir la falacia de su razonamiento que prescindía del detalle obvio de que era la bala la que había demorado en salir, no Juan en dispararla. Pero Santiago Lurianski no podía dejar de adjudicarle una premeditación que hiciera más lógico lo inexplicable, mientras Juan, sin corregirlo, lo escuchaba como si se estuviera enterando de lo sucedido. Había matado a un hombre, su amigo había matado a un hombre, y Lurianski lo contaba como si hubiera sido él, mejor dicho, con la misma excitación que si hubiera sido él el asesino. El pacifista, intelectual, devoto de la razón y el diálogo, contaba como propio un crimen del que había sido sólo un simple espectador, y como protagonista principal, una fuga cinematográfica en cuyos detalles más espectaculares ahondó e inventó sin pudores. En verdad no mentía, así la había vivido él, así de espectacular, así de dramática, así de tensa, aunque una descripción más objetiva hubiera desnudado su ramplona vulgaridad. Es que si bien nadie los estaba persiguiendo, ellos no lo sabían. ¿Y qué es por lo general la realidad sino un fragmento de ficción hecho consenso? Así que, mientras lo relataba, el clima de cacería se apoderó de Camila, quien exclamó:

- No nos podemos quedar acá. Vayamos a mi casa. A lo mejor los siguieron.

Lo dijo con tal seguridad que los amigos se miraron, asintieron y se dejaron llevar por la decisión de la joven.

- Esperá que agarramos algunas cosas, dijo Lurianski.

- No hay tiempo, así que apurate.

Lurianski entró con Juan a la habitación. Iba a tener que prestarle alguna ropa pues su amigo no iba a poder volver a su departamento por mucho tiempo. Juan, como de costumbre más drástico, ponía en duda que fuera a poder hacerlo alguna vez. Su aventura en *El altar de Ifigenia* le había abierto las puertas de otra vida, no sobrenatural como la que prometía la perorata del Capellán antes de que le volara la cabeza, sino otra, tal vez más infernal pero también más verificable y, por esa misma razón, más pasible de dar batalla.

El Capellán era el nombre con el que se había presentado ante Juan el maestro de ceremonias, administrador y dueño formal del *Altar de*

Ifigenia... Antes de salir al escenario, con tono pontificio, les había dicho a él y a su rival que, como premio a su coraje, este mundo o el otro los iba a estar esperando con igual orgullo. Que cualquiera fuese el resultado de la lid, sus almas ya estaban salvadas. *Ego te absolvo*, había agregado mientras los ungía con la señal de la cruz y les daba una palmadita redentora en el hombro antes de abandonar su papel cardenalicio para convertirse en un bullanguero animador de espectáculos.

Es probable que fuera en ese instante cuando Juan empezó a bosquejar su fuga. Primero de un modo impreciso, casi una intuición sin plan, para enseguida, a medida que los disparos callados fueron sucediéndose, ir tomando la forma que coaguló en ese último instante de decisión. Una acción que sólo a posteriori pudo encontrar en la absolución sobreactuada del Capellán una de sus razones. Matarlo e incinerarlo había sido un acto que el autotitulado Capellán hubiera justificado de haber estado en su pellejo.

Mientras sacaba de un cajón algunas camisas prestadas, Juan recordó ese instante religioso. Quizás la ropa o, más precisamente, la idea de un disfraz que lo hiciera irreconocible para los perseguidores, le había evocado la imagen de ese hombre polifacético: empresario, animador, manager, clérigo y, por último, cadáver, que encarnaba una hipocresía a la que Juan a último momento no quiso verse sometido. A el Cardenal, el Padrino, el Abuelo, el Jefe - como se lo conocía o él se hacía llamar según su capricho- su impunidad jamás lo había llevado siquiera a sospechar un final como el que Juan acababa de imponerle.

Los amigos tomaron un par de camisas, unas mudas de ropa interior y un par de zapatillas, las metieron en sendos bolsos y, apremiados por Camila, salieron a la atropellada del departamento. Al llegar a la planta baja se toparon con dos tipos en quienes creyeron ver asesinos a sueldo. Pero ambos pasaron junto a ellos sin darles siquiera un vistazo.

Ya en la calle, todos les parecieron sospechosos. Tanto fue así que, huyendo de fantasmas durante todo el día y buscando por todos los medios no ser seguidos, llegaron a la casa de Camila recién entrada la noche.

CAPÍTULO 34

Si unos minutos antes, alguno de los adivinos que saturan la red o desbordan las calles con el futuro de los demás oculto en sus amuletos le hubiese presagiado a Camila que esa noche se iba a encontrar con su hermano Roberto, ella lo hubiera tildado de farsante; porque a pesar de ser un poco crédula, no lo era tanto como para suscribir lo inverosímil.

Pero ése era un día inverosímil.

Primero, el crimen cometido por el mejor amigo de su novio -¿podía llamarlo de ese modo? ¿por qué no?, aunque tal vez sonara demasiado pretencioso.-. Después, esa fuga quijotesca por calles plagadas de mercenarios. Y ahora esto: su hermano mayor parado frente a ella, en actitud de ayer nomás, invadiendo la intimidad que necesitaba más privada que nunca. Porque ¿qué estaba haciendo ese casi desconocido allí cuando ella necesitaba, por encima de todo, confianza?. Apenas llegaba a tenerla en su madre como para poder depositarla en Roberto.

Recién en el vestíbulo de su casa se dio cuenta de sus aprehensiones. Había arrastrado a los dos hombres haciendo zigzag por las calles, no a causa de la multitud de sospechosos que pudieran estar buscándolos sino porque el verdadero perseguidor estaba dentro de ella pidiéndole explicaciones que ella no podía dar ni la madre entender. Porque la madre era ese perseguidor, tan inflexible que empuja hacia el ensimismamiento o la furia. Pero para Camila, esos dos caminos estaban vedados. La necesitaba, lo que la obligaba a mentirle; contarle una patraña que pudiese ser tomada por cierta, lo suficiente como para resultar creíble pero no tanto como para tornarse absurda. En verdad era eso - qué iba a decirle a su madre- lo que había ido germinando en secreto dentro de ella mientras iba hacia su casa atribuyéndole rostros torvos a los paseantes. Todas las marchas y contramarchas del día, las paradas para cerciorarse de que no eran seguidos, su insistencia cuando los dos

amigos ya cansados le cuestionaban el exceso de precauciones y ella alegaba que su casa era el único refugio que tenían, la justificaban. Y el argumento sonaba tan concluyente que, aunque extenuados, seguían eludiendo fantasmas mientras en Camila germinaba la mentira cierta que le permitiese acercarse a su madre en ese momento que la necesitaba tanto.

Por estas razones, a Roberto la perplejidad y el odio de su hermana se le hicieron de inmediato notorios en sus ojos de tigresa. Ella había inventado una historia para su madre, no para un interlocutor cualquiera, y no podía prever si lo verosímil para una pudiera serlo también para el otro.

No tuvo tiempo de seguir cavilando pues la madre la encaró.

- ¡Hija!, ¿qué te pasó?, ¿dónde anduviste?, ¿por qué tienen esa cara?, ¿quiénes son tus amigos?, ametralló sin hacer una pausa mientras sus ojos escrutaban a los tres y a ninguno.

Los dos jóvenes volvieron la vista hacia Camila pidiéndole ayuda.

Y ella no los defraudó.

- Es una historia muy larga-, dijo.- Santi y Juan son amigos míos. Los asaltaron y se van a quedar esta noche en casa. Pero ... ¿qué estás haciendo vos acá?-, le preguntó de improviso a Roberto, tanto para dar rienda suelta a su asombro, como para ganar tiempo.

Él, sólo atinó a contestar:

- Vine a visitarlos.

- ¡Qué milagro! ¿Y así?, ¿de repente?

- Camila, por favor- le dijo la madre mientras la abrazaba. -¡Un asalto!, ¿qué cosa! ¿Pero están bien? Eso es lo más importante. ¿Cómo fue? Bueno, mejor no. Deben estar cansados y con hambre. Aprovechen que hay agua. Lávense y comemos. Hay tiempo para charlar.

Su propuesta fue bien recibida por todos que, por distintas razones, preferían demorar el canje de explicaciones. Todos deseaban diferir una charla en la que sólo tenían mentiras para ofrecer.

Mientras se lavaban, los tres jóvenes pretendieron armar una coartada, pero estaban demasiado exhaustos y confusos para acordar detalles, ante lo cual Camila sugirió que lo dejaran en sus manos, que ella trataría de improvisar. Había demasiados cabos sueltos en la historia del

robo como para que escribieran un guión sólido en tan poco tiempo. Ella se ocuparía de todo, era la hija y sabía con qué bueyes araba. Bastaba que ellos permanecieran callados.

Bajaron con esa consigna y se sentaron a la mesa donde Roberto y la madre los aguardaban. Ella se levantó a buscar la comida y Camila la siguió decidida a obtener respuestas que la madre no tenía. Lo único cierto era que su hermano estaba de visita, eso era todo, y la hija no tenía más razones que su histórico recelo hacia él para pensar otros fines. De modo que, aunque poco convencida, aceptó que pudiera ser así.

Cuando las dos mujeres volvieron a la mesa los tres varones conversaban, casi parecían discutir o, más bien, haber sido atrapados en una disputa en la que ninguno hubiera querido participar pero que tampoco había sabido eludir. Era una discusión apática, sin los bríos de la pasión. Los tres habían empezado a hablar porque el silencio suele ser difícil de tolerar y, luego, las palabras con su lógica indiscreta y la prepotencia de los prejuicios que se han hecho estigma como heridas de la infancia, hicieron el resto. A Juan y a Santiago el vértigo de las últimas veinticuatro horas los había puesto en un estado mental que oscilaba entre la obnubilación y la suspicacia vigilante. Estaban sin estar y se iban sin irse. Por su parte, Roberto no quería parecer antipático con los amigos de su hermana. Tal vez por eso, tal vez por asumir el papel forzado de anfitrión en una casa en la cual él también estaba de paso, les había preguntado acerca del asalto y Lurianski había salido del paso con una respuesta tan imprecisa como tajante:

-Fue una experiencia de mierda- dijo, y se calló.

Tras lo cual, para dejar en claro su decisión de no hablar más del asunto, preguntó:

- ¿Así que vos vivís en los Estados Unidos?

La respuesta de Roberto le importaba un bledo. Pero hizo la pregunta como si le interesara.

- Sí. ¿Te lo contó Camila?

Lurianski lo miró con cara de obvio y Roberto volvió a sentirse un idiota. Desde hacía varios días ese sentimiento ocasional se había transformado en crónico. La infalibilidad de su mundo se había fisu-

rado y no sabía moverse con coordenadas desconocidas. Después de la reunión en Nueva York lo había invadido una inseguridad que su *look* de ejecutivo apenas podía ocultar. Lo atontaba el encontrarse a medio camino de todo, en un punto frágil entre lo que prefería decir y lo que decía o entre lo que prefería hacer y lo que hacía.

En ese momento hubiera querido echar a los dos amigos de su hermana, expulsarlos de su camino como siempre hacía con sus subalternos, con un simple gesto de cabeza; después de todo, tenía cosas más importantes para tratar con su familia que un asalto más o menos violento en una ciudad en la que, por lo que había visto, debía ser rutina. Quería hablar con ellas y punto. Pero no estaba en su oficina y debía mostrarse cordial, ocultar sus verdaderas intenciones. Ese ni sí ni no, lo volvía estúpido.

Era obvio que Camila era la única que podía haberle contado que vivía en los Estados Unidos. Por lo que Lurianski continuó como si nada.

- Yo estudié allá- dijo con el piloto automático ya conectado en *diálogo*.

- Ah sí, ¿dónde?- replicó el otro con genuina curiosidad.

- En Harvard-..

- ¡Ah! ¡Qué bien!-

Roberto ignoraba si esa complicidad efímera podría ser una ventaja o un inconveniente, y se limitó a agregar:

- Una gran escuela de pensadores.

- En mi caso sólo un técnico- contestó el profesor haciendo cada vez más evidente su desgano, al tiempo que miraba a Juan implorando que se mantuviese al margen de la conversación.

Sabía que en cualquier circunstancia similar a ésta su amigo podía despacharse con una diatriba acerca del imperialismo y sus intervenciones armadas en el mundo entero, sobre la capacidad de los Estados Unidos para presentarse como el abanderado del disenso y la libertad mientras que las decisiones que importan se tomaban a espaldas de todo el mundo entre políticos republicratas o demoblicanos apoyados por los bancos que manejan el mundo a su antojo. Su amigo, enseguida, podría explicar que si bien el término imperialismo había caído en

desuso hacia fines del siglo pasado la elocuencia de los hechos lo había vuelto a poner sobre el tapete. Y seguramente agregaría con orgullo que él nunca había dejado de usarlo, y se burlaría de aquellos que habían pretendido diluirlo tras la pátina querendona de la globalización y de las relaciones internacionales que un canciller de modales delicados había bautizado como carnales sin ruborizarse. Juan era rabiosamente antinorteamericano. Siempre argumentaba que su cultura del *bussiness* producía una subjetividad envenenada por la lógica mezquina del interés pecuniario. Su antipatía se había transformado en odio cuando su padre murió por falta de atención médica apropiada en un coqueto sanatorio de Buenos Aires perteneciente a un *holding* norteamericano porque el plan de salud por el que había pagado durante toda su vida se hacía cargo sólo de ciertos cuidados, no de los que su padre había necesitado, o porque los médicos y las enfermeras que trabajaban por chirolas hacía tiempo que habían dejado de estudiar para dedicarse a sobrevivir -la formación de posgrado era un lujo que los consorcios médicos no pagaban- o porque la mala voluntad había ido socavando los espacios profesionales como un cáncer. Juan puteaba contra las sumas siderales que las empresas gastan en sus guerras publicitarias cuando esas mismas sumas ociosas podrían solucionar la vida de millones de personas del planeta. Seguía repitiendo que la lucha de clases era el motor de la historia y que si el imperialismo no era vencido, nadie, ni los mismos Estados Unidos, Japón o Alemania sobrevivirían a su canibalismo, en última instancia, autofágico. Cuando Lurianski le recordaba que la U.R.S.S. había invadido Afganistan, Checoslovaquia o Polonia, y que había desprotegido a Cuba pagándole en rublos su producción para privarla de divisas y así someterla, Juan se indignaba.

- Qué respuesta pelotuda. Si vos matás a alguien no podés disculparte con el argumento que hay otros asesinos en el mundo. No voy a defender los horrores de Stalin y sus sucesores, pero el capitalismo en su fase superior, es criminal por estructura y no por accidente, y que pueda haber otros sistemas políticos criminales no lo redime. No voy a negarte las tendencias imperiales de la URSS, aunque podemos discutir si lo que se autodefinió como mundo comunista lo fuera en verdad, pero no me vengas con el modelo democrático de una nación con dos

partidos, donde sólo se puede opinar si tenés el dinero suficiente para ser el dueño de una cadena de noticias o si te tiran un hueso en algún programa de cable para mostrar lo democráticos que son.

Juan siempre terminaba en lo mismo y con el mismo aspecto físico: las venas del cuello hinchadas, las mejillas rubicundas y un tono de voz cercano a la arenga.

- EEUU es la nación de Disneyworld y los efectos especiales: vende como realidad lo que es pura ficción, te hacen ver belleza donde sólo hay mierda-, decía. -Hollywood no sólo es su tercera industria, es también el banco ideológico de una nación que ha hecho de los artificios su fuerza y de la frivolidad un denso rasgo de idiosincrasia. Y así es el mundo que tenemos, con sus cínicos defensores y sus cínicos opositores que en el fondo no creen en nada porque todo es parte de la ficción.

Lurianski temía que su amigo se despachase con alguno de sus discursos de barricada.

Pero ese día estaba lejos de tener la disposición para sostener un diálogo caliente como ése. Juan estaba demasiado absorbido por las experiencias de la jornada como para destinar pasión a una charla en última instancia de rutina. Permaneció en silencio mirando a su amigo y al hermano de Camila con una atención y una curiosidad huecas. Para él, los dos eran hijos bastardos de la sociedad norteamericana, y los observaba como quien espera asistir a la riña de dos gallos entrenados en el mismo corral, aunque ese día sin ganas de dar pelea. Motivo por el cual, para fugaz tranquilidad de Lurianski, por un instante, no dijo nada.

- ¿Hace mucho que vivís allá?

- 15 años. ¿Vos cuánto tiempo estuviste?

- Poco. Dos años.

- ¿Por qué volviste?

- Porque no fui para quedarme. Sólo a estudiar. ¿Vos te copaste?

- Sí. Es fabuloso. Es el mundo. Ahí pasa todo.

- Ese es el problema-, acotó Juan en un tono de voz mecánico que parecía provenir del fondo de un pozo. La tranquilidad había durado poco.

- ¿Cómo?

- Nada, mi amigo se quedó en el siglo pasado.

En la respuesta de Santiago Lurianski sí había pasión, hasta era posible reconocer un dejo de resentimiento. No por su comentario que, en ese momento, a los dos le importaba un comino, sino porque el rencor que sentía por tener que estar viviendo esos acontecimientos, finalmente afloraba. Santiago se daba cuenta que el acto de su amigo, a quien en ese momento quería como nunca antes, lo ponía en una situación que, al mismo tiempo, lo llevaba a odiarlo.

- Sos un descarado, nadie te invitó a este baile-, le contestó Juan como si hubiese captado el íntimo reproche de su amigo quien ya se estaba arrepintiendo de lo que acababa de decir. Como siempre, aunque no quería que hablase, él mismo creaba las condiciones para que lo hiciera. De aquí en más toda la discusión fue atravesada por un diálogo implícito entre los dos del cual Roberto Palermo quedó excluido aunque estuviese en el centro de aquel otro manifiesto.

- El siglo xxi se parece tanto al medioevo que en cualquier momento nos tiran un virus y hasta peste negra vamos a tener- dijo Juan del modo monocorde que mantuvo todo el tiempo.

Roberto se sobresaltó, sabía demasiado bien de qué hablaba el amigo de su hermana, y aunque hubiera preferido quedarse callado, no podía hacerlo.

- En el medioevo se discutía el sexo de los ángeles y si las mujeres tenían alma. Hoy se está por establecer la primera base habitada en el espacio y la comandante del proyecto es una mujer.

- La discusión está mal planteada, la cuestión no es si las mujeres tienen alma sino si algunos hombres, en especial cuando acumulan poder, la tienen. Porque a la luz de los hechos el mundo es el paraíso de los desalmados.

- No exageres-.

Lurianski, siempre adepto en política a las posiciones intermedias pretendía echar paños fríos a esa discusión que sabía artificial. Aunque coincidía en cuanto a la tendencia deshumanizante del progreso, no creía que fuera para tanto ni, mucho menos, que la maldad hubiese que achacársela al poder sino al carácter de los hombres. Pero en ese instante, por sobre todas las cosas, quería evitar que la discusión llegara

a mayores y los terminaran echando a patadas del único refugio que tenían. Por un instante se dio cuenta de lo precaria que resultaba la situación en que habían quedado.

Por fortuna, Camila y su madre entraron con una cacerola humeante.

- Es poco, pero si nos medimos puede alcanzar para todos, dijo la anfitriona. Y los ánimos que empezaban a enfervorizarse le cedieron el lugar a un caldo menos nutritivo para el espíritu pero imprescindible para el cuerpo.

Juan y Santiago debieron hacer un esfuerzo para no lanzarse sobre el guiso como dos náufragos. Aún cuando el aroma les impregnaba la cara y sus narices masticaban sabores criollos, esperaron que todos estuvieran servidos para empezar a comer.

- Brindo por este rato de luz- dijo la madre, y todos simulaban una sonrisa.

Había cocinado un puchero en el cual la carne blanca de gallina, las papas, las batatas, los pedazos de choclo y chorizo colorado, se entreveían con trozos de zanahoria, cebolla y calabaza. Roberto amaba ese plato. Era de los pocos olores que guardaba de su niñez.

- Mamá, tendrías que venir a Chicago a enseñarle a Marilyn este plato exquisito. Vos, hermana, también podrías venir. No sabés lo lindo que es aquello.

Lo dijo de golpe, sin ninguno de los circunloquios que había imaginado.

- El señor necesita cocinera, respondió la hija.

- ¡Camila!-, exclamó la madre

- No te pongas difícil, agregó Roberto.

Santiago y Juan siguieron devorando la comida, la primera en 24 horas. No iban a perturbar su faena por una rencilla de familia.

- Bueno, qué esperabas, que exclame que mi maravilloso hermano me quiere llevar a los Estados Unidos.

- Bueno, no sé por qué no.

- Primero, porque no te puedo tomar en serio y segundo porque no quiero que jodas a la vieja con un comentario al pasar que ella sí toma en serio.

- Camila.

A la madre no se le ocurría otra cosa que repetir el nombre de la hija.

- No es ningún comentario al pasar, lo digo de verdad. No me parecía oportuno proponerlo delante de tus amigos, pero se dio así. Quiero que vengan un tiempo a Chicago conmigo. Quiero que conozcan donde vivo, a mi mujer, a mi hijo, todo. No crean que es fácil vivir lejos de ustedes. Viajé para convencerlos.

Juan y Santiago ya habían vaciado su plato. Incluso lo habían limpiado con esmero con un migoso trozo de pan y ahora parecían limitarse a observar esta escena familiar como dos convidados de piedra. Pero Lurianski no lo era y miraba el rostro duro de Camila con una emoción desconocida para él. Amaba a esa mujer. No era ése el momento para decírselo pero sin duda la amaba. Su hosquedad contrastaba de modo tan nítido contra su semblante de niña que su belleza se le hizo inoculable. Ya había sentido algo similar esa mañana cuando ella lo recibió hecha una furia, envuelta en celos legítimos, sin ningún pudor, con uno de sus pechos menudos al aire, antes de serenarse y escuchar con atención lo sucedido, con la única atención valedera, la que exuda respeto hacia la palabra del otro. Y en ese momento, al igual que a la mañana, sintió amor, un amor feroz que desconocía. Qué hermosa estaba así, hosca pero atenta, bella a pesar de su odio, o bella por su odio comprometido. En ese momento la hubiera tomado en sus brazos y la hubiera llevado a la cama para que las caricias destacaran su ternura infantil contra su hosquedad madura. Porque él, que creía estar con una niña, ese día, se había encontrado con la fibra de una mujer. Húmeda y seca a la vez. Quebradiza y de acero. Y en ese mismo instante, sintió miedo. ¿Qué pasaría con él si ella, tras el arrebato, decidía partir?

Fue entonces cuando la conversación fue interrumpida por el estampido que su vaso hizo contra el parquet. Lo acababa de tirar sin darse cuenta en un movimiento involuntario que acaparó la atención de los demás.

- Perdón, debo estar muy cansado- se disculpó, mientras su cara roja delataba una vergüenza que el accidente en sí no justificaba y atinaba a recoger con torpeza los restos de vidrio.

- No te preocupes, yo los recojo, intervino la madre. Estamos siendo muy descorteses con tus invitados. Después de un día tan difícil, no deben estar con ganas de asistir a peleas de familia. Me parece, Roberto, que tenemos que dejar este tema para más tarde. Ahora, ¿por qué no nos cuentan del asalto?

- Disculpe señora, dijo Lurianski, pero estamos muy cansados. Su puchero estaba exquisito pero creo que no tengo más fuerzas ni para sostener un vaso siquiera.

- Yo estoy a punto de seguir los pasos de Santiago y temo que la dejemos sin vajilla- agregó Juan tratando de darle un toque de humor al mutis. -Ustedes tienen cosas importantes que hablar y Camila les puede contar todo tan bien como nosotros.- dijo, al tiempo que le hacía a ella un guiño furtivo.

- ¿Pero no quieren una fruta, un café, algo?

- No gracias, contestaron al unísono.

- Bueno, bueno, vayan nomás ... ¿pero dónde van a dormir?

- Nos tiramos en cualquier lado, no importa.

- Yo les preparé la pieza de Julián que tiene dos camas -, intercedió Camila.

- Bueno, qué noche. ¡Todas las piezas ocupadas como antes!- dijo la madre con nostalgia.

- Ustedes quédense sentados y no se preocupen, concluyó Lurianski que con mucho respeto le dio un beso a la madre y la diestra a Roberto, antes de seguir a Camila.

Juan se limitó a saludar con la cabeza.

CAPÍTULO 35

Camila, que quería retomar rápido la conversación con su familia, les mostró la pieza, uno que otro detalle práctico, y se fue, mientras los amigos se desvestían sin hacer ningún comentario.

Juan tardó segundos en dormirse, bastó que apoyase su cabeza sobre la almohada para que su cuerpo no volviese a dar señales de vida; ni un tenue ronquido, ni siquiera el leve soplo de la respiración. La tensión de los últimos días se había derrumbado sobre él. Cualquiera podría pensar que un condenado a muerte que se había ganado el derecho a seguir viviendo hubiera permanecido despierto para festejar, pero Juan, por el contrario, se entregó al sueño con la tranquilidad de saber que habría un próximo día. Que esa noche, por primera vez en meses, no sería la última, sino la primera. La noche de su resurrección exigía descansar. Tenía que estar lúcido para enfrentar los próximos acontecimientos. Cualquiera fuesen a ser éstos.

Lurianski, por su parte, carecía de esa tranquilidad de conciencia. El no se hallaba como Juan en el punto de haber resuelto un gran dilema. Por el contrario, estaba confrontado a muchos que apenas podía siquiera entender en su enunciado. Si su amigo había cerrado los ojos y caído como un lirón, él había permanecido a oscuras, en trance, como un búho.

Jamás había sido un tipo romántico. Desde la adolescencia las chicas con las que había salido eran “las minitas”, una expresión con la que alardeaba con los amigos pero que reflejaba también su íntima opinión acerca de las mujeres. Por eso, su relación con Carla no había durado, porque él no necesitaba más que lo justo para sentirse satisfecho sin excederse; lo que durante un tiempo fue posible, al menos hasta cuando ella empezó a extrañarlo. Ella sabía que habían pactado no acosarse con demandas posesivas, pero también que eran demasiados los momen-

tos en los que quería estar con él sin poder hacerlo. Cuando esto pasaba, recurría a algún amigo a quien, por supuesto, no le contaba lo que en verdad sentía, sino que lo utilizaba para reafirmar – aún contra su voluntad- las virtudes de mujer libre que sabía que Lurianski admiraba en ella.

Los dos solían burlarse de esos “tontolitos” melosos que van juntos a todas partes; de los poemas de Neruda, en la opinión de ambos demasiado cursis. En verdad, Lurianski había impuesto su punto de vista aprovechando que ella quería estar con él a toda costa. La independencia de Carla encerraba su total sumisión.

Lurianski se mofaba de la cursilería del amor, lo que hacía que en definitiva se mofase del amor mismo, nunca exento de ese ingrediente esencial.

Pero, esa noche víctima del insomnio, Lurianski pensaba en lo que sentía por Camila y que nunca antes había sentido por otra mujer. Su amigo se lo había dicho esa mañana, “vos también estás enamorado”. Y pensarlo así le dio vergüenza. ¿Cómo podía dar crédito a tamaña cursilería cuando se había asomado a una de las cornisas del infierno? Corría el riesgo de transformarse en un estereotipo de lo que más despreciaba. Porque él podía pensar en el sexo como un antídoto contra la muerte, pero no en amores de luna llena. Quizás estuviese dejando la adolescencia, para él una etapa machista de cuño misógino que lo había llevado a disfrutar mucho más una reunión con sus amigos varones que un paseo romántico con cualquiera de las chicas con las que había estado. Si bien estaba lejos de ser un insensible al amor, su perspectiva era pragmática, no sentimental. Al menos hasta esa noche en que se podía dar cuenta de que amaba a esa chiquilina. No sólo sus ojos negros, su cuerpo libre de culpa y cargo, su ingenuidad abierta libre de poses. No. La amaba a ella. De eso se trataba todo.

Así pensaba en ese momento Lurianski, con grandes ojos de búho, temiendo que en la planta baja, en el comedor, el hermano de Camila pudiera estar convenciéndola de irse para siempre. Aunque nadie había sugerido algo tan definitivo, él lo pensaba, lo que hacía más evidente su embeleso. Recordó cuando a los 14 o 15 años, Fito Páez, en aquel entonces su ídolo, había traicionado la estética de los marginales y los márgenes

que lo había hecho famoso, para escribirle canciones de amor a Cecilia Roth; qué decepción había sentido entonces, aunque esa decepción no se correspondiese con su posterior trayectoria de economista e historiador del establishment; pero ahora, en esa pieza desconocida, en una casa ajena, en esa ciudad aún más extraña desde el momento en que la había conocido mejor, se encontró tarareando un tema de aquel ídolo traidor: *Te vil juntabas margaritas/ del mantell/ ya sé que te traté bastante mall/ no sé si eras un ángel o un rubí/ o simplemente te vi*. Y se le ocurrió que el amor era el sentimiento más trágico que debía soportar el hombre: si se le perdona todo, se vuelve bobo, y si no se le perdona nada, también. La estupidez es su sino. Se dio cuenta que al amar a Camila, entendía a Páez, y tuvo miedo. Mucho más que el vivido al leer esa amenaza escu-rridiza en la pantalla de su “pecé”; al menos, un miedo distinto.

Así estuvo un rato, andando y desandando ideas, hasta que escuchó en el pasillo voces que se despedían, el ruido de puertas al cerrarse y, por último, el chirrido de los goznes cuando Camila entró.

- ¿Necesitan algo?, preguntó en voz muy baja. Pero Lurianski no le respondió.

Ella se acercó a tientos hasta la cama donde él permanecía sentado desde que Juan se durmiera.

Cuando lo vio así, erguido y despierto, se lo reprochó en voz callada:

- ¿Porqué no me contestaste?

El levantó los hombros y ella, ya habituada a la penumbra, vio el gesto.

- ¿Que quiere decir...?-, e imitó el movimiento

- No sé, tengo fiaca de hablar- murmuró mientras le acariciaba una mejilla.

- Vení, le susurró ella tironeando de su brazo.

Y él se levantó, con el pene erecto asomando por la bragueta del calzoncillo, para que ella lo tomara con decisión con su mano y lo volviera a guardar.

- Esto tiene que quedar bien escondido hasta que llegemos a mi pieza. Si mi vieja lo ve, le agarra un infarto.

Y los dos ahogaron sus risas, para no despertar a Juan.

CAPÍTULO 36

Distintas como siamesas habían sido las dos últimas noches; la primera, una incursión en uno de los tantos santuarios de la muerte, la segunda, una visita a un refugio de la vida. Porque, aunque resulte pomposo, de eso se había tratado: muerte y vida, dos términos tan genéricos como estrictos que se dan el lujo de pasar de la jerga coloquial de un médico forense al capricho polisémico de los poetas, en un santiamén. Entre ese tugurio que era *El altar de Ifigenia* y la calidez del cuerpo desnudo de Camila, mediaba un abismo. Pero las dos experiencias se empecinarían en perdurar, como un tatuaje en la piel ajada de un anciano.

No se mata a un hombre -aún en defensa propia- sin que el cuerpo lo viva para siempre, ni se ama, sin someter el corazón a la agonía, pensó con esa grandilocuencia de la que siempre se burlaba aunque no pudiera evitarla. Pues aunque él no había matado con sus propias manos, sentía a su amigo un vicario de sus deseos y no podía desentenderse de las consecuencias del acto. Por otro lado, esa noche junto a Camila había sido por completo diferente a otras. No por el placer del coito y el orgasmo, en definitiva tan extraordinario como cualquier otra vez, sino por la complicidad de los cuerpos que habían permanecido uno junto al otro como sellando un pacto de sangre. Al menos, así lo había vivido él, antes de abandonar la pieza a la madrugada, tras esa comunión irreverente sin hostias ni agua bendita.

Ya solo en la cama, sintió que le faltaba algo, pero aún así, en ese momento, a las seis de la mañana, se durmió. Juan seguía tan inmóvil como antes.

Camila, en cambio, no sentía lo mismo. Para ella, amar era menos complicado: si quería, quería y punto. Si no, no, y a otra cosa. Por eso, su relación con el profesor había sido clara desde el inicio. Salvo un

primer instante ambiguo, jamás había dudado de sus sentimientos. Ya el día de la primera llamada, antes de que la cita en el bar empezara a hacer más factibles sus deseos, había admitido como propio aquello que había sido una mera conjetura de Flor. Tanto era así que había ido a aquella cita con Parodi dispuesta a cortar de raíz cualquier insinuación de su compañero. Él había tratado de cortejarla, pero ella había salido del paso atribuyéndole a una frustración amorosa reciente la imposibilidad de encarar otra nueva. Parodi lo había aceptado sin darse con ello por vencido y, luego, a medida que la joven, cada día más comprometida con Santiago, le fue contraponiendo una excusa tras otra a su insistencia, se orientó hacia otras mujeres sin afligirse. Camila amaba a Lurianski y no tenía vergüenza de confesárselo a sí misma, aun cuando pudiese ser una “transa” clandestina de la que sólo Flor y Juan sabían. Para ella, esa noche no había sido especial por las razones de Lurianski sino porque él había dormido en su cama, en su casa, a metros de la madre; algo que nunca antes alguien había hecho.

En cuestiones de sexo, su madre, a pesar de su aparente desparpajo, seguía siendo una mujer anticuada, y aunque jamás lo había explicitado, desaprobaba que su hija trajera novios a su casa. Lurianski era el primero, claro que oculto detrás de la presencia exhausta de Juan y de la posición de víctimas en la que la historia del asalto los había colocado.

En verdad, Camila no había tenido que esmerarse en hacer un relato convincente pues la invitación del hermano había opacado cualquier otro tópico que no fuera el viaje. Él había monopolizado la hora de sobremesa en la que ella había sido taxativa: no iba a ir a ningún lado, estaba cursando materias anuales y no podía tirar un año de estudios por la borda. Que en todo caso, en el verano ya vería.

Lo incomprensible era la insistencia de Roberto para que viajaran ahora, en el curso del próximo mes o, a más tardar, el siguiente. El par de pasajes gratis, obsequio de la empresa, que él esgrimía como argumento, resultaba poco convincente proviniendo de alguien con sus recursos económicos. Porque aunque él se había ganado su dinero y su lugar en la empresa a fuerza de méritos sin hacer usufructo de sus privilegios conyugales, también era cierto que su mujer era heredera de una enorme fortuna. Si él quería tanto que fueran, que lo pagara de su

propio bolsillo en una fecha más factible. Pero la razón de su oposición no era ésa, sino Santiago: ella no quería dejarlo solo, mucho menos ahora que iba a necesitar su ayuda. Los tipos de *El altar de Ifigenia* iban a ir tras ellos y ella no iba a abandonarlo en tales circunstancias.

Camila, a diferencia de Santiago, no se durmió enseguida. Estaba ansiosa. Durante la noche había dormitado, apenas, de a ratos. Apretada contra su espalda, lo había ceñido con sus brazos mientras él se quedaba inmóvil, fetal, sintiendo en el dorso de su cuerpo cada poro de los muslos, el vientre y los pechos de ella. Desde que habían agotado sus ganas de hacer el amor habían permanecido así, en un silencio que él se negó a romper, tan cansado estaba, dijo, aunque se tratara de un cansancio insomne. Desde el momento en que él volvió a su habitación, a instancias de ella que no quería que su madre los encontrara juntos, había sido dominada por un estado ansioso con un pie en el ayer y otro en el día siguiente.

Pasó un buen rato pensando en ello antes de que, por fin, se durmiera como una criatura.

Pero así como plácido había terminado siendo el sueño, agitado como un maremoto iba a ser el despertar.

- Camila, arriba. Lavate la cara y vení inmediatamente-, había ordenado la madre tras abrir la puerta con violencia. -Tenemos que hablar ya-.

Como la madre nunca actuaba de ese modo, Camila, todavía somnolienta, supuso que esa noche había escuchado o, más probablemente, visto algo. En tanto ellos habían tenido la precaución de callar sus jadeos bajo la discreción de un goce mudo esta segunda opción le pareció la más factible. “La vieja debe haber visto a Santi salir de mi pieza, debe querer matarme”, pensó Camila, mientras se calzaba una remera a la apurada, resignada a lo que fuese a ocurrir. La orden de la madre no daba lugar a demoras. Más de una vez había imaginado una circunstancia así, pero como nunca había llevado a nadie, su defensa jamás había pasado de la inofensiva cavilación. Se imaginó alegando tener suficiente edad como para acostarse con quien tuviera ganas.

- Pero no en casa-, contestaría la madre

- En casa o afuera es lo mismo-, replicaría ella.

- ¡No es lo mismo!

- Sos un dinosaurio, recalcaría con su tono más seguro.

Y la madre, sin saber qué contestar, se daría media vuelta y se iría. Un final feliz para una discusión pobre en argumentos pero contundente en cuanto a sus resultados.

Al llegar al pie de la escalera dio un respingo. Ella había enfrentado el reproche de su madre, había desplegado su defensa, pero se había olvidado del hermano, no lo había incluido en aquel tribunal; por ese motivo, al verlo allí de pie, temió que pretendiese arrogarse el papel de padre. El solo pensarlo la erizó, y fue avanzando hacia ellos dispuesta a todo.

- ¿Qué significa esto?-, preguntó la madre, señalando la pantalla de la computadora.

- Y ¿qué va a ser?, una computadora.-, ironizó.

La madre la crucificó con la mirada.

- ¡No te hagas la idiota!! Vuelvo a preguntarte ¿qué significa esto?

En ese momento Camila fijó la vista en la pantalla y se quedó estupefacta. En primer plano se veía la imagen de Juan. Al lado, un titular: ***Joven terrorista incendia salón bailable. Un muerto, numerosos heridos. El autor habría tenido, por lo menos, un cómplice.***

- ¡Hijos de puta!-, gritó Camila, y se echó sobre el teclado a buscar más información. Ésta era escasa pero inequívoca: Juan Calamaro, un licenciado en ciencias de la comunicación, había entrado al *Altar de Ifigenia*, un salón de baile y entretenimientos y, tras descargar su arma sobre el señor Hugo Alfredo Salerno, quien administraba el local, le había prendido fuego a las instalaciones colmadas de clientes. En un primer momento la pesquisa se habría orientado hacia una venganza personal, pero la información que le habría dado a la policía un grupo de testigos, que incriminaría a otro individuo como su cómplice, al igual que la aparición del cuerpo sin vida de Virginia Ortiz, alias “Pupi”, quien habría actuado de entregadora, habían reorientado las investigaciones en una dirección sobre la cual las autoridades policiales no dieron detalles, pero que, según trascendidos, encerraría móviles políticos.

Eso era todo. Poco, pero suficiente. A nadie le importaba que hubiera hecho el amor o no con Lurianski, el problema era haber traído a casa a dos asesinos.

Si bien había dado por descontado que los cazarecompensas del *Altar de Ifigenia* no iban a darle respiro a sus amigos, en ningún momento había imaginado que la persecución iba a provenir de ese flanco legal. Por un momento temió que Santiago le hubiera mentido. Entre sollozos, se descargó en injurias.

- ¡Hijos de puta! ¡Son todas mentiras, créanme, son todas mentiras. Les juro que son mentiras. Son unos hijos de puta! Créanme, mis amigos no son criminales-, clamó mirando a la madre y a su hermano que oscilaban entre abrazarla o terminar con su histeria de un cachetazo. La tensión de las últimas veinticuatro horas se desplomó sobre ella en el mismo momento en que la duda, ésa que ella había podido disipar para mantener su sangre fría, se le hizo propia de la mano de una denuncia periodística que por un instante le pareció verosímil. Fue sólo eso, un efímero instante, pero tan eficaz como para que todo lo que había creído se volviera laxo, un instante tal vez fatal como el resbalón de un trapecista en la cuerda. Por eso las lágrimas. Porque, no era una cuestión de argumentos, era una cuestión de confianza, de eso se trataba. Era la fe en la palabra de su amante lo que ella había perdido cuando las lágrimas jaqueron su insolencia. Pero en seguida, el amor se repuso y su ira se transformó en demanda: “tienen que creerme”. Ahora era ella la que reclamaba crédito, ése sin el cual no hay diálogo que no termine en reproche, acusación o condena prejuiciosa. Ahora ella imploraba que le creyeran, a pesar de “la verdad de la noticia”. Ésa que haría que desde ese momento Juan Calamaro fuera recordado como un asesino, aun cuando se comprobase su inocencia, porque así lo había anunciado una gacetilla policial cómplice de una red delictiva de jefatura invisible. Así lo había creído su madre que, furiosa, pensaba que su hija estaba siendo usada por dos delincuentes inteligentes y cultos, y por eso, más canallas.

En ese momento, una Camila exasperada apeló a la verdad en su forma más ingenua, la que cree en la virtud de su desnudez, fuera del tiempo, de las circunstancias, de su propia doble cara; la que cree que

con sólo enunciarse hará retroceder el engaño como la cruz a los vampiros. Pero con sus puños repletos de verdades Camila no pudo llegar al corazón de su madre. Ella tenía aún fresco el recuerdo del día en que su hija había aparecido con el *Manifiesto Comunista* envuelto en papel de regalo, y su sospecha de entonces se tornó ahora convicción de que Camila estaba siendo manipulada por los oscuros móviles de un grupo subversivo. Motivo por el cual, su exceso de contar toda la verdad sólo sirvió para que la madre le creyera menos.

Ella creía en las noticias, siempre lo había hecho, bajo todos los gobiernos y en cualquier circunstancia, jamás se había preocupado por las contradicciones que pudieran encerrar, porque, en definitiva, lo real era el último cable, la última primicia, así fuese opuesta a la anterior, y todas se conservaban en su cabeza alimentando sus opiniones con un piélagos de razonamientos contradictorios cargados de autoridad mediática. Y si siempre había creído, cuánto más ahora que cerca de veintiocho años de democracia generaban esa sensación de prensa libre, fiel a su público. Aún así, su hija podía ser culpable de ingenuidad o de ceguera amorosa, pero jamás de ser cómplice de un atentado atroz cometido en un inocente lugar bailable; eso encerraba, para ella, la verdad de esa noticia. Pero aún así ¿cómo podía creerle que en ese recinto frívolo se jugara a la ruleta rusa? ¿cómo admitir que ese desconocido llamado Juan Calamaro hubiera sido sólo víctima de un mundo enloquecido? La historia que su hija pretendía hacerle creer era demasiado absurda como para considerarla verdadera. Más insistía Camila más se ofuscaba la madre que le exigía la verdad que presupone una cierta.

- Sos una idiota útil, le gritó fuera de sí, al tiempo que Roberto escuchaba sin hacer comentarios.

Porque mientras la hermana y la madre porfiaban, Roberto pensaba qué posición tomar; más aún, si debía optar por alguna, siquiera. Sabía por experiencia que las noticias son lo que se quiere que sean. Más aún, estaba en esos momentos en Buenos Aires para intervenir en hechos que una vez que se desatasen, nadie sabría cómo ni por qué habían ocurrido de verdad.

La sospecha de su madre podía ser legítima, no importaba lo falsa

que la noticia pudiera ser. En su opinión, los dos amigos de su hermana no podían ser una buena compañía para ella, aún si la totalidad del relato que ella había hecho resultaba ser cierta. Un tipo que se subía a un escenario para jugar a la ruleta rusa tenía que ser un bicho raro, por más desocupado que estuviera. Pero él sospechaba que un aspecto de lo que su hermana había contado debía ser cierto. Sabía que en su país -eso eran los E.E.U.U. para él- lugares como el tal *Altar de ifigenia* se habían propagado por los arrabales de las ciudades más importantes, -*The last shot saloon*, creía recordar que los llamaban- Siendo así era difícil pensar que no hubiese uno similar en la Argentina. De cualquier manera, le parecía inaudito que la hermana considerase un acto de legítima defensa el haber disparado sobre el tal Salerno antes de que el otro lo hiciera sobre él. En la opinión de Roberto, el amigo de Camila era un criminal en potencia que había esperado su oportunidad para demostrarlo, otro marginal incapaz de vivir en sociedad. Por un momento se acordó de Mr. Bullock y sintió un escalofrío. Estaba confundiendo las cosas, lo que Mr Bullock proponía era salvar al Hombre aunque fuera a costa de muchos hombres. “No somos otra cosa que un instrumento de los designios de Dios, preocuparse por nuestros destinos individuales encierra el pecado de soberbia”, había dicho. “Aunque no nos guste es ley de vida. Vida cruel, pero vida al fin”. En cambio, Juan Calamaro había matado por un acto por completo egoísta. Para Roberto Palermo la diferencia resultaba evidente. Aún así -debía reconocerlo- hasta cierto punto lo respetaba, él hubiera hecho lo mismo. Claro que él nunca iba a estar en esa situación. Esa era la diferencia esencial. El había diseñado su vida para participar en el destino del mundo, no para ser arrastrado por su sino trágico.

- ¡¿Vos que opinás?!, ¡decí algo!- lo encaró la madre, pero él se limitó a preguntar:

- No sé, pero ¿vos Camila te das cuenta que a tus amigos los busca la policía por asesinato y que ahora somos todos cómplices?-.

Y Camila, que recién al escucharlo se percataba de ello, contestó:

- Sí, pero son inocentes-.

- Vos nos acabás de contar que no lo son. Estás loca-, bramó la madre fuera de sí.

Y la hija dio media vuelta y subió corriendo la escalera hacia la habitación donde, mientras Santiago dormía como un niño, Juan ya despierto y por completo ignorante de las nuevas derivaciones, hacía un balance de lo ocurrido.

La madre salió tras ella.

CAPÍTULO 37

Cuando Juan Calamaro se despertó esa mañana no sabía dónde estaba ni porqué. Hasta dudó que fuera el suyo ese cuerpo dolorido que latía bajo las sábanas. Los pies agarrotados, los gemelos contraídos, las puntadas en los muslos parecían desmentir que hubiera dormido. Todo a su alrededor era extraño, el espacio, los muebles, los escasos adornos, todo tan despojado que por un instante creyó estar muerto, tal vez, hasta fuera un ánima. Entonces, había un más allá, se dijo con sorna. Tenía mucho cine encima. El más allá tiene muebles sólo en las películas, desvarió. Jamás tendría monstruos con hocico de chanco y tetas de matrona, o perros que desgarran las vísceras de un viejo ya cadáver, o esferas traslúcidas donde hacen el amor andróginos núbiles, o cerezas puestas allí donde la fruta más sabe, o culos que cagan flores o redondas bolitas de mierda, o pescados con olor a hembra, o paraísos de colores pastel donde no pasa nada, o cuerpos azabachemente negros o albinamente blancos donde pasa todo. Claro que no. Su más allá no era el de Jerónimo Bosch, ni siquiera el de Hollywood -como era de esperar para un joven de su generación-, el suyo era filosófico, ruso, austero como el de Tarkovski.

Mientras estiraba los músculos contraídos se acordó de todo. No estaba muerto, todavía, pero había estado muy cerca de estarlo. Quizás lo fuera a estar muy pronto. Cuando los sabuesos lo atrapasen se iban a ensañar con su cuerpo, hasta pondrían su cabeza en una pica como escarmiento. Pero a pesar del dolor y del miedo -era poco, pero algo tenía- se sintió bien. Era bueno dar pelea, no rendirse como un cobarde. Hacía mucho que no peleaba, casi se podría decir que nunca lo había hecho. Le había tocado una época sin grandes combates en la cual todo se dirimía a golpes de palabra. La retórica, la dialéctica, la pragmática del mensaje y no la praxis como mensaje, eran el leitmotiv

de su época. Por eso había hecho una licenciatura en ciencias de la comunicación: para entender su tiempo. Y recién en ese momento, con su cuerpo dolorido, creyó entender algo.

Había matado y no sentía ningún remordimiento. No le parecía bien, pero tampoco se sentía mal. El, que siempre se había visto como un pelele arrastrado por la correlación de fuerzas entre las clases sociales en lucha, había encontrado una razón para vivir, no en la inexorabilidad de la historia, sino en su propia decisión. Y eso, paradójicamente, lo hizo sentir bien. Muy bien, habría que decir. Porque él había entrado al *Altar de Ifigenia* a apostar. Siempre le había gustado y nunca lo había hecho. Simplemente porque jamás había manejado dinero suficiente como para entrar a un Casino a jugar sin límite, y ahora se le había ofrecido la oportunidad de desafiar a la suerte de otra manera. Él no había aceptado el reto únicamente por estar desesperado como le había hecho creer a su amigo Lurianski. No. Lurianski le había creído porque así se hubiera sentido él en una situación semejante. Pero Juan había decidido participar, además de por hambre, porque quería probar que el azar podía ser su aliado, que en la dialéctica reglada de la historia había espacio para lo casual o lo aleatorio. El seguía preguntándose por qué el mundo era como era, aunque esa vez fuera a ser su cuerpo el instrumento de la pregunta y también el de la respuesta. Él había decidido ser el cobayo de su propio experimento.

Por eso su silencio. Porque su amigo no lo iba a entender. La desesperación le sería más aceptable que esa prueba límite diseñada para demostrar aquello que a cualquier otro le podía parecer obvio.

Así pensaba Juan esa mañana al despertarse con el cuerpo dolorido.

Pero no había aceptado llevar la experiencia hasta el final pues el juego había tenido su razón de ser mientras él y su rival pudieran morir. Pero cuando lo que había quedado era la única opción de su muerte, el juego había perdido sentido o, más precisamente, no había más juego. Y él había ido para jugar no para matarse. Aunque esa fuera una posibilidad, no quería morir; había tomado plena conciencia de ello cuando con la bala en la recámara advirtió que el juego había acabado. Por eso dispararle al Capellán en la cabeza le había parecido una forma muy digna de iniciar otro; otro que justificara ser llamado juego.

Por primera vez en la vida estaba orgulloso de sí mismo. No se arrepentía de nada.

En eso pensó esa mañana al despertarse cuando su cuerpo le cobraba músculo a músculo, articulación por articulación, sus muchos años de inactividad deportiva. De chico había jugado al fútbol, como casi todos los chicos había querido ser como Maradona, pero luego, a los 15 o 16 años, había abandonado el sudor de una carrera hacia el arco contrario para ponerse a pensar en la dimensión enajenante del fútbol, y su cuerpo se había ido haciendo flácido y panzón. La fuga que había iniciado al disparar sobre el Capellán le estaba cobrando el esfuerzo. Por eso le dolía todo, y porque había podido dormir pero no descansar. Como si hubiese estado desmayado varias horas colgando de una cuerda con sus brazos atados.

Pero qué fácil había resultado matar. Juan apenas podía creerlo. Nunca había sido una persona que reprobaba la violencia por una cuestión de principios, le parecía absurdo condenar a los maquis que habían matado nazis en la última gran guerra mundial o a los combatientes cubanos que mataron invasores en Playa Girón, pero también temía que su relativismo pudiera terminar justificando los crímenes fundamentalistas o a los teóricos de la tortura que la defienden invocando el supuesto único recurso -¿qué hacer si un terrorista sabe dónde va a explotar una bomba en la próxima hora y arrancarle el dato, aunque sea por medio del tormento, puede salvarle la vida a miles de personas?-, esa pregunta, para él incontestable, quizás porque sospechaba su propio deseo de torturar para obtener la información, pero absolutamente tramposa, porque nunca se había torturado a alguien por ese motivo, a lo sumo alguna vez ocasional que no explica la frecuencia de tales prácticas. Esa pregunta era una falacia de criminales que inventan una situación extrema e improbable para justificar otras, muchas, simplemente sádicas. Y si siempre había sabido que al no condenar en todo momento la violencia podía aparecer como un aliado de aquellos a quienes más aborrecía, prefería ese riesgo, a defender un argumento que deja a los débiles inermes ante los poderosos, prefería una ética de las circunstancias que discutiera sus razones vez a vez, que los principios generales que terminan favoreciendo a los que tienen poder real,

aunque la alternativa empujara a la misma charca a justos y pecadores. Matar había sido fácil, pero no deseaba volver a hacerlo. Sin ser un objetor de conciencia, siempre había descartado la violencia como alternativa personal. No creía ser capaz de cargar con la vida de alguien en su conciencia, y ahora, unas treinta horas después de haberlo hecho, se sentía distinto, pero no culpable. No extrañaba el gusto de la sangre como se dice que lo hace un verdadero asesino; no quería volver a tener un arma en su mano, pero sabía que sería capaz de volver a tenerla de ser necesario. Se imaginó a su amigo Lurianski preguntándole: “¿y quién define lo necesario?”. “¿Acaso Videla no pensaría que sus crímenes habían sido necesarios y que empalar a un chico de 14 años había sido sólo un exceso?”

Esas eran las falacias de su amigo que lo sacaban de quicio. Por supuesto, le gritaría él, Videla siempre argumentó que todo lo que había hecho era necesario y se llenó la boca de razones patrióticas que no eran más que hipocresía con bastante más adeptos que los que terminaron yendo a su vergonzante funeral. De seguro argumentaría que sus crímenes habían sido el precio que debía pagar por su virtud. Pero de eso exactamente se trata. De despejar la paja del trigo y darse cuenta de que la cuestión de la violencia no es un problema de principios que se resuelva recurriendo únicamente a las tranquilizadoras tablas de la ley. Es un problema complejo que exige elegir en el momento concreto. La violencia no es mala ni buena, simplemente es. Lo bueno o lo malo serán sus razones o las formas que adopte. Y las razones de Videla eran simples mentiras y su forma, atroz.

- El fin justifica los medios- diría el profesor

- A veces, sí. Cuando no se transforma en una trampa para los fines, y cuando es verdaderamente la única alternativa- contestaría Juan.

- ¿Y quién define cual es esa única alternativa? ¿Quién es el Dios con tamaño poder de decisión?

- Todos somos dioses en el momento de tomar una decisión, por eso las guerras del Olimpo griego son las nuestras de todos los días. Dios fue hecho para el pecado, por eso encarna al más genuino demonio, le podría haber contestado Juan.

Y esa mañana, despierto en esa casa silenciosa que no conocía, saboreaba el sabor amargo pero estimulante de su decisión. Nunca se está

más cerca de Dios que al matar un hombre, pensó, y el sólo hecho de hacerlo lo estremeció. Más aún cuando lo invadió la certeza de que un hijo de puta como el Capellán, bien muerto estaba.

Absorto en esas ideas, en esa pieza silenciosa que por estar en el extremo de un pasillo permanecía alejada de los ruidos de la casa, mirando a su amigo Lurianski dormir, Juan se sorprendió al ver entrar a Camila gesticulando, hecha un torbellino:

- La policía te busca. Dicen que la muerte del tipo ese fue un atentado terrorista. Tu foto está en todas las páginas de noticias-.

El nuevo juego había empezado y él se sentía con fuerzas para jugarlo. Lo que no podía pedirles, ni a Santiago ni mucho menos a Camila, era que lo jugaran con él.

CAPÍTULO 38

Aunque Camila irrumpió como una tromba, el profesor no se despidió enseguida, pero la aparición de la madre primero y el hermano después, terminaron por hacerlo. Mientras Camila trataba de explicar cómo la calumnia periodística la había obligado a decir la verdad, mientras Juan la miraba como si hablase de otro y Lurianski se despe- rezaba, la madre los crucificaba sin darles opciones.

- Se tienen que ir de casa, gritó.

- Ellos se quedan, se plantó Camila.

- Tu vieja tiene razón, terció Santiago.

- Esta también es mi casa y ustedes no hicieron nada.

- Santiago no. ¡Pero yo sí!, reconoció Juan.

- Presentate en la policía y aclará las cosas, sugirió la madre..

- Mamá no digas estupideces. ¡Si la policía está en esto!

- Sí, pero tus amigos ¿no son inocentes?

- Lo mejor es que te vengas a Chicago con mamá mientras el asunto se aclara.-. Roberto buscaba la forma de aprovechar la confusión para llevar agua a su molino.

- Pensemos, no nos pongamos nerviosos, propuso Santiago.

- ¡Yo no dejo a ninguno de los dos!- dijo Camila mirándolo a él.

- No seas cabeza dura, escuchá a tu madre.

- Si ellos se van yo me voy con ellos.

- Pero vamos a terminar todos presos. Y todo por culpa de éstos que llamás tus amigos.

- No los llamo, son mis amigos. Son más que mis amigos. Son mi verdadera familia.

- ¿Qué estás diciendo? ¿Dos criminales son tu familia? Te lavaron la cabeza.

- Yo no me siento un criminal. Y él no hizo nada.

- Me importa muy poco cómo te sientas. Las noticias dicen eso.
- No le crea siempre a las noticias.
- Vos sos un loco, vos fuiste a meterte allí, nadie te obligó a ir.
- Nadie me obligó pero tampoco tenía demasiadas alternativas.
- Mentira. Siempre hay mejores alternativas. Solamente hay que buscarlas.

- No mamá, vos no entendés-, dijo con sorna Roberto,-la culpa es del sistema-.

- Mierda. Claro que es del sistema. Qué podés entender vos que vivís en el centro del mundo... donde pasa todo, se ofuscó Juan.

- Ahora agarrátela con mi hijo, también.

- Yo no me las agarro con nadie. ¿Usted estuvo sin trabajo alguna vez?

- Qué importa eso,

- Papá sí, y mirá como terminó.

- Tu papá se murió de un infarto, no mató a nadie. Tendrías que estar orgullosa de él.

- También estoy orgullosa de Juan, exageró.

Un comentario llevaba a otro agazapado que aprovechaba la ocasión para saltar. Era de esos momentos en que los zorros salen en busca de carroña y la encuentran fácil en la vida de cualquier persona, suficiente para alimentar a toda una manada. Dentelladas de impotencia se lanzaban los cinco, atrapados en el mismo brete. Dentelladas, pero también lengüetazos reparadores que se alternaban y se mezclaban en un tole-tole de argumentos inconsistentes dichos a voz en cuello. Casi todas acusaciones y alegatos defensivos sin suficiente base, tan genuinos como falsos, dichos al calor de la desesperación y la mala fe. Lo que no cedía era la voluntad de Santiago de no dejar solo a Juan a pesar de su negativa y la de Camila de no abandonar a Santiago. A uno lo movía la culpa, a la otra, el amor. Por motivos distintos, lazos diferentes los conducían en una misma dirección. Y la tozudez de Juan que se empeñaba en resolver solo el asunto no fue aceptada ni por Santiago ni por Camila que habían decidido involucrarse.

En ese clima, la madre hizo un último intento de recuperar a su hija.

- Por favor chicos, entiendan nuestra situación. No pueden quedarse aquí, nos comprometen, en especial a Cami.

- Si ellos se van, yo me voy con ellos-, concluyó la hija.

Y la madre, víctima del descontrol que sigue a un control forzado, la echó de la casa.

- Andate, morite, caprichosa de porquería, no vuelvas más-, vociferaba la madre.- Me querés matar- decía sin saber lo que decía mientras los dos amigos, a instancias de Camila, ignorando aún qué decisión tomar, agarraban sus cosas y se vestían en el medio de un gran alboroto que ahora se propagaba a toda la casa.

Mientras esto ocurría, Juan y Santiago, ya listos, habían bajado al living y, mientras revisaban ansiosos las noticias en la computadora, discutían qué hacer. Todas decían lo mismo, como si la información proviniese de una misma fuente. Además de aterrorizarlos los llenó de indignación saber que Pupi había sido asesinada. Juan pareció decidido. Tomó su bolso para irse solo, pero Santiago lo detuvo: esta vez no te dejo, aseguró, mientras lo agarraba del brazo y tomaba el teléfono para hacer una llamada.

- Hola, ¿Eliseo Parodi?

- ...

- Habla Santiago Lurianski, necesito verte con urgencia.

-

- No, no puede ser después de la clase de mañana. Tiene que ser hoy, ahora, si fuese posible.

- ...

- Sí un quilombo, y creo que sos la única persona que me puede ayudar.

- ...

- No, nada que ver con el asunto ése, es otra cosa.

-

- Sí, tengo un imán para atraer problemas.

-

- Bueno, como no. Anoto. Sí, decime.

- ...

- En un rato estoy por ahí.

Cuando Camila bajó, lo hizo sola. La madre no estaba con ella ni siquiera para contradecirla, se había quedado en su dormitorio presa de un ataque de nervios. Lo último que sus amigos escucharon fue su súplica: “no te vayas, me vas a matar, pensá en tu madre”, la respuesta en espejo de la hija: “Y vos pensá en mí”, y, por último, un conciso “eso hago”.

Ellos estaban abriendo la puerta para irse sin Camila, cuando la escucharon a sus espaldas:

- Ustedes sin mí no se van a ninguna parte.

No tenían alternativa y, en lo que a Santiago se refiere, ésa era la única que en verdad deseaba.

En el mismo instante, llorando sola al borde de su cama, acompañada por Roberto que se mantenía parado en silencio contra el marco de la habitación, la madre ya empezaba a arrepentirse de su rapto de locura.

CAPÍTULO 39

- ¿Qué haces acá, Camila? ¿Qué hace con usted?, eso parecía lo único que Parodi quería saber cuando los tres entraron en su departamento. La pregunta trasuntaba un sentimiento cercano a los celos. No porque guardara aún algún interés por la joven sino por la curiosidad de saber a quién había preferido ella antes que a él. Y le bastó verla entrar –el modo cercano en que lo hizo junto al profesor: sin tocarla pero con gestos, aunque imprecisos, elocuentes- para no tener dudas de que había sido el tícher el que le había ganado de mano.

Hasta se resarcía en parte con una pequeña *vendetta* privada: “Míralo al viejito burgués”, pensó con ironía. Porque aunque apenas fuese 10 o 12 años mayor que él y la diferencia apenas se notase, sobraba como excusa para tacharlo de viejo decrépito, si de vengarse se trataba.

- Es una larga historia, y el problema que ahora tenemos es otro, muy grave- contestó el profesor.

Camila no salía de su asombro. Había llegado hasta allí siguiendo a Santiago a ciegas, abrumada por la reacción de su madre, razón por la cual encontrarse en el departamento de su compañero Parodi era algo que, ni estando lúcida, hubiera imaginado. Por eso, a la pregunta de él sólo atinó a contestar:

- ¿Hola, como estás?, ¿te mudaste?-, y darle un beso en la mejilla.

- Sí, vos conociste el otro depto.

- Te presento a Juan Calamaro, dijo Lurianski.

Y Parodi, mirándolo directo al entrecejo con los ojos negros de su abuelo el baqueano, contestó.

- ¡El terrorista del *Altar de Ifigenia*! Con ese gorro y la solapa levantada no lo había reconocido.

- ¡¿Ya estás enterado?!.

- Y... si está en todas las noticias. ¿Usted no será el cómplice?

- El mismo.

- Mire usted. Así que ni testafarro ni marxista, que la izquierda de un detalle hace una... ¿cómo era?

- Una *weltanschauung*.

- Eso, una concepción del mundo. Vio como aprendí. Soy un buen alumno... ¿No era que usted estaba en contra de toda forma de mesianismo? ¿Hay algo más mesiánico que el terrorismo?

- No sé si hay algo más mesiánico pero lo que dicen las noticias no es cierto.

Parodi hizo un gesto de decepción.

- Algo me imaginaba. En la página de *Free News* ponían en duda la historia oficial. Sobre todo porque *El altar de Ifigenia* nunca fue un lugar para bailar.

- Claro, ¡el periodismo alternativo! Nos olvidamos de mirar ahí-exclamó un Juan de pronto exaltado.

- Es que tiene tan poca incidencia en la opinión pública que uno se olvida que existe, agregó Lurianski.

- Sin embargo, tiene más influencia de lo que parece. No se nota, pero todavía son muchos los que quieren saber lo que pasa en verdad.

- ¿Lo que pasa en verdad...? Si ni nosotros que la vivimos sabemos cuál es la verdad- dijo escéptico Lurianski.

- ¿Por qué no empieza por contarme? ¿Quieren un mate?

Y uno de calabaza empezó a circular por las manos de todos, mientras el profesor volvía a contar la historia, aunque ahora más concisa y con los aportes de un Juan consciente de que tenía la obligación moral de hacerla propia.

- ¿Así que lo suyo fue una especie de acto libertario? Un acto anarquista que no apunta a tomar el poder sino a destruirlo- concluyó Parodi.

- Algo parecido, contestó Juan, mientras que, dirigiéndose a Lurianski, agregaba: - ¿De dónde lo sacaste a éste? ¡Habla como mi viejo!

- Piensa como tu viejo, por eso nos puede ayudar. Es el rati.

- ¡En serio! ¿Este es el famoso?

- Sí soy el famoso, pero ahora díganme, entiendo que usted quedó pegado de puro gamba... ¿pero vos Camila?;soporte de qué banda sos en este recital?-

- Yo estoy con él-, dijo ella, y le agarró el brazo al profesor que, en ese instante, se sintió un poco incómodo. Era como la oficialización de un noviazgo secreto.

- Sí, como vos decís, quedé pegado de puro gamba pero también porque estoy haciendo un curso acelerado de instrucción cívica.

Y se sonrió. En verdad se sonrieron los cuatro.

- Bueno, no sé cómo, pero voy a tratar de ayudarlos. Si mi organización se entera que me estoy comprometiendo en un asunto de locos como éste me hacen un juicio político, pero si no empezamos por ser solidarios, incluso con un par de descorchados como ustedes, jamás vamos a poder vencer a los cuerdos hijos de puta que mueven los hilos.

- Ves, allí ya no piensa como tu viejo. El hubiera sido mucho más respetuoso del centralismo democrático.

Juan lo miró, se quedó pensando un instante, y ahí nomás le zampó un juicio que lo hizo poner colorado.

- ¿Sabés que a pesar de ser un fascista de la democracia sos un gran tipo, vos?

Todos notaron su rubor.

CAPÍTULO 40

Cualquiera puede tener un momento de locura. Pero algunos se traducen en actos irreparables. Gestos o palabras asesinas que parecen salir de un nicho en el corazón de las personas. El crimen puede ser la manifestación de una locura pasajera. Pero ni todo crimen es una locura, ni las palabras, por ser locas, dejan de ser asesinas. Para el Derecho, el acto de matar no es siempre un delito, una estafa sí. Pero cómo considerar el acto de una madre que, aún con el afán de protegerla, niega a su hija cuando ésta más lo necesita. No en vano hay quienes ven en la apoteosis de la virtud la semilla de la tragedia.

¿Era peor el crimen de Calamaro cometido en un momento de lucidez tras semanas de desvarío o las palabras injuriosas de una madre cegada por la razón? Porque la locura de Calamaro no había sido el asesinato, sino ese momento previo en que se internó en un laberinto que lo esperaba muerto o sobreviviente, y él eligió un tercer camino: asesino sobreviviente; ése fue su paradójico retorno a la lucidez. La mamá de Camila, en cambio, no había podido hacer nada con su impotencia oculta tras la convicción de saber qué era lo mejor para su hija. Camila debía darle la espalda a sus amigos porque un amigo que exige tanto no merece ser considerado tal. Así pensaba, buenamente, ella.

La madre, sin saber lo que hacía, había hablado con la convicción que cree saber, y cuando su hija se sintió echada allá la expulsó en serio, como si no lo hubiera hecho antes, bastante antes, en el mismo momento de interrogarla como a una sospechosa ya convicta. Pero bastó que su hija traspusiera la puerta en una dirección desconocida, para que la madre entrara en razón. Una razón distinta a la anterior: ésta, se alimentaba de dudas, la otra, de certezas. Bastó que Camila se fuera con sus amigos para que la madre se cuestionara todo lo que había dicho y hecho esa mañana. Tal vez la versión de Camila fuese cierta y

ella no la había creído; peor aún, no le había creído a Camila, no a su versión. ¿Por qué había descartado la posibilidad que sus amigos fueran sólo dos chicos desesperados que habían hecho una locura? ¿no había sido acaso la de ella, también una locura?

- ¡Vos no mataste a nadie!- había intercedido Roberto. ¡No compares!

- ¿Cómo lo sabés?, ¿cómo sabés lo que va a hacer ahora?

- Calmate, estás exagerando. Ya va a volver.

- ¿Pero porqué no me di cuenta antes?-. La madre no tenía consuelo, y fue justamente ese desconsuelo el que enfrió el corazón de Roberto.

Hasta ese momento, su viaje estaba justificado por un reclamo de su corazón. Pero ahora, ese corazón se desentendía. Ahora quedaba el órgano que bombea sangre no el tropo que alberga pasiones. Entonces se dio cuenta que había venido a Buenos Aires impulsado por sentimientos de origen puramente genealógico; no era genuino afecto, sino fidelidades de parentesco, una vaga nostalgia en la línea de la progeñie. Eso, sólo eso, era lo que lo había movido. Muy poco para sostener un conflicto de peso. Y lo que Roberto tenía entre manos ahora era un enorme conflicto, no sólo el remordimiento de su madre o los peligros que pudieran acechar a Camila, sino el rencor que, en ese instante, sintió hacia su hermana. Porque ella, con su conducta irresponsable trastornaba el proyecto de él cuando ya no quedaba tiempo para que esto sucediera.

Porque Buenos Aires se iba a ir a la mierda. No sólo su familia. La ciudad, el país, la región, todo se iba a la mierda. Él lo sabía, pero no se lo podía decir a nadie. Era lógico, hay cosas que tienen que ser secretas. Aunque él no supiera ni el cómo ni el cuándo con exactitud, sabía que iba a pasar. Porque ésa era la mejor solución, señores, había dicho Mr Bullock. Una solución de mierda pero la mejor; para el futuro, para los que quedaran, para no seguir criando miserables, casi un acto de piedad.

El sabía que una guerra esperaba al cono sur, una que involucraría a todos los países de la región, una en la que se probarían por primera vez armamentos químicos capaces de terminar con las vidas humanas sin afectar los bienes inmuebles ni la vida en general; sólo faltaba decidir

qué país sería conservado como aguantadero neutral de la región. Cuestión de tácticas y estrategias, todas cuestiones que él ignoraba. El sólo sabía del gran proyecto global, nada más. Lo había aprobado. Había alzado la mano. Y ahora, la imbécil de su hermana se metía en un lío que comprometía la posibilidad de que su conciencia se viera libre de cargos serios. Porque ¿cómo iba a hacer para irse si la hermana porfiaba en quedarse? ¿Cómo iba a hacer para llevarse a la madre si la hija estaba en un aprieto? Porque una cosa era cargar con una cifra, tantos millones de desconocidos en definitiva ya muertos hacía tiempo, y otra muy distinta, con su propia sangre, aunque a ésa jamás lo hubieran unido más que 5 cumpleaños, otras tantas navidades y el sepelio de su padre en el que Camila no había parado de correr de un lado al otro del cementerio, repitiendo como un estribillo “papi se fue al cielo”, “papi se fue al cielo”. Porque mi hermana es una idiota, ¿no, Mr. Bullock? No sé porqué me interesé por ella.

Y su corazón se había enfriado anticipándose al momento en que el tener que dejarlas en Buenos Aires pudiese provocarle algún dolor, y hasta escrúpulos, ésos que nunca tienen las grandes naciones.

¿No tenías razón vos, viejo, cuando te opusiste a que mamá siguiera con el embarazo porque tres hijos te parecían muchos? Pero mamá siguió y ahora Camila se venga de mí. Me hace pagar mi indiferencia, o la de ella, porque fue ella la que me rechazó, como ahora, que me tira toda su desconfianza encima, necesitaba pensar Roberto. Porque ella es la que se escapa loca detrás de vaya a saber qué y la deja a mamá llena de remordimiento. *Bitch*.

¡Qué odio le tuvo en ese momento antes de que su corazón se quedara helado al prever los próximos pasos!, o mejor dicho, como un modo de helar su corazón y poder llevar adelante esos próximos pasos.

¿Hacer la denuncia a la policía no sería una buena medida para protegerla?, se preguntó en vos alta.

- De ninguna manera, ella no me lo perdonaría jamás- dijo la madre. -Prefiero morirme de angustia esperando que vuelva, a que ella me odie para siempre-.

Y Roberto, ya con el corazón congelado se quedó callado, mirando por la ventana sin ver nada, no porque no hubiese movimiento en la

calle, sino porque sus ojos estaban otra vez en Nueva York, en la borrachera que se había agarrado la noche después de la primera reunión, antes de que en las siguientes quedase claro que ellos sugerían un proyecto que debían mantener en el más estricto secreto, sólo eso; que otras instancias con más poder lo terminarían por aprobar y llevar a la práctica del modo que consideraran más apropiado. Lo único que ellos habían suscrito era la unánime conclusión: había demasiada más gente en América del sur que la que el hemisferio podía albergar, la guerra podía ser una alternativa para eliminar el excedente de mano de obra ociosa y reinsertar una parte de la que había en el norte en alguno de los tantos brazos de la industria de la guerra. Nada más. Una decisión difícil pero que ellos habían tenido las agallas de aprobar. Sobre todo él, que desde su misma llegada, se había sentido un advenedizo y ahora tenía la oportunidad de demostrar su fidelidad a una forma de vida que siempre había admirado.

Por un momento se sintió como prisionero de un cuento escrito por otro, un personaje inverosímil de una novela absurda. Porque ¿no era la que estaba viviendo, una historia demasiado paranoica, demasiado conspirativa? ¿Acaso alguien podía creer que el destino de la vida de millones de personas se pudiese resolver de un modo tan planificado y genocida? Si lo contase, nadie lo creería, él mismo en ese momento dudaba que fuera cierto; porque, como había explicado Mr. Bullock, los hombres nunca creen que pueda pasar lo que no quieren que pase. Ni siquiera los prisioneros del Gueto de Varsovia creyeron que pudiese ocurrir lo que ya estaba ocurriendo. Mordejai Anilevich ¿no habría sido considerado loco por el consejo del campo?

Estas ideas bien podrían haber pasado por la cabeza de Roberto Palermo si un escritor se las hubiese puesto allí, de puro caprichoso nomás. Pero como Roberto no era un personaje de ficción sino de carne y hueso, no construía sus pensamientos de ese modo y se limitó a sentirse atrapado en una historia que le costaba creer, la víctima de una pesadilla que por ser tan real sería desestimada por cualquiera a quien se la contase.

Pero la pesadilla no era tal y, al lado de lo que se avecinaba, el desconsuelo de su madre le pareció tan intrascendente que su corazón

se enfrió definitivamente. De aquí en más esperaba los acontecimientos haciéndose de a poco a la idea de que ya había perdido a su familia muchos años antes. El haría lo posible por llevársela a Chicago. Solamente eso, lo posible. Nada más.

CAPÍTULO 41

Hay épocas en la historia en que parece no ocurrir nada, en que los días se suceden como el tic tac de un reloj de péndulo. Lo previsible se enseñorea de los acontecimientos e impone su rutina con ínfulas de eternidad. En verdad, no es que no pase nada, por suerte, esa tragedia sólo le ocurre a los muertos que ignoran su propia putrefacción, sino que el común de las gentes asiste a los hechos como espectador o como víctima, convencido de que todo está predestinado y que, le gusten o no, las noticias de mañana le serán tan ajenas como las de hoy. En esos momentos, la historia que trasciende en los libros de texto le cede su lugar a esa otra más mundana del café con leche con medialunas, el primer hijo de Teresa, el sueldo que no alcanza, la enfermedad de Armando, la cuenta de gas, o la lucha por ver quien irá al supermercado el sábado a la tarde. Que no se escriba con mayúsculas no la hace menos importante, por el contrario, es allí donde cualquier persona siente que transcurre su vida, en los amores y en los despechos, en un olor intransferible, en una llamada que no llega, en un dolor punzante en el abdomen, en aquel teleteatro un poco tonto, ¿en aquella ves? ¿te acordás?

Cuando la Historia grande se adueña del futuro tornándolo presente fatal y no desafío, la rutina más baladí se torna acontecimiento trascendente y mira sin interés esas guerras que pueden estar ocurriendo en algún lado u oyen sin entender los grandes chantajes de las siglas de bien: F.M.I., O.T.A.N., O.N.U., P.B.I., A.F.J..P., B.M., Mer.Val.

Si un político, incluso respetable, pretendiera convencer a un ciudadano común acerca del modo en que inciden esas letras mayúsculas en el viaje que esa tarde planea hacer hasta la casa de su abuela, de seguro recibiría una respuesta socarrona.

Es que las historias, mayores o no, marcan sus ámbitos de incumbencia, y una vez dentro de su territorio no hay otras que las puedan

superar en importancia. Cada grano de arena es un mundo incluido en otro, tan pequeño como cualquier grano y tan vasto como cualquier mundo. A veces estos universos convergen en conflictos que rompen la rutina y terminan con la apariencia de una evolución sin sobresaltos.

Si todo este relato transcurriese en uno de esos tiempos de pachorra, el autor se debería detener en la alegría de la madre de Camila cuando una semana más tarde la vino a visitar para decirle que estaba bien, que en lo que atañe a su amigo no habían surgido novedades y que por el momento permanecería con ellos, aunque esa noche se fuera a quedar a dormir en la casa; en las contradicciones de Santiago Lurianski, obsesionado con la muerte de Pupi y lleno de miedo; en la lealtad amorosa de Camila que lo anima, a pesar de su propia incertidumbre; en los vericuetos policiales de un crimen y un incendio que parecen desvanecerse en las noticias como si ya hubiesen sido resueltos o nunca hubieran ocurrido; en la lucha interior de un hermano que sabe que deberá decidir si elige ser fiel a su modo de vida o a las vidas que ese modo suyo van a comprometer; en Juan Calamaro, ahora con una calva ficticia, con su bigote afeitado y buscando en la computadora alguna noticia que le indicase qué camino seguir; en los pasos dados por Eliseo Parodi para ayudarlos, todos a tientas y pobres en resultados. Cada una de estas historias es una en sí misma, con tiempos propios generados por la dinámica de su inercia. Historias que se bifurcan con su sesgo particular hacia ramas que se abren a otras.

Pero la época en que transcurre este relato es otro. Uno en el que los acontecimientos se agolpan llevados por su propio vértigo mientras van borrando sus huellas a medida que suceden. Uno en el que lo que hoy parece importante es barrido por hechos que dejan confusos a los protagonistas. Sucesos que se exhiben inexplicables, confiando que sus verdaderas razones se diluciden pronto, o por lo menos, alguna vez, aunque esto raramente ocurra o, en todo caso, de modo retroactivo, cuando ya tiempos más estables hayan impuesto sus razones a sangre y fuego. Entonces sí, vendrán los exégetas a suplir a los hechos, aunque sólo se legitimen en la razón que da la victoria, siempre parcial, siempre efímera. Porque incluso en el estanque más calmo, la vida prepara sus catástrofes, ésas que los biólogos consideran inherentes a cualquier

proceso evolutivo. Y ése era un momento en que una de proporciones impredecibles se incubaba entre las aguas hasta hace poco quietas del charco. Ese era un tiempo de vísperas.

Porque ahora la quietud había cesado. Ahora pasaban cosas, muchas a la vez, casi todas inentendibles aunque sus lineamientos más generales pudieran haber sido previstos. Todas prometiendo o amenazando con desenlaces que sólo más adelante se sabrían.

Para Lurianski, si bien la historia del Ministerio lo había dejado atónito, los acontecimientos que se habían desatado aquella noche en *El altar de Ifigenia* habían relegado aquella otra al olvido, o por lo menos, a una hibernación momentánea. Pero bastó que las noticias transformasen el crimen de Juan en un atentado terrorista, para que la sospecha de que algún servicio de inteligencia pudiera haber montado una trampa, se hiciera verosímil. Y esto, ya indicaba un cambio.

Un año antes, meses quizás, la idea de una persecución planificada hubiera sólo generado burlas, ahora, en cambio, admitía ser tenida en cuenta, aun cuando pudiera ser una hipótesis por completo falsa. Es que las condiciones sociales habían cambiado. Nadie sabía ni cómo ni por qué, pero de pronto el disgusto se palpaba en las calles. Si bien nada era demasiado distinto a lo sucedido en los últimos cinco o diez años, un aire de inquietud flotaba en el ambiente. Era como si el odio guardado en los cuerpos aflorase en cada gota de sudor que ese verano continuo arrancaba de los poros. Como si los ojos se escaparan de las órbitas de ciudadanos a un tris de volverse locos.

Desde hacía ya unos meses, todos los días estallaba algún conflicto nuevo: que el personal de maestranza de una facultad, que un grupo de desocupados en Quilmes, que unas madres que exigían comida, que los propietarios de pequeños comercios que se negaban a saldar con ellos sus deudas impositivas, que una comisión de víctimas de las Autopistas, que los enfermos del Hospital Ramos Mejía, que los médicos del Hospital Zubizarreta, que los chicos de una escuela sin maestros, que los maestros de una escuela sin aulas, que H.I.J.O.S. que seguían exigiendo justicia y buscando a sus hermanos con las Madres o Abuelas que aún quedaban vivas, que los sin casa de Villa Lugano, que la comisión de defensores de los derechos de las minorías, que la comisión de

vecinos de los barrios inundables, que la comisión de víctimas de la quiebra de Origen AFJP, que los técnicos del centro de cómputos que no cobraban desde la última elección, que los taxistas, que los empleados de shoppings, que los productores de yerba mate, que los jubilados, que los jinetes del hipódromo, que los músicos del Colón, que los operadores de TELECOMSUR, que los cartoneros del acceso sudeste. Todos los días, a cada rato, se producía un nuevo estallido aislado que tensaba el clima social. Todos eran silenciados del mismo modo, con una promesa, con una dilación, con una propuesta de diálogo matizada con alguna sutil amenaza. Pero la paciencia se ponía cada vez más impaciente y el nuevo estallido tardaba menos en producirse. Tantos eran, que la ciudad había vuelto a recuperar la trasmisión de boca en boca, y aunque los noticieros, ocupados como estaban en transmitir entretenimientos y frivolidades, no les diesen espacio a estos hechos, las noticias circulaban por el recuperado nervio oral de la ciudad con una velocidad casi electrónica. Nunca se sabía qué era cierto o qué no lo era, pero la gente, en vez de hablar del perrito pomerania de una animadora dueña de una espontaneidad producida o del cuadragésimo cuarto aniversario de *Domingos para la juventud*, comentaba que en tal lado los vecinos se organizaban, o en tal otro los empleados se reunían, y que muchos estaban perdiendo la paciencia. Era como si un terremoto fisurase esa tierra por lo común tan sosegada.

Juan, hacía diez días que Juan no salía de la casa de Parodi, tanto por evidentes razones de seguridad, como por no tener adonde ir. Se sentía extraño fuera de su casa, y había encontrado en la biblioteca exclusivamente política de su anfitrión un territorio familiar en el que pasar el tiempo. ¿Cómo se puede decir que el socialismo no tiene vigencia?!, solía decirle a Lurianski cuando se encontraban, después de varias horas de no hacer otra cosa que repasar antiguos textos. “ Sí ya sé, la lucha de clases es el motor de la historia y la violencia es su partera”, ironizaba Lurianski, y Juan le replicaba “por supuesto que no, a los poderosos, hay que ir a decirles: perdón señor monopolista, sería usted tan amable de distribuir más equitativamente su riqueza”, o ponerse entre las piernas de una parturienta y susurrarle, “usted no haga fuerza señora que yo le hablo al nene: vamos, vamos criaturita de Dios, venga con su mamá y el doctor, que lo están esperando”.

Juan, de a ratos, recuperaba su buen humor y su espíritu polemista, pero luego, cuando se daba cuenta de que su vida estaba por completo paralizada, caía en pozos depresivos o en ataques de ansiedad. Lo único nuevo que había podido averiguar gracias a Camila que había ido a investigar, era que en la entrada de su casa, los tres primeros días había sido apostada una custodia uniformada y, luego, dos tipos de civil con inconfundibles anteojos negros; por lo demás, un abogado amigo de Parodi había averiguado que la causa era muy confusa, que estaban haciendo poco por moverla y que la denuncia en los medios parecía más una cortina de humo que otra cosa. Muy pocos datos, que nada aportaban al verdadero problema de Calamaro. Ese que recién dos semanas después de ocurrido el crimen, él había aprehendido en su justa dimensión: estaba condenado a ser para siempre un fugitivo, su eventual inocencia moral jamás le daría la absolución penal. Es que él había cometido un asesinato. El no había usado el arma para escaparse escudado tras un rehén, por ejemplo. El había disparado sin miramientos al centro de la cabeza del maestro de ceremonias, no importaba lo canalla que el tipo pudiese haber sido. De aquí en más debería vivir en los márgenes de los márgenes o fraguar una identidad e irse del país.

Ese día, cuando Parodi volvió exultante de su trabajo encontró a los dos amigos discutiendo como siempre.

-Te puedo aceptar que la idea de que la violencia es la partera de la historia es, más allá de los malos entendidos que haya generado, una buena metáfora, pero ninguna comadrona ganaría clientes cagando a las parturientas a cachetazos para apurar los nacimientos- le estaba diciendo Santiago a Juan cuando Eliseo entró con un entusiasmo inhabitual en él.

- No discutan más boludeces, ¡esta gran humanidad ha dicho basta!, sentenció.

Los dos se miraron.

- Hay un clima prerrevolucionario. La gente se pudrió y sale a la calle a protestar por todo. No saben lo que es la ciudad.

- Bueno, quilombo no quiere decir revolución, objetó Juan.

- Claro que no, todo depende de la dirección, del factor subjetivo, replicó un enfático Parodi.

- ¿Querés decir el Partido?

- Llamalo Partido, Dirección, Centralización o como quieras, contestó el dueño de casa que ya al segundo día había abandonado el trato más formal del primero. –Justo ahora hay una reunión de las distintas corrientes de la izquierda para discutir una estrategia común para la concentración de mañana.

- ¿Qué concentración?

- Una que convocan la C.G.T y la C.G.D. en Plaza de Mayo. Es la primera vez que trabajadores y desocupados hacen algo juntos. Por primera vez actúan como lo que son: dos caras de la misma moneda.

- ¿Y con qué consigna la llaman?, preguntó Juan recuperando sus antiguos tics de militante hijo y nieto de militantes.

- Ninguna clara; “contra el abuso”, dicen. Como es el pueblo el que les arrancó a los dirigentes la convocatoria, ellos pretenden que el llamado sea lo más *light* posible. Pero ahora al pueblo no lo para nadie.

- ¡El pueblo unido jamás será vencido!

Parodi estaba demasiado entusiasmado como para entender la ironía de Lurianski. Para el joven militante el futuro se avecinaba luminoso: aquello por lo que él, y muchos otros antes, venían luchando, tenía posibilidades de salir de la denigrada página de las utopías. Por primera vez en décadas, la historia estaba empezando a aburrirse de la falsedad con olor a despacho o a set televisivo, para adueñarse de las calles. Y para Parodi la calle era el único lugar donde los pueblos podían tener una dosis de poder, era allí donde las componendas de los trepadores de cualquier color político podían ser controladas.

- Me parece que vos idealizás, primero al pueblo, y después, a la calle.

- Usted no entiende, en ese momento, la vuelta a un trato formal no suponía respeto sino hostilidad.

- Claro que no entiende, nunca entendió, terció Juan. -El te va a explicar que el pueblo es una categoría muy abstracta en la que entra cualquier cosa, una bolsa de gatos sociológica, y que la política debe hacerse en los despachos de las sacrosantas instituciones.

- ¡Por supuesto! ¿Cómo querés vivir sin instituciones?

- No ves, *my dear teacher*, que no entendés nada. Yo no estoy en contra de las instituciones en general. Lo que quiero es que sean contro-

lables por la gente y que los funcionarios deban sufrir las mayores penas cuando se les comprueben delitos, más altas cuanto más poderosos sean, del presidente para abajo.

- Algo así como el Kremlin.

- No chicanees. Es cierto que la palabra pueblo encierra una retórica romántica, y que bajo su aureola conviven lúmpenes capaces de cualquier crimen con virtuosos sociales, o hasta viejas beatas que creen en la reencarnación con jóvenes hartos que sólo confían en su odio. Te diría más, es por eso que el concepto de clase es mucho más preciso. Es cierto que los pueblos pueden terminar apoyando a cualquiera según cómo se den las condiciones.

- Méndez y Chupete sin ir más lejos.

- Cierto, muy cierto. El pueblo no es ninguna garantía de virtud ni de sabiduría natural. Sin duda es así. Como también lo es que en la calle puede triunfar la demagogia o la capacidad escénica de los aparatos. Pero a pesar de todas esas enormes limitaciones, es el único lugar donde los que no tienen poder, pueden ejercer alguno. Aunque sea una pequeña dosis.

- ¿Pero qué es el pueblo para vos?.

- Eso, las mayorías sin poder. Sólo eso. Y las calles el lugar público donde ejercerlo. Aunque sea para presionar y controlar a los que calientan las sillas de los despachos.

- Mañana mismo te traigo la ficha de afiliación, comentó Parodi.

- No me parece una buena idea, en las actuales condiciones yo no le convengo a nadie, pensá que me acusan de terrorista y que si los vinculan conmigo, los terroristas pasan a ser ustedes, dijo Juan en un tono de voz repentinamente desalentado, como si la perspectiva del exilio lo hubiera arrancado del futuro de lucha en el que, hasta unos segundos antes, había estado inmerso.

Santiago se dio cuenta del matiz y decidió no seguir discutiendo. Hubiera podido encontrar reparos a los razonamientos de los otros dos, del mismo modo que ellos a los suyos, pero mientras Parodi se deshacía en esperanzas de lucha, revolución y justicia, él optó por callarse.

En ese momento llegó Camila que venía de la casa de la madre con quien, para no perder la costumbre, había vuelto a discutir; en

esa ocasión porque la hija le había comentado que al día siguiente iba a ir a la Plaza de Mayo con sus compañeros de facultad. La madre había puesto reparos, aunque esa vez muy atenuados por la presencia de Pedro que estaba de visita en Buenos Aires y que había confesado que él también iba a ir, que el gobierno tenía que saber que la gente a la larga reacciona, que no se aguantaba más. Habían conversado sobre la situación de Calamaro, y Pedro, siempre muy mesurado, se había limitado a decir que lo que le estaban contando era tan raro que no sabía qué pensar, le parecía un embrollo sin solución. Lo que sí había rescatado era el intento de reconciliación de la madre y la hija.

Camila pensó que Pedro, de haber tenido hijos, hubiera sido un buen padre. Que de haberlo conocido de más chica seguramente lo hubiera llamado papá.

Pero Camila traía una alegría diferente en los ojos. Una que no tenía ninguna relación con el entusiasmo de Parodi. Es que mientras estaba en la casa de su madre, había recibido en el correo electrónico una carta de Julián: *Querida Camila: ¡Buenas noticias! ¡Conseguí trabajo! Conocí a un franchute macanudo que vivió en la Argentina, se encariñó conmigo y desde hace un par de meses trabajo para él. Como tiene buenos contactos, me consiguió un permiso de residencia temporario y ya pude alquilar una pieza en las afueras. Sigo viéndome con Ivonne, pero nada más que cuando me viene a visitar. Perdoname por haberte preocupado y después haberme demorado en darte la buena noticia, pero sabés que soy cabulero y no quería confirmar nada hasta estar seguro. Por eso en la carta anterior me hice el misterioso. Ahora ya puedo recibir correspondencia electrónica en la computadora de mi jefe. Agregale el número que viene encriptado a la dirección que figura en este E-mail. ¿Cómo están vos y la vieja? Escribime para contarme. Muchos besos.*

El texto le había cambiado la cara. Tuvo el presentimiento de que todo iba a empezar a ser diferente.

CAPÍTULO 42

Esa noche negra como un pozo la ciudad velaba sus armas. En las casas, en los departamentos, en los hoteles de familia, en los conventillos, en las covachas de cartón corrugado y chapa, en los vagones abandonados en vías muertas, en los entubamientos y las cloacas, en los andenes de las estaciones de micros de larga distancia, en los cuarteles y comisarías, en la sede del gobierno, en los comités de cada partido, en el cara o cruz de esa ciudad descascarada, nadie dormía. Todo el mundo esperaba o temía lo que fuera a ocurrir el día siguiente, aunque nadie supiera qué iba a ser eso a ciencia cierta. La cólera se había adueñado de millones de ciudadanos hartos. Por eso los grupos reconocidos como de izquierda pergeñaban consignas que al día siguiente elevaran la ira a lo que denominaban “una forma superior de conciencia política”. Por eso el poder se inquietaba: por su costumbre de ser obedecido. Por eso el flanco opositor de ese mismo poder planeaba cómo usar el desborde como modo de presión y que todos volvieran rápido a sus casas a hacer o no hacer lo de siempre. Esa noche el llamado pueblo soñaba despierto con gritar hasta que la voz se acabe, con obtener algún reclamo postergado por décadas o generaciones, con decir basta, con no limitarse a ser espectador o víctima, o con, simplemente, reventar una vidriera, no sentirse tan solo, o aprovechar el tumulto para hacerse de una billetera o de un amor. Algunos también soñaban con hacer una revolución. Parodi, por ejemplo, o Juan, por momentos, cuando no restringía sus pretensiones a la posibilidad de volver a salir a la calle aprovechando la confusión.

Esa era una noche de sueños desproporcionados o avaros. El calor era mayor que de costumbre, o la ansiedad lo hacía más asfixiante. El llamado pueblo sentía que le habían quitado también el aire. Quizás a eso se limitase todo, al vital y mínimo deseo de respirar. Por supuesto,

se entiende, éste es sólo un modo de referirse a un sentimiento colectivo lleno de matices y hasta de contundentes reparos estadísticos. Seguramente un estudio de campo demostraría que esa noche la mayoría de los habitantes durmieron, que comieron o no, como siempre, que discutieron o no, como siempre, y que muchos se amaron o no, como siempre. Que, en proporción, pocos pensaban en el día de mañana. Sin embargo, en los momentos decisivos hay detalles que pueden reflejar en toda su hondura una totalidad que los ignora. Son detalles que le dan brillo a generalidades opacas. Desde ese punto de vista, no es ningún contrasentido decir que en la ciudad nadie dormía, aunque la mayoría lo hiciera.

Sin ir más lejos, en la casa de Parodi, los protagonistas principales de esta historia dormían. Es cierto que a los saltos, cruzándose en el baño o la cocina, porque la sed era mayor que otros días o las vejigas generaban urgencias de tonicidad prostática. Pero dormían, aunque fuera de a ratos.

La última discusión de la noche había sido acerca de cómo se podía pretender que un semianalfabeto brutalizado por el hambre y la violencia, pudiera gobernar.

- Ves, eso es la lucha de clases, esa contradicción insalvable que hace que un ser humano brutalizado por otro se tenga que ganar, no el derecho, porque ése tendría que ser inalienable, sino la posibilidad de estar capacitado para ser un activo y lúcido protagonista de su vida. La lucha es la condición para que los que ahora no pueden pensar, puedan hacerlo alguna vez. Tu propia objeción demuestra por qué la brutalización no es un avatar sino una necesidad de los que mandan. Por eso lucha de clases es un concepto que describe un motor para la acción y el cambio, y no un camino ya trazado de antemano. Por eso siempre ha estado y estará vigente, aún en los momentos de mayor estabilidad, democrática o dictatorial, capitalista o incluso socialista; porque aunque las fuerzas en conflicto sean otras, una cierta lucha persistirá. Aunque actúe como una filtración secreta en la pared sin que nadie lo note. Tu optimismo en la capacidad del diálogo olvida que hay veces que se acaban las palabras.

Juan había recuperado su estilo admonitorio y pedagógico. La apatía había quedado en anécdota.

- Es que estás confundido. Yo no soy un optimista, soy un pesimista que sólo confía en aquel sistema que genere el menor daño posible. Sólo eso.

- ¿Y a vos te parece que como están las cosas ahora, éste es el sistema que produce el menor daño posible?. ¿Eso es lo que pensabas cuando nos diste para leer a Marx en tu primera clase?

Camila, aunque siempre escuchaba con atención, rara vez intervenía. Por eso su comentario sonó con estrépito en los oídos del profesor. Y él osciló entre balbucear como el docente que era sus muy imprecisas razones o enervarse como un amante contrariado. Por un momento temió que su respuesta sonara a despecho y se limitó a confesar:

- Yo, entonces, no sabía por qué les estaba dando eso para leer. Y ahora, casi pasado el año, sigo sin saberlo. La verdad es que creía tener algunas cosas claras y ahora no estoy seguro de casi nada.

Enfaticó el “casi” mirando a Camila en el centro de sus ojos negros. Ella quedaba por fuera de sus dudas.

- Lo que me sorprende es que Juan no dude jamás y siga repitiendo siempre lo mismo. Como si ni el mundo ni él cambiaran.

- ¿En serio, pensás eso?

Y en el tono casi estuporoso de la pregunta de Juan se impuso el momento en que, en *El Altar de Ifigenia*, había hecho que a los treinta y siete años, su vida debiera empezar de nuevo.

Algo similar a la pena se apoderó del ambiente, y Camila, que esa noche estaba feliz por la noticia de su hermano y quería compartirla con Santiago, hizo la propuesta que entre ellos se había convertido en contraseña desde que vivían en la casa de Parodi:

- Tengo ganas de caminar un poco.

Y se habían ido, esperando que a la vuelta, cuando ellos entraran en el pequeño escritorio en cuyo colchón de plaza y media pasaban sus noches tórtolas, Juan y Eliseo ya se hubiesen ido a dormir.

En el intervalo no retomaron la discusión. Camila, hecha un cascabel, habló bien de todo y de todos impulsada por su optimismo. Para ella el futuro se avecinaba próspero. Esa noche era importante por lo que prometía, sobre todo desde la llegada del email de su hermano.

Y al volver hicieron el amor, y se durmieron, y se despertaron, y se

rieron, y se volvieron a dormir, y se volvieron a despertar como todos los habitantes de esa ciudad que aunque dormida, no lo hacía del todo.

En otro punto, en el hotel al que se había mudado un par de días antes, Roberto Palermo, tirado en la cama revisaba su computadora. En particular la página donde le había llegado un mensaje confidencial y urgente: *Tiene 24 horas para volver. Debe abandonar de inmediato el país.* Tras recibirlo había llamado a la compañía de aviación para reservar un vuelo. El primero con plazas libres era a las 15 horas del día siguiente. Lo confirmó. Luego hizo como un autómatas su equipaje y se sentó en la cama con la computadora sobre las rodillas a abrir y cerrar programas sin ton ni son. Siempre volvía al mismo, aquel donde se podía leer esa orden fatídica. Porque él sabía que si se lo estaban exigiendo de un modo tan taxativo era porque el plan ya estaba en marcha, que quizás mañana o tal vez pasado Chile denunciaría una invasión argentina en el sur, y Brasil la ruptura de un tratado con Perú, o Argentina una invasión chilena y Perú la ruptura con Brasil, o Paraguay la de Brasil, o Bolivia la de Chile, o Argentina la de Bolivia, no importaba qué excusas previamente digitadas encendieran la chispa, lo cierto era que los hombres de confianza en los respectivos gobiernos y fuerzas armadas ya estarían llevando adelante lo que un participante de la reunión en Nueva York, por completo ignorante de lo que decía, había llamado la “solución final”.

Pensó en ir a despedirse de su madre, pero le resultaba imposible pensar en mirarla a la cara sin decirle la verdad. Por otro lado, ella jamás le creería y él estaría cometiendo un delito de estado. Ella había sido muy clara cuando tres días antes le había hecho saber su decisión de no viajar hasta estar segura de que Camila estuviera bien, que no le podía pedir que la abandonara. En definitiva, entre él y la hermana, su madre había optado por la hermana. Así lo había aceptado él, pero no sin apelar a una excusa de trabajo para irse a vivir –aunque sin confesar lo ofendido que estaba– a un hotel en el centro. Ya no tenía nada más que hacer en esa casa. A lo sumo, esperar que un milagro la hiciese cambiar de opinión. En esos tres días se había terminado de convencer de que no tenía otra familia que su esposa Marilyn, que su hijo John, que su cuñado Ronnie, que sus *parents in law*. *Thats all*, pensó. Sin embargo,

debía llamar a su madre antes de irse, debía dejar abierta una puerta para que una vez desatados los acontecimientos, si la velocidad de los hechos lo permitía, pudiese hacer un último intento de convencerla desde Chicago. Eso era todo, él no podía hacer más. Ya había hecho todo lo posible por salvarlos.

Miró a través del enorme ventanal que daba al río festoneado por el contorno de las grandes torres y pensó que era una suerte que las nuevas guerras fuesen a respetar las construcciones. En definitiva, esto era lo que la posteridad rescataría, lo poco de lo que los hombres podían enorgullecerse. Sus vidas corrientes eran sólo vanidad. De seguro que Mr. Bullock aprobaría su reflexión. Pero estaba triste y decidió pasar la última noche en ese Buenos Aires en el que había nacido, aturdiéndose en el *Night Club* del hotel. Allí no le faltarían estímulos para olvidarse de todo.

La llamada a su madre podía esperar hasta mañana. Despedirse unos minutos antes de la partida, sería lo mejor.

CAPÍTULO 43

A la mañana, la ciudad exhibía una efervescencia inusual. No era el vértigo cotidiano de las calles atascadas con camiones estacionados en doble fila, ambulancias ululando urgencias, taxistas buscando a paso de hombre pasajeros, automovilistas que pretenden mover la realidad a bocinazos, y colectiveros imponiendo toneladas. No era esa efervescencia de gente apurada que corre por llegar al trabajo o porque el cliente no espera o al nene le ponen media falta en el colegio o porque hay que hacer las compras o porque el tiempo parece no tener tiempo, o por simple hábito. No era ese barullo denso pero predecible que le permitiría a cualquier observador sentado junto a la ventana en un bar adivinar con un alto porcentaje de certeza las rutinas de cada personaje de esa fauna. No, esa mañana las calles respiraban con un ritmo desconocido. Por momentos feliz, por momentos inquietante.

Mucha gente caminaba, sola, en pareja o en grupos -algunos bullangueros, otros silenciosos-, pero todos en dirección a Plaza de Mayo.

Desde el balcón del departamento de Parodi se veía la calle que se iba llenando de un gentío levantisco. El vivía en la esquina de Sarmiento y Paraná, y tenía un panorama que llegaba hasta la 9 de julio.

Parodi se había levantado muy temprano y dejado una nota sobre la mesa de la cocina, antes de irse; Juan que dormía en el living, al escucharlo abrir la puerta, se había limitado a gritarle desde el sofá:

- No te olvides lo que hablamos anoche.
- Por supuesto que no, pero hoy no puedo ocuparme.
- Seguro, te entiendo, te lo recordaba no más, de puro ansioso, no te quiero joder. Es la última gauchada que te pido.
- Yo me ocupo..¿Vas a ir a la manifestación? Mirá que va a haber mucha cana.
- Sí lo sé. Pero seguro que no van a estar buscándome a mí.
- Puede ser. Pero tené cuidado que no te sigan.

Y se fue.

Juan se había quedado remoloneando bajo las cobijas unos minutos y, después de cambiarse, había preparado café y buscado en la computadora alguna información nueva sobre su caso. No había nada. Incluso las noticias sobre la manifestación eran exiguas. Sólo una referencia acerca de quienes la llamaban y el lugar. Ni siquiera la hora figuraba en esas páginas supuestamente diseñadas para que la gente se informase.

Al rato, Santiago y Camila salieron del escritorio con la cara abotagada, entraron juntos al baño y enseguida se escucharon sus risas ya despabiladas.

Juan sintió celos, no porque Camila le atrayese, sino porque su amigo tenía una mujer a quien amar en serio. Algo que a él siempre le había resultado difícil. Es que en ese momento su desamparo era absoluto y hubiera deseado contar con una que le curase las heridas. Podría haber tomado la agenda y llamar a cualquiera de las muchas con las que había estado, pero sentía que ninguna de ellas era capaz de acompañarlo en esas circunstancias. La escena del disparo le volvía una y otra vez a la cabeza, no como remordimiento, como hubiera sido esperable, sino como un desafortunado interrogante que involucraba a todo su ser.

Cuando Santiago y Camila salieron del baño, Juan los esperaba con dos tazas de café caliente.

- Qué servicio, bromeó Camila y le dio un beso a Juan.

El se quedó mirándola.

- No mires así a mi novia que te reviento, intervino medio en serio medio en broma Santiago.

- Me encanta que estés celoso, dijo ella

- Yo me voy a la manifestación, anunció Juan como si no los hubiera escuchado.

- ¿No es peligroso?, va haber mucha policía. ¿No Santi?

- Supongo que sí, pero no creo que nuestro Lenin se quiera perder el asalto al Palacio de Invierno.

- Vos sí que no sos más boludo porque no tenés tiempo. Simplificás todo tanto que tus argumentos te terminan pareciendo ejemplares. Voy a ir porque no hice lo que hice para quedarme escondido para siempre. Además, en el bardo ¿quién me va a reconocer?

- Bueno, vayamos juntos, coreó la pareja.

- Si me aceptan...

- Yo primero tengo una cita con gente de la facultad, dijo Camila. Encontrémonos a la una en la puerta del Bingo de Diagonal y Florida, ¿sí?

Ambos asintieron, y ella les dio un beso a cada uno y se fue.

Los dos amigos se quedaron solos pero sin hablarse, como si cada uno estuviera entregado a reflexiones privadas que no quería compartir. Santiago pensaba en los cambios que su vida había sufrido en esos meses, en la cantidad de experiencias inéditas que había vivido, en lo poco que le había servido su inteligencia para entenderlas y en la preponderancia que habían tomado los sentimientos de un momento para otro. El, que había sido siempre tan racional, se había encontrado en el centro de acontecimientos que no había buscado pero tampoco había querido eludir. Lo miró a Juan que le estaba dando un nuevo vistazo a las noticias y lo embargó una emoción extraña.

- Disculpame, le dijo de repente.

- ¿Por?

- Por lo que te dije anoche. La verdad que al decir que estás siempre igual, que para vos nada cambia, fui muy injusto.

- *No problem.* Ojalá el mundo me diera mejores razones para cambiar. No te vayas a creer que me gusta lo que pasó. No me arrepiento, pero tampoco me gusta. Igual ya lo tengo decidido. Me voy del país.

- ¡¿Como?!

- Sí, después de lo que hice, no me puedo quedar. Incluso si el Partido de Parodi tomara el poder mañana - cosa que francamente dudo- yo iría preso.

Lurianski asintió con la cabeza.

- Así que ya hablé con Eliseo y le pedí que me consiga un documento trucho para irme a algún lado; al Uruguay, a Brasil - yo viví un par de años en San Pablo y hablo bien el portugués - no sé. Acá no me puedo quedar.

- ¿Y él qué te contestó?

- Que sí, vos sabés como son estas cosas, en esos partidos hay siempre algún chabón que falsificaba documentos en la época de la dicta-

dura y que lo haría de nuevo con gusto en homenaje a sus años mozos. Me dijo que en unos días lo tiene resuelto.

- Y si tomaste esa decisión ¿te conviene arriesgarte a ir hoy?

- Viejo, no jodas. Si me pasa algo va a ser en mi salsa. Ya estoy jugado.

Por primera vez, Lurianski no podía ni quería contradecirlo.

Los dos ordenaron algunas cosas y se dispusieron a salir. Juan agarró una boina.

- Decime boludo, ¿para qué te afeitaste como un franciscano si ahora te tapás la tonsura con un gorro?

Juan se quedó pensativo un instante y enseguida le contestó:

- Sabés, por primera vez tenés razón en algo importante-, y revoleó la boina que terminó en el piso al lado del perchero.

Los dos se miraron, se sonrieron, y salieron tomados de los hombros hacia la ciudad que los esperaba de pie.

CAPÍTULO 44

La gente salía de todos lados y se encolumnaba por el surco de las calles. De las bocas de los subtes, de las puertas de las casas y departamentos, de las panzas de colectivos repletos, de todos lados y por todos los medios, los habitantes de la ciudad y sus más lejanos alrededores se dirigían hacia la Plaza de Mayo con sus resentimientos a cuestas. En verdad, no sabían qué buscaban, sólo que debían estar allí aunque no supiesen bien para qué. El derecho a la protesta o el derecho a la expresión de una bronca que se hará o no acontecimiento político según muchos y diversos factores; tal vez fuera eso, el postergado ejercicio de un derecho, el que los impulsaba. Y también la voluntad de que las cosas mejorasen. Porque no se aguanta más, se decían unos a otros, sin conocerse, en la familiaridad de un andar silencioso y circunspecto que concentraba fuerzas impredecibles. Porque a pesar de la marea humana y del bullicio efectivo que su solo movimiento genera, el clima era contenido, como cuando el aire se estanca antes de una tormenta tropical. Se gritaba, se cantaba, se hacían bromas, se coreaban consignas de tal o cual matiz político, pero sobretodo, un silencio tenso parecía acompañar a la multitud como una sombra, cualquiera fuese su punto de procedencia o las razones personales que cada cual tuviese para estar allí.

La marea humana avanzaba.

Por eso les fue difícil encontrarse en la esquina que habían acordado, porque aunque faltaban dos horas para las tres de tarde, horario en que había sido convocado el acto, el gentío ya se desplegabá todo a lo ancho de la Diagonal Roque Sáenz Peña.

Santiago y Juan hacía rato que esperaban cuando la vieron aparecer y desaparecer varias veces antes de que pudiera cruzar la avenida atestada y llegar hasta ellos. Su cara entre la gente parecía un chinchorro

mostrándose y ocultándose tras las olas. A ella también le había costado verlos.

- Es impresionante. Nunca vi nada igual.

- Nosotros tampoco, y somos más jovatos

- Tratemos de llegar hasta la Plaza que debe estar más despejado, sugirió Juan.

Así lo hicieron, y avanzaron agarrados de la mano haciendo una cuña.

- Hay más gente que en un recital de los *Rolling Stones*, les gritó Juan, que iba adelante.

- Nono, te quedaste en el siglo pasado, se entrometió, también a los gritos, un chico que avanzaba cerca de ellos.

Todos a su alrededor se rieron y aportaron sus propias humoradas. Es que el clima, aunque básicamente tenso, tenía algo de festivo, ese aire de desfachatez y complicidad que adoptan las multitudes aglutinadas por algún fin común.

La cuña dio resultado. Después de atravesar el embudo que a la entrada de la plaza producían las columnas que ingresaban por las distintas calles, llegaron a un claro muy cerca de las escalinatas de la Catedral y las subieron buscando una mejor perspectiva. El panorama era imponente, sobre todo por la variedad que conformaba esa muchedumbre heterogénea. Por un lado, los miles de carteles de otros tantos gremios, asociaciones, centros de estudiantes, unidades de lucha, cooperativas de subsistencia y solidaridad, redes de control civil, bajo cuyos estandartes hormigueaban hombres y mujeres de las más variadas extracciones sociales: inconfundibles menesterosos con los pantalones desechos, prolijos jóvenes de clase media con ropas de marca de segunda selección, obreros con sus uniformes de trabajo, profesionales trajeados o con guardapolvos, mujeres con sus hijos a babucha o en brazos, viejos jubilados de andar enclenque, artistas vestidos de saltimbanquis, escolares con aire de vuelta olímpica y hasta militares con ropas de fajina que eran mirados con entusiasmo o desconfianza. Más allá, cerca de la pirámide, se extendían las miles de fotos de los miles de desaparecidos de la década del 70, en ese momento tan llenos de vida como capaces de insuflársela a quienes portaban sus retratos. Por todos lados,

los partidos de izquierda con sus banderas rojas iguales, sus carteles del Che iguales, sus idénticas proclamas socialistas, pugnaban por imponer unos sobre los otros, en una desembozada lucha de consignas, los grandes matices diferenciales donde creían encontrar la razón de que el mundo no fuera otro.

- Parece que la reunión para ponerse de acuerdo que mencionó Parodi, como de costumbre, fracasó-, le dijo Santiago a Juan.

- Tenía razón Benedetti, es más fácil ponerse de acuerdo para defender la plata que para defender idea, ¿no?

- ¿Quién es Benedetti?, preguntó Camila.

- ¡Qué increíble, qué pendeja que es!, exclamó Juan.

- No es tan pendeja como para no conocer a Benedetti, simplemente curte otro mambo.

Ella estaba de excelente humor gozando de todo; así que se limitó a mandarlos jocosamente a la mierda. ¡Qué ancianitos que son! ¡Curto otro mambo es del siglo pasado!, les dijo, y Juan pensó que entre los escépticos y apolíticos miembros de su generación, él había desentonado siempre. En verdad, el que siempre había curtido otro mambo había sido él.

En ese ambiente, donde tanto tiempo antes de la hora prevista la plaza ya estaba casi colmada, a Juan le preocupó la presencia de tantas tanquetas y camiones hidrantes que en todas las esquinas servían de parapeto a hombres enfundados en una suerte de armadura de polipropileno, armados con armas larga, que permanecían inmóviles ante los silbidos e insultos que cada tanto les proferían los manifestantes. Aunque éstos fueran esporádicos y la muchedumbre se mostrara tranquila, su presencia resultaba inquietante. Armados hasta los dientes y en actitud beligerante parecían puestos para generar los disturbios que los autojustificasen. Su conducta desafiante entraba en fricción con el sostenido redoblar de bombos que también de a miles le imponían al espacio una cadencia de víspera. Porque, en efecto, esa tarde era para todos el prelude de una obra inédita, más aún, no escrita siquiera. Iban a ser los acontecimientos los que les dieran la forma de un drama épico, de una tragedia, una comedia bufa o un simple esquicio trunco. Pero el redoblar de los bombos, de golpe, tiñó la tarde de una marcialidad que

Juan sintió agorera. Porque mientras Camila, radiante, no salía de su asombro, y mientras Santiago observaba como un entomólogo lo que ocurría a su alrededor, Juan se sintió poseído por la sospecha de que tal vez en esa ocasión, como tantas otras antes, esa colosal fuerza concentrada no fuera a ser capaz de trascender la espectacularidad del fuego de artificio, emocionante, bello, pero fugaz, en definitiva inconsistente para traer una claridad perdurable. Al ritmo de los redoblantes, ante las miles de fotos que flameaban ante sus ojos, convencido de que más de una debía pertenecer a amigos o compañeros de sus padres, de cara a esas banderas rojas frente a las que él nunca había dejado de sentir emoción - De pie los esclavos sin pan, había cantado en algún acto público cuando tenía 17 o 18 años y todavía se conmemoraba el día del Trabajo-, frente a ese desborde de justicia harta se le ocurrió pensar en cuántos más iban a tener que conformarse con vivir como íconos en el combate de las generaciones venideras, cuántos más iban a morir sin que nadie supiera a ciencia cierta si sus muertes habían servido para algo.

En ese momento, cuando el redoblar de los bombos desafiaba a los sicarios pertrechados para la guerra, lo miró a Santiago, y al verlo reír como en una fiesta junto con Camila, lo envidió. Envidió su despreocupación, pero, por encima de todo, su fe en que la justicia pudiese ser obtenida poco a poco, a fuerza de pacífica razón. Sintió que su amigo podía gozar de una paz que él ya no conocería. Su violento acto de libertad en *El Altar de Ifigenia*, condenaba su dignidad al ostracismo, y el panorama del mundo, a pesar de los colores de esa manifestación desmesurada de la que era protagonista, se le tiñó de luto.

- ¡Don Sebastián!

El grito de Camila lo sacó de sus cavilaciones. La joven bajó las escaleras tras el paso del viejo linyera que marchaba solo, tan solo como parecía estar siempre, abstraído en sus recuerdos.

- ¡¿Usted por acá?!-, le dijo cuando logró alcanzarlo.

- Claro, hoy es un gran día.

- ¡Muy feliz!, agregó ella

- Dudo que vaya a ser feliz, porque va a ser importante. Para Dios lo importante siempre es doloroso y la felicidad sólo un soplo-. Tras afirmarlo le hizo una caricia en la mano.

Ella, como siempre, no supo ni qué decirle ni qué pensar y él agregó:

- Me imagino que no viniste con tu hermano.
- No. Creo que se volvió a Chicago.
- Ese muchacho cree saber lo que quiere pero no sabe lo que hace.
- ¿?

Si siempre le había costado entenderlo, en ese momento aún más, pero sabía que pedirle una aclaración hubiera sido en vano. Él pronunciaba sus sentencias para que sus oyentes hicieran con ellas lo que les viniera en gana, y antes de que Camila hubiera podido reaccionar ya se había despedido de ella para seguir caminando solo entre miles de personas.

No le fue fácil volver a su sitio en la escalinata porque ya no había más lugar en la plaza. Mientras ella mantenía ese breve intercambio de palabras, la gente había seguido ingresando hasta agotar el espacio. Ahora, la multitud abigarrada se perdía tanto por las diagonales sur y norte como por Av. de Mayo hasta mucho más allá de la 9 de julio.

Los parlantes empezaron a pedir que no avanzaran y los que estaban adelante a los que estaban detrás intentado que el efecto dominó frenara el impulso de ese cauce a un tris de desbordarse. Llevó un buen rato lograr que se detuviera, y a pesar del forcejeo de los que ya a muchas cuadras todavía intentaban llegar, la masa terminó quedándose quieta y un silencio abovedado se apoderó del espacio para que se impusiera la voz del único dirigente que iba a hablar esa tarde:

- ¡Trabajadores y desocupados!-, se escuchó por los altoparlantes -¡trabajadores con trabajo y trabajadores sin trabajo!. ¡Trabajadores a los que ya hace mucho les llegó el telegrama de despido y trabajadores condenados a soportar cualquier atropello para que no les llegue! ¡Desocupados que quieren trabajar y desocupados que ya perdieron las esperanzas de intentarlo! ¡Desocupados que han conocido un trabajo digno y desocupados que nunca han conocido ningún trabajo! ¡Viejos trabajadores y viejos desocupados! ¡Jóvenes trabajadores y jóvenes desocupados! ¡Desocupados que roban para sobrevivir y trabajadores que se dejan robar para sobrevivir! ¡¿Hasta cuándo seguiremos soportando la humillación y los chantajes?!

Fue decir esto para que un clamor se extendiera como por un reguero de pólvora.

- ¡Nunca más! ¡Nunca más! ¡Nunca más!-, repetía la multitud como un colosal coro griego.

Y gritaba el de adelante y gritaba el de atrás y el de la derecha y el de la izquierda y el que estaba en la plaza y el que no había podido llegar. Y gritaba Camila y Juan y Santiago y Don Sebastián y Pedro que vaya a saber dónde estaría. Y a medida que todos gritaban más y más fuerte y los bombos sonaban más y más solemnes y la multitud se sentía más hermanada, los policías pertrechados tras las tanquetas y los hidrantes, enfundados en sus armaduras del siglo XXI, empezaron a ponerse nerviosos, más y más nerviosos en tanto la multitud no paraba de gritar ¡Nunca más! ¡Nunca más! ¡Nunca más! y los bombos a sonar y a sonar y sonar. Fue entonces que uno de ellos, preso del pánico, convencido que la multitud se movía hacia él, disparó su arma sobre la muchedumbre, una seca ráfaga de balas que se fueron a incrustar en los cuerpos de decenas de asistentes al acto. Fue apenas un instante, una fracción de segundo antes de que sus propios camaradas de armas lo frenaran; pero al terror, a la indignación y al griterío, lo siguió un silencio de ultratumba.

Alrededor de Santiago se hizo un claro. Caras cubiertas por manos crispadas ahogando el espanto, ojos fuera de las órbitas, bocas profiriendo gemidos, injurias o amenazas, las ganas de huir de algunos, las ganas de evitar la estampida, las ganas de vengarse de los más, produjeron un claro en el lugar donde Santiago se hallaba parado, perplejo, ante los cuerpos acribillados de sus amigos. Y cuando vio a Camila y a Juan ensangrentados a sus pies supo -con ese nivel de certeza que pocas veces se tiene- que su fe en el poder de la paz a ultranza, se acababa de cobrar sus más queridas víctimas, y su dolor, ese horrible dolor en el centro del pecho, se mezcló con el alarido que arrancado de esa multitud segundos antes silenciosa, se iba adueñando de todo el espacio de la ciudad.

En ese momento, mientras abrazaba a Camila buscando algún signo vital en su cuello siempre tan tibio, Santiago Lurianski derramó una lágrima, por primera vez.

A la misma hora, sentado en su asiento en primera clase, mientras el avión carreteaba por la pista, Roberto Palermo miraba por la ventanilla sin prestar atención a nada. Su mente deambulaba al garete. Sabía que dejaba tras de sí una parte de su historia, otra vez, igual que quince años antes, cuando lleno de resentimiento por la muerte de su padre se había prometido no volver. En verdad, él ya se había despedido de su familia en el año 1995; las veces que había regresado, se había limitado a cumplir con una obligación casi protocolar. Se acordó de Marylin y la extrañó como muy raras veces le ocurría. Se acordó que no le había comprado ningún regalo. Ni a ella, ni a Johny. Pensó que en el *free-shop* sería fácil conseguirles algo; ellos eran agradecidos y sabrían reconocerle el esfuerzo, no como esa hermana orgullosa que sólo había sabido despreciarlo, ¡como si él tuviera la culpa de sus problemas!. ¡Venir a juntarse con terroristas! ¡Qué estupidez! ¡Y la madre que terminaba apañándola!. ¡Así se malcría a un hijo! pensó, ahora urgido por la imperiosa necesidad de ahuyentar de sí cualquier remordimiento, cuando sabía que, de un momento a otro, esa guerra que ¡será inmoral pero es la única solución, señores!, sería declarada. Sobraban excusas geopolíticas para que eso ocurriera.

La azafata lo miró. El la encontró hermosa, más cuando el momento del despegue le provocaba esa leve excitación tan placentera y su cuerpo sentía que se elevaba por encima de la tierra, cada segundo más pequeña e insignificante.

Mientras el avión hacía un gran semicírculo en el aire buscando su rumbo, le llamó la atención ver una autopista sin coches recorrida por largas cintas negras como senderos de hormigas. Por un momento le pareció ver que toda la ciudad, así vista desde el aire, parecía la trama de un hormiguero a cielo abierto. Se acordó de que en el camino al aeropuerto había visto mucho miserable dando vuelta.

-Van a una manifestación, le había dicho el chofer del remise.

-¿Qué reclaman?.

-No lo sé. Yo no meto. A mí la política no me interesa. Es muy sucia. Yo tengo laburo y lo cuido, nada más.

Y un rato después, cuando la azafata, toda simpatía ella, le traía el primer whisky, se le ocurrió pensar si el motivo de la orden de volver en

verdad sería ése que él había supuesto. Por un instante se figuró que lo llamaban para despedirlo, que alguien había considerado su viaje una grave falta ética y lo estaban por echar a la calle. La idea le causó mucha gracia. ¡Echar al nieto político de uno de los hombres más poderosos de la tierra!, ¡qué estupideces se le ocurren a uno!, se dijo. Y se durmió con la tranquilidad de los elegidos.

Roberto Palermo nunca supo que su hermana había sido herida de gravedad, ni tampoco que se había recuperado, ni que Juan Calamaro había muerto en la manifestación, por casualidad en manos de los mismos que lo buscaban, ni que el caso del *Altar de Ifigenia* se había cerrado con una sentencia que lo hacía *post mortem* único responsable de la muerte de Hugo Alfredo Salerno, estableciéndose que el móvil había sido de índole exclusivamente personal de resultas de lo cual quedaba descartada en autos cualquier vinculación política que justificara ser investigada. Él no supo que su hermana se iría a vivir con Lurianski, ni que su hermano Julián iba a publicar una novela. Roberto Palermo nunca supo nada de esto porque ese día de su regreso, una tormenta en el Caribe dañó el sistema de radares del avión y éste cayó al mar.

A su discreto sepelio habían concurrido su esposa Marilyn, su hijo John, su cuñado Ronnie con su mujer, su abuelo político, todos sus amigos, empleados y colegas, y Mr. Wiston Bullock que había tenido a su cargo el emotivo discurso de despedida en la capilla ardiente: Roby, como me gustaba llamarlo, dijo, tuvo la audacia de votar unas de las resoluciones más difíciles y comprometidas que haya tenido que tomar nuestra nación en lo que va de este joven siglo. Que por el momento haya sido necesario posponer su ejecución, no desmerece en nada las agallas de este hombre que fue capaz de retribuir de un modo desinteresado a la tradicional generosidad que nuestra patria siempre tiene hacia todos los hijos de las otras naciones de la tierra.

Lo que Roberto Palermo nunca llegó a saber por culpa de ese ciclón que terminó con su vida en ese mar que odiaba, fue que grandes y sorpresivas movilizaciones se desataron en las principales ciudades del cono sur y que las preocupaciones geopolíticas cambiaron de eje, como así también la viabilidad de los planes.

Lo que tampoco nunca llegó a saber Roberto Palermo fue de la interminable tristeza que sintió su madre cuando supo de su muerte. Y hasta de las lágrimas que su hermana Camila derramó por él.

Por último, el tícher, como Camila seguía llamándolo en la intimidad, continuó dando clases en la facultad de economía, aunque ahora obsesionado por la forma en que concluía el párrafo con que había abierto su seminario: “La historia de toda sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de la lucha de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, maestros artesanos y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos en lucha constante mantuvieron una guerra ininterrumpida, ya abierta, ya disimulada; una guerra que terminó siempre, sea por una transformación revolucionaria de la sociedad, sea - y ésta es la idea en la que Lurianki no pudo ya dejar de pensar- *por la destrucción de las dos clases antagónicas.*” Sentía que confrontarse con ese pronóstico de aquel antiguo pensador del siglo xix significaba mucho más que un homenaje a su amigo.

7 de noviembre del año 2010

EPÍLOGO

Así terminaba la novela de Ursik. ¡Qué distinto hubiera sido todo si vos la hubieras leído! Sin duda, yo no estaría haciendo este inútil esfuerzo para que sepas lo que ocurrió. Porque para mí, aun cuando no puedas escuchar mis explicaciones, es imprescindible contártelo. Es más, justamente porque sé que jamás las vas a escuchar, es que me siento obligado a dártelas.

Qué no haría para que pudiésemos compartir ese instante en que llegué al final de la novela. Es probable que si eso hubiera ocurrido, hoy todo sería diferente. Pero no fue así.

Como era nuestra costumbre, no estabas al tanto de mi trabajo. Motivo por el cual nunca te conté lo que estaba leyendo ni tampoco que al terminar me sentí como si tras devorar un texto de historia que investiga sucesos del año 1920, me hubiese dado cuenta que su fecha de impresión era 1919. Me sentí engañado por un autor embustero.

Y no era para menos.

Ojalá pudieras recordar que en su carta de presentación me había prometido un relato vinculado a nuestra historia reciente. El había hablado de “vívida historia contemporánea”, y yo llegué al final buscando eso: vívida historia contemporánea.

Por eso fue perturbador descubrir que el texto estaba fechado una semana después del día en que yo terminaba de leerla. Me indigné tanto que no podía ni pensar en el contenido del libro. Permanecí clavado en la fecha que Ursik había estampado al final. El tipo se quiso burlar de mí, pensaba lleno de furia. Eso era lo único con alguna coherencia que podía explicar algo. Si no, era un idiota. A nadie en su sano juicio se le podía ocurrir que me iba a interesar editar una página de la historia contemporánea que nunca había ocurrido.

Traté de serenarme, ¿podía ser que todo su arte se limitara a prometer en una carta lo que nunca iba a cumplir?

Mi odio me hacía pensar que Ursik sabía relatar bien algunos hechos en general ciertos para mentir en lo esencial. En mi opinión, su relato reflejaba nuestra época de un modo puramente externo. Porque en Buenos Aires no había manifestaciones desde hacía años y, hasta lo que yo sabía, los empresarios no se sientan en sus oficinas a planear genocidios. Era cierto que el país estaba partido en dos, pero la gente había aprendido a vivir con lo poco que tenía. La manifestación me parecía un producto de los deseos de Ursik.

Sólo eso. Me resultaba un texto filomarxista que describía cosas que nunca habían pasado. Y que como broche, había transformado en pasado lo que todavía no podía haber sucedido.

Ojalá pudieras sentir mi indignación cuando leí “7 de noviembre del año 2010” y en el calendario que tengo sobre el escritorio al lado de tu foto decía 31 de octubre del 2010.

Pero por lo que me sentí más estafado fue porque el texto había sido capaz de llevarme de las narices a encontrarme con el engaño.

Hasta llegué a pensar que ése podría ser el tema de una novela: el editor engañado por el autor. ¡La venganza tan soñada por todos los autores! Más aún, llegué a revisar qué escritor conocido me podía haber tendido la trampa. Pero como ninguno me resonaba, decidí seguir el juego y pedirle a Cinthia, mi secretaria, que me pusiera en contacto con Ursik. Estaba dispuesto a desenmascarlo y, dentro de lo posible, a vengarme de él. Todo el plan se delineó en mi cabeza: iba a actuar como si fuera a publicar su novela para luego deshacer el acuerdo en el momento mismo de firmar el contrato. Si era posible, iba a tratar que gastara a cuenta de una tirada enorme que jamás iba a imprimir. Ignoro si así lograría transmitirte, aunque sea en una mínima proporción, el placer anticipado que sentí al imaginarme cazando al cazador.

Mi secretaria me informó que su domicilio postal era una casilla de correo electrónica y le dicté una carta llena de elogios concebidos como una carnada infalible para pescar autores, en especial autores tramposos. En esa misiva apuntaba a todas las glándulas olfo-gustativas del ego de un escritor estándar. Y como todo buen cazador, una vez puesta la trampa, hice lo único que se puede hacer en esas circunstancias: esperar.

Claro que con muy poca paciencia, pues cuando el primer día pasó sin que me contestara, no me demoré en insistir.

Es probable que jamás me hubieras creído, pero no sólo me apuraban las ganas vengarme sino, primero y principal, el deseo de que todo estuviera resuelto para el día de nuestro viaje.

Podría haber pensado que el tipo estaba tirado en su cama borracho y no había abierto su correo, o que estaba de vacaciones. Pero a mí, en cambio, se me ocurrió una posibilidad más favorable a mi plan: pensé que se estaba haciendo el interesante. Esa era una alternativa muy ventajosa,

porque cuanto más apurado me imaginara y más imprescindible se sintiese, más fácil me iba resultar hacer que cayera en mis redes. Si bien existía la chance de que ya otro editor se hubiera comprometido en publicar la novela, yo conocía el medio y me parecía difícil que tal cosa pudiera pasar.

Aún así, puse a mi secretaria en contacto con mis colegas, pero ninguno sabía nada acerca de El Profesor. El que más, lo tenía archivado para una próxima lectura.

Así fue como también el segundo día pasó sin novedades. En su transcurso, se me ocurrió que la dirección podía ser incorrecta y le pedí a Cinthia que la verificase. Nada más.

Pero lo inaudito empezó recién entonces.

En primer lugar, cuando a la tarde del 2 de noviembre, mientras navegaba sin rumbo fijo por la red me detuve en las páginas de Free News -cosa que, como vos tantas veces me reprochaste, jamás hacía- y me enteré que el país estaba mucho más convulsionado de lo que yo me imaginaba. Se informaba allí de cientos de conflictos que no trascendían.

Como te podrías imaginar, esta información me cambió, al menos en parte, la perspectiva y empecé a considerar el texto de Ursik de otro modo. No sabría bien cómo describirlo, pero algo similar a una extraña ambigüedad se apoderó tanto de la situación como del relato.

A pesar de lo cual, yo seguí furioso, y él sin contestar.

Lo que también sería imprescindible que recordaras es que la ciudad empezó a ser invadida por ese clima denso que Ursik describía en su libro, motivo por el cual, la ambigüedad se convirtió en un sentimiento cercano al pasma.

Sobre todo cuando a la mañana del día previo a aquel en que Ursik había fechado su novela, es decir, el 6 de noviembre, las noticias recogieron el rumor de un movimiento de tropas en las fronteras entre Chile y la Argentina, y un desacuerdo diplomático entre Brasil y Perú que fueron desmentidos con energía por las cancillerías de los cuatro países. Ese fue el motivo por el cual yo estuve tan cortante en todas las oportunidades que me llamaste ese día. Estaba invadido por una ansiedad que me impedía tener en cuenta nuestro viaje. No es que hubiera dejado de amarte, o que nunca lo hubiera hecho, o que fuera un cobarde, como me acusaste en la última llamada. Tampoco te estaba mintiendo como otras veces sí lo había hecho.

Simplemente ocurría que lo que estaba pasando era demasiado extraordinario como para ignorarlo. No se trataba de que la política me hubiese vuelto a interesar de golpe, sino que el contrapunto entre el libro de Ursik y la realidad me la habían vuelto imprescindible. Fue simplemente por eso que no viajé con vos, porque estaba como hipnotizado. Más de una vez se me ocurrió pensar que te iba a ser muy difícil perdonarme, pero no podía irme en ese momento, aunque vos lo considerases una nueva excusa para dilatar lo nuestro, aunque estuvieses segura de que mi mujer tenía que ver con mi decisión. Yo no podía hacer otra cosa que arriesgarme a que me perdonaras cuando apareciese en el hotel en Nueva York. Qué mejor prueba que los hechos para convencerte. Esa iba a ser la mejor explicación.

Como es lógico, ante las tantas coincidencias entre el libro de Ursik y la vida real, mi actitud varió. Como primera señal del cambio se me ocurrió que la fecha al pie de la novela podía cumplir otra función que la del embuste. Voy a ser más preciso: pensé que Ursik sabía lo que iba a ocurrir y que había supuesto que yo me demoraría en leerlo. Imaginé que era un tipo muy informado que podía escribir sobre lo que ya sabía que iba a pasar de un modo tan cercano a los hechos que cualquiera podía pensar que era un adivino.

La idea no era descabellada. Hablamos muchas veces de aquel periodista que alcanzó el éxito fabricando sucesos que siempre era el primero en cubrir. No cabe ninguna duda que hoy seguiría gozando de su fama si su sed por la primicia no lo hubiera llevado a producir un asesino serial cuyos crímenes él misma iba planeando y de los que siempre, evidentemente no por su olfato periodístico, era el primero en enterarse. Estoy seguro de que te acordarías. El mercenario mataba a las víctimas que el periodista le indicaba y, en acuerdo con él, le enviaba una esquela llena de acertijos amañados que sugerían los lugares donde hallar los cuerpos. La policía lo descubrió tras una docena de asesinatos a cual más cruel cuando a un psiquiatra forense se le ocurrió que el patrón de los crímenes en lugar de seguir un perfil de personalidad típico, se movía como buscando un crescendo escénico. Era como si el espectáculo mismo estuviera matando a las víctimas. Así fue como lo atraparon. Incluso, hace poco le hicieron un reportaje en la cárcel.

Pero esta situación era totalmente diferente. Aquí había varios gobiernos comprometidos, millones de personas de por medio. Una producción así

era de una escala imposible.

Si bien mi cabeza era asaltada por cientos de ocurrencias, ninguna me satisfacía. Menos aún a medida que iba llegando la información que en todas las capitales la gente se lanzaba a las calles para oponerse a cualquier conflicto armado. Eso me pareció bien, la paz era un bienpreciado en la conciencia colectiva. Pero mi inquietud siguió en aumento en tanto se hizo evidente que muchos otros conflictos hasta ese momento encubiertos se entreveraban con ese repudio masivo a la guerra. Todos juntos condensaban un clima de franca rebeldía, ésa que el libro de Ursik vaticinaba como un hecho del pasado. Ese día las escasas noticias informaban que la gente no se movilizaba por la paz, sino para que no los siguieran matando. La diferencia es evidente, creo.

Para ese entonces -y ojalá pudieses comprenderme- yo ya seguía los acontecimientos como un poseso. Frente a la pantalla buscaba cualquier indicio que me ayudara a entender, no sólo lo que pasaba en el mundo, sino lo que pasaba entre el mundo y ese texto siniestro en el que el libro de Ursik se había transformado.

Vos siempre admiraste esa ventana de mi oficina que balconea hacia la Plaza de Mayo, y cuando esa tarde del día 6 me enteré que un conjunto de organizaciones sociales que yo desconocía habían llamado a una manifestación para el día siguiente, supe que esa noche me iba a ser imposible librarme de la siniestra seducción que en ese momento ejercían sobre mí tres ventanas diferentes: la que se podía abrir en la pantalla de la computadora, la de la realidad virtual de un libro dueño de una espacialidad caprichosa, y aquella de grandes hojas que asoma a la pétrea verdad de la Casa de gobierno y la Pirámide. En ese momento, si bien ya sabía que no iba a poder viajar con vos, no me animé a decírtelo. Desconfiaba de mi aptitud para lograr que me entendieses, sobretodo porque en un estado de confusión como el que tenía, no encontraba nada coherente que argumentar.

Así pasé esa noche, buscando en las noticias novedades siempre insuficientes, releyendo sin cesar las últimas páginas del libro, mirando la Plaza de Mayo que estaba más iluminada que otras veces, y autoconvenciéndome de que a la larga vos ibas a ser capaz de entenderme.

Como suelo quedarme trabajando hasta tarde, sé que en los alrededores de la Casa Rosada, incluso en los momentos de mayores restricciones ener-

géticas, la mitad de los focos se mantienen encendidos, pero esa noche la iluminación, al igual que la cantidad de policías que hacían guardia en las esquinas, era mayor. Durante largos ratos me dediqué a seguir cada movimiento que ellos fueran haciendo con un detallismo obsesivo que pretendía captar la verdad mirándola fijo, como si se tratara de una simple cuestión de percepción.

Observaba todo: si uno iba hacia la recova o se quedaba en el Cabildo, si otro parecía atento o estaba allí apostado por una cuestión de simple obediencia, si pasaban transeúntes, si había coches, si algún perro, si el patrullero cumplía a horario con su ronda, pero también, de manera simultánea, buscaba en la pantalla, del mismo modo compulsivo, noticias que no decían nada, o releía, una y otra vez, páginas del libro de Ursik, que me decían menos.

Un par de horas más tarde me di cuenta de algo, un detalle tan sólo, pero si por un instante pudieras ponerte en mi lugar, te sería fácil distinguir lo importante que puede resultar en un momento de tanta confusión, cualquier detalle. Entendí que yo estaba buscando algo preciso en las noticias: alguna referencia del Altar de ifigenia o un sitio parecido donde hubiese pasado lo que Ursik contaba en su libro. Esa era una de las cosas que mi cabeza trataba de hallar mientras abría ventanas y más ventanas. ¿Pero cómo? ¿No ves que sos un mentiroso?, seguramente me dirías, ¿no habías hecho algo tan obvio? Pues no, y recién después de pasar un largo rato rastreando inútilmente los crímenes que se habían cometido en el último año, me di cuenta del porqué. Es que me tranquilizó que Juan Calamaro no apareciese bajo algún otro nombre en las noticias policiales.

Ojalá saberlo te pudiese servir para algo, pero, al principio yo había esperado que el libro coincidiese con los hechos, y ahora deseaba lo contrario. Necesitaba que todo fuese una ilusión, el truco de un prestidigitador. Que, a lo sumo, la manifestación fuese una simple coincidencia o, en todo caso, el pronóstico más o menos general de un tipo informado. Únicamente eso.

Al texto le había reclamado la verdad y ahora me sentía saturado de ella. Más aún, necesitaba que todo fuera un fraude. Por eso me tranquilicé al no encontrar rastros del Altar de Ifigenia o de algún heterónimo de Juan Calamaro y pude esperar la llegada del día con la esperanza de que la plaza

fuera a ser la de siempre. Hasta tuve la ilusión que al final íbamos a poder viajar juntos. Por esa razón te propuse encontrarnos en el aeropuerto, no como un ardid para dejarte plantada. Al contrario, fue una apuesta al éxito de nuestro viaje y de nuestra nueva vida.

Desgraciadamente, esto no ocurrió.

Si alguien alguna vez llegase a leer el libro de Ursik, descubrirá el relato de una manifestación en la que muy probablemente haya participado. Una para mí, en ese momento, en cambio, por completo inaudita.

Pero lo que nunca sabrá ese posible lector es que yo observé desde la ventana de mi oficina todo lo que ocurrió ese día como hechizado por un brujo. Yo vi y escuché todo. Al menos hasta cuando, tras el ataque de la policía, la multitud se descontroló y yo me desmayé.

Recobré el conocimiento muchas horas más tarde -no podría decir cuántas-, cuando la plaza ya estaba vacía, el gobierno prometía cambios en su política, la oposición exigía elecciones anticipadas y las miles de organizaciones se declaraban en estado de alerta permanente.

Me enteré de todo esto por las noticias. También por esa vía supe de las muchas víctimas que habían dejado las refriegas, pero yo me interesé en una joven herida, de 20 años, de apellido Pedraza, que se encontraba internada en el Hospital Rivadavia en situación crítica. El apellido me resultó familiar.

Helado, cubierto de un sudor frío que me hacía sentir de mármol, decidí ir al hospital. Debo confesarte que en ese momento me olvidé de vos y de nuestro viaje. En verdad me olvidé de todo. Fui hasta allí como un zombie. No era capaz de recordar nada que no tuviese que ver con el libro.

Hoy no sería capaz de reconstruir cómo hice para llegar ni cuánto tarde, porque estaba obnubilado. Únicamente recuerdo que los periodistas y la policía que hacían guardia a la entrada me abrieron el paso como temiendo llegar a convertirse en los culpables de la muerte de un paciente terminal, y que me fui derecho hacia terapia intensiva siguiendo las señales. Cuando llegué al piso le pregunté por la joven Pedraza a una enfermera que se limitó a contestar de modo descortés:

- Ahí está la madre con la familia.

Es obvio que no me interesaba su salud, sino quién era ella, su historia, y si podía tener alguna relación con Jorge Ursik. Había llegado hasta allí

arrastrado por una extraña intuición que me llevó a acercarme al grupo sin saber qué les iba a decir. Pero a pocos pasos de la mujer que la enfermera había señalado, me frené de golpe ante una figura que me llenó del terror que, por momentos, todavía me acompaña: era la de un viejo zaparrastroso con pinta de linyera que apretaba contra su pecho lo que me pareció una viejísima edición del Colas Breugnon de Romain Rolland. De su bolsillo asomaba una rústica flauta de caña.

Salí corriendo del hospital como si hubiera visto al mismo diablo.

Hoy estoy un poco, apenas, más tranquilo. La ciudad también. Aunque sea imposible, todo parece querer volver a ser como antes. Pero yo sé que no es así. Si bien ignoro qué pensar de muchas cosas, sé que esa calma es provisorio, o en todo caso es la antesala de una nueva crisis. Ursik tenía razón. Es un tiempo de vísperas.

Hoy ignoro qué es cierto y qué no lo es, pero he comprobado que la realidad tiene límites que no siempre somos capaces de franquear. Yo al menos no fui capaz de hacerlo cuando tuve la oportunidad.

Me imagino que si vos hubieses leído El Profesor, esta historia hubiese sido otra. Yo no estaría tratando en vano que me perdones. Es probable que si hubieras tenido la oportunidad de leerla después del 7 de noviembre la hubieras tomado como una justificación caprichosa de un hecho conocido. Una interpretación catastrófica de un acontecimiento como tantos. Exclusivamente eso. Para vos, en ese caso, lo único tangible y en esa medida cierto, hubiera sido la manifestación. Para mí, ahora, en cambio, lo son sus pormenores.

Hoy sé que hay demasiadas cosas que ocurren que no se pueden explicar, lo que no quiere decir que no tengan alguna explicación. Es esa cuota de misterio y capricho que la realidad tiene, tan material como un árbol, un arma, o un accidente. Me pregunto si no habrá sido eso lo que Ursik trató de transmitirme.

Por esa razón, al tiempo que cavilo contemplando tu foto, continúo buscándolo. Hasta tengo la impresión de que en muchas oportunidades ya pienso y escribo con su estilo.

Quizás por eso sigo paso a paso las amenazas de guerra y sospecho con fundamento que todas esas que se producen en África o en Asia se urdieron

en alguna oficina del Primer Mundo entre Robertos Palermos y Mister Bullocks. Hoy sé que tamaña atrocidad puede ocurrir, aunque no pueda asegurar que vaya a suceder. Lo que me inquieta es su posibilidad, no su certeza.

Por eso, todos los días, mientras desde la ventana de mi oficina miro a las palomas volar desde las cornisas hacia donde se encuentra la gente, anhelo que Jorge Ursik aparezca de pronto para contestarme las preguntas que quiero hacerle, aunque no esté seguro si quiero escuchar las respuestas y cuando, por sobre todas las cosas, sospecho que él tampoco sería capaz de darlas.

Cuando en momentos de máxima desesperación le pregunto a Cinthia si Jorge Ursik existe y ella me contesta que, aunque no lo sabe, seguirá tratando de dar con su paradero, me siento perdido sin remedio. Un extravío que se hace en verdad insoportable cuando te veo en la foto que nos recuerda.

Por momentos creo que Ursik escribió El Profesor buscando entender. Tal vez buscó un cómplice con quien compartir sus perplejidades y convicciones, más aún, quizás construyó ese cómplice sirviéndose de mi propia arrogancia.

No lo sé. Si todo tiene alguna explicación, incluso la historia de esa joven moribunda que comparte el apellido con un viejo linyera, también es cierto que pocas veces las hallamos, aún así, creo que buscarlas, incluso inútilmente, puede ser una apuesta que se justifica por sí misma.

Siempre supe que no todos los desenlaces son igualmente posibles, unos lo son más que otros. Lo que me resulta irrefutable es que a pesar de todos los esfuerzos que he hecho ya nunca podrás escuchar mis disculpas, jamás podrás seguir este relato que he intentado hacerte, nunca sabrás que no me acobardé, que fue Ursik el responsable de que no llegara al aeropuerto y de que subieras sola al avión presa de un rencor a primera vista justificado. Porque, aunque sé que no lo vas a escuchar, necesito decirte que yo estaba decidido a irme con vos, que ya le había hablado a mi mujer de lo nuestro y que tenía la valija preparada en la oficina desde muchos días antes. Antes incluso de que la ciudad de Ursik se empezara a volver loca y yo con ella.

Ya no queda más nada que agregar. Ojalá hubieras sido vos quien recibiera el libro. Es probable que no te hubieras subido a ese avión con destino a Nueva York que se hundió en el Caribe.

Mirada en perspectiva, mi actitud al momento de enterarme me resulta inadmisibile, pero estaba aún tan aturdido que sólo atiné a cotejar en vano la lista de víctimas de la manifestación con las del accidente. Eso y reprocharme el no haber tomado más en serio el libro de Ursik, fueron mis únicas reacciones.

Ahora supongo que nunca sabré lo que él se propuso. Tal vez sólo inquietarme. Tal vez reivindicar un pensamiento que consideraba limitado pero vigente. Tal vez hacerse, antes que sea demasiado tarde, esas preguntas que ahora yo también me hago.

No lo sé. Quizás ésa sea mi deuda con él. Pero cuando miro tu foto e imagino cómo podría haber sido nuestra vida en común, sé que nunca le podré perdonar que sus misteriosas verdades me hayan salvado la vida.



EDITORIAL

COLECCIONES

Libros Digitales

Autores Hoy

Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Fichas para el siglo XXI